



Cuentos

Lord Dunsany

CUENTOS

Lord Dunsany

Cuentos

EDICIONES DEL SUR



Ilustración de la portada: pintura de Bob Pepper para la edición Ballantine Adult Fantasy de *The King of Elfland's Daughter* de Lord Dunsany

Publicado por Ediciones del Sur. Córdoba. Argentina.
Marzo de 2005.

Distribución gratuita.

Visítenos y disfrute de más libros gratuitos en:
<http://www.edicionesdelsur.com>

ÍNDICE

Bethmoora	7
Caronte	13
De cómo llegó el enemigo a Thulnrana	15
Días de ocio en el Yann	18
Donde suben y bajan las mareas	39
El botín de Bombasharna	46
El hombre del haschisch	52
El huracán	59
El remolino	61
El señor de las ciudades	64
El signo	73
El vengador de Perdóndaris	81
En el crepúsculo	100
Erlathdronion	106
Escapar por los pelos	110
Historia de mar y tierra	114
La angustiosa historia de Thangobrind el joyero, y el funesto destino que le aconteció	146
La caída de Babbulkund	152
La condenación de la Traviata	170

La coronación del señor Thomas Shap	174
La demanda de las lágrimas de la reina.....	180
La espada de Welleran.....	187
La fortaleza invencible, salvo que Sacnoth la ataque	207
La hija de Ramsés	230
La Muerte y Odiseo	247
La novia del hombre caballo	249
La señorita Cubbidge y el dragón del romance	255
Los fantasmas.....	260
Los salteadores de caminos	266
Misterio oriental.....	273
Probable aventura de tres hombres de letras	285
Solo entre inmortales	291
Un día en el confín del mundo.....	293
Una tienda en Go-By Street	301

BETHMOORA

HAY UNA suave frescura en las noches de Londres, como si una brisa extraviada hubiera perdido a sus compañeros de parranda en las tierras altas de Kent y hubiera entrado furtivamente al pueblo. Las aceras están un poco húmedas y brillantes. En nuestros oídos, que a esta hora tardía se tornan muy agudos, golpea el sonido de alguna pisada lejana. El sonido de los pasos se vuelve más y más fuerte, llenando toda la noche. Y una figura enfundada de negro pasa de largo, dirigiendo sus pisadas hacia la oscuridad. Uno que viene de bailar se dirige a casa. En algún lugar, un baile ha cerrado sus puertas y ha terminado. Sus luces amarillentas se han apagado, sus músicos callan, sus bailarines se han ido con el aire de la noche, y el Tiempo ha dicho al respecto “Que sea pasado y cerrado, y puesto entre las cosas que he guardado”.

Las sombras comienzan a apartarse de sus numerosos lugares de reunión. Los gatos furtivos, no menos silenciosamente que aquellas sombras flacas y muertas, regresan a casa.

De esta forma, incluso en Londres tenemos nuestros tenues presagios de la llegada del amanecer, ante los cuales las aves y las bestias y las estrellas claman hacia los campos ilimitados.

En qué momento, no lo sé, percibo que la noche ha sido irremediablemente destronada. Repentinamente, la cansina palidez de las lámparas me revela que las calles están silenciosas y nocturnamente tranquilas, no porque haya alguna fuerza particular en la noche, sino porque los hombres no se han levantado aún del sueño para desafiarla. Del mismo modo, he visto guardias abatidos y desaliñados en portales palaciegos, quienes aún portan armaduras antiguas aunque los reinos de la monarquía que guardan se hayan encogido a una sola provincia, que ningún enemigo se ha preocupado de invadir.

Y ya se manifiesta, por el aspecto de las luces de la calle, vergonzosamente dependientes de la noche, que los picos de las montañas inglesas ya han visto el amanecer, que las cimas de Dover se yerguen blancas en la mañana y que la niebla marina se ha levantado y se derrama tierra adentro.

Y ahora han llegado varios hombres con un caballo y están mojado las calles.

¡Mirad!, la noche ha muerto.

¡Qué recuerdos, qué fantasías llenan nuestra mente! Una noche más ya ha sido recogida por las hostiles manos del Tiempo. Un millón de cosas artificiales cubiertas, durante un momento, en el misterio; como mendigos vestidos de púrpura sentados sobre tronos terribles. Cuatro millones de personas dormidas, soñando posiblemente. ¿A qué mundos habrán penetrado? ¿Con quién se habrán encontrado? Sin embargo, mis pensamientos están lejos de aquí, con Bethmoora en su soledad, cuyas puertas se baten abiertas. Hacia delante y atrás oscilan y crujen,

crujen con el viento, pero nadie las oye. Son de cobre verde, muy hermosas, pero nadie las contempla ahora. El viento del desierto deposita arena en sus bisagras y ningún vigilante viene a aliviarlas. Ningún guardia mero-dea por las almenas de Bethmoora, ningún enemigo las ataca. No hay luces en sus casas, ni pisadas en sus calles. Se alza allí, muerta y solitaria, al otro lado de las Colinas de Hap. Me gustaría contemplar Bethmoora una vez más, pero no me atrevo.

Hace muchos años, según me contaron, que Bethmoora fue desolada. Su devastación es comentada en las tabernas donde se reúnen los marineros, y algunos viajeros me han hablado de ella.

Yo tenía la esperanza de contemplar Bethmoora otra vez.

Hace muchos años —dicen— que la cosecha fue recogida de los viñedos que conocí, donde ahora todo es desierto. Era un día radiante y la gente de la ciudad danzaba por los viñedos, mientras que aquí y allá alguien tocaba el kalipac. Los arbustos púrpuras estaban en flor, y la nieve brillaba sobre las Colinas de Hap.

Fuera de las puertas de cobre, las uvas se aplastaban en tinas para hacer el syrabub. Había sido una buena cosecha.

En los pequeños jardines al borde del desierto los hombres golpeaban el tambang y el tittibuk, y tocaban melodiosamente el zootibar.

Allí todo era regocijo, canciones y baile, porque la cosecha se había recogido y, por lo tanto, habría suficiente syrabub para los meses de invierno, y mucho más sobrante para intercambiar por turquesas y esmeraldas con los comerciantes que bajaban de Oxuhahn. De este modo, celebraron todo el día la cosecha de la estrecha franja de tierra cultivable que se encuentra entre Bethmoora y el

desierto, el que se junta con el cielo en el Sur. Y cuando el calor del día comenzó a disminuir y el sol se acercó a las nieves de las Colinas de Hap, aún se alzaba clara la nota del zootibar desde los jardines, y los brillantes vestidos de los bailarines aún se enroscaban entre las flores. Durante todo el día, tres hombres en mulas habían sido vistos cruzando la cara de las Colinas de Hap. Hacia delante y hacia atrás se movían mientras la huella serpenteaba hacia abajo, y más abajo. Tres manchitas negras contra la nieve. Fueron vistos por primera vez muy temprano en la mañana, arriba, cerca del hombro de Peol Jagganoth y parecían venir saliendo de Utnar Vehi. Todo el día vinieron. Y en el ocaso, justo antes que las luces salgan y los colores cambien, aparecieron frente a las puertas de cobre de Bethmoora. Llevaban estacas, como las que portan los mensajeros en esas tierras y parecieron sombríamente ataviados cuando los danzantes, con sus vestidos verde y lila, los rodearon. Aquellos europeos que estuvieron presentes y oyeron el mensaje entregado no conocían el lenguaje, y solamente captaron el nombre Uthar Vehi. Pero el mensaje fue breve, y pasó rápidamente de boca en boca, y casi al instante, la gente incendió sus viñedos y comenzó a huir de Bethmoora, dirigiéndose la mayoría hacia el norte, aunque algunos fueron al Este. Se precipitaron fuera de sus hermosas casas blancas y salieron a torrentes por las puertas de cobre. La vibración de tambang y del tittibuk súbitamente cesó así como la nota del zootibar, y el tintineante kalica se detuvo un momento después. Los tres extraños viajeros regresaron, inmediatamente al ser entregado su mensaje, por el mismo camino que habían venido. Era la hora en que una luz ya habría aparecido en alguna elevada torre y, ventana tras ventana, habría derramado en el crepúsculo su luz, que atemoriza a los leones, y las puertas de

cobre se habrían cerrado. Pero ninguna luz asomaba de las ventanas aquella noche, ni lo ha hecho desde entonces, y aquellas puertas de cobre fueron dejadas abiertas y nunca se han cerrado. El sonido crepitante del rojo fuego se elevaba desde los viñedos y el sonido de pies escapando suavemente. No hubo gritos, ni ningún otro sonido, sólo el rápido y determinado escape. Huyeron tan veloz y tranquilamente como un rebaño de ganado que escapa al ver repentinamente a un hombre. Era como si algo temido por generaciones hubiese sobrevenido, de lo que sólo podía escaparse a través de una huida inmediata, que no dejaba tiempo para indecisiones.

El miedo también tomó a los Europeos, que igualmente huyeron.

Y cuál era el mensaje; nunca lo he sabido.

Muchos creen que era un mensaje de Thuba Mlee, el misterioso emperador de aquellas tierras, jamás visto por hombre alguno, informando que Bethmoorta debía ser desalojada. Otros dicen que el mensaje era una advertencia de los dioses, mas si se trataba de dioses amigables o de dioses adversos, no lo saben. Y otros sostienen que la Plaga había asolado una línea de ciudades en Uthar Vehi, siguiendo el curso del viento suroeste que por muchas semanas había estado soplando entre ellas, hacia Bethmoora. Algunos dicen que la terrible enfermedad gnousar afectaba a los tres viajeros y que incluso sus mismas mulas se encontraban empapadas de ella, y suponen que el hambre los había conducido a la ciudad. Sin embargo, no sugieren alguna mejor razón para un crimen tan terrible.

Mas la mayoría cree que fue un mensaje del desierto mismo, quien es dueño de toda la Tierra hacia el sur, dictado con su peculiar bramido a aquellos tres hombres que conocían su voz, hombres que han estado en las desola-

das arenas sin tiendas durante la noche, que han estado día tras día sin agua, hombres que han estado allí donde el desierto murmura, y han llegado a conocer sus necesidades y su malevolencia. Dicen que el desierto tenía necesidad de Bethmoora, que deseaba entrar en sus hermosas calles y enviar a sus templos y a sus casas sus vientos de tormenta cargados de arena. Porque él odia, con su antiguo y maligno corazón, el sonido y la visión del hombre, y deseaba tener a Bethmoora silenciosa e imperturbable, guardada para el extraño amor que le susurra ante sus puertas.

Si supiera cuál fue el mensaje que los tres hombres en mulas llevaron y entregaron en la entrada de cobre, creo que iría y contemplaría Bethmoora una vez más. Pues aquí en Londres me sobreviene un gran anhelo de ver una vez más aquella blanca y hermosa ciudad. Sin embargo, no me atrevo pues no sé qué peligro tendré que enfrentar. Si acaso deberé arriesgarme a la furia de los terribles y desconocidos dioses, o a alguna enfermedad lenta e innombrable, o a la maldición del desierto, o la tortura en alguna pequeña habitación privada del Emperador Thuba Mleen, o a algo que los viajeros no han revelado, quizá más temible aún.

CARONTE

CARONTE se inclinó hacia delante y remó. Todas las cosas eran una con su cansancio.

Para él no era una cosa de años o de siglos, sino de ilimitados flujos de tiempo, y una antigua pesadez y un dolor en los brazos que se habían convertido en parte de un esquema creado por los dioses y en un pedazo de Eternidad.

Si los dioses le hubieran mandado siquiera un viento contrario esto habría dividido todo el tiempo en su memoria en dos fragmentos iguales.

Tan grises resultaban siempre las cosas donde él estaba que si alguna luminosidad se demoraba entre los muertos, en el rostro de alguna reina como Cleopatra, sus ojos no podrían percibirla.

Era extraño que actualmente los muertos estuvieran llegando en tales cantidades. Llegaban de a miles cuando acostumbraban a llegar de a cincuenta. No era la obligación ni el deseo de Caronte considerar el porqué de estas cosas en su alma gris. Caronte se inclinaba hacia adelante y remaba.

Entonces nadie vino por un tiempo. No era usual que los dioses no mandaran a nadie desde la Tierra por aquel espacio de tiempo. Mas los Dioses saben.

Entonces un hombre llegó solo. Y una pequeña sombra se sentó estremeciéndose en una playa solitaria y el gran bote zarpó. Sólo un pasajero; los dioses saben. Y un Caronte grande y cansado remó y remó junto al pequeño, silencioso y tembloroso espíritu.

Y el sonido del río era como un poderoso suspiro lanzado por Aflicción, en el comienzo, entre sus hermanas, y que no pudo morir como los ecos del dolor humano que se apagan en las colinas terrestres, sino que era tan antiguo como el tiempo y el dolor en los brazos de Caronte.

Entonces, desde el gris y tranquilo río, el bote se materializó en la costa de Dis y la pequeña sombra, aún estremeciéndose, puso pie en tierra, y Caronte volteó el bote para dirigirse fatigosamente al mundo. Entonces la pequeña sombra habló, había sido un hombre.

“Soy el último”, dijo.

Nunca nadie antes había hecho sonreír a Caronte, nunca nadie antes lo había hecho llorar.

DE CÓMO LLEGÓ EL ENEMIGO A THLUNRANA

DESDE hace mucho tiempo había sido profetizado y previsto de antiguo que el enemigo llegaría a Thlunrana. Y se conocía la fecha de su destrucción y la puerta por la que aquél entraría, aunque nadie había profetizado quién sería el enemigo, excepto que se trataría de uno de los dioses que vivían entre los hombres. Mientras tanto, Thlunrana, esa lamasería secreta, esa catedral mayor de la magia, era el terror del valle en el que estaba asentada y de todas las tierras que lo circundaban. Sus ventanas eran tan estrechas y altas, y tan extrañas cuando estaban iluminadas de noche, que parecían contemplar a la gente con una diabólica mirada de soslayo, como si guardaran algún secreto en la oscuridad. Quiénes eran los magos y sus delegados y el gran hechicero jefe de aquel furtivo lugar nadie lo sabe, pues iban cubiertos con capas, capuchas y velos totalmente negros.

Aunque su destrucción estaba próxima y el enemigo de la profecía debía llegar aquella misma noche a través de la puerta abierta del sur que llamaban la Puerta de la Perdición, la rocosa estructura de Thlunrana permane-

cía todavía misteriosa, venerable, terrible, oscura, y espantosamente coronada por su funesto destino. No era frecuente que alguien se atreviera a vagar de noche por las cercanías de Thlunrana, cuando el lamento de los magos invocando no se sabe a Quién se alzaba débilmente desde las cámaras interiores, asustando a los murciélagos a la deriva; mas la última noche llegó el hombre de la cabaña con techo de paja negro junto a los cinco pinos, ya que quería ver Thlunrana una vez más antes de que el enemigo, que aunque vivía entre los hombres era divino, viniera contra ella y la destruyera. Ascendió el sombrío valle con audacia, mas sus temores fueron en aumento; su valor le sostenía todavía aunque le empezaba a flaquear. Entró por la puerta del sur que llaman Puerta de la Perdición. Llegó a un oscuro vestíbulo y, subiendo una escalera de mármol, pasó a ver lo que quedaba de Thlunrana. Apartó una cortina de terciopelo negro y entró en una cámara, más tenebrosa que cualquier otra que pueda uno imaginarse, donde colgaban otras muchas cortinas. En otra cámara sombría, vislumbrada a través de una arcada, unos magos con cirios encendidos practicaban su magia y decían conjuros en voz baja. Todas las ratas del lugar habían desaparecido, yéndose gimoteando escalera abajo. El hombre de la cabaña con techo de paja negro atravesó esta segunda cámara: los magos no le miraron ni cesaron de susurrar. Dejó atrás pesadas cortinas, también de terciopelo negro, y entró en una cámara de mármol negro donde nada se movía. Únicamente ardía un cirio en aquella tercera cámara; no había ventanas. Sobre el pulido suelo, al pie de la lisa pared, se levantaba un pabellón de seda con sus cortinas corridas: era el sanctasanctórum de aquel siniestro lugar, su misterio más recóndito. A uno y otro lado había enigmáticas figuras agachadas, hombres o mujeres, o estatuas cubier-

tas, o bestias amaestradas para estar calladas. Y cuando la horrible quietud de aquel lugar era mayor de lo que podía soportar, el hombre de la cabaña con techo de paja negro junto a los cinco pinos se dirigió al pabellón de seda y, descorriendo con determinación una de las cortinas, contempló el misterio oculto y se rió. Y la profecía se cumplió, y Thlunrana nunca más fue el terror del valle, sino que los magos abandonaron sus terroríficas salas y huyeron a campo abierto, lamentándose y dándose golpes de pecho, pues la risa era el enemigo que, según estaba predestinado, vendría contra Thlunrana por la puerta del sur conocida como la Puerta de la Perdición, y aunque habita entre los hombres se trata de uno de los dioses.

DÍAS DE OCIO EN EL YANN

Así bajé a través del bosque hasta la rivera del Yann y encontré, como había sido profetizado, al barco Pájaro del Río a punto de soltar amarras.

El capitán estaba sentado de piernas cruzadas sobre la blanca cubierta, a su lado la cimitarra dentro de su vaina enjoyada, y los marineros afanados en desplegar las ágiles velas para dirigir el barco hacia el centro de la corriente del Yann, cantando durante todo el tiempo dulces canciones antiguas. Y el viento fresco del atardecer, que descende desde los ventisqueros donde tienen sus moradas montañosas los dioses distantes, llegó súbitamente, como las buenas nuevas a una ciudad ansiosa, a las velas con forma de alas.

Y así llegamos a la corriente central, donde los marineros bajaron las grandes velas. Pero yo había ido a dar mis reverencias al capitán, y a consultarle acerca de los milagros y apariciones de los más sagrados dioses entre los hombres, cualquiera fuera la tierra de su procedencia. Y el capitán respondió que venía de la lejana Belzoond, y que adoraba a los dioses más pequeños y humildes, aque-

llos que rara vez enviaban la hambruna o el trueno y que eran fácilmente aplacados con pequeñas batallas. Y yo le conté que venía de Irlanda, que está ubicada en Europa, ante lo cual el capitán y sus marineros rieron porque, dijeron, “No hay lugares como ese en todo el País del Sueño”. Cuando acabaron de burlarse de mí, les expliqué que mi imaginación moraba principalmente en el desierto de Cuppar-Nombo, en una hermosa ciudad llamada Golthoth la Maldita, que era custodiada completamente por los lobos y sus sombras, y que ha estado deshabitada por años y años debido a una maldición dicha en la ira de los dioses y que desde entonces no han podido revocar. Y algunas veces mis sueños me llevaban tan lejos, hasta Pungar Vees, la ciudad de los muros rojos donde se encuentran los manantiales, la que comercia con Isles y Thul. Cuando dije esto me felicitaron por la morada de mis sueños, diciendo que, aunque ellos jamás han visto dichas ciudades, lugares como esos pueden bien ser imaginados. Durante el resto de la velada negocié con el capitán la suma que debería pagarle por el viaje, si Dios y la marea del Yann, nos llevaban a salvo hasta los arrecifes junto al mar, llamados Bar-Wul-Yann, la Puerta del Yann.

Y ahora el sol se había puesto, y todos los colores del mundo y del cielo han conservado un festival con él, y se han escabullido, uno a uno, antes de la inminente llegada de la noche. Los papagayos de ambas riberas han volado a casa, hacia la jungla; los monos, en hileras, sobre las altas ramas de los árboles, estaban en silencio y dormidos; las luciérnagas, en las profundidades del bosque, iban de arriba abajo; y las grandiosas estrellas salieron brillando para contemplar la superficie del Yann. Entonces los marineros encendieron las linternas y las colgaron alrededor del barco, y la luz destelló repentinamente sobre un Yann encandilado, y los patos que se alimentan a

lo largo de sus cenagosas márgenes se elevaron de súbito, y trazaron amplios círculos en el aire, y vieron las distantes extensiones del Yann y la niebla blanca que suavemente cubría la selva, antes de retornar nuevamente a sus ciénagas.

Y entonces los marineros se arrodillaron sobre las cubiertas y oraron, no todos a la vez, sino cinco o seis por turno. Lado a lado se arrodillaron juntos cinco o seis, porque sólo oraban al mismo tiempo aquellos hombres con distintas fés, así ningún dios tendría que oír a dos hombres rezándole a la vez. Tan pronto como alguno terminaba su oración, otro de la misma fe tomaría su lugar. De esta forma, se arrodillaba la fila de cinco o seis con las cabezas inclinadas bajo las flameantes velas, mientras la corriente central del Río Yann los llevaba hacia el océano, y sus oraciones subían entre las lámparas dirigiéndose hacia las estrellas. Y detrás de ellos, en el final del barco, el timonel oraba en voz alta la oración del timonel, que es rezada por todos aquellos que ejercen su oficio en el Río Yann, cualquiera sea la fe que tuviera. Y el capitán oraba a sus pequeños dioses menores, a los dioses que bendicen Belzoond.

Y yo también sentí que podría rezar. Sin embargo, no me gustaba rezarle a un Dios celoso, allí donde los frágiles y afectuosos dioses, que son adorados por los paganos, son humildemente invocados; entonces pensé, en cambio, en Sheol Nugganoth, a quien los hombres de la selva han abandonado desde hace mucho, quien no es ahora venerado y está solitario; y a él le recé.

Y sobre nosotros rezando, la noche súbitamente cayó, así como cae sobre los hombres que oran al atardecer y sobre aquellos hombres que no lo hacen; sin embargo, nuestras plegarias aliviaron nuestras almas al pensar en la Gran Noche por venir.

Y así el Yann nos condujo magníficamente adelante, pues estaba exaltado por la nieve derretida que el Politidades le trajo desde las Colinas de Hap, y el Marn y el Migris estaban engrosados con las crecidas; y nos llevo en su fuerza por Kyph y Pir, y vimos las luces de Goolunza.

Pronto todos dormíamos excepto el timonel, quien mantenía el barco en la corriente central del Yann.

Cuando el sol salió el timonel cesó de cantar, pues con el canto alegraba la noche solitaria. Al cesar la canción súbitamente todos despertamos, y otro tomó el timón, y el timonel durmió.

Sabíamos que pronto llegaríamos a Mandaroon. Nos preparamos una merienda, y Mandaroon apareció. Entonces el capitán comandó, y los marineros soltaron nuevamente las grandiosas velas, y el barco viró y abandonó la corriente del Yann y se acercó a un puerto bajo los rojizos muros de Mandaroon. Entonces, mientras los marineros iban y recogían frutas, yo me dirigí solo a la entrada de Mandaroon. Unas cuantas cabañas se encontraban fuera de ella, en las cuales habitaba el guardia. Un vigilante con una larga y blanca barba se encontraba en la puerta, armado de una herrumbrosa lanza. Usaba unos grandes anteojos, que estaban cubiertos de polvo. A través de la puerta vi la ciudad. Una quietud mortal se cernía sobre ella. Los caminos no parecían haber sido hollados, y el moho era grueso en las entradas de las puertas; en el mercado varias figuras acurrucadas dormían. Había un aroma a incienso y a amapolas quemadas, y un murmullo constante de campanas distantes. Le dije al guardia, en la lengua de la región del Yann, “Por qué todos duermen en esta apacible ciudad?”

Él contestó: “Nadie puede hacer preguntas en esta puerta por miedo a despertar a las personas de la ciudad. Pues cuando la gente de esta ciudad despierte, los

dioses morirán. Y cuando los dioses mueren los hombres no pueden soñar nunca más”. Y comencé a preguntarle qué dioses eran venerados en aquella ciudad, pero él levantó su lanza pues nadie debe hacer preguntas allí. Así que lo deje y volví al Pájaro del Río.

Ciertamente Mandaroon era bella, con sus blancos pináculos despuntando sobre sus rojizas murallas, y el verde de sus tejados de cobre.

Cuando regresé al Pájaro del Río, descubrí que los marineros habían retornado al barco. Pronto levamos anclas y navegamos nuevamente, y una vez más alcanzamos el centro del río. Y ahora el sol se estaba moviendo hacia las alturas, y allí en el Río Yann nos alcanzó la melodía de aquellas innumerables miríadas de coros que lo acompañan en su progreso alrededor del mundo.

Las pequeñas criaturas de muchas piernas habían extendido fácilmente sus diáfanas alas en el aire, como un hombre reposa sus codos en un balcón, y dieron jubilosas y ceremoniales alabanzas al sol; o se movían juntas en el aire oscilando en ágiles e intrincadas danzas; o se desviaban para evitar la arremetida de alguna gota de agua sacudida por el viento desde una orquídea de la jungla, templando el aire e impulsándolo delante de ellas, mientras se precipitaba zumbando, en su prisa, sobre la tierra; sin embargo, todo el tiempo cantaban triunfalmente. “Porque el día es para nosotras”, decían, “sea que nuestro gran y sagrado padre, el Sol, cree más vida como nosotras desde el cieno, o si todo el mundo terminase esta noche”. Y allí cantaban todas aquellas notas conocidas por oídos humanos, así como aquellas cuyas numerosas notas que jamás han sido escuchadas por el hombre.

Para aquellas un día lluvioso habría sido como una era de guerra que desolaría continentes durante una vida de hombre.

Y también aparecieron, desde la oscura y vaporosa jungla, para contemplar y regocijarse en el Sol, las gigantes y perezosas mariposas. Y danzaron, pero danzaron indolentemente, por los caminos del aire, como lo haría alguna altiva reina de tierras lejanas y conquistadas, en su pobreza y exilio en algún campamento de gitanos, por el pan para sobrevivir, sin embargo, más allá de aquello, jamás disminuiría su orgullo de danzar por un momento más.

Y las mariposas cantaron acerca de cosas extrañas y coloreadas, sobre orquídeas púrpuras y sobre perdidas ciudades rosa, y sobre los monstruosos colores de la selva descompuesta. Y también ellas estaban entre dichas voces no discernibles por oídos humanos. Y mientras flotaban sobre el río, yendo de bosque en bosque, su esplendor era rivalizado por la belleza hostil de los pájaros que se lanzaban a perseguirlas. O algunas veces se posaban sobre las flores, que parecían de cera, de la planta que se arrastra y trepa por los árboles del bosque; y sus alas púrpuras fulguraban desde las flores, como las caravanas que van desde Nurl a Thace, las brillantes sedas llameando sobre la nieve cuando los astutos mercaderes las despliegan, una a una, para asombrar a los montañeses de las Colinas de Noor.

Sin embargo, sobre hombres y bestias, el sol envió somnolencia. Los monstruos del río, a lo largo de sus márgenes, yacían dormidos en el cieno. Los marineros armaron una tienda en cubierta, con borlas doradas para el capitán, y todos se deslizaron, excepto el timonel, bajo una vela que habían colgado como un toldo entre dos mástiles. Entonces narraron historias, cada una de la propia ciudad o sobre los milagros de su dios, hasta que todos cayeron dormidos. El capitán me ofreció el amparo de su tienda de borlas doradas, y allí hablamos por un

rato, él contándome que llevaba mercancía a Perdóndaris, y que llevaría de vuelta a la hermosa Belzoond cosas relacionadas con los asuntos del mar. Entonces, mientras miraba a través de la apertura de la tienda a las brillantes aves y mariposas que cruzaban y cruzaban sobre el río, me dormí, y soñé que era un monarca entrando a su capital bajo arcos de estandartes, y todos los músicos del mundo estaban allí, tocando melodiosamente sus instrumentos; pero nadie se alegraba.

En la tarde, cuando el día refrescó nuevamente, desperté y encontré al capitán ciñéndose su cimitarra, la que se había quitado para descansar.

Y ahora nos estábamos acercando a la gran corte de Astahahn, que se abre sobre el río. Extraños botes de antaño se encontraban encadenados a las escalinatas. Al acercarnos vimos el atrio abierto de mármol, donde en tres de sus lados se alzaba la ciudad sobre columnas. Y la gente de aquella ciudad paseaba por el patio y las columnas con solemnidad y cuidado, de acuerdo a los ritos de ceremoniales antiguos. Todo en dicha ciudad era de antigua factura; la talla de las casas, que, cuando el tiempo las ha quebrado, se han mantenido sin ser reparadas, era de los tiempos más remotos, y por todas partes había representaciones en piedra de bestias que hace mucho tiempo dejaron de existir sobre la Tierra: el dragón, el grifo y el hipogrifo, y las distintas especies de gárgolas. Nada podía encontrarse en Astahahn, ya fuera material o costumbre, que fuera nuevo. De esta forma, ellos no tomaron nota de nuestra presencia, sino que continuaron sus procesiones y ceremonias en la antigua ciudad, y los marineros, conociendo su tradición, no tomaron nota de ellos. Pero yo, al acercarnos, me dirigí a uno que se encontraba al borde del agua, preguntándole qué hacían los hombres en Astahahn y cuál era su mercancía, y con quién la co-

merciaban. Él dijo: “Aquí hemos encadenado y esposado al Tiempo, quien de otra manera asesinaría a los dioses”.

Le pregunté qué dioses veneraban en dicha ciudad, y él dijo: “Todos aquellos dioses que el Tiempo no ha mata-do aún”. Entonces se dio la vuelta y no diría nada más, y se afaná en comportarse de acuerdo a la antigua costum-bre. De esta forma, de acuerdo a la voluntad del Yann, nos dirigimos hacia delante y dejamos Astahahn, y en-contramos en mayores cantidades a aquellas aves que hacen de los peces sus víctimas. Y eran de plumaje mara-villoso, y no venían de la jungla, sino que volaban, con sus largos cuellos estirados delante de ellos, y sus patas des-cansado hacia atrás en el viento, directamente río arriba sobre la corriente central.

Y la tarde comenzó a recogerse. Una niebla blanca y gruesa había aparecido sobre el río, y suavemente se es-taba elevando. Se asía a los árboles con largos e impalpa-bles brazos, elevándose más y más, enfriando el aire; y unas figuras blancas se alejaban hacia la selva, como si fueran los fantasmas de marineros náufragos buscando furtivamente a aquellos espíritus del mal que hace tanto tiempo los hicieron zozobrar en el Yann.

Mientras el sol se hundía detrás del campo de orquí-deas que crecía en las enmarañadas cimas de la selva, los monstruos del río se asomaron, revolcándose, del lodo en el cual habían descansado durante el calor del día, y las grandes bestias de la selva bajaron a beber. Las mari-posas, hacía poco, se habían ido a descansar. Y en los pe-queños y estrechos estuarios que pasamos, la noche pa-recía ya haber caído, a pesar de que el sol, que para noso-tros había desaparecido, aún no se había puesto.

Y ahora los pájaros de la selva vinieron volando a casa, muy por arriba de nosotros, con la luz del sol resplande-ciendo rosada sobre sus pechos, y bajaron sus alas tan

pronto como vieron el Yann, y se dejaron caer sobre los árboles. Y la marea comenzó a subir el río en grandes bandadas, todas silbando, y súbitamente todas virarían e bajarían nuevamente. Y allí, junto a nosotros, estaba el pequeño y tornasolado turro, con su forma de flecha; y oímos los gritos variados de las bandadas de gansos, los cuales, según me contaron los marineros, habían recién llegado cruzando las cordilleras de Lispasian; cada año venían por la misma vía, cerca de la cima del Mluna, dejándolo a su izquierda; y las águilas montañosas conocen el camino por el que vienen y, según los hombres, hasta la misma hora, y cada año las esperan por la misma vía tan pronto como las nieven caen sobre las Planicies del Norte. Pero pronto estuvo tan oscuro que no vimos más a esas aves, y sólo oímos el zumbido de sus alas, y de otras tantas innumerables, hasta que todas se establecieron en las riberas del río, y fue la hora en que las aves nocturnas salen. Entonces los marineros prendieron las linternas para la noche, y aparecieron enormes mariposas nocturnas, aleteando alrededor del barco, y por momentos, sus magníficos colores eran revelados por las linternas, para pasar nuevamente a la noche, donde todo era negrura. Y nuevamente los marineros oraron, y posteriormente cenamos y dormimos, y el timonel tomo nuestras vidas a su cuidado.

Al despertar descubrí que realmente habíamos llegado a Perdóndaris, la famosa ciudad. Pues allí, a nuestra izquierda, se alzaba una ciudad hermosa y notable, y de lo más agradable a la vista, luego de la selva, que estuvo tanto tiempo con nosotros. Y atracamos cerca del mercado, y toda la mercancía del capitán fue exhibida, y un mercader de Perdóndaris la estaba observando. Y el capitán tenía en la mano su cimitarra, y golpeaba furiosamente la cubierta con ella, y las astillas volaban desde

los blancos maderos; porque el comerciante le había ofrecido un precio por la mercancía que el capitán había considerado como un insulto, hacia sí mismo y hacia los dioses de su tierra, de quienes ahora hablaba como grandes y terribles y cuyas maldiciones eran espantosas. Sin embargo, el mercader agitó sus manos, las cuales eran realmente gordas, mostrando sus rosadas palmas, y juró que no pensaba en sí mismo, sino solamente en las pobres gentes de las cabañas, más allá de la ciudad, a quienes él deseaba vender la mercancía al precio más bajo posible, sin obtener él ninguna remuneración. Pues la mercancía consistía principalmente en el grueso toomarund, que en el invierno aleja el viento del suelo, y tollub, que la gente quemaba en pipas. Entonces el mercader dijo que si ofrecía un piffek más, la pobre gente se quedaría sin su toomarund para el invierno, y sin su tollub para las tardes, o de otra forma, él y su anciano padre morirían de hambre. En ese mismo instante, el capitán llevó su cimitarra hacia su propia garganta, diciendo que era un hombre arruinado, y que nada más quedaba para él que la muerte. Y mientras cuidadosamente levantaba su barba con la mano izquierda, el mercader miró nuevamente la mercancía y dijo que, en vez de ver morir a un capitán tan valioso, un hombre por el cual había concebido un aprecio especial al verlo por primera vez manejar su barco, prefería que él y su anciano padre perecieran de hambre, por lo que ofreció quince piffeks más.

Cuando dijo esto, el capitán se prosternó y pidió a sus dioses que endulzaran el amargo corazón de este mercader, pidió a sus pequeños dioses menores, a los dioses que bendicen Belzoond.

Finalmente, el mercader ofreció cinco piffeks más. Entonces el capitán lloró pues, dijo, había sido abandonado por sus dioses; y el comerciante también lloró, por-

que, dijo, pensaba en su anciano padre y en cuán pronto moriría de hambre, y escondió su rostro sollozante entre sus dos manos, y entre los dedos miró nuevamente el tollub. Y así la negociación fue concluida, y el mercader tomó el toomarund y el tollub, pagando por ellos de su grande y tintineante monedero. Y fueron empacados en fardos nuevamente, y tres de los esclavos del mercader los cargaron sobre sus cabezas hacia la ciudad. Y durante todo este tiempo los marineros estuvieron sentados en silencio, las piernas cruzadas en una medialuna sobre la cubierta, ansiosamente siguiendo el negocio, y ahora un murmullo de satisfacción se elevó entre ellos, y comenzaron a compararlo con otros negocios de los que han sabido. Y me enteré por ellos que en Perdóndaris hay siete mercaderes, y que todos habían acudido al capitán, uno a uno, antes que las negociaciones comenzaran, y cada uno le había prevenido, privadamente, en contra de los otros. Y a todos los comerciantes el capitán les había ofrecido el vino de su propia tierra, que se fabrica allá en Belzoond, pero no pudo persuadirlos. Pero ahora que el trato estaba hecho, y los marineros estaban sentados para la primera merienda del día, el capitán apareció entre ellos con un tonel de vino, y lo espitamos con cuidado y nos divertimos en conjunto. Y el corazón del capitán estaba contento pues sabía que era honorable a los ojos de sus hombres, por el negocio que había hecho. De esta forma, los marineros bebieron el vino de su tierra natal, y pronto sus pensamientos regresaron a la hermosa Belzoond y a las pequeñas ciudades vecinas, Durl y Duz.

Sin embargo, para mí, el capitán escanció en un pequeño vaso un poco de vino espeso y amarillo desde una pequeña jarra, que mantenía aparte, entre sus objetos sagrados. Era grueso y dulce, como la miel, pero había en

su corazón un fuego poderoso y ardiente, que tenía autoridad sobre las almas humanas. Estaba hecho, me dijo el capitán, con gran delicadeza por el arte secreto de una familia de seis miembros que moraba en una choza en las montañas de Hiam Min. Me dijo que una vez, en aquellas montañas, seguía la huella de un oso y que, súbitamente, se encontró con un hombre de dicha familia que había cazado al mismo oso, y que se encontraba al borde de un estrecho camino rodeado de precipicios, y su lanza estaba clavada en el oso, y la herida no era fatal, y no tenía otra arma. Y el oso se dirigía hacia el hombre, muy lentamente, porque su herida empezaba a molestarle, aunque no estaba muy cerca. Y lo que el capitán hizo no lo contó, pero cada año, tan pronto como las nieves se endurecen y es fácil viajar por el Hian Min, aquel hombre baja al mercado en las praderas, y siempre deja en la puerta de la hermosa Belzoond una vasija de aquel invaluable y secreto vino, para el capitán.

Y mientras sorbía el vino y el capitán hablaba, me acordé de las cosas nobles que hacía tiempo había planificado resueltamente, y mi alma pareció más poderosa dentro de mí y pareció dominar toda la corriente del Yann. Puede ser que en ese momento me durmiera. O, si no lo hice, no puedo recordar minuciosamente cada detalle de las ocupaciones de dicha mañana. Desperté hacia el atardecer, deseando ver Perdóndaris antes de abandonarla por la mañana, e incapaz de despertar al capitán, me dirigí solo a tierra. Perdóndaris era de hecho una ciudad poderosa; estaba cercada por una muralla de gran fuerza y altura, que tenía caminos huecos para el paso de las tropas, y almenas en toda su extensión, y quince resistentes torres, una a cada milla, y placas de cobre, abajo donde los hombres pudieran leerlas, contando en todas las lenguas de aquellas partes de la Tierra —un idioma en cada

placa— la historia de cómo una vez un ejército atacó Perdóndaris y lo que le sobrevino. Entonces entré a Perdóndaris y encontré a todos danzando, vestidos en sedas brillantes, tocando el tam-bang, mientras bailaban. Porque una terrible tormenta los había aterrorizado mientras yo dormía, y los fuegos de la muerte —decían— habían danzado sobre Perdóndaris, pero ahora la tormenta se había ido lejos, saltando, inmensa, negra y espantosa, decían, sobre las colinas distantes, y que se había girado, gruñéndoles, mostrando sus destellantes dientes, y que mientras se alejaba, azotó las cumbres hasta que retumbaron como si hubieran sido de bronce. Y frecuentemente detenían sus danzas alegres y oraban al Dios que no conocían: “Oh, Dios que no conocemos, Te agradecemos por mandar de vuelta la tormenta a sus colinas”. Y seguí avanzando hasta llegar al mercado, donde sobre el pavimento de mármol vi al mercader durmiendo y respirando pesadamente, con su rostro y palmas de las manos hacia el cielo, y los esclavos lo abanicaban para mantener alejadas a las moscas. Y desde el mercado llegué a un templo de plata y luego a un palacio de ónix, y había muchas maravillas en Perdóndaris, y me hubiera quedado para verlas todas; sin embargo, cuando llegué a la muralla exterior de la ciudad, vi de pronto una inmensa puerta de marfil. Por un momento me detuve a admirarla, mas cuando me acerqué percibí la horrorosa verdad. ¡La puerta estaba tallada en una sola y sólida pieza!

Escapé entonces por la entrada y bajé hacia el barco, incluso mientras corría creía oír en la distancia, detrás de mí en las colinas, las pisadas de la temible bestia que dejó caer aquella masa de marfil, y que, tal vez, estuviera buscando su otro colmillo. Cuando estuve de nuevo en el barco me sentí más seguro, y no conté nada de lo que había visto a los marineros.

Y ahora el capitán despertaba gradualmente. La noche se estaba enrollando desde el Este y el Norte, y sólo los pináculos de las torres aún tomaban la caída luz del sol. Entonces me dirigí al capitán y, tranquilamente, le conté la cosa que había visto. E inmediatamente me preguntó acerca de la puerta, en voz baja, para que los marineros no se enteraran; y le conté que el peso era tal, que no podía haber sido traída desde lejos, y el capitán sabía que no había estado allí un año atrás. Concordamos en que aquella bestia no podría ser destruida por ningún ataque humano, y que la puerta debía ser un colmillo caído, uno caído cerca y recientemente. Ante esto, decidió que era mejor escapar de una vez, así ordenó, y los marineros fueron hacia las velas, y otros levaron el ancla, y justo cuando el pináculo de mármol más alto perdía sus últimos rayos de sol, dejamos Perdóndaris, la famosa ciudad. Y la noche cayó y cubrió Perdóndaris y la escondió a nuestros ojos, y, como han sucedido las cosas, para siempre; pues he oído que algo veloz y sorprendente súbitamente hundió Perdóndaris en un día: torres, muros y gente.

Y la noche se profundizaba en el Río Yann, una noche toda blanca en estrellas. Y con la noche emergió la canción del timonel. Tan pronto como terminó de rezar, comenzó a cantar para darse ánimos a través de la noche solitaria. Pero primero rezó, recitando la plegaria del timonel. Y esto es lo que recuerdo de ella, traducida al Inglés, con un pálido equivalente de aquel ritmo que parecía tan resonante en aquellas noches tropicales.

“Para cualquier dios que escuche

Donde quiera que haya marineros, de río o de tierra; sea oscuro su camino o sea a través de la tormenta; sean sus peligros las bestias o la roca; o de enemigo acechando

en tierra o persiguiéndolo en el mar; donde sea que el timón esté helado o el timonel rígido; donde sea que los marineros duerman y el timonel vigila: guádanos, guíanos y regrésanos a la antigua tierra que nos ha conocido: a los lejanos hogares que conocemos.

Para todos los dioses que existen

Para cualquier dios que escuche”.

De esta forma rezó, y hubo silencio. Y los marineros se tendieron a descansar en la noche. El silencio se hizo más profundo, y sólo era quebrado por los murmullos del Yann que, suavemente acariciaba nuestra proa. Una que otra vez algún monstruo del río tosía.

Silencio y murmullos, murmullos y silencio.

Muchas canciones cantó, contándole al vasto y exótico Yann las pequeñas historias y menudencias de Durl, su ciudad. Y las canciones brotaban sobre la negra jungla y subían al frío y claro aire arriba, y las grandes constelaciones de estrellas que miraban al Yann conocieron los asuntos de Durl y de Duz, y sobre los pastores que habitaban en los campos intermedios, y de las manadas que poseían, y de los amores que habían amado, y todas las pequeñas cosas que deseaban hacer. Y, súbitamente, mientras me arropaba en pieles y frazadas escuchando esas canciones, y miraba aquellas fantásticas formas de los grandiosos árboles, parecidos a negros gigantes merodeando en la noche, me quedé dormido.

Cuando desperté una gran niebla se estaba retirando del Yann. Y la corriente del río daba tumbos tumultuosamente, y pequeñas olas aparecieron; porque el Yann había oído, desde la distancia, el antiguo risco de Glorm, sabiendo que sus frescas cañadas se encontraban adelante, donde encontraría al salvaje y alegre Irillion, regocijándose de glaciares. De esta forma, se sacudió el tórpido sueño que había caído sobre él en la aromática y cálida

selva, y olvidó sus orquídeas y sus mariposas, y pasó turbulento, expectante, fuerte; y pronto aparecieron destellando, las cumbres nevadas de las Colinas de Glorm. Y los marineros ya estaban despertando del sueño. Momentos después comimos, y el timonel se tendió a dormir mientras un camarada lo remplazaba, y todos extendieron sobre él sus pieles favoritas.

Y en un instante, oímos el sonido del Irillio mientras baja danzando por los campos de hielo.

Entonces vimos frente a nosotros la hondonada, escarpada y lisa, hacía la cual el Yann, a saltos, nos conducía. Así dejamos la vaporosa selva y respiramos el aire de montaña; los marineros se irguieron y tomaron grandes bocanadas de él, y pensaron en sus lejanas colinas de Acrotia, donde se encontraban Durl y Duz, y abajo, en la planicie, la bella Belzoond. Una gran sombra se cernió sobre las colinas de Glorm, pero los peñascos arriba, cual deformes lunas, fulguraban, casi iluminando la penumbra. Más y más fuerte oímos la canción del Irillion, el sonido de su danza al bajar de los ventisqueros. Y pronto lo vimos, blanco y cubierto de brumas, engalanado con delicados y pequeños arco iris que había arrancado cerca de la cima, de algún jardín celestial del Sol. Luego se dirigió hacia el océano junto al inmenso y gris Yann, y la hondonada se ensanchó y se abrió al mundo, y nuestro tambaleante barco salió a la luz del día.

Toda aquella mañana y la tarde navegamos por las ciénagas de Pondooverly, donde el Yann se ensanchaba y fluía lenta y solemnemente, y el capitán ordenó a los marineros tocar las campanas para así vencer la melancolía del pantano.

Finalmente divisamos las Montañas Irusian, que protegen a los poblados de Pen-Kai y Blut, y las maravillosas calles de Mlo, donde los sacerdotes aplacan con vino

y maíz a la avalancha. Entonces cayó la noche sobre las planicies de Tlun, y vimos las luces de Cappadarnia. Oímos a los Pathnites golpeando los tambores mientras pasamos Imaut y Golzunda, luego todos dormimos, excepto el timonel. Y las villas dispersas a lo largo de las riberas del Yann oyeron toda esa noche, en la desconocida lengua del timonel, las pequeñas historias de ciudades que no conocían.

Desperté antes del amanecer con una sensación de infelicidad, antes de recordar el por qué. Entonces recordé que, en la tarde de aquel día, de acuerdo a las posibilidades previstas, deberíamos llegar a Bar-Wul-Yann y yo debería despedirme del capitán y sus marineros. Y yo había apreciado a ese hombre pues me había convidado con aquel vino amarillo que mantenía apartado junto a sus objetos sagrados, y me había contado muchas historias acerca de su hermosa Belzoond, entre las Colinas Acrotas y el Hian Min. Y me habían gustado las costumbres de los marineros, y las plegarias dichas, lado a lado, al atardecer, sin jamás desvalorizar al dios extranjero. Y también me gustaba la tierna manera en que frecuentemente hablaban de Durl y de Duz, pues es bueno que el hombre ame sus ciudades natales y las pequeñas colinas que las sostienen.

Y llegué a saber quiénes los recibirían al retornar a casa, y dónde imaginaban que el encuentro sucedería, algunos en un valle de las Colinas Acrotas, donde el camino sube desde el Yann, otros en la puerta de una de las tres ciudades, y otros en el hogar, junto a la hoguera. Y pensé en todos los peligros que nos habían amenazado, a todos por igual, fuera de Perdóndaris, un peligro muy real, así como las cosas han sucedido.

También pensé en la alegre tonada del timonel en la fría y solitaria noche, y cómo él había tomado nuestras

vidas en sus cuidadosas manos. Y mientras reflexionaba sobre esto, el timonel dejó de cantar, y miré hacia arriba y vislumbré en el cielo una luz pálida que había aparecido, y la solitaria noche había pasado; y el amanecer creció, y los marineros despertaron.

Y pronto vimos la marea del mismo océano avanzando, resueltamente, entre las orillas del Yann, y el Yann saltó graciosamente y lucharon por un momento; luego el Yann, y todo lo suyo, fue empujado hacia el norte, por lo que los marineros tuvieron que izar las velas, y como el viento era favorable, seguimos adelante.

Y pasamos Góndara y Narl, y Hoz. Y vimos la memorable y sagrada Golnuz, y oímos a los peregrinos orando.

Al despertar de nuestro descanso del mediodía nos acercábamos a Nen, la última ciudad del Río Yann. Y nuevamente la jungla nos rodeaba por todos lados, así como a Nen; mas las grandes cordilleras de Mloon se erguían sobre todas las cosas, y observaban la ciudad más allá de la selva.

Aquí anclamos, y con el capitán fuimos a la ciudad y supimos que los Errantes habían venido a Nen.

Los Errantes eran una tribu extraña y oscura que, una vez cada siete años bajaba desde las cumbres de Mloon, cruzando por un paso que ellos conocen, desde una tierra fantástica situada más allá. Y toda la gente de Nen permanecía fuera de su casa, todos maravillándose en sus propias calles. Pues los hombres y las mujeres de los Errantes estaban amontonados en todas las vías, cada uno haciendo alguna cosa extraña. Algunos bailaban danzas asombrosas que habían aprendido del viento del desierto, curvándose y arremolinándose hasta que el ojo no podía seguirlos. Otros interpretaban en sus instrumentos hermosas y tristes tonadas, que estaban llenas de horror. ¿Qué almas se las habrán enseñado mientras vagaban de

noche por el desierto? Aquel lejano y extraño desierto del cual los Errantes provenían.

Ninguno de sus instrumentos eran conocidos en Nen, o en alguna región del Yann; incluso los cuernos de los que algunos estaban hechos, pertenecían a bestias que nadie ha visto a lo largo del río, ya que tenían barbas en las puntas. Y cantaban, en una lengua tampoco conocida, canciones que parecían estar emparentadas con los misterios de la noche y con el miedo irrazonable que encanta los lugares oscuros.

Todos los perros de Nen desconfiaban de ellos amargamente. Y los Errantes se contaban entre sí historias temibles, y aunque nadie en Nen conocía su idioma, podían distinguir el miedo en los rostros de sus interlocutores, y mientras el cuento continuaba, ponían los ojos en blanco, en vívido terror, como los ojos de una pequeña bestia a la que el águila ha atrapado. Luego el narrador de la historia sonreía y se detenía, y otro contaría su historia, y los labios del narrador del primer relato temblarían con terror. Y si, por casualidad, una serpiente mortal aparecía, los Errantes lo felicitarían como un hermano, y parecería que la serpiente les diera sus felicitaciones antes de seguir nuevamente. Una vez, la serpiente más fiera y letal del trópico, la enorme lythra, bajó de la selva y pasó por toda la calle, la calle principal de Nen, y ningún Errante se alejó de ella, mas tocaron sus tambores sonoramente, como si hubiera sido una persona de mucho honor; y la serpiente paso entre ellos y no derribó a ninguno.

Incluso los niños de los Errantes podían hacer cosas extrañas, si alguno de ellos se encontraba con un niño de Nen, se mirarían uno a otro en silencio, con ojos grandes y graves; después, el niño de los Errantes sacaría, lenta-

mente de su turbante, un pez o una serpiente vivos. Los niños de Nen no podían hacer ninguna de esas cosas.

Cuánto me hubiera gustado quedarme y oír el himno con el que reciben a la noche, que es contestado por los lobos en las alturas del Mloon, pero nuevamente era tiempo de levar anclas y que el capitán regresara de Bal-Wul-Yann por la corriente que va hacia a tierra. Entonces subimos al barco y continuamos río abajo. Y el capitán y yo conversamos un rato, pues ambos pensábamos en nuestra separación, la que sería por mucho tiempo, y miramos, en cambio, el esplendor del sol occidental. Porque el sol era de un dorado rojizo, pero una tenue y baja bruma cubría la selva, y en ella se depositaba el humo de las pequeñas ciudades selváticas, y el humo de ellas se reunía en la bruma y formaban una sola neblina, que se tornó púrpura y era iluminada por el sol, mientras los pensamientos de los hombres santificaron con cosas grandiosas y sagradas. Eventualmente, una columna de humo de alguna casa solitaria se elevaba más alto que el humo de las ciudades, y brillaba solitario en el sol.

Y cuando los rayos del sol estaban casi a nivel, vimos lo que yo había venido a ver, pues de las dos montañas que se erguían a ambas orillas, salían hacia el río dos riscos de mármol rosa, resplandeciendo en la luz del sol bajo, y eran suaves y altos como una montaña, y casi se encontraban, y el Yann paso entre ellas dando tumbos, y encontró el mar.

Y esta era Bar-Wul-Yann, la Puerta del Yann, y, en la distancia, entre la abertura de aquellas barreras, vi el indescriptible azul del mar, donde los pequeños botes de pesca resplandecían.

Y llegó el atardecer y el breve crepúsculo, y la regocijante gloria de Bar-Wul-Yann se había ido, mas los acantilados rosa aún brillaban, la maravilla más hermosa que

se ha visto —incluso en una tierra de prodigios. Y pronto el crepúsculo dio paso a las incipientes estrellas, y los colores de Bar-Wul-Yann se fueron consumiendo. Y la visión de esos riscos era para mí como la cuerda de música arrancada del violín por la mano de un maestro, y que lleva al Cielo de las Hadas los espíritus temblorosos de los hombres.

Y a la orilla se anclaron y no fueron más lejos, porque ellos eran marineros del río y no del océano, y conocían el Yann, pero no las mareas más allá.

Y llegó el momento en que el capitán y yo debíamos separarnos, él para retornar nuevamente a su hermosa Belzoond, divisable desde las lejanas cumbres del Hian Min, y yo, para encontrar, por extraños medios, mi camino de vuelta a aquellos brumosos campos que los poetas conocen, donde se encuentran unas pequeñas y misteriosas cabañas, desde cuyas ventanas, mirando hacia el oeste, se pueden avistar los campos de los hombres, y mirando hacia el este, las brillantes montañas de los elfos, coronadas de nieve, extendiéndose de cadena en cadena hasta la región del Mito, y más allá, hasta el reino de la Fantasía, que pertenecen al País del Sueño. No nos encontraríamos por mucho tiempo, quizá nunca, pues mi imaginación se ha debilitado al pasar de los años, y cada vez son más infrecuentes mis visitas al País del Sueño. Entonces nos dimos la mano, torpemente de su parte, pues éste no es el método de saludo en su tierra, y encomendó mi alma al cuidado de sus propios dioses, a aquellos dioses menores, los humildes, los dioses que bendicen Belzoond.

DONDE SUBEN Y BAJAN LAS MAREAS

SOÑÉ que había cometido un acto horrible, así que el entierro me fue negado en tierra y en mar, como si no hubiera infierno para mí.

Esperé por algunas horas, sabiendo de esto. Entonces mis amigos vinieron por mí, me llevaron a un pantanal secretamente y realizaron un antiguo ritual, iluminados con grandes antorchas.

Todo fue hecho en Londres, y ellos marcharon furtivamente en medio de brumas nocturnas, entre casas perversas, hasta que llegaron al río. Y el río y la marea del mar combatían una contra otra entre los bancos de lodo, y ambas eran negras y estaban llenas de luces. Un súbito interrogante se reflejó en los ojos de todos, cuando mis amigos se acercaron a la ribera con sus flameantes candelas.

Todas estas cosas que vi mientras me llevaban rígido y muerto, las percibí con mi alma, la que aún habitaba mis huesos, ya que no había infierno que me cobije, ya que se me había negado entierro cristiano.

Ellos me bajaron por una escalera que tenía verdín, y lentamente me acerqué al terrible fango. Ahí, en territorio de cosas olvidadas, cavaron una amplia fosa. Cuando hubieron terminado, me colocaron en la fosa, y súbitamente clavaron sus antorchas cerca del río. Y cuando el agua hubo crecido tanto que apagó el fuego, las mismas palidecieron y se vieron pequeñas a medida que se balanceaban con la corriente. Una vez que el glamour de la calamidad se hubo ido, me di cuenta que se venía el amanecer; y mis amigos se cubrieron las caras con sus capas, y la solemne procesión se convirtió en un grupo de fugitivos que se deslizaban furtivamente.

Entonces el barro se abalanzó y me cubrió todo a excepción de la cara. Yací solo, con un montón de cosas olvidadas, con cosas perdidas que la marea ya no tomaba más, con cosas inservibles e inútiles, y con esos horribles ladrillos que no eran ni de piedra ni de tierra. Yo carecía de cualquier sentimiento, ya que había sido asesinado, pero la percepción y el pensamiento me convertían en un alma muy infeliz.

El sol matinal se dilató, y vi las casas desoladas que poblaban las márgenes del río, y sus ventanas muertas observaban mis ojos muertos, ventanas que encerraban grandes sufrimientos. Me sentí tan desesperado ante tales cosas que quise gritar, pero no podía, ya que estaba muerto. Entonces tuve la certeza, como nunca antes la había tenido, que durante todos los años que estas casas habían querido gritar, estando muertas, estaban mudas. Y supe que hubiera estado mejor con las cosas olvidadas y perdidas si ellas hubieran podido llorar, pero no tenían ojos ni tampoco vida. Y yo, también, traté de llorar, pero ya no había lágrimas en mis ojos muertos. Y supe que el río podría haberse preocupado por nosotros, podría habernos estimado, podría habernos cantado, pero solo nos

barría de atrás para adelante, pensando solamente en las principescas embarcaciones.

Al final la marea hizo lo que el río no, y vino y me cubrió, y mi alma tuvo descanso en el agua verdosa, y se regocijó y creyó en el Sepelio en el Mar. Pero con la bajar el agua se fue nuevamente, y me dejó solo con barro cruel y entre las cosas olvidadas, que ya no estaban a la deriva, y con la vista de todas aquellas casas desoladas, y con la certeza que todos estábamos muertos.

En la lúgubre pared detrás mío, en medio de verdines, olvidados del mar, aparecieron varios oscuros túneles con sus pasadizos secretos y angostos. Desde ese momento las escurridizas ratas bajaron para mordisquearme, y mi alma se volvió a regocijar en la creencia que significaría su liberación de los malditos huesos a los que se le negó el entierro cristiano. Muy pronto las ratas retrocedieron un poco y murmuraron entre ellas. Jamás regresaron. Cuando me di cuenta que estaba condenado entre las ratas intenté llorar de vuelta.

Luego la marea volvió y anegó el desagradable barro, y cubrió las desoladas casas, calmando a las cosas olvidadas, y aliviando un poco mi alma por un rato, en la sepultura del mar. Y luego la marea me abandonó de nuevo.

Pasaron algunos años, de acá para allá. Hasta que los empleados del Municipio me encontraron y me dieron entierro decente. Fue la primer tumba en la que pude descansar. Esa misma noche mis amigos regresaron por mí. Me desenterraron y me pusieron de vuelta en el foso cavado en el fango.

De nuevo y de nuevo, a través de los años, mis huesos eran enterrados, pero siempre después del funeral, acechaba uno de aquellos hombres terribles quien, pronto la noche había caído, venía y me desenterraba, llevándome al mismo foso mugriento.

Y llegó el día en que el último de esos hombres que me habían hecho esta cosa terrible, murió. Escuché su alma yendo sobre el río, hacia el ocaso.

Y nuevamente tuve una esperanza.

Un par de semanas luego fui encontrado una vez más, y otra vez llevado de ese lugar hacia una sepultura en tierra consagrada, donde mi alma esperaba poder descansar.

Y una vez más vinieron hombres con capas y antorchas, que me llevaron de nuevo al barro, ya que la cosa se había convertido en una tradición y en un rito. Y todas las cosas olvidadas se burlaron de mí cuando me vieron regresar, ya que estaban celosas de mí cuando abandoné el lugar.

Y los años pasaron por la ribera donde las barcazas negras iban y venían, y el siglo entero pasó, y yo aún yacía ahí, sin ninguna esperanza, y sin querer atreverme a cobijar esperanza alguna sin una causa, por la terrible envidia e ira de las cosas que no podían vagar ya más.

Una gran tormenta nos sacudió, y el mar llegó hasta el río con el fiero viento del Sud, más poderoso que las monótonas olas; y vino con gran turbulencia sobre el desabrido barro. Y todas las cosas olvidadas se regocijaron, y se entremezclaron con cosas que habían sido más altas que ellas. Y fuera de su curso normal, el mar sacudió mis huesos indeciblemente. Y con la bajada de la marea mis huesos se fueron a dispersar entre muchas islas y en las costas de tierras continentales felices. Y, por un momento, mientras estaba tan desunido, mi alma casi fue libre.

Entonces, como legado de la luna, el constante fluir de la marea, deshizo lo que una vez hubo hecho la bajar, y rejuntó mis huesos del margen de islas soleadas, y de las orillas continentales, llevándolos hacia el norte, a

las bocas del Támesis, y más tarde conduciéndolos hacia el oeste, llegando por fin al foso en el barro, donde cayeron mis huesos nuevamente. El barro los cubrió parcialmente, dejando blancos el resto, ya que al barro ya no le importaban estas cosas olvidadas.

Luego la marea volvió, y vi los ojos muertos de las casas y de los celos de las cosas olvidadas que la tormenta consiguientemente no había acarreado.

Y algunos siglos más pasaron sobre el subir y bajar de las mareas y sobre la soledad de las cosas olvidadas. Y yo yacía ahí en el descuidado fango, sin nunca llegar a ser cubierto del todo, y siendo nunca capaz de ser libre, siempre deseoso de la gran caricia de la cálida Tierra o del confortable envoltorio del Mar.

Algunos hombres encontraban mis huesos y los enterraban, pero la tradición nunca moría, y los sucesores de mis amigos siempre me regresaban de nuevo al foso en el barro. Al final las barcas ya no volvieron más, y había pocas luces; los maderos ya no flotaban más, y fueron reemplazados por maderos arrancados en toda su natural simplicidad.

Al final me di cuenta que cerca mío estaba creciendo una brizna de hierba, y el musgo comenzaba a aparecer por sobre las casas muertas. Un día algunos camalotes vinieron a la deriva por el río.

Por varios años miré estos signos atentamente, hasta que tuve la certeza que Londres estaba muriendo. Entonces tuve una esperanza más, y a ambas riberas del río había ira entre las cosas perdidas. Gradualmente las horribles casas se fueron desmoronando, hasta que las pobres cosas muertas que nunca habían tenido vida, tuvieron entierro decente entre las hierbas y el musgo. Y al final el espino y las enredaderas germinaron. Finalmente las rosas salvajes crecieron sobre montículos que ha-

bían sido desembarcaderos y bodegas. Entonces supe que la causa de la Naturaleza había triunfado, y Londres había desaparecido.

El último hombre en Londres vino hasta la pared del río, cubierto por una antigua capa que fuera de uno de aquellos que una vez fuera mi amigo. Luego que se fue, nunca volví a ver de nuevo a un hombre: ellos desaparecieron junto con Londres.

Un par de días luego de que el último hombre se hubo ido, las aves llegaron a Londres; todas las avecillas que cantaban. Cuando ellas me vieron por primera vez, apreciando a mis costados, se acercaron un poco y conversaron entre ellas.

“Él únicamente pecó contra el Hombre,” dijeron; “no es nuestra disputa.”

“Seamos buenas con él,” dijeron.

Luego brincaron cerca mío y comenzaron a cantar. Fue durante la cercanía del crepúsculo, y de ambas riberas, y también desde el cielo, y desde los bosquecillos linderos que una vez fueron calles, cientos de aves estaban cantando. A medida que la luz decrecía, las aves cantaban más y más; ellas poblaban el aire sobre mi cabeza, cada vez más, en número de millones, hasta que al final no podía ver más que una hueste de alas fluctuantes reflejando los últimos brillos del sol, dejando algunos espacios en los que se veía el cielo.

Al final, cuando ya no se escuchaba nada más en Londres aparte de la miríada de notas de tan exultante canción, mi alma se levantó de los huesos que había en el foso y comenzó a escalar en dirección al cielo. Y pareció como si una vereda se abría entre las alas de las aves, y subía cada vez más arriba, hasta una de las pequeñas puertas del Paraíso que permanecía entreabierta. Y supe

por una señal que el barro ya no me alojaría más, por lo que súbitamente me di cuenta que podía llorar.

En ese momento abrí mis ojos en la cama de mi casa en Londres, y afuera algunos gorriones estaban gorjeando en un árbol, con la luz de la radiante mañana de fondo; y aún había lágrimas sobre mi cara, ya que uno puede difícilmente contenerse durante el sueño. Pero me levanté y abrí ampliamente las ventanas, y, extendiendo mis brazos hacia el pequeño jardín, bendecí a aquellas aves cuyo canto me hubo despertado de las angustiantes y terribles centurias de mi sueño.

EL BOTÍN DE BOMBASHARNA

LAS COSAS se le habían puesto muy feas a Shard, capitán pirata, en todos los mares que conocía. Los puertos españoles estaban cerrados para él; le conocían en Santo Domingo; en Siracusa los hombres pestañeaban cuando pasaba a su lado; los reyes de las Dos Sicilias jamás reían después de haber estado hablando de él hasta pasada una hora; todas las ciudades importantes ofrecían enormes recompensas por su cabeza y divulgaban retratos de él para su identificación... todos ellos bastante poco halagüeños. Por tanto, el capitán Shard decidió que había llegado la hora de contar a sus hombres el secreto.

Una noche, abandonando Tenerife, los convocó a todos. Admitió con franqueza que había cosas en el pasado que requerían una explicación: las coronas que los príncipes de Aragón habían enviado a sus sobrinos los reyes de las dos Américas jamás habían llegado a sus Muy Sacras Majestades. ¿Dónde estaban, podía preguntarse la gente, los ojos del capitán Stobbud? ¿Quién había estado incendiando ciudades en las costas de Patagonia? ¿Por qué aceptaría un barco como el suyo un cargamento de

perlas? ¿Dónde estaban el Nancy, el Lark o el Margaret Belle? Es posible, alegó, que los curiosos se hicieran preguntas como éstas, y que, si diera la casualidad de que el abogado defensor fuera tonto y desconociera las cosas de la mar, podrían verse envueltos en molestas fórmulas legales.

Y Bill el Sanguinario, como era vulgarmente conocido el señor Gagg, miembro de la tripulación, levantó los ojos hacia el cielo y dijo que la noche estaba ventosa y parecía lúgubre. Y algunos de los allí presentes se acariciaron el mentón con aire pensativo mientras el capitán Shard les revelaba su plan. Dijo que había llegado la hora de abandonar el *Desperate Lark*, pues era demasiado conocido por las armadas de los cuatro reinos, un quinto empezaba a conocerlo, y los demás tenían sospechas. (Más cúteres incluso de los que el capitán Shard sospechaba, estaban ya buscando su bandera negra con la calavera y las tibias cruzadas, bordadas en amarillo). Existía un pequeño archipiélago que él conocía en la zona más peligrosa del Mar de los Sargazos; tenía unas treinta islas peladas, mas una de ellas iba a la deriva. Se había dado cuenta de ello hacía años y había desembarcado sin encontrar ni un alma. Mas con el ancla de su barco la había afianzado al fondo del mar, que allí era muy profundo, y la había convertido en el mayor secreto de su vida, determinando casarse y establecerse allí si alguna vez le llegaba a ser imposible ganarse la vida en el mar de la forma habitual. Cuando la vio por vez primera, derivaba lentamente, a impulso del viento que azotaba las copas de los árboles. Mas si el cable no se había oxidado, todavía debería estar donde él la dejó; podrían hacer un timón, excavar camarotes bajo la tierra, y de noche izar velas en los troncos de los árboles y navegar así adonde quisieran.

Todos los piratas se alegraron, pues estaban deseosos de desembarcar otra vez en alguna tierra donde el verdugo no los colgase inmediatamente. Y aunque eran estúpidos, requería mucho esfuerzo ver tantas luces siguiéndoles de noche. Incluso entonces... Mas el barco se desvió otra vez y se perdió en la niebla.

Y el capitán Shard dijo que primero necesitaba conseguir provisiones y que él por lo menos intentaría casarse antes de establecerse allí. De manera que, antes de abandonar el barco, combatirían una vez más y saquearían la ciudad costera de Bombasharna, y tomarían provisiones para varios años, y mientras él se casaría con la Reina del Sur. Y de nuevo se alegraron los piratas, pues habían contemplado a menudo las costas de Bombasharna y siempre habían envidiado su opulencia desde el mar.

De manera que se hicieron a la mar, cambiando a menudo de rumbo, y eludieron las extrañas luces hasta que amaneció, huyendo todo el día hacia el sur. Y al anochecer divisaron las agujas plateadas de la esbelta Bombasharna, una ciudad que era el orgullo de la costa. Y en medio de ella divisaron, aunque estaban lejos, el palacio de la Reina del Sur; y éste estaba tan repleto de ventanas que daban al mar y tan iluminado, tanto por el crepúsculo que se fundía con el mar, como por las velas que las criadas habían encendido una a una, que de lejos parecía una perla brillando en su concha de nácar, todavía húmeda a causa del mar.

De manera que el capitán Shard y sus piratas la divisaron al anochecer sobre las aguas, y recordaron los rumores que decían que Bombasharna era la más bella ciudad costera del mundo y que su palacio era aún más hermoso. En cuanto a la Reina del Sur, el rumor no admitía comparación. Entonces llegó la noche y ocultó las agujas plateadas, y Shard se escabulló entre la oscuridad cir-

cundante, hasta que a medianoche el barco pirata se colocó debajo de las almenas que daban al mar.

Y a la hora en que la mayoría de los enfermos fallecen y los centinelas velan sus armas en las solitarias murallas, exactamente media hora antes del alba, Shard desembarcó bajo las almenas con la mitad de su tripulación en dos botes cuyos remos habían sido silenciados astutamente. Antes de que sonara la alarma fueron directamente a la entrada del palacio y, tan pronto como la oyeron, los artilleros de a bordo hicieron fuego contra la ciudad; antes de que la soñolienta tropa de Bombasharna se enterara de si el peligro venía de tierra o del mar, Shard había capturado con éxito a la Reina del Sur. Se habrían entregado el día entero a saquear aquella plateada ciudad costera de no haber aparecido con el amanecer unas sospechosas gavias en el horizonte. Por consiguiente, el Capitán descendió inmediatamente a la orilla con su Reina y apresuradamente volvió a embarcar y se fue con el botín que habían capturado precipitadamente, y con menos hombres, pues tuvieron que luchar bastante para regresar a los botes. Todo el día maldijeron la interferencia de aquellos ominosos barcos que constantemente se les aproximaban. Al principio eran seis y esa noche se lograron escabullir de todos ellos excepto de dos. Mas los días siguientes ambos seguían a la vista, y cada uno de ellos tenía más cañones que el *Desperate Lark*. La siguiente noche, Shard anduvo dando rodeos por el mar, mas los dos barcos se separaron y uno de ellos se mantuvo siempre a la vista. A la mañana siguiente, Shard se encontraba a solas con el barco perseguidor, cuando divisó de pronto su archipiélago, el secreto de su vida.

Shard comprendió que debía combatir y que iba a tratarse de un combate difícil; sin embargo, esto convenía a sus propósitos, ya que cuando el combate comenzó tenía

más hombres de los que necesitaba en su isla. Y acabaron antes de que llegara algún otro barco. Y Shard se libró de todos los testigos adversos y aquella noche llegó a la isla próxima al Mar de los Sargazos.

Mucho antes de que se hiciera de día, los supervivientes de la tripulación se pusieron a escrutar el mar y al amanecer apareció la isla, no más grande que dos barcos, con su ancla bien tirante y el viento en lo más alto de los árboles.

Y entonces desembarcaron y cavaron unos camarotes e izaron el ancla de las profundidades, y pronto pusieron en orden la isla (ésas fueron sus palabras). Y al Desperate Lark lo enviaron vacío y a toda vela al mar, donde lo estuvieron buscando más naciones de las que Shard hubiera sospechado, siendo pronto capturado por un almirante español, el cual, al no encontrar a bordo a ningún componente de aquella famosa tripulación al que ahorcar por el cuello del penol, se sintió decepcionado.

Una vez en su isla, Shard ofreció a la Reina del Sur los más selectos vinos de Provenza, y como adorno le dio las joyas indias apresadas en los galeones que transportaban los tesoros a Madrid, y le puso una mesa, donde ella comió al sol, mientras en algún camarote bajo cubierta mandó cantar al menos toscó de sus marineros. Sin embargo, ella siempre estaba taciturna y malhumorada con él; y al anochecer con frecuencia se le oía a él decir que desearía saber más cosas acerca de los modales de las reinas. Así vivieron durante años, los piratas jugando y bebiendo casi siempre abajo, el capitán Shard tratando de agradar a la Reina del Sur y ésta no olvidando nunca del todo a Bombasharna. Cuando necesitaban nuevas provisiones izaban vela en los árboles y, mientras no aparecía ningún barco, iban viento en popa, rizando las aguas la playa de la isla; mas, tan pronto como divisaban un

barco, arriaban las velas y se convertían en una roca cualquiera que no figuraba en los mapas.

Generalmente avanzaban de noche. A veces rondaban ciudades costeras, como antaño; otras veces, penetraban audazmente en la desembocadura de algún río, e incluso durante algún tiempo desembarcaban en tierra firme, donde saqueaban el vecindario, y volvían a escapar al mar. Y si algún barco colisionaba de noche con su isla, decían que era provechoso. Cada vez eran más diestros en el arte de la navegación y más astutos en sus acciones, pues sabían que cualquier noticia acerca de la antigua tripulación del *Desperate Lark* atraería a los verdugos, que bajarían corriendo a cada puerto desde el interior.

Y no se sabe de nadie que les descubriera o que anexionara su isla. Mas surgió un rumor que se transmitió de puerto en puerto, llegando a todos los lugares donde se reúnen marinos, y que incluso subsiste todavía hoy: en alguna parte entre Plymouth y el Cabo de Hornos había una peligrosa roca que no figuraba en los mapas, la cual surgía repentinamente en el más seguro de los rumbos marinos y contra la que, según se cree, colisionaban los veleros, sin dejar, extrañamente, rastros de su funesto destino. Al principio hubo algunas especulaciones al respecto, hasta que éstas fueron acalladas por la casual observación de un anciano que deliraba: “Es uno de esos misterios que hacen del mar un lugar encantado”.

Y desde entonces, el capitán Shard y la Reina del Sur vivieron casi felices, aunque al anochecer los que se encontraban de guardia en los árboles podían ver a su capitán sentado con aire perplejo y oírle murmurar de vez en cuando con descontento: “Ojalá supiera más cosas acerca de los modales de las reinas”.

EL HOMBRE DEL HASCHISCH

EL OTRO día asistía a una comida en Londres. Las señoras se habían retirado al piso de arriba, y nadie se sentaba a mi derecha; a mi izquierda tenía a un hombre a quien no conocía, pero que evidentemente sabía mi nombre, porque al cabo de un rato se volvió hacia mí y me dijo:

—He leído en una revista un cuento suyo sobre Bethmoora.

Por supuesto, recordé el cuento. Era el cuento de una hermosa ciudad oriental súbitamente abandonada un día, nadie sabe por qué. Respondí:

¡Oh, sí! —y busqué con calma en mi mente alguna fórmula de reconocimiento más adecuada al encomio que me había dedicado su memoria.

Pero quedé asombrado cuando me dijo: “Está usted en un error respecto a la enfermedad del gnousar; no fue nada de eso.”

Yo repuse: “¿Cómo? ¿Ha estado usted allí?”

Y él dijo: “Sí; voy a veces con el haschisch. Conozco Bethmoora bastante bien.” Y sacó del bolsillo una cajita llena de una substancia negra parecida a la brea, pero

con un olor extraño. Me advirtió que no la tocara con los dedos, porque me quedaría la mancha para muchos días. “Me la regaló un gitano”, dijo. “Tenía cierta cantidad, porque era lo que había terminado por matar a su padre.” Mas le interrumpí, pues anhelaba conocer de cierto por qué había sido abandonada Bethmoora, la hermosa ciudad, y por qué súbitamente huyeron de ella todos sus habitantes en un día, “¿Fue por la maldición del Desierto?”, pregunté. Y él dijo: “En parte fue la cólera del Desierto y en parte el aviso del emperador Thuba Mleen, porque esta espantosa bestia estaba en cierto modo emparentada con el Desierto por línea de madre.”

Y me contó esta extraña historia: “Usted recuerda al marinero de la negra cicatriz que estaba en Bethmoora el día descrito por usted, cuando los tres mensajeros llegaron jinetes en sendas mulas a la puerta de la ciudad y huyó toda la gente. Encontré a este hombre en una taberna bebiendo ron y me contó el éxodo de Bethmoora, pero tampoco sabía en qué consistiera el mensaje ni quién lo había enviado. Sin embargo, dijo que quería ver de nuevo a Bethmoora, otra vez que tocase en puerto de Oriente, aunque tuviera que habérselas con el mismo diablo. Decía con frecuencia que quería encontrarse cara a cara con el diablo para descubrir el misterio que vació en un solo día a Bethmoora. Y al fin acabó por verse con Thuba Mleen, cuya refinada ferocidad no había él imaginado. Pero un día me dijo el marinero que había encontrado barco, y no volví a hallarle en la taberna bebiendo ron. Fue por entonces cuando el gitano me regaló el haschisch, del que guardaba una cantidad sobrante. Literalmente, le saca a uno de sí mismo. Es como unas alas. Vuela usted a distantes países y entra en otros mundos. Una vez descubrí el secreto del universo. He olvidado lo que era, pero sé que el Creador no toma en serio la Creación, porque re-

cuerto que Él se sentaba en el Espacio frente a toda Su obra y reía. He visto cosas increíbles en espantosos mundos. De la misma suerte que su imaginación le lleva a usted allí, sólo por la imaginación puede usted volver. Una vez encontré en el éter a un espíritu fatigado y vagabundo que había pertenecido a un hombre a quien las drogas habían matado cien años antes, y me llevó a regiones que jamás había yo imaginado; nos separamos coléricos más allá de las Siete Cabrillas, y no pude imaginar mi camino de retorno. Y hallé una enorme forma gris, que era el espíritu de un gran pueblo, tal vez de una estrella entera, y le supliqué me indicara el camino de mi casa, y se detuvo a mi lado como un viento súbito y señaló, y hablando muy quedo, me preguntó si distinguía allí cierta lucecilla, y yo veía una débil y lejana estrella, y entonces me dijo: “Es el Sistema Solar”, y se alejó a tremendas zancadas. Imaginé como pude mi camino de retorno, y a un tiempo justo, porque mi cuerpo estaba a punto de quedarse tieso sobre una silla en mi cuarto; el fuego se había extinguido y todo estaba frío, y tuve que mover todos mis dedos uno por uno, y había en ellos alfileres y agujas, y terribles dolores en las uñas, que empezaban a deshelarse. Al fin logré mover un brazo y alcanzar la campanilla, y nadie vino en un largo rato, porque todos estaban acostados; pero al cabo un hombre apareció, y trajeron a un médico; y él dijo que era una intoxicación de haschisch; pero todo hubiera ocurrido a pedir de boca si no hubiera topado con el cansado espíritu vagabundo.

”Podría contarle a usted cosas sorprendentes que he visto; pero usted quiere saber quién envió el mensaje a Bethmoora. Pues bien, fue Thuba Mleen.

”He aquí cómo lo he sabido. Yo iba a menudo a la ciudad después de aquel día que usted describió (yo acostumbraba a tomar el haschisch todas las tardes en mi

casa), y siempre la encontré deshabitada. Las arenas del desierto habían invadido la ciudad, y las calles estaban amarillas y llanas, y en las abiertas puertas, que batían el aire, se amontonaba la arena.

”Una tarde monté una guardia junto al fuego, y, acomodado en una silla, mastiqué mi haschisch; y la primera cosa que vi al llegar a Bethmoora fue el marinero de la negra cicatriz, que paseaba calle abajo, dejando las huellas de sus pies en la amarilla arena. Y entonces comprendí que iba a ver el secreto poder que mantenía despoblada a Bethmoora.

”Vi que el Desierto había montado en cólera, porque nubes tempestuosas se hinchaban en el horizonte y se oía el mugido de la arena.

”Bajaba el marinero por la calle escudriñando las casas vacías; unas veces gritaba y otras cantaba, o escribía su nombre en una pared de mármol. Luego se sentó en un peldaño y comió su ración. Al cabo de algún tiempo se aburrió de la ciudad y volvió calle arriba. Cuando llegaba a la puerta de cobre verde aparecieron tres hombres montados en camellos.

”Yo no podía hacer nada. Y no era más que una conciencia invisible, vagabunda; mi cuerpo estaba en Europa. El marinero se defendió bien con sus puños; pero al fin fue reducido y amarrado con cuerdas e internado en el Desierto.

”Le seguí cuanto pude, y vi que se dirigían por el camino del Desierto, rodeando las montañas de Hap, hacia Utnar Véhi, y entonces conocí que los hombres de los camellos pertenecían a Thuba Mleen.

”Yo trabajo todo el día en una oficina de seguros, y espero que no me olvidará si desea hacer algún seguro de vida, contra incendio o de automóviles; pero esto nada tiene que ver con mi historia.

”Estaba impaciente, ansioso por volver a mi casa, aunque no es saludable tomar haschisch dos días seguidos; mas anhelaba ver lo que harían con el pobre hombre, porque a mi oído habían llegado malos rumores acerca de Thuba Mleen. Cuando por fin me vi libre, tuve que escribir una carta; llamé luego a mi criado y le di orden de que nadie me molestase; pero dejé la puerta abierta en previsión de un accidente. Después aticé un buen fuego, me senté y tomé una ración del tarro de los sueños. Me dirigía al palacio de Thuba Mleen.

”Detuviéronme más que de costumbre los ruidos de la calle, pero de súbito me sentí elevado sobre la ciudad; los países europeos volaban raudos por debajo de mí, y a lo lejos aparecieron las finas y blancas agujas del palacio de Thuba Mleen. Le encontré en seguida al extremo de una reducida y estrecha cámara. Una cortina de rojo cuero pendía a su espalda, y en ella estaban bordados con hilo de oro todos los nombres de Dios escritos en yannés. Tres ventanitas había en lo alto. El Emperador podría tener hasta veinte años, y era pequeño y flaco. Nunca la sonrisa asomaba a su rostro amarillo y sucio, aunque sonreía entre dientes de continuo. Cuando recorrí con la vista desde la deprimida frente al trémulo labio inferior, me di cuenta de que algo horrible había en él, aunque no pude percibir qué era. Luego me percaté: aquel hombre nunca pestañeaba; y aunque después observé atentamente aquellos ojos para sorprender un parpadeo, jamás pude advertirlo.

”Luego seguí la absorta mirada del Emperador y vi tendido en el suelo al marinero, que estaba vivo, pero horriblemente desgarrado, y los reales torturadores cumplían su obra en torno de él. Habían arrancado de su cuerpo largas túrdigas de pellejo, pero sin acabar de desprenderlas, y atormentaban los extremos de ellas a bastante

distancia del marinero.” El hombre que encontré en la comida me contó muchas cosas que debo omitir. “El marinero gemía suavemente, y a cada gemido Thuba Mleen sonreía. Yo no tenía olfato, mas oía y veía, y no sé qué era lo más indignante, si la terrible condición del marinero, o el feliz rostro sin pestaño del horrible Thuba Mleen.

”Yo quería huir, pero no había llegado el momento y hube de permanecer donde estaba.

”De pronto comenzó a contraerse con violencia la faz del Emperador y su labio a temblar rápidamente, y llorando de rabia, gritó en yannés con desgarrada voz al capitán de los torturadores que había un espíritu en la cámara. Yo no temía, porque los vivos no pueden poner sus manos sobre un espíritu, pero todos los torturadores espantáronse de su cólera y suspendieron la tarea, porque sus manos temblaban de horror. Luego salieron de la cámara dos lanceros, y a poco volvieron con sendos cuencos de oro rebosantes de haschisch; los cuencos eran tan grandes, que podrían flotar cabezas en ellos si hubieran estado llenos de sangre. Y los dos hombres se abalanzaron rápidamente sobre ellos y empezaron a comer a grandes cucharadas; cada cucharada hubiera dado para soñar a un centenar de hombres. Pronto cayeron en el estado del haschisch, y sus espíritus, suspensos en el aire, preparábanse a volar libremente, mientras yo estaba horriblemente espantado; pero de cuando en cuando retornaban a su cuerpo, llamados por algún ruido de la estancia. Todavía seguían comiendo, pero ya perezosamente y sin avidez. Por fin las grandes cucharas cayeron de sus manos, y se elevaron sus espíritus y los abandonaron. Mas yo no podía huir. Y los espíritus eran aún más horribles que los hombres, porque éstos eran jóvenes y todavía no habían tenido tiempo de moldearse a sus almas espantosas. Aún gemía blandamente el marinero, suscitando le-

ves temblores en el Emperador Thuba Mleen. Entonces, los dos espíritus se abalanzaron sobre mí y me arrastraron como las ráfagas del viento arrastran a las mariposas, y nos alejamos del pequeño hombre pálido y odioso. No era posible escapar a la fiera insistencia de los espíritus. La energía de mi terrón minúsculo de droga era vencida por la enorme cucharada llena que aquellos hombres habían comido con ambas manos. Pasé como un torbellino sobre Arvle Woondery, y fui llevado a las tierras de Snith, y arrastrado sobre ellas hasta llegar a Kragua, y aún más allá, a las tierras pálidas casi ignoradas de la fantasía. Llegamos al cabo a aquellas montañas de marfil que se llaman los Montes de la Locura. E intenté luchar contra los espíritus de los súbditos de aquel espantoso Emperador, porque oí al otro lado de los montes de marfil las pisadas de las bestias feroces que hacen presa en el demente, paseando sin cesar arriba y abajo. No era culpa mía que mi pequeño terrón de haschisch no pudiera luchar con su horrible cucharada...”

Alguien sacudió la campanilla de la puerta. En aquel momento entró un criado y dijo a nuestro anfitrión que un policía estaba en el vestíbulo y quería hablarle al punto. Nos pidió licencia, salió y oímos que un hombre de pesadas botas le hablaba en voz baja. Mi amigo se levantó, se acercó a la ventana, la abrió y miró al exterior. “Debí pensar que haría una hermosa noche”, dijo. Luego saltó afuera. Cuando asomamos por la ventana nuestras cabezas asombradas, ya se había perdido de vista.

EL HURACÁN

ME ENCONTRABA una noche solo en la gran colina contemplando una lúgubre y tétrica ciudad. Durante todo el día había perturbado el cielo sagrado con su humareda y ahora estaba bramando a distancia y me miraba colérica con sus hornos y con las ventanas iluminadas de sus fábricas. De pronto cobré conciencia de que no era el único enemigo de la ciudad, porque percibí la forma colosal del Huracán que venía hacia mí jugando ocioso con las flores al pasar; cuando estuvo cerca, se detuvo y le dirigió la palabra al Terremoto que como un topo, aunque inmenso, se había asomado por una grieta abierta en la tierra.

—Viejo amigo —dijo el Huracán—, ¿recuerdas cuando asolábamos las naciones y conducíamos los rebaños del mar a otros pastizales?

—Sí —repuso el Terremoto adormilado—. Sí, sí.

—Viejo amigo o—dijo el Huracán—, hay ciudades por todas partes. Sobre tu cabeza, mientras dormías, no han dejado de construirlas por un instante. Mis cuatro hijos, los Vientos, se sofocan con sus humaredas, los valles es-

tán vacíos de flores y, desde que viajamos juntos por última vez, han talado los hermosos bosques.

El Terremoto se quedó allí echado con el hocico apuntando hacia la ciudad, pestañeando a la luz, mientras el Huracán estaba en pie a su lado mostrándosela con cólera.

—Ven —dijo el Huracán—, volvamos a ponernos en camino y destruyámoslas para que los hermosos bosques puedan volver y también sus furtivas criaturas. Tú abrumarás a estas ciudades sin descanso y pondrás a la gente en fuga y yo las heriré en el descampado y barreré su profanación del mar. ¿Vendrás conmigo y lo harás para gloria de la hazaña? ¿Desolarás el mundo nuevamente como lo hicimos, tú y yo, antes de que llegara el Hombre?

—Sí —dijo el Terremoto—. Sí. —Y nuevamente se metió en su grieta de cabeza contoneándose como un pato hasta el fondo de los abismos.

Cuando el Huracán se alejó a las zancadas, me puse en pie tranquilamente y partí, pero a esa hora a la noche siguiente volví cauteloso al mismo lugar. Allí encontré tan sólo la enorme forma gris del Huracán, con la cabeza entre las manos, llorando; porque el Terremoto duerme larga y pesadamente en los abismos y no despierta.

EL REMOLINO

UNA VEZ, al dirigirme a la costa del mar inmenso, me encontré con el Remolino, que yacía boca abajo sobre la arena y extendía sus miembros enormes al sol. Le pregunté:

—¿Quién eres?

Y él me respondió:

—Me llamo Nooz Wana, el que Anega los Barcos, y vengo del Estrecho de Pondar Obed, donde tengo costumbre de agitar los mares. Allí di caza a Leviatán con mis manos cuando él era joven y fuerte; a menudo se me deslizaba de entre los dedos y huía entre los bosques de algas que crecen bajo las tormentas en el crepúsculo que reina en el fondo del mar; pero por fin lo atrapé y lo domesticué. Porque allí acecho el fondo del océano, a medio camino entre las rodillas de cada despeñadero, para montar guardia en el Estrecho y evitar el paso de todos los barcos que intentan llegar a los Mares Lejanos; y toda vez que las blancas velas de los barcos erguidos vienen hinchadas doblando la esquina del escarpado de los espacios iluminados por el sol del Estrecho, apoyándome firme en el fondo del océano, con las rodillas algo flexionadas, cojo las aguas del estrecho con ambas manos y las echo a girar en torno a mi

cabeza. Pero el barco viene deslizándose, los marineros cantan en sus cubiertas canciones de las islas y llevan el rumor de sus ciudades a los mares solitarios; hasta que me ven de pronto oponerme a su curso a horcajadas y quedan atrapados en las aguas que yo hago girar por sobre mi cabeza. Luego atraigo las aguas del Estrecho hacia mí y hacia abajo, cada vez más cerca de mis terribles pies y con mis oídos escucho por sobre el bramido de mis aguas el clamor final del barco; porque justo antes de que los atraiga al fondo del océano y los aplaste con mis pies destructores, los barcos lanzan un último clamor y con él parten las vidas de los marineros y se desprende el alma del barco. Y en el último clamor de los barcos están las canciones que los marineros cantan, sus esperanzas y todos sus amores, la canción del viento entre sus mástiles y sus maderos cuando se erguían en los bosques mucho tiempo atrás, el susurro de la lluvia que los hacía crecer y el alma del pino elevado o la encina. Todo esto vuelca un barco en el clamor que emite al final. Y en ese momento sentiría piedad del barco si pudiera; pero siente piedad el hombre que sentado cómodo junto al fuego, narra cuentos en el invierno; no le está permitida la piedad a quien hace el trabajo de los dioses; y, así, cuando lo atraigo en círculos en torno a mis hombros hacia mi cintura y de allí, con sus mástiles inclinados, hacia mis rodillas y más y más abajo todavía, hasta que los pendones de su mastelero aletean contra mis tobillos, yo Nooz Wana, el que Anega los Barcos, levanto los pies y aplasto sus maderos, que vuelven otra vez a la superficie del Estrecho sólo como astillas quebradas y el recuerdo que guardaban los marineros de sus amores tempranos para trasladarse por siempre en los mares vacíos.

»Una vez cada cien años, por un día solamente, descansan en la costa y tuestan mis miembros al sol sobre la

arena; de ese modo los barcos erguidos pueden atravesar el estrecho desprovisto de guardia y hallar las Islas Afortunadas. Y las Islas Afortunadas se encuentran entre las sonrisas de los soleados Mares Lejanos; allí los marineros pueden contentarse y no anhelar nada; y, si anhelan algo, lo poseen.

»Allí no llega el Tiempo con sus horas hambrientas; ni tampoco los males de los dioses o los hombres. Estas son las islas en que las almas de los marineros descansan todas las noches de recorrer los mares y donde vuelven a tener la visión de lejanas colinas íntimas con sus huertos sobre los campos iluminados por el sol; también pueden hablar allí con las almas de antaño. Pero aproximadamente al alba los sueños gorjean y levantan vuelo y, dando la vuelta tres veces en torno a las Islas Afortunadas, se lanzan otra vez al encuentro del mundo de los hombres; detrás van las almas de los marineros como, al caer el sol, con lento movimiento de las alas majestuosas, la garza sigue el vuelo de los grajos multitudinarios; pero las almas regresan para encontrar cuerpos que se despiertan dispuestos a soportar las fatigas del día. Estas son las Islas Afortunadas a las cuales pocos han llegado, salvo como sombras errantes en la noche, y sólo por breves instantes.

»Pero no me demoro más del tiempo necesario para recobrar el vigor y la fiereza, y al ponerse el sol, cuando mis brazos vuelven a tener fuerza y siento en las piernas que puedo plantarlas otra vez con firmeza en el fondo del océano, vuelvo a hacerme cargo de las aguas del Estrecho y a montar guardia otra vez en el paso de los Mares Lejanos por otros cien años. Porque los dioses son celosos y temen que sean muchos los hombres que lleguen a las Islas Afortunadas y hallen allí contento. *Porque los dioses no tienen contento.*

EL SEÑOR DE LAS CIUDADES

ME TOPÉ un día con un camino que erraba tan sin destino que se adecuaba a mi ánimo y lo seguí; y me llevó sin demora a las profundidades de un bosque. En medio de él, en cierto sitio el Otoño tenía su corte coronada de espléndidas guirnaldas; y era víspera de su festival anual del Baile de las Hojas, el festival cortesano en el que el Invierno hambriento se precipita como la chusma, y resuenan allí los clamores del Viento del Norte que triunfa; y todo el esplendor y la gracia de los bosques desaparece y huye el Otoño destronado y olvidado para nunca volver. Otros Otoños se levantan, otros Otoños, que sucumben ante otros Inviernos. Otro camino conducía a la izquierda, pero el mío continuaba recto. El camino de la izquierda tenía aspecto transitado; había huellas de ruedas en él y parecía ser el que con tino debía seguirse. Daba la impresión de que nadie tuviera nada que hacer con el camino que continuaba recto colina arriba. Por tanto, continué recto colina arriba; y aquí y allí en el camino, crecían hojas de hierba imperturbadas en el reposo y la quietud que se había ganado el camino con subir y bajar

por el mundo; porque se puede ir por este camino, como por todos los caminos, a Londres, a Lincoln, al Norte de Escocia, al Oeste de Gales y a Wrellisford, donde los caminos acaban. En seguida el bosque llegó a su término y llegué a campo abierto y, al mismo tiempo, a la cima de la colina; vi los sitios elevados de Somerset y las colinas de Wilts extenderse a lo largo del horizonte. De pronto vi por debajo de mí la aldea de Wrellisford sin otra voz en sus calles que la del Wrellis que rugía al verterse en una esclusa por sobre la aldea. De modo que seguí mi camino cuesta abajo desde la cima de la colina y el camino iba haciéndose más lánguido a medida que descendía por él y cada vez menos concentrado en los cuidados de una carretera. Aquí brotaba una fuente en pleno camino y allí otra. Él seguía como si tal cosa. Un arroyo lo atravesaba y él avanzaba aún. De pronto exhibió precisamente la cualidad que un camino nunca debe poseer y renunciando a toda conexión con Caminos Reales, a su parentesco con Piccadilly, se redujo a un mero sendero que sólo podía transitarse a pie. Me condujo entonces al viejo puente que se tendía sobre el arroyo y, de ese modo, llegué a Wrellisford y encontré, después de haber recorrido múltiples tierras, una aldea que no tenía huellas de ruedas en sus calles. Al otro lado del puente, mi amigo el camino se afanaba cuesta arriba unos pocos pies por un declive cubierto de hierbas, y acababa. Una gran quietud descendía sobre toda la aldea, sólo atravesada del rugido del Wrellis y, ocasionalmente, del ladrido de un perro que vigilaba la quietud interrumpida y la santidad del camino intransitado. Esa terrible y devastadora fiebre que, a diferencia de muchas pestes, no viene del Oriente sino del Occidente, la fiebre del apuro, no había llegado aquí; sólo el Wrellis se apresuraba en su eterna búsqueda, pero era el suyo un apresuramiento sereno y plácido, que le

daba tiempo a uno para una canción. Era temprano por la tarde y no había nadie en derredor. O se encontraban trabajando más allá del misterioso valle que alimentaba a Wrellisford y la ocultaba a los ojos del mundo o se mantenían recluidos en sus casas de construcción antigua, techadas con tejas de piedra. Me senté en el viejo puente de piedra y observé el Wrellis, que me pareció el único viajero que venía de lejos a la aldea en que los caminos terminan, para seguir luego de largo. Y, sin embargo, el Wrellis llega cantando desde la eternidad, se demora por un breve tiempo en la aldea en que terminan los caminos y sigue luego adelante hacia la eternidad otra vez; y con seguridad hace lo mismo todo lo que mora en Wrellisford. Mientras me inclinaba sobre el puente me pregunté dónde se toparía el Wrellis con el mar por primera vez, si mientras serpenteaba sereno por prados en su larga búsqueda lo vería de pronto y, saltando por sobre un rocoso escarpado le llevaría sin demora el mensaje de las colinas; o si ensanchándose lentamente en un gran estero alimentado por las mareas, le llevaría al mar el sobrante de sus aguas y el poder del río le saldría al encuentro al poder de las olas como dos emperadores vestidos de resplandeciente armadura se encuentran a mitad de camino entre sus dos ejércitos dispuestos para la guerra; y el pequeño Wrellis se convertiría en puerto para los barcos que retornan y en lugar de partida para los hombres aventureros.

Algo más allá del puente se erguía un viejo molino con el techo en ruinas y un pequeño ramal del Wrellis se precipitaba a través del vacío gritando como un niño que jugara solo en el pasillo de alguna casa desolada. La rueda del molino había desaparecido, pero había todavía esparcidas barras, ruedas dentadas, los huesos de alguna industria muerta. No sé qué industria fue otrora señor

de esa casa, no sé qué séquito de trabajadores guarda ahora luto por ella; sólo sé quién es ahora señor en todas estas cámaras vacías. Pues tan pronto como entré, vi todo un muro recubierto de un maravilloso tapizado negro, inapreciable por inimitable y demasiado delicado como pasar de mano en mano entre los mercaderes. Contemplé la maravillosa complejidad de sus infinitas hebras; mi dedo se hundió en el más de una pulgada antes de percibir su tacto; tan negro era y tan cuidadosamente trabajado, tan sombríamente cubría toda la pared, que podría haberse fabricado para conmemorar la muerte de todo lo que alguna vez hubiera vivido allí, como en verdad sucedía. Miré por un agujero abierto en la pared una cámara interior en la que una correa de transmisión gastada se extendía entre varias ruedas y allí esta inimitable tela sin precio no meramente vestía las paredes, sino que colgaba desde barras y el cielo raso en hermosos cortinados, en maravillosos festones. Nada era feo en esta casa desolada, porque la afanada alma de artista de su actual señor lo había embellecido todo en su desolación. Era el inconfundible trabajo de la araña, en cuya casa me encontraba, y la casa era enteramente desolada, salvo para ella, y estaba totalmente sumida en el silencio con excepción del rugido de Wrellis y la voz de la pequeña corriente. Luego volví a casa; y mientras ascendía la colina y perdía la aldea de vista, vi el camino blanquearse, endurecerse y gradualmente ensancharse hasta que aparecieron huellas de ruedas; y siguió avanzando a lo lejos para llevar a los jóvenes de Wrellisford a las amplias sendas de la tierra: al nuevo Occidente, al misterioso Oriente y al perturbado Sur.

Y esa noche, cuando la casa estuvo acallada y el sueño se encontraba lejos silenciando los villorrios y trayendo paz a las ciudades, mi fantasía erró por el camino sin

destino y me llevó de pronto a Wrellisford. Y me pareció que el tránsito de tantos viajeros durante tantos años entre Wrellisford y John o' Groat's, al conversar entre sí o musitar solitarios, le había dado una voz al camino. Y me pareció esa noche que el camino le hablaba al río junto al puente de Wrellisford, con la voz de muchos peregrinos. Y el camino le decía al río:

—Este es mi lugar de descanso ¿Y el tuyo?

Y el río, que no cesa nunca de hablar, respondió:

—Yo no descanso nunca de ejecutar el Trabajo del Mundo. Llevo el murmullo de las tierras interiores al mar y a las voces abisales de las colinas.

—Soy yo —dijo el camino— el que ejecuta el Trabajo del Mundo, y llevo de ciudad en ciudad el rumor de cada una de ellas. Nada hay más grande que el Hombre y la edificación de las ciudades. ¿Qué haces tu por el hombre?

Y el río respondió:

—La belleza y el canto son más grandes que el hombre. Yo llevo la nueva al mar de la primera canción del zorzal después de la furiosa retirada del invierno hacia el Norte. Y la primera tímida anámina se entera por mí de que está a salvo y que la primavera ha en verdad llegado. ¡Oh, la canción de todos los pájaros en primavera es más hermosa que el Hombre, y más deleitable que su cara es la llegada del jacinto! Cuando la primavera se desvanece en los días del verano me llevo con luctuosa alegría por la noche pétalo por pétalo la flor del rododendro. No hay procesión iluminada de reyes purpurados en la noche que sea tan bella. Ninguna muerte hermosa de hombre bienamado tiene semejante gloria de olvido. Y me llevo lejos los pétalos rosas y blancos de la juventud del manzano cuando el tiempo laborioso viene a hacer su trabajo en el mundo y a recolectar manzanas. Y cada día y todas

las noches me arrebató la belleza del cielo y tengo maravillosas visiones de los árboles. Pero ¡el Hombre! ¿Qué es el hombre? En el antiguo parlamento de las más viejas colinas, cuando los encanecidos conversan entre sí, no dicen nada del Hombre, sino que se centran sólo en sus hermanas las estrellas. O cuando se envuelven en capas de púrpura al caer la tarde, se lamentan por algún viejo mal irreparable o, cantando algún himno de montaña, se conduelen todos por la puesta de sol.

—La belleza a que te refieres —dijo el camino— y la belleza del cielo, de la flor del rododendro y de la primavera sólo viven en la mente del Hombre, y salvo en la mente del Hombre, las montañas no tienen voz. Nada es hermoso que no haya sido visto por el ojo del Hombre. O si tu flor del rododendro fue hermosa por un instante, pronto se marchita y se ahoga y la primavera no tarda en acabar; la belleza sólo perdura en la mente del Hombre. Yo traigo de prisa pensamientos a la mente del Hombre todos los días desde lugares remotos. Conozco el Telégrafo, lo conozco bien; él y yo hemos andado centenares de millas en compañía. No hay tarea en el mundo salvo que esté destinada al hombre y a la edificación de las ciudades. Yo llevo y traigo bienes de ciudad en ciudad.

—En mi pequeña corriente que ves allí en el campo —dijo el río— solía otrora producir bienes para esa casa.

—Ah —dijo el camino—, lo recuerdo, pero yo los traje más baratos desde ciudades distantes. Nada tiene importancia salvo edificar ciudades para el Hombre.

—Sé tan poco de él —dijo el río—, pero tengo mucho que hacer: tengo toda esta agua que llevar al mar; además, mañana o el día después, todas las hojas del Otoño vendrán por aquí. Será muy hermoso. El mar es un lugar extremadamente bello. Lo sé todo a su respecto; oí a los pastorcillos cantar canciones sobre él y a veces, antes de

una tormenta, llegan las grullas. Es un lugar enteramente azul y resplandeciente y está lleno de perlas; tiene islas de coral e islas donde abundan las especias; tormentas, galeones y los huesos de Drake. El mar es mucho más grande que el Hombre. Cuando llegue al mar, sabrá que he trabajado bien para él. Pero debo apurarme, porque tengo mucho que hacer. Este puente me demora un tanto; algún día me lo llevaré.

—Oh, no debes hacer eso —dijo el camino.

—Oh, no lo haré por un largo tiempo todavía —respondió el río—. Dentro de algunos siglos, quizás. Además, tengo mucho que hacer. Tengo mi canción que cantar, por ejemplo y eso, por sí solo, es más hermoso que ningún sonido hecho por el hombre.

—Todo trabajo es para el Hombre —dijo el camino— y para la edificación de ciudades. No existe belleza ni encanto ni misterio en el mar, salvo para los hombres que viajan por él al extranjero, o para los que permanecen en su casa y sueñan con él. En cuanto a tu canción, suena noche y mañana, año tras año en el oído de los hombres nacidos en Wrellisford; de noche forma parte de sus sueños, a la mañana es la voz del día y, así, se vuelve parte de sus almas. Pero la canción no es hermosa de por sí. Yo llevo a estos hombres con tu canción en el alma por sobre el borde del valle y mucho más allá todavía, donde soy un fuerte camino polvoriento, y ellos van con tu canción en el alma y la convierten en música que alegra a las ciudades. Pero nada es el Trabajo del Mundo, salvo el trabajo para el Hombre.

—Quisiera tener certeza sobre el Trabajo del Mundo —dijo el río—. Quisiera saber de cierto para quien trabajamos. Creo casi sin la menor duda que lo hacemos para el mar. Es muy grande y hermoso. No creo que pueda haber algo mayor que el mar. Creo que algún día estará

tan lleno de encanto y misterio, tan lleno de los ceneceros de las ovejas y el murmullo de las colinas escondidas en la niebla que nosotros los ríos le llevamos, que ya no quedará música o belleza en el mundo, y el mundo llegará a su fin; y quizá los ríos nos recojamos por fin, todos juntos, en el mar. O quizás el mar nos dé por fin a cada cual lo que le es propio y devuelva todo lo almacenado con los años: los pequeños pétalos de la flor del manzano, los llorados del rododendro y nuestras antiguas visiones de los árboles y el cielo; tantos recuerdos nos han dejado las colinas. Pero ¿quién puede saberlo? Porque ¿quién conoce las alas del mar?

—Ten seguridad de que todo es para el Hombre —dijo el camino—. Para el Hombre y la edificación de las ciudades.

Algo se había acercado con pasos del todo silenciosos.

—¡Paz, paz! —dijo—. Perturbáis a la noche principesca que, llegada a este valle, es huésped de mis oscuros recintos. Pongamos fin a esta discusión.

Era la araña la que hablaba.

—El Trabajo del Mundo es la edificación de ciudades y palacios. Pero no es para el hombre. ¿Qué es el hombre? Él sólo prepara las ciudades para mí y las sazona. Todas sus obras son feas, sus más ricos tapices son ásperos y torpes. Es un ocioso que mete ruido. Sólo me protege de mi enemigo, el viento; y el hermoso trabajo de las ciudades, los trazados curvos y los delicados tejidos, todos me pertenecen. De diez a cien años lleva la edificación de una ciudad, durante cinco o seis siglos más entra en sazón y se prepara para mí, luego yo la habito y oculto todo lo que en ella es fea; y trazo hermosas líneas de aquí para allá. No hay nada tan hermoso como las ciudades y los palacios; son los sitios más encantadores del mundo, porque son los más silenciosos y los que más se parecen a

las estrellas. Son ruidosos en un principio, durante cierto tiempo, hasta que yo llego a ellos; tiene rincones feos que no han sido todavía redondeados y ásperos tapices; entonces están listos para mí y mi exquisito trabajo, y así se vuelven silenciosos y bellos. Y allí recibo a las noches principescas cuando llegan enjoradas de estrellas y todo su séquito de silencio, y las regalo con polvo precioso. En una ciudad de la que tengo conocimiento, ya cabecea adormilado un centinela solitario cuyos señores están muertos, que se ha vuelto demasiado viejo y somnoliento como para expulsar el denso silencio que infecta las calles; mañana iré a ver si se encuentra todavía en su puesto. Para mí se construyó Babilonia y la rocosa Tiro; y los hombres todavía construyen mis ciudades. Todo el Trabajo del Mundo es la creación de ciudades y yo soy la que las hereda todas.

EL SIGNO

UN DÍA, al entrar en el Club de Billar a la hora del almuerzo, me di cuenta en seguida de que la conversación era un poco más profunda que de ordinario. De hecho se discutía acerca de la trasmigración de las almas. Los socios eran hombres acostumbrados a hablar de temas muy variados, desde el precio de más de una mercancía en la bolsa de valores al mejor lugar para comprar ostras; sin embargo, las complejidades de la vida futura de un brahmán quedaban un poco fuera de su alcance.

Una mirada a Jorkens me indicó de lo que se trataba; si se habían metido en honduras era sobre todo para librarse de Jorkens, como alguien que, tomando el fresco en un paseo marítimo, se adentrara en el mar para evitar ponerse al corriente de una historia demasiado larga de contar. El motivo para desear librarse de Jorkens era, naturalmente, que algunos de ellos tenía historias propias que contar.

—La trasmigración —dijo Jorkens— es algo de lo que se oye hablar bastante, pero raras veces se ve.

Terbut abrió la boca pero no dijo nada.

—Dio la casualidad de que se me presentó en una ocasión —prosiguió Jorkens.

—¿Se le presentó? —dijo Terbut.

—Se lo contaré —dijo Jorkens—. Cuando era joven conocí a un hombre llamado Horcher, que me impresionó muchísimo. Por ejemplo, una de las cosas que más me solían impresionar de él era la forma en que, si alguien hablaba de política y se preguntaba por lo que iría a suceder, tranquilamente decía lo que el Gobierno pensaba hacer, aunque no hubiera aparecido ni una sola palabra al respecto en ningún periódico: era siempre impresionante; y todavía más: si alguien intentaba adivinar lo que iba a suceder en Europa, llegaba él con su información con la misma tranquilidad.

—Y, ¿solía tener razón? —preguntó Terbut.

—Bueno —replicó Jorkens—, yo no diría eso. Pero nadie se arriesgaría de ninguna manera a vaticinarlo. En cualquier caso, entonces me impresionó bastante, y a los ancianos más que a mí. Y había otra cosa que hacía muy bien: me daba consejos sobre cualquier tema que se pudiera imaginar. No digo que el consejo fuera bueno, mas al menos indicaba el vasto alcance de sus intereses y su alegría por compartirlos con otros, pues con sólo oír que alguien deseaba hacer algo, se ofrecía inmediatamente a aconsejarle. Una y otra vez perdí sumas considerables de dinero a causa de sus consejos; y sin embargo había en ellos una espontaneidad, y una cierta profundidad aparente, que no podía dejar de impresionarle a uno.

“Bien, uno de aquellos lejanos días en que todavía era muy joven y todo el mundo me parecía igualmente nuevo, y la fe de los brahmanes no me era más desconocida que la teoría acerca del origen del hombre, empecé a hablar con Horcher del tema de la trasmigración. Él se sonrió ante mi ignorancia, como siempre hacía, aunque amis-

tosamente, y luego me contó todo lo que sabía sobre el tema. Los brahmanes, dijo, estaban equivocados en muchos detalles importantes al no haber estudiado científicamente la cuestión y no estar intelectualmente cualificados para entender sus aspectos más difíciles. No les contaré la teoría de la trasmigración tal y como él me la explicó a mí, porque pueden ustedes leerla por sí mismos en los libros de texto. Lo que me contó no era nuevo para mí, mas sí lo fue la íntima certeza con que me la contó, y la impresión más bien excitante que dejó en mi mente de que todo lo había descubierto por sí mismo. Mas les diré un par de cosas sobre eso: una de ellas es que, a causa del interés que siempre se había tomado por las circunstancias que afectan al bienestar de las clases más bajas, estaba convencido de que sería recompensado con un considerable ascenso en su próxima existencia, “si (como él calculaba) hay justicia en la otra vida”.

—Pues —decía— si no fuera recompensado en una existencia posterior, el interés por semejantes cuestiones durante esta existencia, nada tendría sentido.

”Recuerdo que paseábamos por un parque mientras me contaba todo eso, y el camino estaba lleno de caracoles, que probablemente iban hacia unos álamos no muy distantes, ya que cada uno de aquellos árboles tenía varios de esos animales subiendo por su tronco, como si todos realizaran ese viaje en aquella época del año, que era a comienzos de octubre. Le recuerdo pisando los caracoles al andar, no por crueldad, pues no era cruel, sino porque pensaba que eso no podía importar a formas de vida tan absurdamente inferiores. Y la otra cosa que me dijo fue que había inventado un signo, o más bien que había inventado una forma de grabárselo en la memoria. El signo no era sino la letra griega «ϕ», pero él era un hombre enormemente diligente y se había adiestrado o hipnotizado a

sí mismo con tal vehemencia a fin de recordar ese signo, que estaba convencido de poder hacerlo automáticamente, incluso en otra existencia. En esta vida lo hacía a menudo de forma totalmente inconsciente, trazándolo en las paredes con su dedo, o incluso en el aire: se había adiestrado para hacer eso. Y me dijo que, si alguna vez me veía en la siguiente vida y se acordaba de mí (y sonrió agradablemente como si pensara que semejante recuerdo era posible), me haría ese signo, cualesquiera que fueran nuestras respectivas posiciones sociales.

—¿Y qué creía que iba a ser en la otra vida? —le pregunté a Jorkens.

—Nunca me lo dijo —contestó Jorkens—. Mas yo sabía que él estaba seguro de que iba a ser alguien enormemente importante; lo sabía por la condescendencia que mostró en su amable comportamiento cuando dijo que me haría el signo; además, estaba la lenta elegancia con que elevó la mano cuando trazó el signo en el aire, que más bien sugería a alguien sentado en un trono. No creo que le hubiera gustado lo más mínimo que yo le diera la lata en su segunda vida triunfal, a no ser por su orgullo de haber estampado ese signo en su alma a fuerza de aplicación, de manera que luego no pudiera evitar el hacerlo; y estaba convencido de que el hábito perduraría dondequiera que su alma fuera, y naturalmente deseaba que la posteridad supiera que lo había conseguido. Mientras caminamos hizo el signo inconscientemente más o menos cada media hora; desde luego se había adiestrado a hacerlo a conciencia.

—¿Y tenía alguna justificación para pensar que se sentaría en un trono si gozaba de una segunda vida? —pregunté yo.

—Bueno —dijo Jorkens—, era un hombre muy ocupado, no me corresponde a mí decir hasta qué punto su

interés por las vidas de otros hombres era filantropía o intromisión. Le tomé por lo que él mismo se estimaba, de manera que ahora que está muerto no quiero valorarle de otra forma. En su opinión todos los hombres eran tontos, de manera que alguien debía cuidar de ellos, y él, a costa de bastantes esfuerzos personales, estaba preparado para hacerlo; cualquier sistema que no recompensara a un hombre tan filantrópico como él debía de ser un sistema absurdo. En realidad no creo que pensara que la Creación fuera absurda, pues creía que él iba a ser recompensado; lo más que le oí decir contra ella fue que él podía poner en orden muchas cosas mejor de lo que están si tuviera el mando del mundo, y me puso algunos ejemplos.

“Bien, lo cierto es que me inculcó aquel signo, que, según dijo, probaría que la trasmigración es sumamente valiosa para la ciencia; aunque yo pienso que los que más debía interesarle era que yo me diera cuenta de hasta qué cumbres se había elevado con todo merecimiento. Y en realidad logró que le creyera. Pensé mucho en ello, y a menudo me figuro a mí mismo, en mis postreros años, asistiendo a una recepción real o a cualquier otra gran ceremonia en la corte de algún país extranjero, captando de repente del soberano, yo solo en toda la reunión, aquel signo de reconocimiento que nada significaría para el resto.

”Mi amigo falleció a edad avanzada cuando yo no había cumplido todavía los treinta, y decidí hacer lo que me había aconsejado: observar en mi vejez las carreras de los hombres nacidos después de su muerte que ocuparan los puestos más altos en Europa (pues Asia no le parecía gran cosa) y mostraran ciertas habilidades que en la otra vida podían esperarse de él, con todas las ventajas de su experiencia en ésta. Pues me dije: “Si lleva razón en lo de la

trasmigración, también la llevará en cuanto a sus posibilidades de ascenso”. Y ¿saben ustedes?, llevaba razón en lo de la trasmigración. Un año después de su muerte estaba yo paseando en aquel mismo parque, pensando en la letra griega F, como él me había dicho siempre que hiciera: el círculo bien marcado con la barra vertical en el medio. A menudo trazaba el signo con los dedos, como él solía hacer, para recordarlo. Aquel día lo tracé en la vieja tapia del parque. Observé un caracol ascendiendo lentamente por la tapia, y recordé su desprecio por esos animales; y, de algún modo, fue agradable pensar que él no había menospreciado a las cosas pequeñas más de lo que los demás hombres parecen hacerlo. Para él no valía la pena reparar en el rastro que el caracol dejaba en la tapia, cuyo brillo el sol incrementaba, mas consideraba igual de ridículas muchas de las obras humanas. Miré no obstante el brillante rastro del caracol en su avance, hasta que me di cuenta de que él había afirmado que sólo un tonto o un poeta perdería el tiempo con semejantes fruslerías; entonces me volví. Al hacerlo vi por el rabillo del ojo que el caracol estaba siguiendo una curva distinta. Volví a mirar y estimé un poco lo que había visto, pues la casualidad podía ser la causante; mas lo cierto es que el caracol había recorrido un cuarto de círculo muy diferente en su trayectoria de ascensión a la tapia. Era un fragmento de círculo tan claro que seguí observándolo hasta que se convirtió en un semicírculo, como antes había sido un cuarto de círculo. Mi entusiasmo creció cuando el animal empezó a descender; pues hasta entonces el caracol obviamente había estado escalando la tapia. ¿Por qué querría descender ahora? El diámetro del círculo era de unas cuatro pulgadas. El caracol avanzaba sin parar. Con mi mente absorta en el signo, yo no podía ignorar que si el caracol continuaba avanzando y completaba el

círculo, equivaldría a haber trazado la mitad de aquél. Y además era del mismo tamaño que el signo que Horcher solía trazar de manera regia con su dedo índice. El caracol seguía avanzando. Cuando sólo quedaba media pulgada para completar el círculo, puede parecer tonto, pero yo mismo hice el signo en el aire con mi dedo. Sabía que el caracol no podía verlo: si realmente era Horcher, sabía que estaría haciendo el signo únicamente por el hábito adquirido, autohipnotizado en su propio ego, y que eso nada tenía que ver con el intelecto. Entonces deseché de mi mente aquella absurda idea. Sin embargo el caracol seguía avanzando. Y finalmente completó el círculo.

”Bien —pensé yo—, el caracol se ha movido en círculo; muchos animales lo hacen: los perros lo hacen frecuentemente, los pájaros supongo que también, ¿por qué no los caracoles? Y debí de quedarme quieto.

”Sepan que el caracol, tan pronto como finalizó su recorrido, siguió subiendo por la tapia en línea recta, dividiendo el círculo de su trayectoria en dos mitades con una precisión como nunca he visto. Me quedé allí de pie, mirando fijamente, con la boca y los ojos completamente abiertos. Primero fue la trayectoria completamente vertical mediante la cual el caracol escaló la tapia, luego el círculo, y ahora la continuación de la línea vertical dividiendo aquél en dos. En eso, el animal llegó a lo alto del círculo. ¿Qué iría a pasar entonces? El caracol continuó en línea recta hacia arriba. Llegó a un punto un par de pulgadas por encima de la parte superior del círculo y allí se detuvo, después de haber trazado una perfecta F, probando que el sueño de los brahmanes era una realidad.

—Pobre Horcher —dije yo.

—¿Hizo usted algo con el caracol? —preguntó Terbut.

—Por un momento pensé en matarlo —dijo Jorkens— para brindarle a Horcher una mejor oportunidad en su tercera vida. Y entonces me di cuenta de que había algo en su concepción de la vida que requeriría centenares de ellas para ser purificado. No podía ir por ahí matando caracoles sin parar, ¿me entienden?

EL VENGADOR DE PERDÓNDARIS

ESTABA yo en el Támesis pocos días después de mi regreso del país del Yann y el reflujo de la marea me arrastraba hacia el este del Westminster Bridge, cerca del cual había alquilado mi bote. Toda clase de objetos flotaban a mi alrededor —maderos a la deriva y enormes botes— y estaba tan absorto en la contemplación del tránsito de ese gran río que no advertí que había llegado a la City, hasta que miré hacia arriba y vi esa parte del Embankment que está próxima a Go-by Street. Entonces me pregunté de repente qué habría sido de Singanee, pues la última vez que pasé por su palacio de marfil había tanta quietud que me hizo suponer que no había vuelto todavía. Y aunque le había visto irse con su terrorífica lanza, y por muy extraordinario cazador de elefantes que fuera, su demanda era espantosa, pues yo sabía que ningún otro podría vengar a la ciudad de Perdóndaris, matando a ese monstruo de un solo colmillo que súbitamente la había derrumbado en un solo día. De manera que amarré mi bote nada más alcanzar los primeros escalones del embarcadero y, tomando tierra abandoné el Embankment; a eso de la ter-

cera bocacalle empecé a buscar el comienzo de Go-by Street; es una calle muy estrecha, al principio apenas se distingue, mas allí está, y pronto me encontré en la tienda del anciano. Sin embargo, un hombre joven se inclinaba sobre el mostrador. No tenía ninguna información que darme sobre el anciano, se bastaba a sí mismo en la tienda. En cuanto a la pequeña puerta en la trastienda, “no existe nada parecido, señor”. Así es que tuve que hablar con él y seguirle la corriente. Tenía a la venta sobre el mostrador un instrumento para coger terrones de azúcar de una manera distinta. Se alegró que lo mirara y empezó a alabarlo. Le pregunté para qué servía y él me respondió que para nada, mas acababa de ser inventado hacía sólo una semana y era completamente nuevo, y estaba hecho de plata, y se vendía mucho. Todo el tiempo estuve escrutando el fondo de la tienda. Cuando pregunté por los ídolos, él respondió que tenía las últimas novedades de la temporada: un selecto surtido de mascotas. Y mientras fingía elegir una de ellas, vi de repente la maravillosa puerta. Inmediatamente me dirigí hacia ella, seguido por el joven tendero. Nadie se sorprendió más que él cuando vio la hierba de la calle y sus flores púrpura; cruzó corriendo la calle con su levita puesta hacia la acera opuesta y se detuvo con el tiempo justo, pues el mundo terminaba allí. Mirando hacia abajo desde el borde de la acera vio, en lugar de las acostumbradas ventanas de la cocina, un vasto cielo azul surcado de nubes blancas. Le llevé a la puerta de la trastienda, pues parecía pálido y necesitado de aire, y le empujé ligeramente hacia el interior, ya que sabía que sería mejor para él el aire del lado de la calle que conocía. Tan pronto como cerré la puerta tras el asombrado hombre, giré a la derecha y recorrí la calle hasta descubrir los jardines y las cabañas, y una pequeña mancha roja que se movía en un

jardín, la cual sabía que se trataba de la anciana bruja con su chal echado sobre los hombros.

—¿Viene de nuevo para variar de ilusión? —me preguntó.

—He venido de Londres —le dije—. Quiero ver a Singanee. Quiero ir a su palacio de marfil en lo alto de las montañas de los elfos, donde está el precipicio de amatista.

—No hay nada como cambiar de ilusiones —dijo— para no cansarse. Londres es un lugar magnífico, mas a veces es preferible contemplar las montañas de los elfos.

—Entonces, ¿conoce usted Londres? —pregunté.

—Por supuesto que sí —respondió ella—. Puedo soñar lo mismo que usted. No es usted la única persona que puede imaginarse Londres.

Los hombres trabajaban duramente en un jardín; era el momento más caluroso del día y estaban cavando con palas; de repente ella se volvió hacia mí para golpear a uno de ellos en la espalda con una larga vara negra que llevaba consigo.

—Incluso mis poetas van a veces a Londres —me dijo.

—¿Por qué golpea a ese hombre? —pregunté yo.

—Para que trabaje —contestó ella.

—Mas está cansado —le dije yo.

—Ya lo creo —respondió ella.

Y al mirar vi que la tierra era dura y seca, y que cada paletada que el hombre cansado levantaba estaba llena de perlas; mas algunos hombres estaban sentados completamente en silencio, observando las mariposas que revoloteaban por el jardín, y no obstante la vieja bruja no les pegaba con su vara. Y cuando le pregunté quiénes eran los que cavaban, ella me respondió:

—Son mis poetas, están buscando perlas.

—Y cuando le pregunté para qué quería ella tantas perlas, me contesto:

—Para alimentar a los cerdos, por supuesto.

—¿Les gustan las perlas a los cerdos? —pregunté yo.

Claro que no —respondió ella. Y habría insistido más en la cuestión, mas aquel viejo gato negro había salido de la casa y me estaba mirando caprichosamente sin decir palabra, por lo que comprendí que estaba haciendo preguntas absurdas. Y es su lugar pregunte por qué algunos poetas estaban ociosos, contemplando mariposas, sin que ella les pegara.

—Las mariposas —respondió ella— saben dónde se esconden las perlas, y esos poetas que parecen ociosos en realidad están esperando que alguna de ellas se pose encima del tesoro escondido. No se puede cavar sin saber dónde.

Y de repente un fauno salió de un bosque de rododendros y empezó a bailar encima de un disco de bronce en el que había un surtidor; y el sonido que producían sus pezuñas al danzar sobre el bronce era tan hermoso como el de las campanas.

—Llamada al té —dijo la bruja. Y todos los poetas arrojaron al suelo sus palas y la siguieron al interior de la casa, y yo les seguí a ellos, mas en realidad la bruja y todos nosotros seguíamos al gato negro, el cual arqueó el lomo y levantó el rabo, y caminó por el sendero de tilos esmaltados de azul, y atravesó el porche de techo negro y la abierta puerta de roble, y entró en una pequeña habitación en donde estaba preparado el té. Y en los jardines las flores comenzaron a cantar y la fuente hizo tintinear el disco de bronce. Y me enteré de que la fuente provenía de otro mar desconocido, y a veces lanzaba al aire fragmentos dorados procedentes de naufragios de galeones desconocidos, hundidos por las tormentas en algún mar

que no se encuentra en ninguna parte del mundo, o hechos pedazos en guerras libradas contra no se sabe quién. Algunos dijeron que había sal a causa del mar y otros que la sal estaba mezclada con lágrimas de marineros. Y algunos poetas sacaron grandes flores de sus jarrones y arrojaron sus pétalos por toda la habitación, mientras otros dos hablaban a la vez y los demás cantaban.

—¡Vaya!, después de todo sólo son niños —dije.

—¡Sólo niños! —repitió la bruja, mientras se servía vino de primavera.

—*Sólo* niños —exclamó el viejo gato negro. Y todos se rieron de mí.

—Sinceramente me disculpo —dije—. No quise decir eso. No pretendía insultar a nadie.

—¡Vaya!, no sabe usted nada en absoluto —dijo el viejo gato negro. Y todo el mundo rió hasta que los poetas se fueron a acostar.

Y entonces eché una ojeada a los campos que conocemos, y me volví hacia la otra ventana que mira a las montañas de los elfos. Y el atardecer semejaba un zafiro. Y aunque los campos empezaban a difuminarse, encontré el camino y subí las escaleras y atravesé el salón de la bruja y salí al exterior, y aquella noche fui al palacio de Singanee.

En el palacio de marfil las luces brillaban en cada panel de cristal, pues ninguna ventana tenía cortinas. Los sonidos eran los de una danza triunfal. Muy obsesionante era, en efecto, el zumbido del fagot; y los golpes esgrimidos por un hombre enérgico sobre el enorme y sonoro tambor eran como el peligroso anticipo de alguna bestia al galope. Me parecía estar escuchando, ya musicada, la contienda de Singanee con el más que colosal destructor de Perdóndaris. Y cuando caminaba a oscuras a lo largo del precipicio de amatista, de repente descubrí un puente

blanco de tramo curvo que lo atravesaba. Era un colmillo de marfil. Y lo supe por el triunfo de Singanee. Supe que había sido arrastrado mediante cuerdas para salvar el abismo, era similar a la puerta de marfil que hubo una vez en Perdóndaris y fue responsable de la destrucción de aquella famosa ciudad, con todas sus torres, murallas y gente. Habían empezado ya a vaciarlo y a tallar en sus costados figuras humanas de tamaño natural. Lo crucé y, a la mitad del camino, en el punto más bajo de la curva, me encontré con algunos de los tallistas profundamente dormidos. Al otro lado del precipicio, junto al palacio, hallábase el extremo más grueso del colmillo y descendí por una escala que se apoyaba en él, pues todavía no habían tallado escalones.

El exterior del palacio de marfil era como yo había supuesto y el centinela que vigilaba la puerta dormía profundamente; y aunque le pedí permiso para entrar, él únicamente murmuró una bendición a Singanee y volvió a quedarse dormido. Era evidente que había estado bebiendo bak. En el interior del vestíbulo de marfil me encontré con servidores que me dijeron que esa noche ningún forastero sería bien recibido porque celebraban el triunfo de Singanee. Y me ofrecieron a beber bak para conmemorar su esplendor, mas yo no conocía su poder ni su efecto sobre los humanos, por lo que les dije que había jurado a un dios no beber nada gratificante; y ellos me preguntaron si no podría aplacar a ese dios con oraciones, a lo que yo contesté: “De ninguna manera”, y me dirigí hacia el baile; y ellos se compadecieron de mí e insultaron amargamente a aquel dios, creyendo que eso me agradaría, y a continuación se pusieron a beber a mayor gloria de Singanee. Al otro lado de las cortinas que separaban el recinto de baile había un chambelán, y cuando le dije que, aunque forastero, era bien conocido de Mung y

Sish y Kib, los dioses de Pegana, cuyos signos hice, me dio la bienvenida. Le pregunté si mis vestidos no serían inadecuados a tan augusta ocasión, y él me juró por la lanza que había matado al destructor de Perdóndaris que Singanee encontraría vergonzoso que un forastero conocido de los dioses entrara en la sala de baile inapropiadamente vestido; y por tanto me condujo a otra habitación y sacó trajes de seda de un cofre de basto roble negro con cierres de cobre adornados con unos zafiros pálidos, y me rogó que eligiera un traje apropiado. Yo elegí una túnica verde brillante con ropa interior azul pálido y un talabarte también azul pulido. Me puse además una capa de color púrpura, ribeteada con dos delgadas cintas azul oscuro y una hilera de grandes zafiros cosidos entre ellas a todo largo, que me colgaba por detrás. Tampoco me habría permitido el chambelán de Singanee que cogiera algo de menos valor, pues decía que ni siquiera a un forastero se le podía permitir aquella noche que fuera un obstáculo para la munificencia de su amo, el cual se complacía en ejercerla en honor de su victoria. Tan pronto como estuve ataviado, nos dirigimos a la sala de baile y lo primero que vi en aquella centelleante sala de techo alto fue la descomunal figura de Singanee, de pie entre los bailarines, cuyas cabezas no sobrepasaban la cintura de aquél. Llevaba descubiertos los enormes brazos que habían sostenido la lanza que había vengado a Perdóndaris. El chambelán me condujo hasta él y yo me incliné y le dije que agradecía a los dioses a los que él había pedido protección. Y él me respondió que había oído hablar bien de esos dioses a los que solían rezar, mas esto lo dijo únicamente por cortesía, ya que no los conocía.

Singanee iba vestido con sencillez y únicamente llevaba en su cabeza una simple cinta dorada que evitaba que el cabello le cayera por la frente, cuyos extremos es-

taban sujetos atrás con un lazo de seda púrpura. Y todas sus reinas llevaban magníficas coronas, aunque no sabía si habían sido coronadas como reinas de Singanee o si fueron atraídas allí desde sus tronos en países remotos por admiración hacia él y su esplendor.

Todos los allí presentes llevaban vestidos de brillantes colores e iban descalzos, pues la costumbre del calzado era desconocida en aquellas regiones. Y cuando vieron que los dedos gordos de mis pies estaban deformados según la moda europea, torcidos hacia adentro en lugar de estar derechos, alguno me preguntó amablemente si me había acontecido algún accidente. Y en vez de contarle sinceramente que la deformación del dedo gordo del pie era una costumbre nuestra que nos agradaba, le dije que se trataba de una maldición de un dios malvado a quien había descuidado de ofrecer bayas durante mi infancia. Y hasta cierto punto me justifiqué, pues el Conventionalismo es un dios aunque sus modales sean perversos; y si les hubiera contado la verdad, no me habrían comprendido. Me dieron por compañera de baile a una dama de gran belleza, la cual me contó que se llamaba Saranoora y era una princesa del Norte que había sido ofrecida como tributo al palacio de Singanee. Y en parte bailaba como los europeos y en parte como las hadas del yermo, las cuales, según la leyenda, atraen a los viajeros extraviados hacia su perdición. Y si pudiera sacar de sus tierras a treinta de esos paganos, de largos cabellos negros y ojos pequeños de elfo, y pudiera hacerles tocar sus instrumentos musicales, desconocidos incluso para el rey Nebichadnezzar, interpretando al anochecer cerca de tu casa aquellas melodías que escuché en el palacio de marfil, quizá comprenderías, apreciado lector, la belleza de Saranoora, y el fulgor de luces y colores de aquella formidable sala, y el ágil movimiento de aquellas misteriosas

reinas que bailaban en torno a Singanee. Entonces, gentil lector, dejarías de serlo, pues los pensamientos que corren como leopardos en estas lejanas y salvajes tierras saltarían al interior de tu cabeza aunque estuvieras en Londres, sí, incluso en Londres: te alzarías y golpearías con tus manos la pared con sus preciosos dibujos de flores, en la esperanza de que los ladrillos se rompieran, revelándote el camino que conduce al palacio de marfil, junto al precipicio amatista donde habitan los dragones dorados. Pues lo mismo que ha habido hombres que han quemado prisiones para que los prisioneros pudieran escapar, esos oscuros músicos son tan incendiarios que atizan peligrosamente a su clientela a fin de que puedan liberarse los pensamientos prendidos con alfileres. No tengas miedo ni permitas que tus mayores lo tengan. No interpretaré esas melodías en ninguna de las calles conocidas. No traeré aquí a esos extraños músicos; únicamente susurraré el camino que conduce al País del Sueño, y sólo unos pocos pies delicados lo encontrarán, y soñaré en solitario con la belleza de Saranoora y a veces suspiraré.

Seguimos bailando sin cesar a la voluntad de los treinta músicos, mas cuando las estrellas palidieron y la brisa del amanecer agitó los últimos estertores de la noche, entonces Saranoora, la princesa del Norte, me condujo a su jardín. Había allí sombrías arboledas que llenaban de perfume la noche y protegían sus misterios del alba naciente. En aquel jardín flotaba a nuestro alrededor la triunfal melodía de aquellos oscuros músicos, cuyo origen no podían adivinar los que allí moraban y conocían el País del Sueño. Sólo en una ocasión volvió a cantar el pájaro tolulu, pues el regocijo de aquella noche le había asustado y estuvo callado. Una vez más le oímos cantar en alguna remota arboleda, pues los músicos des-

cansaban y nuestros pies descalzos no hacían ruido; por un momento oímos a aquella ave con la que una vez soñó nuestro ruiseñor, transmitiendo la tradición a su prole. Y Saranoora me contó que le había puesto el nombre de Hermana Canora; mas no conocía el nombre de los músicos, que en ese momento tocaban de nuevo, pues nadie sabía quiénes eran ni de qué país procedían. Entonces alguien cantó en la oscuridad, muy cerca de nosotros, acompañado de un instrumento de cuerda, la historia de Singanee y su lucha contra el monstruo. Y de pronto le vimos, sentado en el suelo, cantando a la noche la arremetida de la lanza que había traspasado el descomunal corazón del destructor de Perdóndaris. Y nos detuvimos un rato y le pregunté quién había presenciado aquella memorable contienda, y él me respondió que nadie a excepción de Singanee y de aquel cuya pezuña había dispersado Perdóndaris, y que ahora este último estaba muerto. Y cuando le pregunté si Singanee le había relatado la contienda, él me dijo que aquel arrogante cazador jamás diría una sola palabra del asunto, y que por tanto su extraordinaria proeza era ahora cosa de los poetas, a quienes quedaba confiada para siempre; y volvió a tocar su instrumento de cuerda y siguió cantando.

Cuando el collar de perlas que Saranoora llevaba al cuello comenzó a brillar, comprendí que el amanecer se aproximaba y que aquella memorable noche casi había pasado. Y finalmente abandonamos el jardín y fuimos al abismo a contemplar la salida del sol en el desfiladero amatista. Al principio el astro iluminó la belleza de Saranoora, mas luego coronó el mundo y encendió aquellos riscos de amatista hasta deslumbrarnos, y nos apartamos de allí y vimos al artesano ahuecando el colmillo y tallando en él una balaustrada formada por una bella comitiva de figuras. Y los que habían bebido bak comenzaron a

despertarse y abrieron sus asombrados ojos ante el precipicio de amatista, y se los frotaron y los apartaron. Y entonces aquellos maravillosos reinos de la canción, que los oscuros músicos habían establecido a lo largo de la noche mediante acordes mágicos, volvieron a desvanecerse bajo la influencia de aquel antiguo silencio que regía ante los dioses; y los músicos se envolvieron en sus capas y cubrieron sus maravillosos instrumentos y se marcharon sigilosamente a los llanos; y nadie se atrevió a preguntarles si volverían, o por qué vivían allí, o a qué dios servían. Y el baile se interrumpió y todas las reinas se marcharon. Y entonces la esclava salió de nuevo por una puerta y vació en el abismo su canasto de zafiros, como la había visto hacer anteriormente. La hermosa Saranoora dijo que aquellas importantes reinas nunca se ponían sus zafiros más de una vez, y que cada mediodía un mercader de las montañas les vendía nuevas piezas para la velada correspondiente. Sin embargo, sospecho que algo más que la extravagancia subyace en el fondo de esta acción, aparentemente derrochadora, de arrojar los zafiros al abismo, pues en las profundidades de éste se encontraban esos dragones dorados de los cuales nada parece saberse. Y pensé, y todavía sigo pensándolo, que Singanee, aun encontrándose en guerra con los elefantes, con cuyos colmillos había construido su palacio, conocía bien e incluso temía a esos dragones del abismo, y que tal vez valorase aquellas inapreciables joyas menos que a sus reinas, y quisiera pagar tributo a los dragones dorados de la misma manera que él recibía hermosas ofrendas de otros tantos países por medio de su lanza. No pude ver si los dragones tenían alas; ni podía asegurar que, en el caso que las tuvieran, fueran capaces de soportar ese peso de oro macizo; ni tampoco sabía por qué caminos podrían deslizarse a través del abismo. Y no

sé de qué le servirían los zafiros a un dragón dorado, o a una reina. Únicamente me parece extraño que arrojaran tal profusión de joyas por orden de un hombre que no tenía nada que temer, y que éstas cayeran al abismo al alba, despidiendo destellos y cambiando de color.

No sé cuánto tiempo nos quedamos allí observando la salida del sol sobre aquellas extensiones de amatista. Y es extraño que aquel fabuloso prodigio no me afectara más de lo que lo hizo, mas tenía la mente deslumbrada por la fama de aquél, y los ojos cegados por el resplandor del amanecer, y, como suele suceder, pensaba más en cosas insignificantes, y recuerdo haber contemplado el nacimiento del día en el solitario zafiro que Saranoora lucía en un anillo que llevaba en el dedo. Luego, cuando la brisa del amanecer la rodeaba, dijo que tenía frío y regresó al palacio de marfil. Y temí no poder volver a verla nunca más, pues el tiempo transcurre de manera diferente en el País del Sueño que en el mundo que conocemos, al igual que las corrientes marinas se desplazan según direcciones distintas, llevando barcos a la deriva. Y al llegar a la puerta del palacio de marfil me volví para despedirme y, sin embargo, no encontré palabras apropiadas. Y ahora, cuando a veces me encuentro en otras tierras, me paro a pensar en las muchas cosas que quise decir. Sin embargo, lo único que dije fue: “Ojalá nos volvámos a encontrar”. Y ella respondió que era probable que nos encontrásemos a menudo, pues el permitirlo era poca cosa para los dioses, ignorando que los dioses del País del Sueño tienen poco poder sobre los mundos que conocemos. Luego traspasó la puerta. Y yo, después de cambiada la vestimenta que el chambelán me diera por mi propia ropa, abandoné la hospitalidad del poderoso Singanee, y me dirigí de vuelta al mundo que conocemos. Me crucé con aquel enorme colmillo que había supuesto el fin de Perdóndaris y en-

contré a los artistas que lo estaban tallando; y mientras pasaba, algunos de ellos, a modo de saludo, alabaron a Singanee, y en respuesta rendí honores a su nombre. Aunque la luz del nuevo día todavía no había penetrado completamente hasta el fondo del abismo, la oscuridad estaba cediendo paso a una niebla púrpura y pude vislumbrar vagamente a un dragón dorado. Luego miré en dirección al palacio de marfil y, al no ver a nadie en las ventanas, me alejé con tristeza; y, siguiendo el camino que sabía, atravesé el desfiladero entre las montañas y descendí por sus laderas hasta divisar de nuevo la cabaña de la bruja. Y cuando me dirigí a la ventana más alta a fin de contemplar el mundo que conocemos, la bruja me habló. Mas yo estaba enfadado, como si acabara de des-pertarme, y no le contesté. Más tarde el gato me preguntó a quién había encontrado, y yo le respondí que en el mundo que conocemos los gatos se mantienen en su lugar y no hablan a los hombres. Y luego bajé las escaleras y salí directamente por la puerta, dirigiéndome a Go-by Street.

—Se ha equivocado usted de camino —gritó la bruja desde la ventana.

Y efectivamente, hubiera preferido volver de nuevo al palacio de marfil, pero no tenía derecho a abusar más de la hospitalidad de Singanee, y no es posible quedarse para siempre en el País del Sueño; además, ¿qué sabía aquella bruja del mundo que conocemos o de las pequeñas aunque numerosas trampas que se tienden a nuestros pies allá abajo? Así es que no le presté atención y seguí adelante, y llegué a Go-by Street. Vi la casa de la puerta verde a mitad de camino de la calle, mas creyendo que al final de ésta estaba más cerca del Embankment, en donde había dejado mi bote, probé la primera puerta que encontré, que correspondía a una cabaña con techo

de paja como las demás, con unas pequeñas agujas doradas en la cumbre del tejado y extraños pájaros sentados arreglándose las plumas. La puerta se abrió y me sorprendió encontrarme a mí mismo en lo que parecía una cabaña de pastor; un hombre sentado en un tronco en el interior de una humilde y sombría habitación se dirigió a mí en una lengua extraña; murmuré algo y salí corriendo a la calle. El tejado de la casa estaba cubierto de paja tanto en la fachada como por detrás. No había agujas doradas en la fachada, ni maravilloso pájaros; mas tampoco había acera. Había una hilera de casas, establos y cobertizos, mas ninguna otra señal de ciudad. A lo lejos vi una o dos aldeas. Sin embargo, ahí estaba el río, sin duda el Támesis, pues tenía la anchura de ese río y todos sus meandros, si es posible imaginar el Támesis en aquel lugar concreto sin estar rodeado de calles, sin ningún puente, y con el Embankment desplomado. Comprendí qué me había ocurrido, permanentemente y a la luz del día, lo que suele sucederle a los hombres, aunque más a menudo a los niños, cuando se despiertan antes del amanecer en alguna habitación extraña y ven una alta ventana gris donde debía estar la puerta y objetos desconocidos en lugares impropios, y pese a saber dónde se encuentran ignoran cómo es posible que el sitio ofrezca ese aspecto.

Luego pasó a mi lado un rebaño de ovejas con la apariencia de siempre, mas el hombre que las dirigía lucía una extraña mirada extraviada. Le hablé y él no me entendió. Luego bajé el río a comprobar si mi bote estaba en el mismo sitio en donde lo había dejado; en el cieno (pues la marea estaba baja) vi un trozo semienterrado de madera ennegrecida, que bien podía haber sido parte de un bote, mas no lo pude reconocer. Empecé a pensar que me había perdido. Sería extraño venir de lejos a ver Londres

y no poder encontrarla entre todos los caminos que hasta allí conducen; mas a mí me parecía que había estado viajando en el Tiempo y me había perdido entre los siglos. Y cuando vagaba por las colinas cubiertas de hierba, encontré un mausoleo hecho de zarzas y con techo de paja, y vi en su interior un león más deteriorado por el tiempo que la Esfinge de Gizeh; y cuando lo reconocí como uno de los cuatro de Trafalgar Square, entonces comprendí que andaba perdido por el futuro y varios siglos con sus traicioneros años me separaban de todo lo que había conocido. Y entonces me senté en la hierba junto a las deterioradas patas del león para reflexionar sobre lo que debía hacer. Y decidí regresar por Go-by Street y, dado que no había dejado nada que me atara al mundo conocido, ofrecirme como sirviente en el palacio de Singanee, y volver a contemplar el rostro de Saranoora y aquellos fabulosos amaneceres de amatista sobre el abismo donde juegan los dragones dorados. Y no me quedé más tiempo buscando vestigios de las ruinas de Londres; pues la contemplación de cosas maravillosa produce poco placer si no existe alguien a quien poder contarlas o asombrar.

Así es que volví inmediatamente a Go-by Street, la pequeña hilera de chozas, y no encontré ninguna otra prueba de la existencia de Londres que un león de piedra. Esta vez acerté con la casa. Estaba muy cambiada y se parecía más a una de esas chozas que pueden verse en Salisbury Plain que a una tienda en la ciudad de Londres; mas di con ella a base de ir contando las casas de la calle, ya que todavía quedaba una hilera de casas aunque las aceras y la ciudad hubieran desaparecido. Y todavía era una tienda. Una tienda muy diferente a la que yo conocí, aunque tenía mercancías a la venta: cayados de pastor, comestibles y toscas hachas. Y había un hombre con el pelo largo, vestido con pieles. No le hablé pues no co-

no sabía su lengua. Me dijo algo que me sonó a algo así como “Everkike”. No entendí su significado, mas cuando miró una de sus pistolas, caí en la cuenta y comprendí que Inglaterra todavía era Inglaterra, que todavía no la habían conquistado, y que, aunque se habían cansado de Londres, todavía se aferraban a su país. Pues las palabras que el hombre había pronunciado fueron “Av er kike”, por lo que comprendí que aquel mismo dialecto cockney que los antiguos llevaron a tierras lejanas todavía se hablaba en su lugar de nacimiento, y que ni la política ni sus enemigos lo habían destruido después de todos esos miles de años. Nunca me había gustado el dialecto cockney, dada mi arrogancia de irlandés acostumbrado a oír un magnífico inglés isabelino tanto de los pobres como de los ricos; por tanto, cuando escuché estas palabras me escocieron los ojos como si estuviera a punto de llorar; me recordaban lo lejos que me encontraba. Imagino que me quedé callado un rato. De repente comprendí que el hombre que se encargaba de la tienda se había quedado dormido. Su manera de ser parecía, extrañamente, la de un hombre que de seguir vivo tendría más de mil años (a juzgar por el aspecto deteriorado del león). Mas entonces, ¿qué edad tendría yo? Está claro que el Tiempo pasa más rápido o más lento en el País del Sueño que en el mundo que conocemos. Pues los muertos, incluso los más antiguos, reviven en nuestros sueños; y un soñador pasa por los acontecimientos del día en sólo un segundo del reloj de Town-Hall. Sin embargo, la lógica no me ayudó y estaba desconcertado. Mientras el anciano dormía —extrañamente su rostro se parecía al del anciano que me había mostrado por primera vez la pequeña puerta trasera—, me dirigí al fondo de la tienda. Había una especie de puerta con goznes de cuero. La abrí y me encontré de nuevo con el cartel de la trastienda: al menos la parte de

atrás de Go-by Street no había cambiado. La calle parecía fantástica y distante con sus flores púrpura y sus agujas doradas, y la desolación de la acera de enfrente; sin embargo, respiré más tranquilo al volver a ver algo que ya había visto antes. Pensé que había perdido para siempre el mundo que conocía, y ahora que me encontraba de nuevo a espaldas de Go-by Street sentía menos la pérdida que cuando estaba donde deberían estar los objetos familiares. Recordé lo que había dejado en el vasto País del Sueño y pensé en Saranoora. Y cuando volví a divisar las cabañas me sentí menos aislado todavía al pensar en el gato, aunque por lo general el animal se reía de lo que yo decía. Y lo primero que le dije a la bruja cuando la vi fue que había perdido el mundo y regresaba por el resto de mis días al palacio de Singanee. Y lo primero que ella me dijo fue:

—¡Vaya! Se equivocó usted de puerta.

Lo dijo amablemente, pues comprendía lo infeliz que yo era. Y yo le contesté:

—Sí, mas es la misma calle. Toda ella está cambiada y Londres ha desaparecido y la gente que solía conocer y las casas en las que solía dormir, y todo; estoy harto.

—¿A dónde quería usted ir por esa puerta errónea? —dijo ella.

—¡Oh!, eso da lo mismo —contesté.

—¿De veras? —dijo ella de un modo contradictorio.

—Bueno, quería llegar al final de la calle para encontrar rápidamente mi bote en el Embankment. Y ahora mi bote... y el Embankment... y...

—Alguna gente tiene siempre tanta prisa —dijo el viejo gato negro. Y me sentí tan desdichado que no logré enfadarme y no añadí nada más.

Y la vieja bruja dijo:

—¿A dónde quiere ir ahora?

Parecía una niñera dirigiéndose a un niño pequeño.
Y yo le respondí:

—No tengo dónde ir.

Y ella respondió:

—¿Preferiría volver a casa o ir al palacio de Singanee?

Y yo le respondí:

—Me duele la cabeza y no quiero ir a ninguna parte, estoy cansado del País del Sueño.

—Entonces suponga que intenta entrar por la puerta apropiada.

—De nada serviría —contesté—. Todos han muerto y desaparecido, ahora aquí venden bollos.

—¿Qué sabe usted del Tiempo? —preguntó.

—Nada —respondió el viejo gato negro, a pesar de que nadie se había dirigido a él.

—¡Váyase! —dijo la vieja bruja.

De manera que me volví y me dirigí de nuevo a Go-by Street. Estaba muy cansado.

—¿Qué sabe de él? —dijo a mis espaldas el viejo gato negro. Sabía lo que iba a decirme después. Aguardé un momento y luego le dije:

—Nada.

Cuando miré por encima del hombro, el animal se dirigía a la cabaña contoneándose. Y cuando llegué a Go-by Street abrí con indiferencia la puerta por la que acababa de pasar. Me pareció inútil hacerlo, únicamente lo hice por aburrimiento, porque me lo habían mandado. Y nada más entrar, vi que todo era como antaño, y que el anciano soñoliento que allí se encontraba vendía ídolos. Compré una vulgar pieza, que en realidad no quería comprar, por el mero placer de ver los artículos acostumbrados. Y cuando me alejé de Go-by Street, que seguía siendo la de siempre, lo primero que vi fue un taxi colisionando con un cabriolé. Me descubrí y ovacioné. Y fui al Embankment y

allí estaba mi bote, y el majestuoso río, repleto de suciedad como de costumbre. Y volví a remar y compré una revista barata (al parecer había estado fuera todo un día) y la leí de punta a rabo —incluyendo los avisos de remedios patentados para enfermedades incurables— y decidí pasear, tan pronto como descansara, por todas las calles que me eran familiares y visitar a todas mis amistades, y conformarme para siempre con el mundo que conocemos.

EN EL CREPÚSCULO

LA ESCLUSA estaba atestada de botes cuando zozobramos. Me hundí unos pocos pies antes de que me pusiera a nadar y luego ascendí confundido hacia la luz; pero, en lugar de alcanzar la superficie, di con la cabeza contra la quilla de un bote y volví a hundirme, Tomé impulso casi de inmediato y ascendí, pero antes de alcanzar la superficie, mi cabeza chocó contra un bote por segunda vez y me hundí hasta el fondo. Estaba aturdido y totalmente atemorizado. Tenía una desesperada necesidad de aire y sabía que si chocaba con un bote por tercera vez, nunca volvería a ver la superficie. La muerte por ahogo es horrible por más que se haya dicho lo contrario. No se me hizo presente mi vida pasada, pero pensé en cambio en muchas cosas triviales que nunca volvería a hacer o ver si me ahogaba. Nadé hacia lo alto siguiendo una dirección oblicua en la esperanza de evitar el bote con el que me había golpeado. De pronto vi con toda claridad todos los botes en la esclusa por encima de mí y cada una de sus tablas curvadas y barnizadas y los rasguños y las melladuras de sus quillas. Vi varios espacios abiertos entre los botes

por los que podría haber alcanzado la superficie, pero no parecía valer la pena intentarlo y llegar allí; me había olvidado del motivo por el que había querido hacerlo. Entonces toda la gente se inclinó por sobre sus botes: vi los trajes de franela clara de los hombres y las coloridas flores de los sombreros de las mujeres; pude observar con toda distinción los detalles de sus vestidos. Todo el mundo en los botes me miraba; entonces todos se dijeron los unos a los otros:

—Ahora debemos dejarlo.

Y partieron en sus botes y nada más había sobre mí salvo el río y el cielo; a cada uno de mis lados había algas verdes que crecían en el limo, porque, de algún modo, había vuelto a hundirme hasta el fondo. El río, al fluir junto a mí, murmuraba en mis oídos de un modo que no me desagradaba y los juncos parecían musitar muy quedo entre sí. De pronto el murmullo del río adquirió la forma de palabras y lo oí decir:

—Debemos ir al mar; ahora tenemos que dejarlo.

Entonces el río partió y ambas sus orillas; y los juncos musitaron:

—Sí, ahora tenemos que dejarlo.

Y también ellos partieron y quedé en un gran vacío mirando fijamente al cielo azul en lo alto. Entonces el cielo inmenso se inclinó hacia mí y habló muy dulcemente, como una bondadosa nodriza que consuela a un pequeño tontuelo diciendo:

—Adiós. Todo estará bien. Adiós.

Y sentí pena de perder al cielo azul, pero el cielo se fue. Entonces me encontré solo, con nada alrededor de mí; no veía luz alguna, pero no estaba oscuro: no había absolutamente nada, ni sobre mí ni por debajo ni a los lados. Pensé que quizá habría muerto y esto fuera la eternidad; cuando de pronto, algunos altas colinas aus-

trales surgieron alrededor de mí y estaba tendido sobre la cálida ladera de una colina cubierta de hierba en Inglaterra. Era el valle que había conocido en la niñez, pero no lo había vuelto a ver en años. Junto a mí crecía alto la flor de la hierbabuena; vi la flor del tomillo de dulce aroma y una o dos fresas silvestres. Desde los campos a mis pies me llegaba el hermoso olor del heno y había paz en la voz del cuclillo. Se tenía sensación de verano, de atardecer, de demora y de sabat en el aire; el cielo estaba sereno y un extraño color lo iluminaba; el sol estaba bajo; las campanas de la iglesia de la aldea tocaban todas a duelo y el eco de los tañidos iba errante ascendiendo por el valle hacia el sol, y dondequiera un eco moría, un nuevo tañido nacía. Y toda la gente de la aldea caminaba por un sendero pavimentado de piedras bajo una galería de encina negra y entraba en la iglesia; y los tañidos cesaron y la gente de la aldea empezó a cantar; la serena luz del sol brilló sobre las lápidas blancas que rodeaban a la iglesia. Entonces la aldea se sumió en el silencio y ya no llegaban gritos ni risas del valle, sólo el ocasional sonido del órgano o del canto. Y las mariposas azules, esas que aman la greda, vinieron y se posaron en las altas hojas de hierba, de a cinco o de a seis, a veces, en una sola de ellas, y cerraban sus alas y se dormían, y la hierba se inclinaba un tanto bajo su peso. Y desde los bosques que crecían en lo alto de las colinas, venían conejos saltando y mordisqueando la hierba; y se alejaban saltando un poco más y volvían a mordisquear la hierba; las grandes margaritas cerraban sus pétalos y los pájaros empezaron a cantar.

Entonces las colinas hablaron, todas las altas colinas de greda que yo amaba, y con profunda voz solemne dijeron:

—Nos llegamos a ti para decirte Adiós.

Luego partieron y otra vez no hubo nada alrededor de mí. Miré en todas direcciones en busca de algo sobre lo que pudiera reposar la mirada. Nada. De pronto un bajo cielo gris me cubrió y un aire húmedo me bañó la cara; desde el borde de las nubes una gran llanura se precipitó hacia mí; sobre dos lados tocaba el cielo y sobre dos lados, entre él y las nubes, se tendía una línea de colinas bajas. Una línea de colinas reflexionaba gris a la distancia; la otra se cubría de retazos formados de pequeños campos verdes y cuadrados con unas pocas cabañas alrededor de sí. La llanura era un archipiélago de un millón de islas, cada una de las cuales de una yarda aproximadamente o menos aún, y todas estaban enrojecidas de brazos. Volví a estar en el Pantano de Allen al cabo de muchos años y nada había cambiado en él, aunque había oído decir que lo estaban drenando. Estaba con un viejo amigo al que me alegraba ver nuevamente, porque, según me habían dicho, había muerto ya desde hacía años. Su aspecto era extrañamente juvenil, pero lo que más me sorprendió es que estaba de pie sobre un brillante musgo verde que, de acuerdo con lo que se me había enseñado, jamás podría haber soportado su peso. También me alegraba volver a ver el viejo pantano y todas las hermosas criaturas que crecían en él: los musgos escarlatas, los musgos verdes, los brazos firmes y amistosos y el agua profunda y silenciosa. Vi una pequeña corriente que serpenteaba errante en medio del pantano y pequeñas conchillas blancas en sus claras profundidades; algo más lejos vi uno de los grandes estanques en los que no hay islas, con juncos alrededor, donde los patos gustan reposarse. Contemplé ese imperturbable mundo de brazos y luego miré las blancas cabañas de la colina y vi que el humo subía rizado desde sus chimeneas; sabía que allí quemaban turba y sentí deseos de volver a olerla. Y a lo

lejos se oyó el extraño grito de voces salvajes y felices de una bandada de gansos que venía acercándose hasta que los vi aparecer del Norte. Entonces sus gritos se unieron en una gran voz de exultación, la voz de la libertad, la voz de Irlanda, la voz del Descampado; y esa voz decía:

—¡Adiós! ¡Adiós!

Y se perdió en la distancia; y cuando desaparecieron, los gansos domesticados de las granjas llamaron a sus hermanos libres en lo alto. Entonces las colinas partieron, y el pantano y el cielo se fueron con ellas y me quedé solo otra vez como se quedan solas las almas perdidas.

Entonces junto a mí se elevaron los edificios de ladrillo rojo de mi primera escuela y la capilla vecina. Los campos del derredor estaban llenos de niños vestidos de franela blanca que jugaban al *cricket*. En el terreno de juego de cemento, junto a las ventanas de las aulas, estaban Agamenón, Aquiles y Odiseo con los argivos armados detrás; pero Héctor bajó de la ventana de la planta baja, y en el aula se encontraban los hijos de Príamo, los aqueos y la rubia Helena; y algo más lejos los Diez Mil se trasladaban por el campo de juego desde el corazón de Persia para poner a Ciro en el trono de su hermano. Y los niños que yo conocía me llamaban desde el campo y me decían:

—¡Adiós!

Y ellos y el campo partían; y los Diez Mil iban diciéndome fila por fila a medida que pasaban a mi lado marchando de prisa y desaparecían:

—¡Adiós!

Y Héctor y Agamenón decían:

—¡Adiós!

Y también el ejército de los argivos y de los aqueos; y todos ellos partieron al igual que la vieja escuela; y de nuevo me encontré solo.

La escena siguiente que llenó el vacío resultó más bien confusa: mi nodriza me conducía por un senderito de un terreno comunal en Surrey. Era muy joven. Muy cerca una tribu de gitanos había encendido una fogata; junto a ellos estaba su romántica caravana y el caballo desuncido pastaba en las cercanías. Era la hora del atardecer y los gitanos hablaban en voz baja en torno al fuego en una lengua desconocida y extraña. Luego todos dijeron en inglés:

—¡Adiós!

Y la tarde, el terreno comunal y el campamento partieron. Y en su reemplazo apareció un camino real blanco con oscuridad y estrellas por debajo, que conducía a la oscuridad y a las estrellas, pero en el extremo cercano del camino había campos comunales y jardines, y allí estaba yo, junto a mucha gente, hombres y mujeres. Y vi a un hombre que se alejaba solo de mí por el camino, al encuentro de la oscuridad y las estrellas, y toda la gente lo llamaba por su nombre, pero el hombre no la escuchaba, sino que seguía avanzando por el camino y la gente seguía llamándolo por su nombre.

Pero yo me enfadé con el hombre pues no se detenía ni se volvía cuando tanta gente lo llamaba por su nombre; y era el suyo un nombre muy extraño. Y yo me cansé de oír ese nombre extraño tan frecuentemente repetido, de modo que hice un gran esfuerzo por llamarlo, para que él escuchara y la gente dejara de repetir ese nombre tan extraño. Y con el esfuerzo abrí grandes los ojos, y el nombre que la gente gritaba era mi propio nombre, y yo yacía a orillas del río rodeado por hombres y mujeres que se inclinaban sobre mí. Tenía los cabellos mojados.

ERLATHDRONION

EL QUE fuera Sultán en un lugar tan remoto de Oriente que sus dominios fueron considerados fabulosos en Babilonia, cuyo nombre es hoy prototipo de lejanía en las calles de Bagdad, cuya excelencia invocan por su nombre viajeros barbados a la caída de la tarde con el fin de convocar oyentes a su recitación de cuentos, mientras se eleva el humo del tabaco, suenan los dados y las tabernas rebozan de gente, estableció también su mandato en esa misma ciudad y dijo: “Que sean conducidos hasta aquí todos los sabios que puedan comparecer ante mí y regocijar mi corazón con su sabiduría”.

Los hombres se apresuraron y los clarines sonaron, y así fue como se presentaron al sultán todos sus sabios. Y muchos fueron declarados no aptos. Mas de todos los que fueron capaces de decir cosas aceptables, después de ser llamados Los Afortunados, uno dijo que al sur de la Tierra había un País —coronado de loto, añadió— donde era verano cuando nosotros estamos en invierno y viceversa.

Y cuando el Sultán de aquellas remotas tierras supo que el Creador de Todo había ideado una estratagema

tan sumamente de su gusto, su júbilo no conoció fronteras. De pronto habló y dijo (eso fue en esencia lo que dijo) que sobre esa frontera o límite que separa el norte del sur se construiría un palacio en cuyos salones del ala norte sería verano, mientras que en los del ala sur sería invierno; así que él se trasladaría de unos salones a otros según su estado de ánimo: se reiría del verano por la mañana y pasaría el mediodía entre la nieve. De modo que mandaron llamar a los poetas del Sultán y les ordenaron que hablasen de aquella ciudad, previendo su esplendor lejos hacia el sur y en tiempos futuros, y algunos de ellos fueron considerados afortunados. Y entre todos los que fueron considerados afortunados y fueron coronados de flores, ninguno consiguió con más facilidad la sonrisa del Sultán (de la que dependía que los días fueran largos) que el que, imaginándose la ciudad, habló así de ella:

—Durante siete años y siete días, ¡oh, Puntal del Cielo!, tus constructores edificarán tu palacio, que no estará ni en el norte ni en el sur, en el que ni el verano ni el invierno será dueño exclusivo de las horas. Lo veo blanco, tan extenso como una ciudad, tan hermoso como una mujer, auténtica maravilla del mundo, con muchas ventanas, desde las que al ocaso tus princesas mirarán al exterior. Sí, percibo la dicha en sus balcones dorados y escucho el rumor que desciende de las galerías y el arrullo de las palomas en sus aleros esculpidos. ¡Oh, Puntal del Cielo!, esa ciudad tan hermosa deberían construirla tus antiguos señores, los hijos del sol, para que todos los hombres admiren su poder incluso hoy, y no sólo los poetas, cuya imaginación la ve tan alejada hacia el sur y en tiempos futuros.

“¡Oh, Rey de los Años!, la ciudad debería estar situada en el centro de esa línea que divide equitativamente el norte del sur y separa las estaciones como si fuera una

pantalla. Cuando en el ala norte sea verano, tus centinelas vestidos de seda pasearán por deslumbrantes murallas, mientras tus lanceros cubiertos de pieles circularán por el ala sur. Mas al mediodía del día central del año, tu chambelán descenderá de su elevada posición y entrará en el salón del centro, y tras él bajarán hombres con trompetas, y él proferirá un gran grito al mediodía, y los hombres harán sonar las trompetas, y los lanceros cubiertos de pieles marcharán hacia el norte y tus centinelas vestidos de seda ocuparán su lugar en el sur, y el verano abandonará el norte y se irá al sur, y las golondrinas levantarán el vuelo y le seguirán. Y únicamente no habrá cambio en tus salones interiores, pues están situados sobre esa línea que separa las estaciones y divide el norte del sur.

”Y en los jardines siempre será primavera, pues la primavera permanece siempre al margen del verano; y el otoño también teñirá siempre tus jardines, pues siempre resplandece al borde del invierno, y esos jardines permanecerán aparte entre el invierno y el verano. Y habrá orquídeas en tu jardín, también, con toda su carga de otoño en las ramas y todas las flores de la primavera.

”Sí, percibo ese palacio, ya que podemos imaginar las cosas venideras; veo su blanco muro resplandeciente a la deslumbrante luz del solsticio de verano, y los lagartos tumbados inmóviles al sol, y los hombres dormidos al mediodía, y las mariposas revoloteando alrededor, y las aves de radiante plumaje persiguiendo maravillosas pollitas, y a lo lejos en la selva las grandes orquídeas, y los insectos iridiscentes danzando en torno a la luz. Veo el muro por el otro lado: la nieve se ha amontonado en las almenas, los carámbanos las han orlado de barbas de hielo, un violento viento que sopla desde parajes solitarios y clama a los helados campos, ha enviado los ventisqueros por encima de los contrafuertes. Los que se asoman a las

ventanas de ese ala de tu palacio ven a los gansos silvestres volando bajo, y a todas las aves invernales pasando veloces en bandadas atenazadas por el implacable viento, y las nubes de encima son negras, ya que allí están en el solsticio de invierno. Mientras tanto, en tus otros salones las fuentes tintinean, cayendo sobre mármol bajo el sol abrasador del verano.

”Así será tu palacio, ¡oh, Rey de los Años!, y su nombre será Erlathdronion, Prodigio de la Tierra; y tu sabiduría ordenará a tus arquitectos que lo construyan inmediatamente, ya que podemos ver lo que hasta ahora únicamente veían los poetas, y esta profecía se cumplirá.

Y cuando el poeta se detuvo, el Sultán habló y dijo, mientras los demás escuchaban con la cabeza vuelta:

—No será necesario que mis constructores edifiquen ese palacio, Erlathdronion, Prodigio de la Tierra, pues al oírte a ti hemos saboreado ya sus placeres.

Y el poeta se fue de su Presencia y soñó otra cosa.

ESCAPAR POR LOS PELOS

OCURRIÓ bajo tierra.

En aquella malsana y húmeda cueva bajo Belgrave Square las paredes goteaban. Mas ¿qué le importaba eso al mago? Lo que necesitaba era discreción, no sequedad. Allí sopesó la marcha de los acontecimientos, determinó destinos y urdió brebajes mágicos.

Durante los últimos años, la serenidad de sus reflexiones se había visto perturbada por el ruido del autobús. Entre tanto, a su fino oído llegaba a lo lejos el estruendo y la convulsión del tren subterráneo bajando Sloane Street; y lo que oía del mundo que tenía por encima de su cabeza no decía mucho a su favor.

Un atardecer, allá abajo en su oscura y maloliente cámara con su horrible pipa, decidió que Londres había vivido ya demasiado, había desaprovechado sus oportunidades; en resumidas cuentas, había llevado demasiado lejos su civilización. Así es que decidió destruirla.

Por consiguiente, hizo señas a su acólito desde el extremo cubierto de maleza de la caverna y dijo: “Tráeme el corazón del sapo que mora en Arabia junto a las mon-

tañas de Bethany”. El acólito se escabulló por una puerta oculta, dejando a tan torvo anciano con su espantosa pipa; y adónde se fue o por qué camino volvió, sólo lo saben los gitanos. Mas al cabo de un año estaba de nuevo en la caverna, después de haberse introducido en secreto por el escotillón mientras el anciano fumaba, trayendo consigo una pequeña cosa carnosa que se descomponía dentro de un cofre de oro macizo.

—¿Qué es eso? —gruñó el anciano.

—Es —respondió el acólito— el corazón del sapo que mora en Arabia junto a las montañas de Bethany.

Los retorcidos dedos del anciano se aferraron al cofre, mientras bendecía al acólito con voz áspera y levantaba una mano que parecía una garra; el autobús rodaba por encima de sus cabezas en su interminable trayecto; a lo lejos, el tren sacudió Sloane Street.

—Ven —dijo el anciano mago—, ya va siendo hora.

E inmediatamente abandonaron ambos la caverna cubierta de maleza, llevando el acólito un caldero, un atizador de oro y todo lo necesario, y salieron afuera a la luz. Y el anciano presentaba un aspecto maravilloso con su gorra y su chaquetilla de jockey.

Su meta era las afueras de Londres. El anciano caminaba delante a grandes zancadas y el acólito corría tras él, y había algo mágico en el paso del solitario anciano, sin contar su maravillosa vestimenta, en el caldero, en la varita, en el apresurado acólito y en el pequeño atizador de oro.

La chiquillería se mofó hasta llamar la atención del anciano. La extraña procesión de dos siguió atravesando Londres a una velocidad que imposibilitaba su seguimiento. Allá arriba las cosas parecían peor que en la caverna, y cuanto más avanzaban en dirección a las afueras de Londres, tanto peor encontraban a la ciudad.

—Ya va siendo hora —dijo el anciano—, no hay duda.

Y de esta manera llegaron finalmente a las afueras de Londres y a una pequeña colina desde la que se observaba una lúgubre vista. Era tan desagradable que el acólito echó de menos la caverna, a pesar de ser malsana y húmeda y estar poseída por las terribles sentencias que el anciano profería mientras dormía.

Ascendieron la colina y dejaron el caldero en el suelo; luego, metieron dentro todo lo necesario, encendieron un fuego con hierbas que ningún boticario vendería ni ningún jardinero decente cultivaría, y finalmente removieron el caldero con el atizador de oro. El mago reservó una parte, refunfuñando; luego, volvió a acercarse al caldero a grandes zancadas y, cuando todo estuvo listo, abrió de pronto el cofre y dejó que la cosa carnosa se cociera.

Después hizo sortilegios y levantó los brazos. Cuando los vapores del caldero penetraron en su mente dijo cosas horribles que antes no sabía y utilizó espantosas runas que hicieron chillar al acólito; maldijo a Londres, desde su bruma hasta sus minas de marga, desde el cenit al abismo, autobuses, fábricas, parlamento, gente.

—Dejemos que todo esto perezca —dijo— y Londres desaparecerá; dejemos que desaparezcan las líneas de tranvías, los ladrillos y el pavimento, usurpadores del campo por demasiado tiempo, y volverán las liebres salvajes, la zarzamora y la gavanja.

—Dejemos que desaparezcan —siguió diciendo—, que desaparezcan ahora, que desaparezcan completamente.

En medio de aquel silencio momentáneo el anciano tosió, luego esperó con ojos ansiosos; y el gran murmullo de Londres zumbó como siempre lo ha hecho desde que se establecieron junto al río las primeras chozas de carrizo, cambiando a veces de tono pero sin dejar de zumbar noche y día, aunque con voz quebrada por los años; y así

continuó. Y el anciano se volvió en redondo hacia su tembloroso acólito y le dijo con voz terrible mientras se hundía bajo tierra: “¡NO ME TRAJISTE EL CORAZÓN DEL SAPO QUE MORA EN ARABIA JUNTO A LAS MONTAÑAS DE BETHANY!”

HISTORIA DE MAR Y TIERRA

EN EL primer Libro de las Maravillas está escrito cómo el capitán Shard, del terrible barco pirata *Desperate Lark*, se retiró de la vida activa después de saquear la ciudad costera de Bombasharna; y cómo, renunciando a la piratería en favor de los más jóvenes, con el beneplácito del Atlántico Norte y Sur, se instaló con una reina cautiva en su isla flotante.

A veces hundía un barco en memoria de los viejos tiempos, mas había dejado de merodear por las rutas comerciales y los asustadizos comerciantes temían ahora a otros hombres.

No fue la edad lo que le impulsó a abandonar su romántica profesión. Ni tampoco la indignidad de sus traiciones, ni ninguna herida de arma de fuego, ni la bebida. Fue la inexorable necesidad y la *force majeure*. Cinco navíos le perseguían. Cómo les dio el esquinazo un día en el Mediterráneo, cómo combatió contra los árabes, cómo fue oída una andanada de sus cañones por primera y última vez en un lugar a 23° de latitud norte y 4° de longitud

este, junto a otras cosas desconocidas para los Almirantazgos, es lo que procederé ahora a contar.

Se había divertido un poco, sí, él, Shard, capitán pirata, y todos sus compinches llevaban perlas en sus pendientes. Y ahora la flota inglesa iba tras él a todo trapo a lo largo de la costa de España con un favorable viento del norte a popa. No conseguían ganar terreno al aerodinámico navío de Shard, el terrible barco pirata *Desperate Lark*; sin embargo, estaban más cerca de lo que a él le habría gustado y se entrometían en sus asuntos.

Le habían estado persiguiendo durante un día y una noche, cuando, a la altura del Cabo de San Vicente, hacia las seis de la mañana, Shard dio aquel paso que decidió su retiro de la vida activa: viró hacia el Mediterráneo. Si hubiera seguido hacia el Sur descendiendo por la costa africana, es dudoso que hubiese podido sacar provecho de la piratería, debido a la obstrucción de Inglaterra, Rusia, Francia, Dinamarca y España; mas, virando hacia el Mediterráneo, dio lo que podía llamarse el penúltimo paso de su vida, que para él significó establecerse. Desde su juventud Shard tuvo en mente tres grandes líneas de conducta, sobre las que meditaba de día y rumiaba de noche, consolándole de todos sus peligros; secretas incluso para sus hombres, eran tres medios con los que esperaba escapar de cualquier peligro que pudiera encontrar en el mar. Una de ellas era la isla flotante de la que se habla en el Libro de las Maravillas; otra era tan fantástica que podemos dudar de que incluso la brillante audacia de Shard la hubiera podido encontrar practicable, al menos él nunca la intentó por lo que se sabe en esa taberna junto al mar en la que me he informado; y la tercera decidió llevarla a cabo cuando viró aquella mañana para el Mediterráneo. En realidad, a pesar del paso que había dado, podría haber practicado la piratería un poco

más tarde cuando los mares recuperaran la calma, mas ese penúltimo paso fue como esa pequeña casa de campo a la que todo hombre de negocio le ha echado el ojo; como cualquier cómoda inversión reservada para la vejez, hay determinadas trayectorias decisivas en las vidas de los hombres que después de tomadas impiden a éstos volver a sus asuntos.

Ante el asombro de sus hombres viró, pues, para el Mediterráneo con la flota inglesa pisándole los talones.

—¡Qué locura es ésta —murmuró Bill, el contramaestre, al único oído del viejo Frank—, con toda la flota francesa esperándonos en Lyon y los españoles a lo largo de todo el trayecto entre Cerdeña y Túnez! (pues ellos conocían las rutas de los españoles).

Mandaron una delegación a hablar con el capitán Shard, todos ellos serios y vestidos con sus trajes más costosos. Le dijeron que el Mediterráneo era una ratonera, y lo único que él les respondió fue que el viento del norte les sostendría. Y la tripulación le contestó que estaban rendidos.

De manera que penetraron en el Mediterráneo y la flota inglesa cerró el Estrecho de Gibraltar. Y Shard continuó dando bordadas por la costa marroquí con una docena de fragatas tras él. Y el viento del norte se hizo más intenso. Y el Capitán no habló a su tripulación hasta que anocheció, momento en que les reunió a todos a excepción del timonel y les pidió cortésmente que bajaran a la bodega. Allí les mostró seis inmensos ejes de acero y una docena de enormes ruedas de hierro, que ninguno de ellos había visto antes; y contó a su tripulación que, sin que nadie lo supiera, su nave había sido especialmente adaptada a esos ejes y ruedas, y que tenía la intención de navegar en seguida de nuevo hacia el vasto Atlántico, aunque no a través del estrecho. Y cuando oyeron el nombre

del Atlántico todos sus compinches se alegraron, pues lo consideraban un mar muy seguro.

Y cayó la noche y el capitán Shard mandó llamar a su buzo. Con el mar embravecido al buzo le era difícil trabajar, mas a media noche las cosas salieron a entera satisfacción de Shard; y el buzo dijo que de todos los trabajos que había desempeñado... Mas, al no encontrar adecuada comparación y estar necesitado de un trago, se calló y pronto se durmió, y sus camaradas lo llevaron a su hamaca. La persecución continuó durante todo el día siguiente con el inglés bien a la vista, ya que Shard había perdido tiempo por la noche con sus ruedas y ejes, y el peligro de encontrarse con los españoles aumentaba cada hora. Cuando anocheció cada minuto parecía cargado de peligro; sin embargo siguieron dando bordadas hacia el este, donde sabían que debían de estar los españoles.

Y finalmente divisaron sus gavias, y no obstante Shard siguió adelante. Se estaba aproximando, mas la noche avanzaba y la Union Jack¹ que izaron ayudó a Shard con los españoles durante los últimos, ansiosos minutos, aunque esto pareció enojar al inglés. Mas, como dijo Shard, “no se puede contentar a todo el mundo”, y a continuación la oscuridad se tragó el crepúsculo.

—A estribor —dijo el capitán Shard.

El viento del norte, que había arceciado a lo largo del día, soplaba ahora como un vendaval. Ignoro a qué parte del litoral se dirigía Shard, mas él sí lo sabía, pues las costas del mundo eran para él lo que Margate² para alguno de nosotros.

En un lugar donde, impregnado de misterio y de muerte, y hasta del propio corazón de África, el desierto emer-

¹ Bandera del Reino Unido (N. del T.)

² Ciudad turística al sudeste de Inglaterra junto al estuario del Támesis (N. del T.)

ge por encima del mar, no menos grandioso, ni menos terrible, divisaron tierra muy próxima, casi en tinieblas. Shard mandó a todos los hombres a la parte trasera del barco y también el lastre. Y pronto el *Desperate Lark*, elevando un poco su proa por encima del agua, hizo dieciocho nudos a favor del viento, encalló en una playa arenosa y a continuación se enderezó, y lentamente se dirigió hacia el interior de África.

Los piratas habrían dado tres hurras, mas tras el primero Shard los silenció y, cogiendo él mismo el timón, les soltó un pequeño discurso, mientras las sólidas ruedas aporreaban lentamente la arena africana, haciendo apenas cinco nudos en medio del vendaval. “Los peligros de la mar”, dijo, “se han exagerado mucho. Durante cientos de años, los barcos han estado navegando por la mar, y en la mar uno sabe lo que hay que hacer; mas en tierra es diferente”. Ahora estaban en tierra y no iban a olvidarlo. En la mar se puede hacer todo el ruido que se quiera sin sufrir ningún perjuicio, mas en tierra puede suceder cualquier cosa. Uno de los peligros de tierra firme que citó como ejemplo fue la horca. “De cada cien hombres que son ahorcados en tierra”, dijo, “en la mar no serían colgados más de veinte”.

Los hombres se fueron a dormir junto a los cañones. Esa noche no irían lejos, pues el riesgo de naufragar de noche era un peligro característico de tierra firme, mientras que en el mar se puede navegar desde la puesta del sol hasta el amanecer. No obstante era esencial no dejarse ver desde el mar, pues, si alguien se enteraba de dónde se encontraban, tendrían a la caballería tras ellos. Y por eso había enviado de nuevo a Smerdrak (un joven lugarteniente pirata) a fin de que borrara las huellas que habían dejado en el lugar por donde habían salido del mar. Y los compinches asintieron enérgicamente con la

cabeza aunque no se atrevieron a vitorear, y al poco subió corriendo Smerdrak y le arrojaron un cabo por la popa. Después de hacer unos quince nudos echaron el ancla, y el capitán Shard reunió a sus hombres en torno suyo y, permaneciendo junto a la rueda de proa, bajo las nítidas y grandes estrellas de Argelia, les explicó su sistema de conducción. No había mucho que explicar; con considerable ingenuidad había separado y montado sobre un pivote la porción de quilla que sostenía el eje delantero, y podía moverla mediante cadenas controladas desde el timón de tierra, de manera que el par delantero de ruedas podía girar a voluntad aunque sólo un poco; y más tarde comprobaron que en cien yardas únicamente podían desviar el barco de su rumbo unas cuatro yardas. Mas los capitanes de cómodos acorazados, o incluso los propietarios de yates, no deben criticar demasiado severamente a un hombre que no era de esta época y que no conocía los inventos modernos; también debería recordarse que Shard no se encontraba ya en alta mar. Es posible que su forma de gobernar fuera torpe, mas hizo lo que pudo.

Cuando quedó claro para sus hombres el uso y las limitaciones de su timón de tierra, Shard les ordenó acostarse a todos a excepción de los vigías. Mucho antes del amanecer les despertó y con el primer rayo de luz se pusieron en marcha, de manera que aquellas dos flotas, que estaban tan seguras de tener rodeado a Shard en una amplia media luna frente a la costa argelina, no vieron ni rastro del *Desperate Lark*, ni en el mar ni en tierra firme; y las banderas del buque insignia prorrumpieron en enérgicos juramentos en inglés.

El temporal siguió soplando tres días más y, mediante el empleo de más trapo durante el día, corrieron por encima de la arena a casi diez nudos, aunque en el infor-

me sobre las aguas agitadas que iban encontrando (así llamaba el vigía, antes de adaptarse a su nuevo medio, a las peñas, los pequeños cerros o el terreno accidentado), la velocidad fue muy disminuida. Como era verano los días eran muy largos y Shard, deseoso de dejar atrás el rumor de su propia aparición mientras el viento se mantuviera favorable, navegó durante diecinueve horas al día, acostándose a las diez de la noche y volviendo a izar velas a las tres de la madrugada, cuando empezaba a despuntar el alba.

En aquellos tres días recorrió quinientas millas. Luego, el viento amainó hasta convertirse en una brisa, aunque sin dejar de soplar del norte, y en la semana siguiente no hicieron más de dos nudos por hora. Entonces los compinches empezaron a murmurar. Al principio la suerte había favorecido a Shard claramente, pues la caballería había salido a dar una batida local y el navío, lanzado a diez nudos, atravesó las únicas regiones pobladas, pasando por delante de multitudes que habían decidido no huir. En cuanto a los fugitivos, pronto desaparecieron por las alturas cercanas a la costa en cuanto Shard les apuntó con su cañón, aunque no se atrevió a disparar. Por mucho que se burlara de la inteligencia del Almirantazgo inglés y del español, que no habían sospechado de su maniobra, única posible, según él, en aquellas circunstancias, sabía sin embargo que el estruendo del cañón descubriría su secreto. Por supuesto, la suerte le había ayudado, y cuando dejó de hacerlo tuvo que desplegar oportunamente todas sus posibilidades. Por ejemplo, mientras el viento se mantuvo favorable nunca perdió ocasión de reabastecerse; si atravesaban una aldea, se apoderaba de sus cerdos y de sus aves de corral; y cada vez que pasaba cerca de donde había agua llenaba sus depósitos hasta el borde. Y cuando sólo podía hacer dos nudos, na-

vegaba toda la noche precedido por un hombre provisto de farol; de esa manera hizo en aquella semana cerca de cuatrocientas millas cuando cualquier otro habría fondeado de noche, perdiendo cinco o seis de las veinticuatro horas diarias. No obstante sus hombres murmuraban. “¿Es que acaso se cree que el viento durará eternamente?”, decían. Y Shard únicamente fumaba. Estaba claro que pensaba, pensaba mucho.

—Mas ¿en qué está pensando? —le dijo Bill a Jack el Malo.

Y éste le contestó:

—Puede pensar todo lo que le venga en gana, mas eso no nos sacará del Sahara si el viento amaina.

Y a finales de aquella semana, Shard se dirigió a su compartimiento de cartas náuticas y trazó un nuevo rumbo un poco hacia el este, hacia terrenos cultivados. Y un día, hacia el atardecer, divisaron una aldea, y en esto llegó el ocaso y el viento amainó completamente. Entonces aumentaron los murmullos de los compinches hasta convertirse en juramentos, bordeando casi el motín. “¿Adónde iban ahora?”, se preguntaban. “¿Estaban siendo tratados equitativamente?”

Shard los tranquilizó preguntándoles qué deseaban hacer, y cuando a ninguno se le ocurrió nada mejor que acudir a los aldeanos y decirles que una tormenta había desviado su rumbo, Shard les reveló su plan.

Había oído hacía mucho tiempo que en África es corriente que los bueyes tiren de las carretas; los bueyes eran muy numerosos en aquellos lugares donde no existía ningún tipo de cultivo. Por esa razón, cuando el viento empezó a amainar, había puesto rumbo en dirección a la aldea: aquella noche cuando oscureciera iban a llevarse cincuenta yuntas de bueyes; a media noche ya debían de estar uncidos y entonces inmediatamente galoparían.

Un plan tan estupendo como ése asombró a sus hombres, los cuales se disculparon por su falta de fe en Shard, estrechándole la mano de uno en uno y escupiendo en ellas en señal de buena voluntad.

La incursión de aquella noche tuvo un gran éxito; mas, por ingenioso que Shard se mostrara en tierra firme, y maestro en alta mar, debe admitirse que la falta de experiencia en este tipo de navegación le llevó a cometer un error, insignificante es cierto y completamente evitable con un poco de práctica: los bueyes no podían galopar. Shard los maldijo, los amenazó con su pistola, diciéndoles que no les daría de comer, mas todo fue inútil: aquella noche, empujado por ellos, el *Desperate Lark* no hizo más de un nudo a la hora. Shard utilizó sus fracasos, como todo lo que le acontecía, como materiales con que edificar su futuro éxito: se fue inmediatamente a su compartimiento de cartas náuticas y revisó otra vez todos sus cálculos.

La cuestión de la lenta marcha de los bueyes imposibilitaba que pudieran eludir la persecución. Por tanto, Shard anuló su orden al lugarteniente de cubrir las huellas dejadas en la arena, y el *Desperate Lark* prosiguió con dificultad su curso a través del Sahara confiando en sus cañones.

La aldea no era grande, y la escasa multitud que fue avistada a popa, desapareció a la mañana siguiente tras el primer disparo del cañón correspondiente. Al principio Shard hizo que los bueyes llevaran toscos y resistentes bocados de hierro, otro de sus errores. “Pues, si se desbocan”, había dicho, “podríamos también ser arrastrados delante de la tempestad, y es imposible decir dónde nos encontraríamos”. Mas, pasado uno o dos días, comprobó que los bocados no eran útiles y, como hombre práctico que era, corrigió inmediatamente su error.

Y ahora la tripulación, sacando sus mandolinas y cornetas, cantó todo el día alegres canciones y vitoreó al capitán Shard. Todos estaban alegres excepto el Capitán, cuyo rostro parecía malhumorado y perplejo; únicamente esperaba tener más noticias de aquellos aldeanos. Cada día los bueyes se bebían toda el agua disponible, y él sólo temía que no pudieran conseguir más, desagradable temor sobre todo si el barco se detenía en pleno desierto por falta de viento. Durante una semana continuaron igual, haciendo diez nudos diarios, y la música y el canto crispaban los nervios del Capitán, mas él no se atrevía a contar a sus hombres cuál era el problema. Y entonces un día los bueyes apuraron las últimas existencias de agua. Y se presentó el lugarteniente Smerdrak a informar del hecho.

—Dadles ron —dijo Shard, mientras maldecía a los bueyes—. Lo que es bueno para mí —siguió diciendo— debería ser bueno para ellos —y juró que beberían ron.

—Sí, sí, señor —dijo el joven lugarteniente pirata.

No debería juzgarse a Shard por las órdenes de aquel día. Durante casi quince días había estado esperando el funesto destino que se le avecinaba lentamente; la disciplina le había llevado a aislarse de cualquier otro que pudiera compartir su miedo y discutirlo; y todo el tiempo había tenido que pilotar el barco, lo cual incluso en la mar es una ardua responsabilidad. Esas cosas habían alterado el sosiego de aquel claro juicio que en una ocasión había desconcertado a cinco armadas. Por consiguiente maldijo a los bueyes y les ordenó beber ron, y Smerdrak dijo: “Sí, sí, señor”, y se fue abajo.

Hacia el ocaso, Shard estaba de pie en la toldilla, pensando en la muerte; no se moriría de sed; antes habría un motín, pensó. Los bueyes rechazaron el ron por última vez y los hombres empezaron a mirar con inquietud al

capitán Shard, sin murmurar mas observándole de reojo como si únicamente tuvieran un pensamiento que no necesitara palabras. Una veintena de gansos formando una gran V cruzaron el cielo nocturno, inclinaron sus pescuezos y los torcieron hacia abajo en dirección a algún lugar del horizonte. El capitán Shard se precipitó hacia el compartimiento de cartas náuticas y pronto llegaron los hombres a la puerta con el viejo Frank al frente, visiblemente molesto y retorciendo la gorra entre sus manos.

—¿Qué ocurre? —dijo Shard, como si no pasara nada.

Entonces el viejo Frank dijo lo que había ido a decir:

—Queremos saber lo que va usted a hacer.

Y los hombres asintieron solemnemente con la cabeza.

—Conseguir agua para los bueyes —respondió el capitán Shard—, ya que los muy puercos no quieren ron. Los muy perezosos tendrán que trabajar para eso. ¡Levad el ancla! y al oír la palabra “agua”, una mirada afloró a sus rostros como cuando algún vagabundo piensa de repente en su hogar.

—¡Agua! —dijeron.

—¿Por qué no? —contestó el capitán Shard. Y ninguno de ellos llegó a enterarse de que, a no ser por los gansos, que inclinaron sus pescuezos y los torcieron hacia abajo, no hubieran encontrado agua esa noche ni ninguna otra, y que el Sahara los habría atrapado como ha atrapado a tantos otros y atraparé a muchos más. Aquella noche siguieron un nuevo rumbo: al alba encontraron un oasis y los bueyes bebieron.

Y decidieron quedarse en aquel acre de verdor con palmeras y manantial, rodeado por miles de millas de desierto y resistente al paso del tiempo; pues los que se han quedado sin agua durante algún tiempo en algún desierto africano llegan a sentir por ese fluido natural una estima que el lector difícilmente puede dar crédito.

Cada hombre eligió un lugar donde edificaría su cabaña y se instalaría, y tal vez se casaría, e incluso olvidaría la mar. Cuando terminaron de llenar sus depósitos y barriles, el capitán Shard les ordenó perentoriamente levar anclas. Hubo mucho descontento, incluso algunas quejas; mas, cuando un hombre ha librado por dos veces de la muerte a sus camaradas con sólo la viveza de su mente, éstos llegan a sentir respeto por su buen juicio, que no vacila ante las insignificancias. Debe recordarse que en el asunto del amaine del viento, y nuevamente cuando se agotó el agua, estos hombres no supieron qué hacer, eso mismo le ocurrió a Shard en aquella última circunstancia, mas ellos lo ignoraban. Shard sabía todo eso y eligió ese momento para consolidar su reputación entre los componentes de aquel navío mediante la explicación de sus motivos, que normalmente guardaba en secreto. “El oasis”, dijo, “debe de ser un puerto de arribada para todos los viajeros en centenares de millas a la redonda: ¡hay que ver la de hombres que se juntan en cualquier parte del mundo donde existe una gota de whisky en los países decentes, incluso, tal es la peculiaridad de los árabes, más preciosa”. Otra cosa les indicó: los árabes eran gente singularmente indiscreta y si tropezaran con un barco en medio del desierto probablemente hablarían de ello; y como en todas partes existen lenguas maliciosas, nunca interpretarían correctamente sus discrepancias con las flotas inglesa y española, sino que simplemente tomarían partido por el más fuerte en contra del más débil.

Y los hombres suspiraron, y cantaron la canción del cabestrante, y levaron anclas y uncieron los bueyes, y siguieron haciendo su nudo invariable, que nada podía hacer aumentar. Puede parecer extraño que, con todas las velas recogidas por la calma chicha y los bueyes parados, echaran el ancla. Mas la costumbre no se olvida fácilmen-

te y su uso persiste durante bastante tiempo. Cabe preguntarse más bien cuántas de esas costumbres inútiles conservamos nosotros mismos: por ejemplo, los apéndices de la parte posterior de las botas camperas, aunque ya no se tira de ellos, o los lazos de nuestros zapatos de etiqueta, que ni se atan ni se desatan. Los hombres dijeron que así se sentían más seguros y sanseacabó.

Shard trazó un rumbo sur cuarta al sudoeste y ese día hicieron diez nudos, mas el siguiente hicieron solamente siete u ocho y Shard tuvo que ponerse al paio, intentando detenerse. Llevaban a bordo muchas provisiones de forraje para los bueyes, y para los hombres un cerdo o poco más o menos, una cantidad suficiente de aves de corral, varios sacos de galletas y noventa y ocho bueyes (pues ya se habían comido dos de ellos); y se encontraban a tan sólo veinte millas del agua. Se quedarían allí, dijo el capitán, hasta que la gente se olvidara de sus pasados; alguien inventaría algo, o alguna cosa ocurriría para que la gente se olvidara de ellos y de los barcos que habían hundido. Olvidaba que hay hombres a los que les pagan muy bien por recordar.

A mitad de camino del oasis estableció un pequeño depósito donde enterró sus barriles de agua. Tan pronto como se vaciaba un barril, ordenaba que una docena de hombres lo hiciera rodar por turnos hasta el depósito. Esto lo hacían de noche, manteniéndose ocultos durante el día, y la noche siguiente se ponían en camino en dirección al oasis, llenaban el barril y lo volvían a traer rodando. Así pronto tuvo, a sólo diez millas de distancia, una reserva de agua, desconocida para los más sedientos nativos de África, con la cual podría fácilmente rellenar sus depósitos a voluntad. Permitted que sus hombres cantaran e incluso que encendieran fuego sin motivo. Fueron noches muy alegres, mientras duró el ron; a veces divisa-

ban gacelas que les observaban con curiosidad; otras veces, pasaba cerca algún león y su rugido aumentaba la sensación de seguridad que tenían en el interior de su barco; a su alrededor, uniforme, inmenso, yacía el Sahara. “Es mejor que una prisión inglesa”, decía el capitán Shard.

Y la calma chicha permanecía todavía; ni siquiera susurraba la arena por las noches, acariciada por el viento. Cuando se agotó el ron y su falta empezó a ser problemática, Shard les recordó lo poco que lo habían consumido cuando era lo único que tenían y los bueyes no querían ni mirarlo.

Y pasaron lentamente los días cantando, incluso a veces bailando, y las noches alrededor de un prudente fuego en una depresión de la arena, con sólo un vigía, contándose historias de la mar. Era un alivio tras arduas guardias alternadas con cabezadas junto a los cañones, un reposo para sus tensos nervios y sus fatigados ojos; y todos estuvieron de acuerdo en que, a pesar de lo mucho que echaban de menos el ron, el mejor lugar para un barco como el suyo era tierra firme.

Como he dicho fue a 23° de latitud norte y 4° de longitud este donde se oyó por primera y única vez una andanada procedente de un barco. Sucedió así.

Habían permanecido allí durante varias semanas y se habían comido diez o tal vez doce bueyes, y en todo ese tiempo no había habido ni un soplo de viento y no habían visto a nadie. Mas una mañana, cuando la tripulación estaba desayunando, el vigía anunció la llegada de la caballería procedente de la costa. Shard, que ya había rodeado su barco de afiladas estacas, ordenó a todos sus hombres que subieran a bordo; el joven corneta, que se vanagloriaba de haber aprendido las costumbres de tierra firme, dio el toque de “prepararse a recibir a la caballería”. Shard envió unos hombres con picas a las porti-

llas más bajas, dos más con mosquetes a la arboladura y el resto a los cañones; cambió por balas la “metralla” o los “botes” con que cargaba los cañones en caso de sorpresa, despejó las cubiertas, tendió escalas por dentro y, antes de que la caballería se pusiera a tiro, todo estaba listo para recibirla. Los bueyes fueron uncidos para que Shard pudiera maniobrar su barco inmediatamente.

Cuando divisaron por vez primera a la caballería, ésta iba al trote, mas ahora que avanzaba a medio galope. Árabes vestidos de blanco a lomos de excelentes caballos. Shard estimó que serían unos doscientos o trescientos. Cuando llegaron a unas seiscientas yardas del barco, Shard abrió fuego con uno de los cañones; había calculado cuidadosamente la distancia, mas nunca había practicado por miedo a que le oyeran del oasis: el disparo fue alto. El siguiente se quedó corto y rebotó por encima de las cabezas de los árabes. Shard se encontraba ahora a tiro y, cuando dio a los diez cañones restantes de su batería de costado la misma elevación de su segundo cañón, los árabes habían llegado al lugar en donde había caído el último disparo. La batería de costado alcanzó a los caballos, sobre todo por bajo, y rebotó contra ellos; una bala de cañón golpeó una roca junto a las patas de los caballos, la hizo pedazos, lanzó por los aires los fragmentos contra los árabes con el peculiar chirrido propio de los objetos liberados por los proyectiles de su estado inmóvil e inofensivo, y continuó con ellos en medio de un gran estrépito; sólo con este disparo murieron tres hombres.

—Muy satisfactorio —dijo Shard, frotándose el mentón—. Cargadlo ahora con metralla —añadió bruscamente.

La batería de costado no detuvo a los árabes, ni siquiera redujo su velocidad; sino que se apiñaron todavía más como buscando la compañía en aquellos momentos

de peligro, lo cual no deberían haber hecho. Ahora estaban a cuatrocientas yardas, trescientas cincuenta; y entonces, los dos vigías empezaron a disparar de uno en uno los treinta mosquetes cargados que, junto a unas pocas pistolas, estaban apoyados contra la batayola. Cada disparo tuvo su efecto, mas los árabes siguieron todavía avanzando. Ahora galopaban. En aquellos tiempos llevaba algún tiempo cargar los cañones. Trescientas yardas, doscientas cincuenta, y los hombres seguían cayendo. Doscientas yardas. El viejo Frank, a pesar de su única oreja, tenía una vista atroz. Ahora comenzaron a sonar las pistolas, pues habían disparado ya todos los mosquetes. Ciento cincuenta yardas. Shard había señalado cada cincuenta yardas con pequeños mojones blancos. El viejo Frank y Jack el Malo, desde lo alto de la arboladura, se sintieron bastante inquietos cuando vieron que los árabes habían llegado a aquel pequeño mojón blanco: ambos erraron sus tiros.

—¿Todo listo? —dijo el capitán Shard.

—Sí, sí señor —respondió Smerdrak.

—Bien —dijo el capitán Shard, alzando un dedo.

Ciento cincuenta yardas es una deplorable distancia para ser alcanzado por la metralla (o “bote”, como la llamamos ahora): los artilleros difícilmente pueden errar y la carga tiene tiempo de esparcirse. Más tarde, Shard estimó que con sólo aquella andanada había alcanzado a treinta árabes y otros tantos caballos.

Se habían aproximado unos doscientos de ellos, todavía montados en sus caballos, mas la andanada de metralla los había trastornado, y cuando rodearon el barco parecían indecisos acerca de lo que hacer. Portaban en sus manos espadas y cimitarras, aunque la mayoría llevaba colgando a sus espaldas extraños mosquetes de largo cañón; unos pocos los descolgaron y empezaron a disparar

al azar. No podían alcanzar con sus espadas a los compinches de Shard. De no haber sido por aquella andanada que recibieron, habrían tomado a la fuerza por su mayor número; mas deberían haberse mostrado más firmes, y la andanada lo echó todo a perder. Lo mejor que podían haber hecho era concentrar todos sus esfuerzos en prender fuego al barco, mas no lo intentaron. Parte de ellos pulularon alrededor del navío, blandiendo sus espadas y buscando inútilmente un fácil acceso. Tal vez esperaran encontrar alguna puerta, no eran gente marinera; mas sus jefes les instigaron manifiestamente a ahuyentar a los bueyes, imaginando que el *Desperate Lark* no dispondría de otros medios de transporte. Cosa que consiguieron hasta cierto punto. Ahuyentaron a treinta cortando sus tirantes, a otros veinte los mataron en el mismo lugar con sus cimitarras, aunque el cañón de proa les alcanzó por dos veces mientras realizaban su misión, y diez más murieron víctimas desgraciadas del citado cañón de Shard. Antes de que pudieran dispararles por tercera vez desde proa, se alejaron al galope, volviendo a disparar sus mosquetes contra los bueyes y matando a otros tres, y, más que la pérdida de sus bueyes, lo que le preocupaba a Shard era su pérdida de capacidad de maniobra. Se alejaron al galope en el preciso momento en que el cañón de proa estaba listo, y pasaron al costado de babor, donde la batería no pudiera alcanzarles, lo que mostraba, a su entender, un mejor conocimiento del funcionamiento de los cañones de lo que pudieron haber aprendido aquella luminosa mañana. ¿Qué pasaría, pensaba Shard para sí mismo, si trajeran grandes cañones contra el *Desperate Lark*? Sólo el pensarlo le hizo denostar al destino. Mas los piratas vitorearon cuando los árabes se alejaron. A Shard sólo le quedaban veintidós bueyes, y entonces alrededor de una veintena de árabes desmontaron, mien-

tras el resto se alejó todavía más, llevándose sus caballos. Los que desmontaron se apostaron detrás de unas rocas, a unas doscientas yardas por el costado de babor, y empezaron a disparar contra los bueyes. Shard, que disponía todavía de un número suficiente de ellos para maniobrar su barco aunque con esfuerzo, lo hizo virar unos puntos hacia estribor a fin de lanzar una andanada contra las rocas. Mas en ese caso no servía la metralla: la única forma de poder alcanzar a algún árabe era que el disparo diera en una de las rocas que los protegían, y eso no era fácil salvo por casualidad; además, cada vez que Shard maniobraba su barco, los árabes cambiaban de posición. La situación se prolongó durante todo el día, mientras los jinetes árabes rondaban, fuera del alcance de los cañones, vigilando los movimientos de Shard. Y cada vez había menos bueyes, tal era la puntería de los árabes, hasta que sólo quedaron diez y el barco ya no pudo maniobrar. Mas entonces se fueron todos a caballo.

Los piratas quedaron encantados; calcularon que a un costado y a otro del barco habrían desmontado a un centenar de árabes, y ellos a bordo no tenían más que un herido: Jack el Malo había sido alcanzado en la muñeca, probablemente por una bala destinada a los artilleros, pues los árabes disparaban alto. Habían capturado un caballo, y sobre los cadáveres de los árabes habían encontrado pintorescas armas y una interesante especie de tabaco. Estaba anocheciendo. Hablaron del combate, bromearon acerca de sus disparos más afortunados, fumaron su nuevo tabaco y cantaron: en conjunto fue la velada más alegre que habían tenido. Mas Shard, solo en el alcázar, paseaba de un lado a otro meditabundo y perplejo, le había amputado a Jack el Malo su mano herida, poniéndole en su lugar un garfio del almacén, pues en estas ocasiones el Capitán hacía de médico y guardaba una media

docena de miembros bien proporcionados y, por supuesto, un hacha. Jack el Malo bajó blasfemando un poco y dijo que se echaría un rato; la tripulación fumaba y cantaba en la arena; Shard se quedó solo. Le turbaba un pensamiento: ¿qué harían los árabes? No parecía existir ninguna razón para que se hubieran ido. Y en lo más recóndito de su mente sólo pensaba en cañones y más cañones. Se persuadió a sí mismo de que no podrían arrastrarlos por la arena, que el *Desperate Lark* no merecía la pena, que lo habrían dejado por imposible. No obstante sabía en su fuero interno lo que harían. Sabía que en África había muchas ciudades fortificadas, y en cuanto a que su barco mereciera la pena, sabía que a aquellos hombres derrotados no les quedaba ahora otra opción salvo la venganza, y si el *Desperate Lark* vino por la arena, ¿por qué no los cañones? Sabía que el barco nunca podría resistir a los cañones y a la caballería; tal vez una semana, dos semanas, o incluso tres. ¿Qué más daba el tiempo? Y los hombres cantaron:

Nos vamos de aquí,

Ajá, ajá, ajá,

Una gota de ron para ti y otra para mí,

Y el mundo es tan redondo como la letra O,

Y la mar fluye a su alrededor.

La melancolía invadió a Shard.

Hacia el ocaso subió el lugarteniente Smerdrak para recibir órdenes. Shard le mandó que cavara una zanja a lo largo del costado de babor del barco. Los hombres querían cantar y refunfuñaron por tener que cavar, sobre todo teniendo en cuenta que Shard no les había mencionado su temor a los posibles cañones de los árabes; mas el Capitán echó mano a sus pistolas y al final se salió con la suya. Nadie a bordo sabía disparar como el capitán Shard. Eso les ocurre a menudo a los capitanes de barcos pira-

tas, cuya posición es bastante difícil de mantener. La disciplina es esencial para aquellos que tienen derecho a ondear la bandera de la calavera y las tibias cruzadas, y Shard era el encargado de hacerla respetar. La luna ya había salido cuando terminaron de cavar la zanja a entera satisfacción del Capitán; y los hombres que ésta iba a proteger cuando llegara lo peor estuvieron blasfemando todo el tiempo mientras cavaban. Y cuando la finalizaron, reclamaron un banquete con alguno de los bueyes muertos, y Shard les dejó hacer. Y por primera vez encendieron una inmensa hoguera, quemando la abundante maleza; pensaban que los árabes no se atreverían a volver, y Shard sabía que de nada servía seguir ocultándolo. Los hombres pasaron toda la noche regalándose y cantando, mientras Shard permaneció sentado en su compartimiento de cartas náuticas haciendo planes.

Cuando llegó la mañana aparejaron el cúter, así llamaban al caballo capturado, y designaron su tripulación. Como sólo había dos hombres que sabían montar un poco, éstos se convirtieron en la tripulación del cúter. Eran Dick el Español y el contraamaestre Bill.

Las órdenes de Shard eran que tomaran el mando del cúter por turno y patrullaran durante el día unas cinco millas en dirección noreste, mas que regresaran de noche. Y equiparon el caballo con una bandera al frente de la silla, que de esta forma sería su enseña, y se llevaron un ancla por temor a que se desbocara.

Tan pronto como partió Dick el Español, Shard envió a algunos hombres para que llevaran rodando todos los barriles al depósito, donde fueron enterrados en la arena, con órdenes de vigilar al cúter todo el tiempo y, en caso de recibir señales de él, volver lo más rápidamente posible.

Aquel día enterraron a los árabes muertos, quitándoles sus cantimploras y cualquier provisión que llevaran encima, y aquella misma noche enterraron todos los barriles. Nada sucedió durante varios días. No obstante, ocurrió un acontecimiento de singular importancia: un día el viento se levantó, mas como procedía del sur y el oasis estaba al norte de donde ellos se encontraban y pasado éste debían tomar un sendero de camello, Shard decidió quedarse donde estaba. Si hubiera creído que iba a durar, tal vez habría izado velas, mas amainó al atardecer como sabía que ocurriría, y en cualquier caso no era la clase de viento que él quería. Y pasaron más días, dos semanas, sin una brisa. Los bueyes muertos no se conservaban y tuvieron que matar tres más; ahora solamente quedaban siete.

Los hombres nunca habían pasado tanto tiempo sin ron. El capitán Shard había doblado la guardia, ordenando además que durmieran otros dos hombres junto a los cañones. Se habían cansado de sus sencillos juegos y de la mayoría de sus canciones; y sus relatos, siempre inventados, ya no constituían ninguna novedad. Y entonces un día la monotonía del desierto se les echó encima.

El Sahara tiene un encanto especial: un día allí es delicioso, una semana agradable, una quincena cuestión de opinión, mas llevaban ya meses. Los hombres eran perfectamente corteses, mas el contramaestre quería saber cuándo pensaba irse Shard. Cualquier pregunta al capitán de un barco atrapado en el desierto en medio de una calma chicha era irracional, mas Shard respondió que se haría a la vela, ya le avisaría, en uno o dos días. Y pasaron uno o dos días en medio de la monotonía del Sahara, que no tiene igual en las demás partes del mundo. Ni los grandes pantanos, ni las praderas, ni la mar pueden igualarla; sólo el Sahara permanece inalterable

al paso de las estaciones, sin que se altere su superficie, sin flores que se marchiten o crezcan, invariable año tras año en centenares y centenares de millas. Y el contra-maestre regresó y, quitándose la gorra, preguntó al capitán Shard si era tan amable de comunicarles el nuevo rumbo. Shard dijo que tenía la intención de quedarse hasta que se hubiesen comido tres bueyes más, ya que sólo podían llevarse tres en la bodega. Ahora quedaban solamente seis.

—Mas ¿y si no hubiera viento? —preguntó el Contra-maestre.

Y en aquel preciso momento una ligerísima brisa del norte agitó un mechón de pelo del Contra-maestre, que permanecía de pie con la gorra en la mano.

—No *me* hables del viento —dijo el capitán Shard, y Bill se asustó un poco, ya que la madre de Shard había sido gitana.

Mas sólo era una brisa extraviada, un ardid del Sahara. Y pasó otra semana y se comieron dos bueyes más.

Ahora obedecían al capitán Shard con ostentación, mas presentaban un aspecto siniestro. Bill volvió de nuevo y Shard le respondió en caló.

Así estaban las cosas cuando una calurosa mañana del Sahara el cúter hizo señales. El vigía las comunicó al Capitán y éste leyó el mensaje: “Caballería a popa”, leyó, y luego un poco más adelante: “con cañones”.

—¡Ah! —exclamó el capitán Shard.

Shard abrigó un resquicio de esperanza: las banderas ondeaban en el cúter. Por primera vez en cinco semanas soplabá una ligera brisa del norte, tan ligera que apenas se notaba. Dick el Español regresó y fondeó su caballo a estribor, mientras la caballería avanzaba lentamente hacia el costado de babor.

No los avistaron hasta llegada la tarde, y mientras tanto estuvo soplando aquella ligera brisa.

—Un nudo —dijo Shard al mediodía—. Dos nudos —dijo al sonar las seis campanadas, y la velocidad siguió aumentando mientras los árabes se acercaban al trote. A las cinco en punto, la tripulación del *Desperate Lark* pudo vislumbrar doce anticuados cañones de largo alcance sobre carretas arrastradas por caballos, y lo que parecían cañones más ligeros a lomos de camellos. Ahora el viento soplaba un poco más fuerte.

—¿Izamos las velas, señor? —dijo Bill.

—Todavía no —respondió Shard.

A las seis en punto, los árabes estaban a punto de ponerse a tiro del cañón y se detuvieron. Luego siguió una hora de inquietud poco más o menos, mas los árabes no se aproximaban. Evidentemente tenían la intención de esperar a que oscureciera para acercar sus cañones. Probablemente intentaban excavar un parapeto, desde el cual pudieran disparar el cañón sin peligro.

—Estamos haciendo casi tres nudos —dijo Shard para sus adentros, mientras recorría el alcázar de un lado a otro con pasos pequeños y muy rápidos. Y entonces se puso el sol y oyeron rezar a los árabes, y los compinches de Shard maldijeron a voz en grito para demostrarles que eran tan buenos como ellos.

En espera de que llegara la noche, los árabes no se habían acercado más. No sabían hasta qué punto lo deseaba también Shard, quien suspiraba con los dientes apretados, e incluso habría rezado si no hubiera tenido miedo de que el cielo se acordara de él y de sus compinches.

Llegó la noche y brillaron las estrellas.

—Izad velas —dijo Shard.

Los hombres acudieron rápidamente a sus puestos, estaban hartos de aquel solitario y silencioso lugar. Subieron los bueyes a bordo y arriaron las velas mayores, y al igual que un amante procedente de ultramar, con el que se ha soñado durante mucho tiempo y al que se ha esperado largamente, como un amigo perdido al que se vuelve a ver pasados muchos años, el viento del norte llegó hasta las velas de los piratas. Y antes de que Shard pudiera evitarlo, unos estruendosos hurras en inglés salieron disparados en dirección a los perplejos árabes.

Se pusieron en camino a unos tres nudos y medio y pronto alcanzaron casi los cuatro, mas Shard no quería arriesgarse de noche. El viento se mantuvo favorable toda la noche y, a razón de tres nudos a la hora desde las diez hasta las cuatro, cuando se hizo de día habían perdido de vista a los árabes. Entonces Shard izó las velas y el barco hizo cuatro nudos, y cuando dieron las ocho estaban haciendo cuatro y medio. Los ánimos de aquellos hombres volubles se elevaron considerablemente y la disciplina llegó a ser absoluta. Mientras hubiera viento en las velas y agua en los depósitos, el Capitán se sentía por lo menos a salvo de un motín. Los grandes hombres únicamente pueden ser vencidos cuando su suerte está al mínimo. Si no habían logrado deponer a Shard cuando sus planes se vieron expuestos a la crítica y él apenas sabía qué hacer, era poco probable que pudieran hacerlo ahora; y, con independencia de lo que pensemos acerca de su pasado y de su forma de vida, no podemos negar que Shard era uno de los hombres más grandes de su tiempo.

De su derrota a mano de los árabes no estaba tan seguro. Era inútil tratar de ocultar sus huellas aun cuando hubiera dispuesto de tiempo; la caballería árabe los podría haber atrapado en cualquier parte. Y tenía miedo de sus camellos con aquellos cañones a bordo; se había ente-

rado de que podían hacer siete nudos y continuar así la mayor parte del día, y aunque algún disparo alcanzase el palo mayor... Olvidándose de temores inútiles, Shard siguió consultando su carta marina pese a que los árabes estaban a punto de alcanzarles. Les dijo a sus hombres que el viento se mantendría favorable durante una semana y, gitano o no, desde luego sabía del viento tanto como un marino necesita saber.

Solo en su compartimiento de cartas náuticas, resolvió lo siguiente: los árabes emplearían un par de horas más en sorprenderles y en encontrar su pista y en demorar su partida, digamos tres horas si montaban los cañones en sus parapetos, por lo que comenzarían a atacar a las siete. Suponiendo que los camellos caminaran doce horas diarias a razón de siete nudos, harían ochenta y cuatro nudos al día, mientras que Shard, haciendo tres nudos de diez a cuatro, y cuatro nudos el resto del tiempo, completaría noventa y realmente les tomaría más delantera. Mas llegado el momento, no se arriesgaría a hacer más de dos nudos por la noche mientras el enemigo se mantuviera fuera del alcance de la vista, pues justamente consideraba que navegar de noche por tierra firme era más peligroso que cualquier otra cosa, por lo que también haría ochenta y cuatro nudos diarios. Fue una bonita carrera. No me he molestado en comprobar si Shard exageró erróneamente sus cifras o si subestimó el paso de los camellos, mas, fuera lo que fuese, los árabes disminuyeron ligeramente su desventaja, pues al cuarto día, a unos cinco nudos de popa de lo que llamaban el cúter, Jack el Español [sic] divisó a los camellos a lo lejos y avisó a Shard. Habían dejado atrás a la caballería tal y como Shard supuso que ocurriría. El viento se mantenía favorable, todavía les quedaban dos bueyes, y siempre podrían comerse su “cúter”, disponiendo de una regular,

aunque no abundante, provisión de agua. Mas la aparición de los árabes fue un duro golpe para Shard, ya que le demostraba que no había escapatoria posible; lo que más temía de ellos era sus cañones. Ante sus hombres quitó importancia a este hecho: les dijo que acabarían con el grupo en menos de media hora de enfrentamiento; sin embargo, temía que cuando llegaran los cañones sería sólo cuestión de tiempo que derribaran el aparejamiento o pusieran fuera de uso el gobierno.

En una cosa, y además muy útil, aventajaba el *Desperate Lark* a los árabes: en el preciso momento en que estaban a punto de descubrirles oscureció y entonces Shard utilizó un farol delantero, como no se había atrevido a hacer la primera noche en que se acercaron los árabes, y con su ayuda lograron hacer tres nudos. Los árabes acamparon al anochecer, y el *Desperate Lark* adelantó veinte nudos. Mas al siguiente atardecer aparecieron de nuevo en el horizonte, y esta vez avistaron las velas del *Desperate Lark*.

Al sexto día estaban cerca. Al séptimo, mucho más cerca. Y entonces Shard descubrió a través de sus amuras una franja de vegetación: era el río Níger.

Puede que supiera que, durante unas mil millas, el río seguía su curso a través de la selva, o puede incluso que ignorara su existencia; mas lo cierto es que jamás contó a sus hombres cuáles eran sus planes, o si vivía al día como un hombre cuyas horas están contadas. Tampoco me es posible añadir nada a este respecto, basándome en lo que oí a algunos marineros borrachos en ciertas tabernas que yo me sé. Su rostro se mantuvo inexpresivo y su boca cerrada, y su barco siguió el rumbo por él trazado. Al anochecer llegaron al comienzo de la selva, y los árabes acamparon y se retrasaron diez nudos más; el viento había amainado un poco.

Shard fondeó allí, un poco antes del ocaso, y desembarcó en seguida. Al principio exploró un poco la selva a pie. Luego mandó llamar a Dick el Español. Habían izado a bordo el cúter hacía algunos días, al comprobar que no podía resistir más. Shard no sabía cabalgar, mas mandó llamar a Dick el Español y le dijo que debía tomarle como pasajero. Así es que Dick el Español le montó en la parte delantera de la silla, “delante del mástil”, como la llamaba Shard, y en seguida se alejaron al galope.

—Tiempo borrascoso —dijo Shard, mas siguió inspeccionando la selva según la atravesaba; y en resumidas cuentas descubrió un lugar en donde la espesura era mucho menor, permitiendo el paso del *Desperate Lark*, aunque tendrían que talar unos veinte árboles. Shard señaló personalmente los árboles a derribar, mandó a Dick el Español que regresara inmediatamente a vigilar a los árabes y llevó al resto de la tripulación hasta aquellos veinte árboles. Era tremendamente arriesgado: el *Desperate Lark* quedaba vacío con el enemigo a no más de diez nudos, mas era ya tiempo de tomar medidas drásticas y Shard se arriesgó a abandonar su barco en el corazón de África con la esperanza de que sería compensado, escapando finalmente.

Los hombres trabajaron toda la noche en la tala de aquellos veinte árboles; los que no tenían hachas se tuvieron que conformar con sus leznas y después relevaron a los que sí las tenían.

Shard era infatigable; iba de árbol en árbol, mostrando exactamente la forma en que debía caer cada uno y lo que iba a hacerse con ellos cuando fueran derribados. Algunos tenían que ser cortados para que sus ramas no estorbaran a los mástiles, otros porque sus troncos se interponían al paso de las ruedas; en cuanto a estos últimos, el tocón debía ser cepillado y rebajado con sierras, y

tal vez una porción del tronco aserrada y apartada. Ése era el trabajo más duro. Y todos eran grandes árboles; por otra parte, si hubieran sido pequeños, serían más numerosos y no habrían podido seguir adelante ni cien metros sin tener que talar alguno de ellos. Shard confiaba en disponer de tiempo para poder hacer todo eso.

Llegaron los primeros resplandores del amanecer y parecía que nunca iban a terminar. Finalmente amaneció y sólo faltaba un árbol por talar; la parte más pesada del trabajo la habían realizado por la noche, y una especie de ímpetu final acabó con todo a excepción de un árbol enorme. Entonces el cúter avisó que los árabes se habían puesto en movimiento. Habían rezado sus oraciones al alba y ahora habían levantado su campamento. Shard mandó inmediatamente a todos sus hombres al barco, excepto a diez, que dejó en el susodicho árbol; siempre tenían la posibilidad de irse, y además, los árabes se habían puesto en marcha sólo diez minutos antes de que ellos llegaran. Shard se metió en el cúter, perdiendo cinco minutos en la operación; luego izó la vela sin ayuda de nadie, lo que le llevó cinco minutos más, y lentamente se puso en camino.

El viento estaba amainando ya y, cuando el *Desperate Lark* llegó al comienzo de la franja de selva a través de la cual había trazado su rumbo, los árabes estaban a no más de cinco nudos de distancia. Shard había navegado hacia el este una media milla, que debió hacer de noche para estar preparado para el ataque, mas no pudo disponer de tiempo para pensar ni de hombres útiles, ocupados todos en la tala de árboles. Entonces Shard se metió en la selva y los árabes se quedaron atrás. Y cuando vieron que el *Desperate Lark* penetraba en la selva se apresuraron.

—Estamos haciendo diez nudos —dijo Shard, mientras vigilaba a sus hombres desde cubierta. El *Desperate Lark* no hacía más de un nudo y medio, pues el viento era flojo al abrigo de los árboles. No obstante, durante algún tiempo todo fue bien. El árbol grande acababa de ser derribado, no muy lejos, y los diez hombres estaban troceando el tronco con sus sierras.

Entonces Shard avistó una rama que no había señalado en la carta náutica y que estaba a punto de alcanzar el extremo superior del palo mayor. Inmediatamente fondeó y envió a un hombre a la arboladura, el cual aserró el palo a medias, haciendo el resto con una pistola; ahora los árabes se encontraban a sólo tres nudos a popa. Durante un cuarto de milla, Shard les condujo a través de la selva hasta llegar al lugar en donde se encontraban los diez hombres y aquel nefasto árbol grande; todavía hubo que rebajarle otro pie a una de las esquinas del tocón para que las ruedas pudieran pasar. Shard envió a todos sus hombres disponibles al tocón y fue entonces cuando los árabes se pusieron a tiro. Sin embargo, no habían desembalado todavía su cañón. Y antes de que lo montaran, Shard se había largado. Si lo hubieran tenido cargado, podría haber sido diferente. Cuando vieron al *Desperate Lark* navegando de nuevo, los árabes avanzaron unas trescientas yardas y montaron allí dos cañones. Shard los vigilaba desde su cañón de popa, mas no pensaba disparar. Cuando los árabes comenzaron a disparar, los piratas se encontraban ya a seiscientas yardas; como dispararon prematuramente, los dos cañones fallaron. Y entonces Shard y sus compinches avistaron agua a sólo diez brazas al frente. Shard cargó su cañón de popa con metralla en lugar de proyectiles y en aquel mismo momento los árabes cargaron con sus camellos; venían al galope a través de la selva, portando largas lanzas. Shard dejó el gobier-

no a Smerdrak y permaneció junto al cañón de popa. Aunque los árabes estaban a menos de cincuenta yardas no disparó todavía; tenía a su lado, en la popa, a la mayor parte de sus hombres armados con mosquetes. Aquellos lanceros a lomos de camello tenían una gran ventaja sobre los espadachines a caballo: podían alcanzar a los hombres de cubierta. Los piratas podían ver las horribles puntas de hierro de las lanzas; ya los tenían casi encima cuando Shard disparó. Y en aquel mismo momento la reseca y agrietada quilla del *Desperate Lark* asomó por la ribera más alta del Níger y cayó en picado hacia adelante como si se zambullera. El cañón disparó entre las copas de los árboles, una ola invadió las amuras y barrió la popa, el *Desperate Lark* se enderezó y comenzó a deslizarse: estaba otra vez en su elemento.

Los piratas contemplaron las cubiertas mojadas y sus ropas goteantes. “Agua”, dijeron casi perplejos.

Los árabes siguieron avanzando un poco más por la selva, mas cuando comprendieron que en lugar de a un solo cañón de popa tenían que enfrentarse a una batería de costado, y se dieron cuenta de que un barco a flote es menos vulnerable todavía a la caballería que en tierra firme, renunciaron a sus planes de venganza y se consolaron con unos versículos de su libro sagrado, que hacen referencia a cómo en otros tiempos y otros lugares nuestros enemigos serán castigados según nuestro deseo.

Impulsado por la corriente del Níger, y con la ayuda de ocasionales vientos, el *Desperate Lark* se dirigió hacia el mar por espacio de unas mil millas. Al principio, el curso del río seguía un poco hacia el este y luego hacia el sur, hasta llegar a Akassa y de allí a mar abierta.

No relataré aquí cómo cogieron peces y patos, ni cómo atacaron por sorpresa alguna aldea ocasionalmente y llegaron por fin a Akassa, pues ya he contado bastante acer-

ca del capitán Shard. Imagínenselos acercándose cada vez más al mar y sintiendo, no obstante, algo parecido a lo que nosotros sentimos por nuestro rey, nuestra patria o nuestro hogar, sentimiento que les abrasaba en su interior no menos ardientemente que a nosotros los nuestros: su pasión por el mar. Imagínenselos aproximándose al mar hasta ver aparecer las aves marinas y sentir los efectos de las brisas de alta mar; entonces, cantarían de nuevo canciones que no habían cantado durante semanas. Imagínenselos finalmente navegando de nuevo por el salado Atlántico.

Ya he contado bastante acerca del capitán Shard y temo fatigarte, amable lector, si añado algo más acerca de tan cruel pirata. En lo alto de una torre, en solitario, yo también estoy cansado.

Y, sin embargo, es conveniente que semejante historia sea contada. Un viaje hacia el sur, casi en línea recta, desde las cercanías de Argel hasta Akassa, en un barco apenas equiparable a un yate, constituye un estímulo para los jóvenes.

Garantía para el lector

Desde que puse por escrito en tu honor, amable lector, esta larga historia que escuché en una taberna junto al mar, he viajado por Argelia y Túnez así como por el desierto. Gran parte de lo que vi en esos países parece poner en duda la historia que el marinero me contó. Para empezar, el desierto se encuentra a centenares de millas de la costa y lo atraviesan más montañas de lo que se suele suponer, en particular el Atlas. Es más que posible que Shard lo atravesara por El Cantara, siguiendo la ruta de los camellos, varias veces centenaria; o que pasara por Argel y Bou Saada, a través del desfiladero de El Finita Dem, aunque se trata de un paso bastante difícil para los camellos (y mucho más para unos bueyes arrastrando

un barco), por cuya razón los árabes lo llaman Finita Dem, que quiere decir Sendero de Sangre.

Si el marinero hubiera estado sobrio cuando me la contó, no me habría atrevido a imprimir esta historia, por miedo a defraudarte, amable lector. Mas ése no fue el caso, como tuve buen cuidado de asegurarme: *in vino veritas* es un antiguo proverbio de comprobada eficacia, y nunca tuve motivo para dudar de su palabra... a menos que el proverbio mienta.

Únicamente aceptaría que me hubiera engañado a mí; mas si resultara también, querido lector, que has sido tú el engañado, lo poco que sé de él, el vulgar chismorreo de aquella vieja taberna cuyas ventanas emplomadas miran al mar, lo contaré inmediatamente a todos los jueces que conozco y será digno de ver cuál de ellos le ahorcará primero.

Entre tanto, amable lector, créete la historia en la seguridad de que, si te han dado gato por liebre, el asunto acabará en manos del verdugo.

LA ANGUSTIOSA HISTORIA DE THANGOBRIND EL JOYERO, Y EL FUNESTO DESTINO QUE LE ACONTECIÓ

CUANDO Thangobrind el joyero oyó la ominosa tos, se volvió en seguida hacia aquel angosto camino. Era un ladrón de gran reputación, protegido de los encumbrados y los elegidos, pues lo más pequeño que había robado era un huevo de Moomoo y en toda su vida únicamente robó cuatro tipos de piedras preciosas: Rubíes, diamantes, esmeraldas y zafiros; y como joyero su honradez era enorme. Un Príncipe Mercader se había presentado ahora ante Thangobrind y le había ofrecido el alma de su hija a cambio de un diamante más grande que una cabeza humana, que debía encontrarse en el regazo del ídolo-araña Hlohlo, en su templo de Moung-ga-ling; pues había oído decir que Thangobrind era un ladrón en el que se podía confiar.

Thangobrind lubricó su cuerpo y salió de su tienda, y recorrió en secreto apartados caminos y llegó tan lejos como Snarp, antes de que alguien supiera que había salido por negocios o echara de menos su espada de su lugar debajo del mostrador. Por eso únicamente se ponía en

marcha de noche, ocultándose de día y dedicándose a sacar brillo al filo de su espada, a la que llamaba Ratón porque era veloz y ágil. El joyero utilizaba sutiles métodos para viajar; nadie le vio nunca atravesar los llanos de Zid; nadie le vio llegar a Munrsk o Tlun. ¡Cómo adoraba las sombras! Una vez la luna, asomando de improviso después de una tempestad, había traicionado a un joyero corriente; a Thangobrind no le ocurrió lo mismo: los vigilantes únicamente vieron una figura agachada que gruñía y reía.

“No es más que una hiena”, dijeron.

En una ocasión le agarró uno de los guardianes de la ciudad de Ag, mas Thangobrind estaba lubricado y se escurrió de sus manos; apenas se oía el paso de sus pies desnudos. Sabía que el Príncipe Mercader esperaba su regreso, sin pegar ojo en toda la noche y reluciente de codicia; sabía que su hija yacía encadenada, gritando noche y día. ¡Ay! Thangobrind lo sabía. Y si no hubiera estado fuera por negocios, casi se habría permitido una o dos pequeñas sonrisas. Mas el negocio era el negocio, y el diamante que buscaba permanecía todavía en el regazo de Hlo-hlo, donde había estado durante los dos últimos millones de años, desde que Hlo-hlo creara el mundo y le concediera todo excepto aquella piedra preciosa llamada el Diamante del Muerto. La joya fue robada a menudo, mas tenía el don de regresar de nuevo al regazo de Hlo-hlo.

Thangobrind lo sabía, mas no era un joyero corriente y esperaba burlar a Hlo-hlo, sin darse cuenta de que su ambición y su vehemencia eran sólo vanidad.

¡Cuán ágilmente se deslizó por los pozos de Snood! Ora como un botánico escudriñando el terreno, ora como un bailarín saltando por encima de los desmoronados márgenes. Cuando había oscurecido del todo pasó cerca

de las torres de Tor, donde los arqueros disparaban flechas de marfil a los desconocidos para que ningún forastero pudiera alterar sus leyes, las cuales eran malas, mas no tanto como para permitir que fueran alteradas por simples extranjeros. De noche disparaban guiándose por el ruido de los desconocidos al pasar. ¡Oh, Thangobrind, Thangobrind,! ¿Hubo alguna vez un joyero como tú?

Mediante largas cuerdas arrastró tras él dos piedras y los arqueros dispararon a éstas. Tentadora era, en verdad, la trampa que habían dispuesto en Woth: un engaste suelto de esmeraldas en la puerta de la ciudad. Mas Thangobrind percibió la cuerda dorada que ascendía por la pared desde cada una de ellas y los pesos que le caerían encima si tocaba alguna, de manera que las abandonó, aunque lamentándose, y finalmente llegó a Theth. Allí todos adoraban a Hlo-hlo, aunque, como lo atestiguan los misioneros, permitían creer en otros dioses; mas éstos únicamente servían de piezas en las cacerías de Hlo-hlo, el cual llevaba aureolas, así las llama esa gente, pendientes de los ganchos dorados de su canana. Y después de Theth llegó a la ciudad de Moug y al templo de Mougga-ling, donde entró y vio al ídolo-araña Hlo-hlo, sentado con el Diamante del muerto reluciendo en su regazo y mirando a todo el mundo como una luna llena, mas una luna llena entrevista por un loco que hubiera dormido demasiado tiempo bajo sus rayos, pues el Diamante del Muerto presentaba un cierto aspecto siniestro que presagiaba cosas que es mejor no mencionar aquí. El rostro del ídolo-araña estaba iluminado por aquella fatal gema; no había ninguna otra luz. A pesar de sus chocantes miembros y de aquel cuerpo demoníaco, su rostro estaba sereno y aparentemente inconsciente.

Un leve temor pasó por la mente de Thangobrind, un estremecimiento pasajero nada más: el negocio era el

negocio y a él le esperaba el mejor. Thangobrind ofreció miel a Hlo-hlo y se postró ante él. ¡Oh, qué astuto era! Cuando los sacerdotes salieron furtivamente de la oscuridad para sorber la miel quedaron tendidos sin sentido en el suelo del templo, pues había una droga en la miel ofrecida a Hlo-hlo. Y Thangobrind el joyero cogió el Diamante del Muerto, se lo puso a sus espaldas y se alejó del altar; y Hlo-hlo el ídolo-araña no dijo nada, sino que sonrió débilmente mientras el joyero cerraba la puerta. Cuando los sacerdotes se sobrepusieron del efecto de la droga que le fue ofrecida a Hlo-hlo con la miel, se precipitaron a una pequeña cámara secreta con vistas a las estrellas y trazaron un horóscopo del ladrón. Algo que vieron en el horóscopo pareció satisfacerles.

No era propio de Thangobrind regresar por el mismo camino por el que había venido. No, fue por otro camino, si bien éste conducía a la senda angosta, a la mansión de la noche y al bosque de la araña.

Mientras se alejaba con el diamante, la ciudad de Moug se elevaba por detrás de él, balcón sobre balcón, eclipsando a medias a las estrellas. No caminaba tranquilo. No obstante, cuando surgió tras él un ligero golpeo como de pies de terciopelo, se negó a admitir que fuera lo que él se temía, a pesar de que su instinto comercial le decía que no era bueno que ningún tipo de ruido siguiera de noche a un diamante, y éste era uno de los más grandes que había llegado hasta él en toda su vida comercial. Cuando llegó a la senda angosta que conduce al bosque de la araña, el joyero se detuvo titubeante; sentía la frialdad y el peso del Diamante del Muerto y los pasos aterciopelados le parecían terriblemente cercanos. Miró tras él: allí no había nadie. Escuchó con atención; ahora no se oía ningún ruido. Entonces recordó los gritos de la hija del Príncipe Mercader, cuya alma era el precio del

diamante, y sonrió, y siguió adelante resueltamente. En eso, del otro lado de la senda angosta, le miró esa inexorable y equívoca dama cuya mansión es la Noche. Habiendo dejado de percibir el ruido de pasos sospechosos, Thangobrind se sentía ahora más tranquilo. Cuando casi había llegado al final de la senda angosta, la mujer profirió indiferentemente aquella ominosa tos.

La tos era demasiado significativa para no hacer caso de ella. Thangobrind se volvió y vio inmediatamente lo que temía. El ídolo-araña no se había quedado en su casa. El joyero dejó suavemente en el suelo su diamante y sacó su espada llamada Ratón. Y entonces comenzó en la senda angosta aquella famosa lucha, por la cual parecía tener tan poco interés la siniestra anciana cuya morada era la Noche. Para el ídolo-araña tan de repente descubierto todo era una horrible broma. Para el joyero era una lúgubre señal. Luchó y jadeó y fue rechazado lentamente a lo largo de la senda angosta, mas todo el tiempo asestó terribles cuchilladas a Hlo-hlo en su ancho y blando cuerpo hasta que Ratón estuvo cubierta de sangre. Finalmente, la persistente risa de Hlo-hlo fue demasiado para sus nervios e, hiriendo una vez más a su demoníaco enemigo, se dejó caer horrorizado y exhausto junto a la puerta de la morada llamada Noche a los pies de la siniestra anciana, la cual, después de proferir aquella ominosa tos, no volvió a entrometerse en el curso de los acontecimientos. Y los que estaban de servicio se llevaron a Thangobrind el joyero a la casa donde colgaban dos hombres y, descolgando de su gancho al que estaba a la izquierda, pusieron en su lugar a aquel aventurado joyero; de manera que cayó sobre él el funesto destino que temía, como todos saben pese a haber pasado tanto tiempo, y de alguna manera se calmó la ira de los envidiosos dioses.

Y la única hija del Príncipe Mercader sintió tan poca gratitud por este magnífico final que adoptó la respetabilidad de un combatiente, se convirtió en una taciturna agresiva, llamó a su hogar la Riviera Inglesa, utilizó una tópica cubretetera de estambre, y al final no murió, sino que desapareció en su residencia.

LA CAÍDA DE BABBULKUND

DIJE:

—Me pondré ahora en pie y veré Babbulkund, Ciudad de Maravilla. Su edad es la edad de la tierra; las estrellas son sus hermanas. Los Faraones de tiempos antiguos al venir a la conquista de Arabia la vieron por primera vez, una montaña solitaria en el desierto, y la tallaron dando nacimiento a torres y terrazas. Destruyeron una de las colinas de Dios, pero crearon a Babbulkund. Fue tallada, no edificada; sus palacios se aúnan a sus terrazas, no tiene articulación ni juntura. La suya es la belleza de la juventud de la tierra. Se considera el centro de la tierra y tiene cuatro portales que dan a las naciones. Frente a un portal oriental se levanta un dios colosal de piedra. Su rostro se ruboriza a la luz de la aurora. Cuando el sol de la mañana calienta sus labios, éstos se abren un tanto y emiten las palabras:

»—Oon, Oom.

»La lengua en que habla hace ya mucho que ha muerto y todos los que lo veneraron están sepultados, de modo que nadie sabe lo que significan las palabras que emite al

amanecer. Algunos dicen que saluda al sol como un dios saluda a otro en su lengua, otros dicen que proclama al día y otros, en fin, que emite una advertencia. Y ante cada portal hay una maravilla increíble en tanto no haya sido contemplada.

Y reuní a tres amigos y les dije:

—Somos lo que hemos visto y aprendido. Viajemos ahora y veamos Babbulkund para que nuestras mantas se embellezcan en su contemplación y nuestro espíritu gane en santidad.

De modo que nos embarcamos y viajamos sobre la mar curva, y nada recordamos de las cosas hechas en las ciudades de nosotros conocidas, sino que apartamos nuestros pensamientos de ellas como de la ropa sucia y soñamos con Babbulkund.

Pero cuando llegamos a la tierra de la que Babbulkund es constante gloria, contratamos a una caravana de camellos y guías árabes y nos dirigimos hacia el Sur, en la tarde, emprendiendo un viaje de tres jornadas a través del desierto que debía llevarnos a los blancos muros de Babbulkund. Y el color del sol descendía sobre nosotros desde el brillante cielo gris, y el color del desierto nos golpeaba desde abajo.

Al ponerse el sol hicimos un alto y atamos a nuestros caballos, mientras los árabes descargaron las provisiones de los camellos y prepararon una fogata con malezas secas, porque al ponerse el sol, el color del desierto parte súbitamente, como un pájaro. Entonces vimos a un viajero venido del Sur que se nos acercaba montado en un camello. Cuando le tuvimos cerca, le dijimos:

—Ven y acampa entre nosotros, porque en el desierto todos los hombres son hermanos y te daremos carne para que comas y te daremos vino o, si tu fe te obliga a ello, te

daremos alguna otra bebida que tu profeta no haya maldecido.

El viajero se sentó junto a nosotros en la arena, se cruzó de piernas y respondió:

—Escuchad y os hablaré de Babbulkund, Ciudad de Maravilla. Babbulkund se levanta justo por debajo del encuentro de los ríos, donde Oonrana, Río del Mito, fluye hacia las Aguas de la Fábula, la vieja corriente de Plegáthanees. Unidos, penetran por el portal septentrional llenos de regocijo. Desde muy antiguo fluyen hacia la oscuridad a través de la Colina que Nehemoth, el primero de los Faraones, talló convirtiéndola en la Ciudad de Maravilla. Estériles y desolados fluyen desde lejos a través del desierto, cada cual en su propio lecho, sin vida en ninguna de sus orillas, pero dan nacimiento en Babbulkund al sagrado jardín púrpura del que todas las naciones cantan. Allí se dirigen todas las abejas en peregrinación al caer la tarde por un camino secreto del aire. En una ocasión, desde su reino de luz crepuscular que rige junto con el sol, la luna vio a Babbulkund y la amó, vestida con su jardín de púrpura, y la luna la cortejó, pero fue desdeñada y se alejó llorando, porque más hermosa es Babbulkund que sus hermanas las estrellas. Sus hermanas la visitan por la noche en su cámara de doncella. Aun los dioses hablan a voces de Babbulkund, vestida con su jardín púrpura. Escuchad, porque percibo por vuestros ojos que no habéis visto a Babbulkund; hay inquietud en ellos y un interrogante insatisfecho. Escuchad. En el jardín del que os hablo hay un lago que no tiene par ni prójimo entre todos los lagos. Sus orillas son de cristal y también es de cristal su fondo. En él hay grandes peces cuyas escamas son de oro y escarlata, que lo recorren. Es costumbre del octogésimo segundo Nehemoth (que es el que hay gobierna la ciudad) ir allí después de caída la tarde,

y sentarse solo junto al lago; y a esa hora, ochocientos esclavos descienden los peldaños subterráneos de las cavernas que desembocan en las bóvedas levantadas bajo el lago. Cuatrocientos de ellos, con luces púrpuras, marchan uno detrás del otro, desde el Este al Oeste, y cuatrocientos, con luces verdes, marchan uno detrás del otro desde el Oeste al Este. Las dos filas se cruzan y vuelven a cruzarse entre sí mientras los esclavos andan en ronda y los peces atemorizados nadan de un lugar a otro.

Pero sobre el viajero que hablaba descendió la noche, solemne y fría, y nos envolvimos en nuestras mantas y yacimos sobre la arena a la vista de las hermanas australes de Babbulkund. Y toda esa noche el desierto pronunció muchas cosas, quedamente y en un susurro, pero yo no supe entender lo que decía. Sólo la arena lo supo y se levantó y fue perturbada y volvió a descender, y el viento lo supo. Luego, así que iban transcurriendo las horas de la noche, estos dos descubrieron las huellas de los pies con que habíamos hollado el sagrado recinto y se afanaron sobre ellas y las cubrieron; y luego el viento amainó y la arena descansó. Después volvió a levantarse el viento y la arena bailó. Esto lo hicieron muchas veces. Y mientras tanto el desierto no dejó de musitar cosas que yo no entendía.

Me dormí entonces por un tiempo y desperté justo antes de amanecer, aterido de frío. De pronto el sol saltó a lo alto y llameó sobre nuestras cabezas; todos arrojamos las mantas a un lado y nos pusimos en pie. Tomamos luego alimento y después nos pusimos en marcha hacia el Sur, y al culminar el calor del día, descansamos y luego volvimos a andar. Y durante todo el tiempo el desierto permaneció el mismo, como un sueño que no cesa de perturbar a un durmiente fatigado.

Y a menudo se nos cruzaban viajeros en el desierto, que venían de la Ciudad de Maravilla, y había luz de gloria en sus ojos por haber visto a Babbulkund.

Esa tarde, al ponerse el sol, se nos acercó otro viajero y lo saludamos diciendo:

—¿Comerás y beberás con nosotros ya que todos los hombres somos hermanos en el desierto?

Y él descendió de su camello, se sentó a nuestro lado y dijo:

—Cuando la mañana brilla sobre el coloso Neb y Neb habla, en seguida los músicos del Rey Nehemoth despiertan en Babbulkund.

»En un principio sus dedos vagan por sobre las cuerdas de sus arpas de oro o acarician sus violines. Más y más clara la nota de cada instrumento va ascendiendo como las alondras del rocío, hasta que pronto todas se unen y nace una nueva melodía. Así, todas las mañanas, los músicos del Rey Nehemoth crean una nueva maravilla en la Ciudad de Maravilla; porque no son éstos músicos corrientes, sino maestros de la melodía, capturados en conquistas desde mucho tiempo atrás y llevados en barcos de las Islas de la Canción. Y con el sonido de la música Nehemoth despierta en la cámara oriental de su palacio, que está tallado en la forma de una enorme media luna de cuatro millas de largo, en el extremo septentrional de la ciudad. Pleno se levanta el sol ante las ventanas de la cámara oriental, y pleno ante las ventanas de su cámara occidental el sol se pone.

»Cuando Nehemoth se despierta, convoca a sus esclavos que traen una litera con campanillas en la que entra el Rey después de haberse vestido ligeramente. Entonces los esclavos se echan a correr llevándolo a la Cámara del Baño, hecha de ónix, y las campanillas suenan a su paso. Y cuando Nehemoth sale de allí, bañado y ungido,

los esclavos vuelven a correr con la litera sonora y lo llevan a la Cámara Oriental de Banquetes, donde el Rey toma la primera comida del día. De allí, por el gran pasillo blanco cuyas ventanas dan todas al sol, Nehemoth va en su litera a la Cámara de Audiencias de las Embajadas del Norte, del todo llena de artículos septentrionales.

»Por todas partes hay ornamentos de ámbar del Norte y cálices tallados del oscuro cristal parduzco septentrional y sobre los suelos se extienden pieles de las costas del Báltico.

»En las cámaras adyacentes se almacenan los alimentos que acostumbran tomar los duros hombres nortños y el fuerte vino del Norte, pálido pero terrible. Allí recibe el Rey a los príncipes bárbaros de las tierras frías. De allí los esclavos lo llevan velozmente a la Cámara de Audiencias de las Embajadas del Oriente, donde las paredes son de turquesa y hay en ellas incrustados rubíes de Ceilán, donde los dioses son los dioses del Oriente, donde todas las colgaduras fueron pergeñadas en el espléndido corazón de la India y donde todas las tallas se ejecutan con la habilidad de las islas. Allí, si se da el caso que una caravana haya venido de la India o de Catay, es costumbre del Rey conversar un rato con los mongoles o los mandarines, porque del Oriente llegan las artes y el comercio del mundo, y la conversación de su gente es cultivada. De ese modo Nehemoth recorre las otras Cámaras de Audiencia y recibe, quizás, a algunos jeques del pueblo árabe que hayan cruzado el gran desierto desde el Occidente, o recibe una embajada que le haya enviado en su homenaje el tímido pueblo de las junglas del Sur. Y todo el tiempo los esclavos con la litera sonora corren hacia el Occidente, en pos del sol, y siempre el sol da directamente sobre la cámara en que se encuentra Nehemoth, y todo el tiempo a los oídos del Rey llegan tinti-

neantes las notas de una u otra de sus bandas de músicos. Pero cuando la mitad del día se acerca, los esclavos corren hacia los frescos bosquecillos que se extienden junto a las galerías de la parte septentrional del palacio abandonando el sol, y cuando el calor se sobrepone al genio de los músicos, éstos, uno por uno, dejan que sus manos caigan de sus instrumentos hasta cesar la última nota de la melodía. En este momento Nehemoth se duerme y los esclavos dejan la litera en tierra y se tienden a su lado. A esta hora la ciudad se vuelve perfectamente silenciosa, y el palacio de Nehemoth y las tumbas de los Faraones de antaño dan cara al sol iguales en silencio. Aun los joyeros del mercado, que venden gemas a los príncipes, cesan el regateo y el canto; porque en Babbulkund el vendedor de rubíes canta el canto del rubí, y el vendedor de zafiros entona el canto del zafiro, y cada piedra tiene su canción, de modo que el comerciante, con su canto, da a conocer lo que vende.

»Pero todos estos sonidos cesan a la hora meridiana, los joyeros del mercado yacen en la sombra que encuentran y los príncipes vuelven al frescor de sus palacios y un gran silencio pende desde el aire resplandeciente sobre Babbulkund. Pero en el frescor de la tarde avanzada, uno de los músicos del Rey despierta abandonando el sueño en que veía a su tierra natal y paso los dedos quizá por las cuerdas de su arpa y puede que con la música evoque algún recuerdo del viento de los valles de las montañas que se elevan en las Islas de la Canción. Entonces el músico arranca grandes gritos del alma del arpa por causa del viejo recuerdo y sus compañeros despiertan y hacen todos un canto consagrado a la tierra natal, tejido con lo que se decía en el puerto cuando los barcos llegaban y con los cuentos que se contaban en las cabañas sobre las gentes de antaño. Una por una las otras bandas

de músicos se unen a la canción de Babbulkund, Ciudad de Maravilla, palpita de nuevo con esto maravilla. En este momento Nehemoth se despierta, los esclavos se ponen en pie de un salto y llevan la litera fuera del gran palacio en forma de medialuna, entre el Sur y el Oeste, para que vuelva a contemplarse el sol. La litera, con sus campanillas sonoras, gira una vez más; las voces de los joyeros vuelven a entonar en el mercado la canción de la esmeralda y la del zafiro; los hombres conversan en los techos, los mendigos gimen en las calles, los músicos se afanan en su tarea, todos los sonidos se mezclan para formar un murmullo, la voz de Babbulkund que había en la tarde. Cada vez más desciende el sol, hasta que Nehemoth, a su zaga, llega con esclavos jadeantes al gran jardín púrpura el que seguramente vuestro propio país le ha consagrado canciones, no importa de dónde vengáis.

»Allí baja de la litera y asciende al trono de marfil situado en medio del jardín de cara al Occidente, y se queda sentado solo, contemplando largo tiempo la luz del sol hasta que ésta desaparece por completo. A esta hora la pesadumbre invade el rostro de Nehemoth. Hay quien lo ha oído musitar al ponerse el sol:

»—Aun yo, aun yo también.

»De ese modo el Rey Nehemoth y el sol contemplan su glorioso circuito en torno a Babbulkund.

»Algo más tarde, cuando las estrellas salen a envidiar la belleza de la Ciudad de Maravilla, el Rey se dirige a otra parte del jardín y se sienta en una alcoba de ópalo, solo, a la margen del lago sagrado. Este es el lago de orillas y fondo de cristal, iluminado desde abajo por esclavos que portan luces púrpuras y verdes entremezcladas, y es una de las siete maravillas de Babbulkund. Tres de las maravillas se encuentran en medio de la ciudad y cuatro en sus portales. Hay el lago, del cual os hablo, y hay el

jardín púrpura del cual os hablé, y que es una maravilla aun para las estrellas, y hay Ong Zwarba de la cual os hablaré también. Y las maravillas de los portales son éstas. En el portal oriental, Neb. Y en el portal septentrional, la maravilla del río y los arcos, porque el Río del Mito que se aúna con las Aguas de la Fábula en el desierto fuera de la ciudad, fluye bajo un puente de oro puro, regocijado, y bajo múltiples arcos fantásticamente tallados que forman una unidad con cada una de las orillas. La maravilla del portal occidental es la maravilla de Annolith y el perro Voth. Annolith se levanta fuera del portal occidental de cara a la ciudad. Es más alto que cualquiera de las torres o los palacios, porque su cabeza se talló de la cumbre de la vieja colina; tiene dos ojos de zafiro con los que contempla Babbulkund, y lo asombroso de los ojos es que se encuentran hoy en las mismas órbitas donde brillaban cuando comenzó el mundo, sólo el mármol que los cubría se eliminó con la talla para dar paso a la luz del día y a la envidia de las estrellas. Más grande que un león es el perro Voth que está junto a él; cada uno de sus pelos se talló sobre el lomo de Voth; los pelos de su cuello están erectos en actitud guerrera y sus dientes están desnudados. Todos los Nehemoth han venerado al dios Annolith, pero todos sus pueblos le rezaron al perro Voth, porque según la ley de la tierra, sólo un Nehemoth puede venerar al dios Annolith. La maravilla del portal austral es la maravilla de la jungla porque ésta llega con todo su salvaje mar intransitado de oscuridad y árboles y tigres y orquídeas que aspiran al sol, y penetran por un portal de mármol a la ciudad y allí en medio de ella, se ensancha y abarca un espacio de muchas millas de extensión. Además, es más vieja que la Ciudad de Maravilla, pues desde hacía mucho moraba en uno de los valles de la montaña

que Nehemoth, primero de los Faraones, convirtió con su talla en Babbulkund.

»Ahora bien, la alcoba de ópalo en la que el Rey se reclina al atardecer junto al lago, se encuentra en el borde de la jungla y las orquídeas trepadoras hace ya tiempo que se han deslizado dentro de ella por sus grietas, seducidas por las luces del lago, y ahora florecen allí exultantes. Cerca de esta alcoba se encuentran los serrallos de Nehemoth.

»El Rey tiene cuatro serrallos: uno para las vigorosas mujeres de las montañas del Norte, otro para las oscuras y furtivas mujeres de la jungla, un tercero para las mujeres del desierto, que tienen almas errantes y languidecen en Babbulkund, y un cuarto para las princesas de su propia casta, cuyas mejillas pardas se ruborizan con la sangre de los antiguos Faraones y que se regocijan con Babbulkund en su sobrecogedora belleza y que nada saben del desierto ni de la jungla ni de las lúgubres colinas del Norte. Sin adorno alguno y vestidas del modo más sencillo van las de la raza de Nehemoth, porque saben que a él lo fatiga la pompa. Sin adornos, salvo una, la Princesa Linderith, que lleva la Ong Zwarba y las tres gemas menores del mar. Una piedra tal es Ong Zwarba que no hay la que se le asemeje en el turbante de Nehemoth ni en todos los santuarios del mar. El mismo dios que hizo a Linderith, hizo mucho tiempo atrás a Ong Zwarba; ella y Ong Zwarba resplandecen con una única luz y junto a esta maravillosa piedra brillan las otras tres menores del mar.

»Ahora bien, cuando el Rey se aposenta en su alcoba de ópalo junto al lago sagrado con las orquídeas que florecen alrededor de él, todos los sonidos se acallan. El sonido de los pesos de los fatigados esclavos que giran una y otra vez jamás llega a la superficie. Los músicos hace ya mucho que duermen y sus manos han caído mu-

das sobre sus instrumentos y las voces de la ciudad se han sumido en el silencio. Quizás el suspiro de una de las mujeres del desierto se ha convertido a medias en una canción, o en una cálida noche de verano alguna de las mujeres de las colinas musita queda un canto con mención de la nieve; toda la noche en medio del jardín púrpura canta un ruiseñor; todo el resto está acallado; las estrellas que contemplan Babbulkund se elevan y se ponen, la fría luna desdichada se traslada solitaria entre ellas, la noche se desgasta; por fin la oscura figura de Nehemoth, el octogésimo segundo de su linaje, se pone en pie y se retira furtivo.

El viajero dejó de hablar. Durante largo tiempo las claras estrellas, hermanas de Babbulkund, brillaron sobre él mientras hablaba, el viento del desierto había soplado y le había susurrado algo a la arena y la arena venía trasladándose en secreto de un lado a otro desde hacía ya rato; ninguno de nosotros se había movido, ninguno se había quedado dormido, no tanto por el asombro que nos produjera su relato, sino por pensar que en el término de dos días nosotros mismos veríamos esa asombrosa ciudad. Luego nos envolvimos en nuestras mantas y yacimos con los pies tendidos hacia los rescoldos de nuestra fogata e instantáneamente nos quedamos dormidos, y en nuestro sueño multiplicamos la fama de la Ciudad de Maravilla.

El sol se elevó y llameó sobre nuestra cara y todo el desierto refulgió con su luz. Entonces nos pusimos en pie y preparamos el alimento de la mañana y, cuando hubimos comido, el viajero partió. Y encomendamos su alma al dios de la tierra a la que se dirigía, de la tierra de su hogar en el Norte, y él encomendó nuestras almas al dios del pueblo de donde nosotros habíamos venido. Luego se nos unió un viajero que se trasladaba a pie; vestía una

capa parda que estaba hecha de jirones y parecía haber venido andando toda la noche; caminaba de prisa pero parecía cansado, de modo que le ofrecimos alimento y bebida, de la que participó agradecido. Cuando le preguntamos a dónde se dirigía, respondió:

—A Babbulkund.

Le ofrecimos entonces un camello sobre el que pudiera cabalgar, pues, le dijimos:

—También nosotros vamos a Babbulkund.

Pero él dio una extraña respuesta:

—No, adelantaos a mí, pues es algo lamentable no haber visto nunca a Babbulkund habiendo vivido mientras todavía se mantenía erguida. Adelantaos a mí y contempladla y luego huid de inmediato y volved hacia el Norte.

Entonces, aunque no le comprendimos, lo dejamos, pues se mostró muy insistente, y seguimos nuestro viaje hacia el Sur por el desierto, y antes de la mitad del día llegamos a un oasis de palmeras que se encontraba junto a un pozo donde podíamos dar agua a los altivos camellos, volver a llenar nuestras cantimploras y apaciguar nuestros ojos con la visión del verdor y demorarnos muchas horas a la sombra. Algunos de los hombres durmieron, pero de entre los que permanecieron despiertos, cada uno entonó quedo la canción de su propio país en la que se hablaba de Babbulkund. Cuando la tarde estaba ya avanzada, viajamos un corto trecho hacia el Sur y seguimos adelante por el fresco crepúsculo, hasta que el sol se paso; entonces acampamos, y cuando nos sentamos, el hombre vestido de jirones nos alcanzó, pues había viajado durante todo el día, y volvimos a darle alimento y bebida y en el crepúsculo habló diciendo:

—Yo soy siervo del Señor, el Dios de mi pueblo y voy a ejecutar su obra en Babbulkund. Es la ciudad más bella

del mundo; no hubo otra como ella, aun las estrellas de Dios tienen envidia de su belleza. Es toda blanca; sin embargo, estrías rosadas atraviesan sus calles y sus casas, como las llamas en la mente blanca de un escultor, como el deseo en el Paraíso. Hace mucho que fue tallada en una colina sagrada; no fueron esclavos los que la esculpieron, sino artistas afanados en un trabajo amado. No siguieron el modelo de las casas de los hombres, sino que cada cual forjó lo que sus ojos interiores habían visto y talló en mármol la visión de sus sueños. Sobre el techo de una cámara del palacio, leones alados vuelan como murciélagos; el tamaño de cada león es el tamaño de los leones de Dios y las alas son más grandes que la de cualquier criatura alada nunca nacida; se apilan uno sobre otro más abundantes que lo que un hombre puede enumerar; están todos tallados con el mismo bloque de mármol, la cámara misma se vació en él, y se mantienen en lo alto sobre las ramas talladas de un bosquecillo de helechos gigantes trabajados por la mano de algún albañil de la jungla que los amaba. Sobre el Río del Mito, que se aúna con las Aguas de la Fábula, se tienden puentes trabajados como el árbol de la glicina y como el lánguido laburno y mil otras maravillosas invenciones, deseo del alma de albañiles ya muertos desde hace mucho. ¡Oh! muy hermosa es la blanca Babbulkund, muy hermosa es, pero orgullosa; y el Señor, Dios de mi pueblo, la ha contemplado en su orgullo y, al contemplarla, vio que las oraciones de Nehemoth ascendían a la abominación Annolith; y que todo el pueblo seguía a Voth. Es muy bella Babbulkund; ¡ay! que no pueda yo bendecirla. Podría vivir por siempre en una de sus terrazas interiores contemplando la misteriosa jungla que se extiende en medio de ella y las orquídeas vueltas al cielo que suben de la oscuridad para mirar al sol. Podría amar a Babbulkund con un amor muy

grande, pero soy siervo del Señor, Dios de mi pueblo, y el Rey ha pecado en la veneración de la abominación Annolith, y el pueblo se regocija extremadamente en Voth. Ay de ti, Babbulkund, ay que no pueda volverme de espaldas, porque mañana debo profetizar contra ti y clamar contra ti, Babbulkund. Pero vosotros, viajeros, que me habéis tratado con hospitalidad, poneos en pie y seguid con vuestros camellos, pues yo no puedo demorarme más y debo ir a ejecutar sobre Babbulkund la obra del Señor, Dios de mi pueblo. Id y contemplad la belleza de Babbulkund antes de que yo clame contra ella, y luego huid velozmente hacia el Norte.

El fragmento de un rescoldo encendido cayó en la fogata de nuestro campamento y arrojó a los ojos del hombre vestido de jirones una extraña luz. Se puso en pie de inmediato y su capa de harapos giró con él como un ala inmensa; no dijo ya nada más; sino que se volvió y se alejó a grandes zancadas hacia el Sur perdiéndose en la oscuridad, en dirección a Babbulkund. Entonces el silencio cayó sobre nuestro campamento, y se elevó el olor del tabaco de esas tierras. Cuando la última llama se hubo extinguido en nuestra fogata, me quedé dormido, pero agitados sueños de condenación perturbaron mi descanso.

Llegó la mañana y nuestros guías nos dijeron que llegaríamos a la ciudad antes de la caída de la noche. Una vez más avanzamos hacia el Sur a través del imperturbable desierto; nos encontramos con algún ocasional viajero que venía de Babbulkund, con la belleza de sus maravillas que por recién contemplada daba luz todavía a sus ojos.

Cuando cerca de la mitad del día acampamos, vimos a mucho gente a pie que venía hacia nosotros corriendo desde el Sur. Cuando estuvieron cerca, los saludamos diciendo:

—¿Qué es de Babbulkund?

Respondieron:

—No somos de la raza del pueblo de Babbulkund, sino que fuimos capturados en nuestra juventud y llevados de las colinas del Norte. Ahora todos hemos visto en visiones de silencio al Señor, el Dios de nuestro pueblo, que nos llama desde sus colinas y, por tanto, todos huimos hacia el Norte. Pero en Babbulkund las noches del Rey Nehemoth fueron perturbadas por terribles sueños de condenación, y nadie es capaz de interpretar lo que conllevan. Ahora bien, este es el primer sueño que soñó el Rey Nehemoth la primera noche. Vio trasladarse por el aire inmóvil un pájaro enteramente negro y por debajo del batir de sus alas, Babbulkund se enlóbreguécía y se oscurecía; y después de él vino un pájaro enteramente blanco y por debajo del batir de sus alas Babbulkund resplandecía y brillaba y otros cuatro pájaros más se aproximaron volando alternativamente negros y blancos. Y cuando los pájaros negros pasaban, Babbulkund se oscurecía, y cuando aparecían los blancos, las calles y las casas resplandecían. Pero después del sexto pájaro ninguno más vino, y Babbulkund se desvaneció del lugar donde había estado, y los ríos Oonrana y Plegáthanees se dolían solitarios. A la mañana siguiente todos los profetas del Rey se reunieron delante de sus abominaciones y las interrogaron acerca del sueño, pero las abominaciones nada dijeron. Pero cuando la segunda noche descendió de los salones de Dios, adornada de múltiples estrellas, el Rey Nehemoth volvió a soñar; y en el sueño el Rey Nehemoth vio tan sólo cuatro pájaros blancos y negros alternativamente, como antes. Y Babbulkund se oscureció otra vez cuando los negros pasaron y resplandeció al aparecer los blancos; después del cuarto ya no vine ninguno otro y Bab-

bulkund se desvaneció quedando sólo el desierto sin memoria y los ríos de la montaña.

»Las abominaciones siguieron sin hablar y nadie supo interpretar el sueño. Y cuando la tercera noche vino de los salones divinos de su morada adornada como sus hermanas, volvió a soñar el Rey Nehemoth. Y vio un pájaro negro pasar nuevamente bajo el cual Babbulkund se oscureció, y luego uno blanco y Babbulkund desapareció. Y apareció el día dorado dispersando los sueños y las abominaciones siguieron guardando silencio, y los profetas del Rey no dieron respuesta al presagio velado del sueño. Sólo un profeta habló ante el Rey diciendo:

»—Los pájaros oscuros, oh, Rey, son las noches, y los pájaros blancos son los días...

»Esto el Rey ya se lo temía, y se levantó e hirió con la espada al profeta, cuya alma salió escapada clamando y no tuvo ya nada que ver con noches ni con días.

»Fue anoche cuando el Rey soñó su tercer sueño, y esto mañana huimos de Babbulkund. Un calor inmenso se abate sobre ella y las orquídeas de la jungla dejaron caer sus cabezas. Toda la noche las mujeres del serrallo del Norte han llorado con altos plañidos sus colinas. El temor ha ganado la ciudad y un presagio ominoso. Dos veces ha ido Nehemoth a venerar a Annolith y todo el pueblo se ha postrado ante Voth. Tres veces los adivinos consultaron al gran globo de cristal donde se prevé todo acontecimiento por venir y tres veces el globo se vio opaco. Sí, aunque una cuarta vez lo consultaron, no se reveló visión alguna; y la voz del pueblo se acalló en Babbulkund.

Los viajeros no demoraron en volver a ponerse en camino hacia el norte dejándonos perplejos. Mientras dominó el calor del día reposamos lo mejor que pudimos, pero el aire estaba inmóvil y bochornoso y los camellos in tranquilos. Los árabes dijeron que eso era un presagio de

tormenta en el desierto y que un gran viento se levantaría preñado de arena. De modo que a la tarde nos pusimos en pie y viajamos de prisa en la esperanza de encontrar un refugio antes de que estallara la tormenta. Y el aire ardía en la quietud reinante entre el desierto inflamado y el cielo enceguecedor.

De pronto se levantó un viento del Sur, que soplaba desde Babbulkund y la arena ascendió y asumió formas susurrantes. Y el viento sopló violentamente y gimió y centenares de figuras de arena se levantaban como torres y se oyeron gritos y el sonido de una retirada. Pronto el viento se calmó súbitamente y los gritos se silenciaron y el pánico cesó en las arenas arrastradas. Y cuando amainó la tormenta y el aire refrescó, el terrible bochorno y el presagio llegaron a su fin y los camellos se apaciguaron. Y los árabes dijeron que la tormenta anunciada se había desencadenado y pasado como de antiguo Dios lo había querido.

El sol se puso y llegó el crepúsculo vespertino y nos acercamos al lugar de la afluencia del Oonrana y el Plegáthanees, pero en la oscuridad no nos fue posible discernir a Babbulkund. Nos apresuramos para llegar a la ciudad antes de la caída de la noche y llegamos a la afluencia del Río del Mito y las Aguas de la Fábula, pero tampoco entonces vimos Babbulkund alguna. Alrededor de nosotros se extendía la arena y las rocas del desierto inmutable, salvo hacia el Sur donde se levantaba la jungla con sus orquídeas vueltas de cara al cielo. Nos dimos cuenta entonces de que habíamos llegado demasiado tarde y que la condenación le había llegado a Babbulkund; y junto al río en el desierto vacío estaba el hombre vestido de jirones sentado en la arena; se ocultaba la cara con las manos llorando amargamente.

Así pereció en la hora de su iniquidad, ante Annolith, a los dos mil treinta y dos años de su existencia, a los seis mil cincuenta años de la construcción del Mundo, Babbulkund, ciudad de Maravilla, llamada por los que la odiaban, Ciudad del Perro, pero de continuo llorada en Arabia y la India y en lo profundo de la jungla y el desierto; no dejó monumento en piedra en muestra de haber sido, pero es recordada con duradero amor, a pesar de la cólera de Dios, por todos los que conocieron su belleza, de la cual todavía cantan.

LA CONDENACIÓN DE LA TRAVIATA

EL ATARDECER llegó furtivo de tierras misteriosas y descendió sobre las calles de París, y las cosas del día se recogieron y se ocultaron; la hermosa ciudad se había alterado extrañamente y con ella, el corazón de los hombres. Y con luces y música, en el silencio y la oscuridad, se levantó la otra vida, la vida que conoce la noche, y los gatos oscuros salieron de las casas y se dirigieron a lugares silenciosos, y formas crepusculares merodearon por las calles en penumbra. A esa hora, en una casa mezquina cerca del Moulin Rouge, María La Traviata; y los que le trajeron la muerte fueron sus propios pecados y no los años de Dios. Pero el alma de La Traviata erró ciega por las calles en las que había pecado hasta que chocó contra el muro de Notre Dame de París. De allí se elevó en el aire como la niebla cuando da contra un escarpado, y se deslizó hacia el Paraíso donde fue juzgada. Y me pareció, pues yo lo miraba todo desde mi lugar en sueños, que cuando La Traviata compareció ante el estrado del juicio, las nubes vinieron desde las lejanas colinas del Paraíso y se reunieron sobre la cabeza de Dios convirtién-

dose en una única nube negra; y las nubes se trasladaban veloces como las sombras de la noche cuando una linterna se mece en la mano que la lleva, y más y más nubes llegaban apresuradas y, mientras se concentraban, no aumentaba el tamaño de la nube sobre la cabeza de Dios, sino que íbase haciéndose cada vez más negra. Y los halos de los santos descendían sobre sus cabezas, se estrechaban y empalidecían, los coros de los serafines vacilaron y fueron menos sonoros y la conversación entre los benditos de pronto cesó. Entonces la cara de Dios asumió una expresión severa, de modo que los serafines levantaron vuelo y escaparon de Él, al igual que los santos. Entonces Dios emitió la orden y siete grandes ángeles se levantaron de entre las nubes que alfombran el Paraíso y había piedad en sus caras y sus ojos estaban cerrados. Entonces Dios pronunció su sentencia y las luces del Paraíso se apagaron; las ventanas de cristal azul que dan al mundo y las ventanas rojas y verdes se volvieron oscuras y descoloridas y ya nada más vi. En seguida los siete grandes ángeles salieron por uno de los portales del cielo y dieron su cara al Infierno; cuatro de ellos cargaban la joven alma de La Traviata, uno iba por delante y otro por detrás. Estos seis avanzaban con paso vigoroso por el largo y polvoriento camino que se llama el Camino de los Condenados. Pero el séptimo voló por sobre ellos durante todo el trayecto, y la luz de los fuegos del Infierno que escondía de los otros seis el polvo del terrible camino, resplandecía en las plumas de su pecho.

Y los siete ángeles que se precipitaban hacia el Infierno, hablaron.

—Es muy joven —decían.

Y:

—Es muy hermosa.

Y contemplaron. largo rato el alma de La Traviata mirando no las manchas del pecado, sino esa parte con que había amado a su hermana desde hacía ya mucho muerta, que revoloteaba ahora en un huerto de una de las colinas del Cielo con la cara bañada por la clara luz del sol y comulgaba diariamente con los santos cuando se dirigían a bendecir a los muertos desde el borde más extremo del Cielo. Y miraron largo tiempo la belleza de todo lo que permanecía bello en su alma y dijeron:

—No es sino un alma joven.

Y hubieran querido llevarla a una de las colinas del Cielo y darle un címbalo y un dulcemele, pero sabían que las puertas del Paraíso estaban cerradas con barras y candado para La Traviata. Y habrían querido llevarla a un valle del mundo en el que había muchas flores y sonoras corrientes, en el que los pájaros siempre cantaban y las campanas de las iglesias tañían los días de descanso, sólo que no se atrevían a hacerlo. De modo que siguieron avanzando y se acercaban cada vez más al Infierno. Pero cuando estuvieron ya muy cerca de él, recibieron su fulgor en la cara y sus portones se abrían para recibirlos, dijeron:

—El Infierno es una ciudad terrible y ella está ya fatigada de las ciudades.

Entonces, de pronto, la dejaron caer junto al camino y se alejaron volando. Pero el alma de La Traviata se convirtió en una gran flor rosada, terrible y adorable; tenía ojos, pero no párpados, y miraba continuamente con fijeza la cara de todos los que pasaban por el polvoriento camino al Infierno; y la flor crecía al resplandor de las luces del Infierno, y se marchitaba, pero no le era posible morir; sólo uno de sus pétalos se volvió hacia las colinas celestiales como se vuelve la hoja de una hiedra hacia el día, y a la dulce y plateada luz del Paraíso no se ajaba ni

se marchitaba, y oía a veces a la comunidad de los santos cuyos murmullos le llegaban desde lo lejos, y a veces le llegaba también el aroma de los huertos de las colinas celestiales y sentía una ligera brisa que la refrescaba todas las tardes cuando los santos se aproximaban al borde del Cielo para bendecir a los muertos.

Pero el Señor levantó Su espada y dispersó a los ángeles desobedientes como un trillador dispersa la broza.

LA CORONACIÓN DEL SEÑOR THOMAS SHAP

LA OCUPACIÓN del señor Thomas Shap consistía en persuadir a los clientes de que la mercancía era genuina y de excelente calidad, y que en cuanto al precio su voluntad tácita sería consultada. Para llevar a cabo esta ocupación todas las mañanas iba muy temprano en tren a unas pocas millas de la City desde el suburbio en donde pasaba la noche. Así era como empleaba su vida.

Desde el momento en que por vez primera se dio cuenta (no como se lee un libro, sino como las verdades son reveladas al instinto) de la bestialidad propia de su ocupación, y de la casa en la que pasaba la noche —su aspecto, forma y pretensiones—, e incluso de la ropa que llevaba puesta, desde aquel mismo momento dejó de cifrar en ellos sus sueños, sus ilusiones, sus ambiciones; se olvidó de todo excepto de aquel laborioso señor Shap vestido con levita que adquiriría billetes de tren, manejaba dinero y a su vez podía ser manejado por las estadísticas. Ni el sacerdote que había en es señor Shap, ni el poeta, tomaron jamás el primer tren para la City.

Al principio solía hacer pequeños recorridos en su imaginación, fijándose en su ensueño en los campos y ríos tendidos al sol, en los que éste sorprendía al mundo con mayor brillantéz cuanto más hacia el sur. Luego empezó a imaginar mariposas; después de eso, gente vestida de seda y templos que construían a sus dioses.

Se advertía que el señor Shap era más bien callado, e incluso a veces distraído; mas no se criticaba su comportamiento con los clientes, para los cuales seguía siendo tan convincente como antaño. Por tanto, soñó durante un año más y, según soñaba, su fantasía se reforzaba. Leía todavía en el tren publicaciones baratas, seguía discutiendo los efímeros tópicos de la vida cotidiana y todavía votaba en las elecciones, aunque ya no lo hacía con todo su ser: su alma ya no intervenía.

Había tenido un año agradable, aunque su imaginación era completamente nueva para él, y a menudo le había descubierto cosas hermosas lejos de donde estaban disponibles, al sudeste del limbo crepuscular. Como tenía una mente lógica y prosaica, a veces decía: “¿Por qué he de pagar dos peniques en el teatro eléctrico cuando bastante fácilmente puedo ver gratis todo tipo de cosas?” Cualquier cosa que hiciera era ante todo lógica, y los que le conocían hablaban siempre de Shap como de “un hombre bueno, sensato y juicioso”.

El día más importante de su vida, con mucho, fue a la ciudad como de costumbre en el primer tren a vender artículos plausibles a sus clientes, mientras su parte espiritual vagaba por tierras imaginarias. Según venía de la estación, lleno de sueños pero completamente despierto, descubrió repentinamente que el verdadero Shap no era el que iba al Comercio con fea ropa negra, sino el que vagaba a lo largo del borde de la jungla cerca de las murallas de una antigua ciudad oriental que surgía de la are-

na y que el desierto lamía con su eterna ondulación. Solía imaginar que el nombre de esa ciudad era Larkar. “Después de todo, la ilusión es tan real como el mismo cuerpo”, decía con perfecta lógica. Era una teoría peligrosa.

Al igual que en el Comercio, se daba perfecta cuenta de la importancia y el valor del método para aquella otra vida que llevaba. No dejaba que su fantasía vagara demasiado lejos hasta conocer perfectamente sus principales aledaños. En particular evitaba la jungla: no es que temiera encontrar allí un tigre (después de todo, no era real), mas sí que pudieran agazaparse extrañas criaturas. Creó Larkar lentamente: muralla a muralla, torres para los arqueros, puerta de latón, y todo lo demás. Y entonces, un día se persuadió, y con toda razón, de que toda aquella gente vestida de seda que recorría sus calles, sus camellos, sus mercancías procedentes de Inkustahn, la misma ciudad, eran producto de su voluntad, por lo que él mismo se hizo Rey. Después sonreía cuando la gente no se quitaba el sombrero a su paso por las calles, mientras caminaba de la estación al Comercio; mas era lo suficientemente práctico como para reconocer que era preferible no comentar esas cosas con los que únicamente le conocían como señor Shap.

Ahora que era Rey de la ciudad de Larkar y de todo el desierto que se extiende hacia el este y el norte, dejó vagar más lejos su fantasía. Se llevó los regimientos de camelleros y abandonó Larkar entre tintineos producidos por las campanillas de plata que llevaban los camellos debajo de la barbilla, y llegó a otras remotas ciudades del desierto que se alzaban al sol con sus blancas murallas y torres. Atravesó las puertas de estas ciudades con sus tres regimientos vestidos de seda: el regimiento azul pálido estaba a su derecha, el regimiento verde cabalgaba a su izquierda y el regimiento lila iba delante. Cuando hubo

atravesado las calles de cada una de las ciudades, y observado los modales de sus gentes, y contemplado la forma en que el sol daba en sus torres, se proclamó Rey allí mismo y a continuación siguió adelante con su fantasía. De esa manera pasó de ciudad en ciudad y de país en país. Aunque el señor Shap era perspicaz, creo que pasó por alto el ansia de engrandecimiento del que tan a menudo son víctimas los reyes. De manera que, cuando las primeras ciudades abrieron sus relucientes puertas y vio que la gente se postraba ante su camello, y que los lanceiros le aclamaban a lo largo de innumerables balcones, y que los sacerdotes salían a hacerle reverencias, él, que nunca había tenido siquiera la más modesta autoridad en su mundo familiar, se volvió insensatamente insaciable. Apenas fue Rey dejó que su fantasía vagase a velocidades desmesuradas, renunció al método, y ansió ampliar sus fronteras; de manera que se internó cada vez más en terrenos completamente desconocidos para él. La concentración que mostró en sus desmesurados avances a través de países que la historia desconoce y de ciudades de tan fantásticos baluartes que, aunque sus habitantes eran humanos, sin embargo el enemigo al que temían no lo parecía tanto; el asombro con que percibió puertas y torres desconocidas incluso para el arte, y gente furtiva afluyendo por intrincados caminos para aclamarle como su soberano; todas esas cosas comenzaron a afectar su capacidad para el Comercio. Sabía como cualquiera que su imaginación no podía gobernar aquellas hermosas tierras a menos que el otro Shap, por insignificante que fuera, estuviera bien amparado y alimentado: y el amparo y el alimento significan dinero, y el dinero Comercio. Su error se parecía más al de un jugador astuto que ignorara la codicia humana. Un día su imaginación, vagando de buena mañana, llegó a una ciudad espléndida como el alba,

en cuyas opalescentes murallas había puertas de oro, tan enormes que entre sus barrotes fluía un río en el que, cuando aquéllas se abrían, flotaban grandes galeones con las velas alzadas. De ellas salió danzando un grupo instrumental que ejecutó una melodía alrededor de la muralla. Aquella mañana el señor Shap, el Shap corporal de Londres, se olvidó del tren que le conducía a la ciudad.

Hasta hacía un año nunca había imaginado nada; no hay por qué extrañarse de que todas aquellas cosas recientemente imaginadas por su fantasía le jugaran al principio una mala pasada a la memoria de un hombre tan cuerdo. Dejó por completo de leer los periódicos, perdió todo su interés por la política, y cada vez le importaban menos las cosas que pasaban a su alrededor. Incluso volvió a ocurrirle aquella desgraciada pérdida del tren de la mañana y la empresa le reprendió severamente por ello. Mas él se consoló. ¿Acaso no le pertenecían Aráthrion y Argun Zeerith y todo el litoral de Oora? E incluso cuando la empresa le criticó, contempló en su imaginación a los yaks en viajes agotadores, lentas partículas sobre los campos nevados, portando sus ofrendas; y vio los ojos verdes de los montañeses que le habían mirado de una manera extraña en la ciudad de Nith cuando entró por la puerta del desierto. No obstante, su lógica no le abandonó del todo; sabía que sus extraños súbditos no existían, y estaba más orgulloso de haberlos creado en su mente que de poder gobernarlos únicamente. Así que, en su orgullo, se consideraba más importante que un Rey, sin atreverse a pensar exactamente qué. Entró en el templo de la ciudad de Zorra y permaneció allí algún tiempo solo: todos los sacerdotes se arrodillaron ante él cuando salió.

Cada vez le importaban menos las cosas que a nosotros nos preocupan, los asuntos propios de Shap, el co-

merciante de Londres. Comenzó a despreciarle con soberano desdén.

Un día, hallándose en Sowla, la ciudad de los thuls, sentado en el trono de amatista, decidió, y al momento fue proclamado con trompetas de plata por todo el país, que sería coronado Rey de todo el País de las Maravillas.

Delante de aquel viejo templo donde año tras año, durante más de mil, fueron venerados los thuls, instalaron pabellones al aire libre. Los árboles que allí florecían despedían radiantes fragancias, desconocidas en todos los países incluidos en los mapas; las estrellas brillaban intensamente por aquel excelente motivo. Una fuente lanzaba incesantemente hacia arriba con gran estrépito brazada tras brazada de diamantes; un profundo silencio aguardaba a las trompetas doradas: se acercaba la noche de la coronación. En lo alto de aquellos viejos y gastados escalones, que bajaban no se sabe adónde, se encontraba el Rey con su manto de color esmeralda y amatista, la antigua vestidura de los thuls; a su lado estaba la Esfinge que en las pasadas semanas le había aconsejado en sus asuntos.

Lentamente, subieron hacia él, de no se sabe dónde, ciento veinte arzobispos, veinte ángeles y dos arcángeles, llevando la fabulosa corona, la diadema de los thuls. Mientras ascendían hasta él, sabían que a todos ellos les esperaba un ascenso por su labor aquella noche. Silencioso, majestuoso, el Rey les aguardaba.

Los doctores de abajo fueron sentándose a cenar, los vigilantes pasaron lentamente de una habitación a otra, y cuando, en aquel confortable dormitorio de Hanwell, vieron al Rey todavía erguido y regio, resuelto, subieron hasta él y le dijeron: "Váyase a la cama... a la linda cama". Así es que se acostó y pronto se quedó dormido: el gran día había terminado.

LA DEMANDA DE LAS LÁGRIMAS DE LA REINA

SYLVIA, reina de los bosques, reunió a la corte en su palacio y se burló de sus pretendientes. Les cantarí, dijo, les ofrecerí banquetes, les narraría cuentos de los tiempos legendarios; sus juglares harían cabriolas ante ellos, sus ejércitos les saludarían, sus bufones bromearían con ellos y tendrían extravagantes ocurrencias; sólo que no podía quererles.

Ésa no era forma, dijeron ellos, de tratar a príncipes en todo su esplendor y a misteriosos trovadores que ocultaban nombres regios; no está de acuerdo con la fábula; no hay precedente de ello en la mitología. La reina podía haber arrojado su guante, dijeron ellos, en la guarida de un león, podía haber pedido una veintena de cabezas de serpientes venenosas de Licantara, o de haber exigido la muerte de cualquier dragón notable, o enviarles a todos ellos tras alguna demanda fatal, mas que no pudiera quererles... ¡eso nunca se había oído!... no tenía parangón en los anales del romance.

Y entonces ella les dijo que, si tenían necesidad de una demanda, ofrecería su mano al primero que la hicie-

ra llorar; y la demanda sería llamada, para referirse a ella en las historias o canciones, la Demanda de las Lágrimas de la Reina, y el que las consiguiera se casaría con ella, aunque sólo fuera un insignificante duque de algún país desconocido en los romances.

Y muchos de ellos estallaron en cólera, pues esperaban alguna demanda sangrienta. Mas el anciano chambelán de los lores dijo, mientras murmuraban entre ellos en un lejano rincón de la cámara, que la demanda aunque ardua era sensata, porque si ella podía llorar alguna vez, también podía amar. Ellos habían conocido toda su niñez: ella nunca había suspirado. Muchos hombres había visto ella, tanto pretendientes como cortesanos, mas jamás había vuelto la cabeza cuando alguno de ellos pasó cerca. Su belleza era como los apacibles ocasos de esas tardes amargas en que todo el mundo está congelado: producía asombro y escalofríos. Era como una montaña soleada que se alzara en solitario, embellecida por el hielo, como un desolado y solitario resplandor, avanzada la tarde, lejos del mundo confortable y sin apenas acompañamiento de estrellas: la perdición de los montañeros.

Si ella pudiera llorar, dijeron ellos, podría amar.

Y ella sonrió agradablemente a aquellos ardientes príncipes, y a aquellos trovadores que ocultaban nombres regios.

Luego, uno a uno, cada príncipe pretendiente contó la historia de su amor, con los brazos extendidos y puesto de rodillas. Y fueron tan tristes y lastimosos los relatos, que con frecuencia lloró en los balcones alguna doncella de palacio. Mas la reina asintió muy cortésmente con la cabeza como una indiferente magnolia cuya radiante floración fuera sacudida inútilmente en plena noche por todos los vientos.

Y cuando los príncipes contaron sus desesperados amores y se fueron sin otro botín que el de sus propias lágrimas, llegaron los desconocidos trovadores y relataron sus historias en forma de canción, ocultando sus graciosos nombres.

Y hubo uno, Ackronnion, cubierto de harapos en los que se había depositado el polvo de los caminos, bajo los cuales llevaba una armadura abollada por los golpes, que, cuando tocó el arpa y cantó, hizo llorar a las doncellas en todos los balcones, e incluso gimotear al anciano chambelán de los lores, quien más tarde rióse con los ojos arrasados en lágrimas y dijo: “Es fácil conseguir que los ancianos lloren, o arrancar frívolas lágrimas a las chicas perezosas; mas no logrará que la Reina de los Bosques prorrumpa en llantos”.

Y ella asintió cortésmente con la cabeza. Y ese hombre fue el último en intervenir. Y aquellos duques y príncipes, y trovadores disfrazados, se marcharon desolados. Sin embargo, Ackronnion meditó mientras se iba.

Él era rey de Afarmah, Lool y Haf, señor de Zeroora y la accidentada Chang, y duque de Molóng y Mlash, lugares todos ellos familiarizados con el romance o no ignorados en la gestación de los mitos. Meditó mientras se ponía su ligero disfraz.

Todos aquellos que no recuerden su niñez, por tener otras cosas que hacer, deben saber que debajo del País de las Hadas, que está, como todos saben, en los confines del mundo, mora la Bestia Alegre. Un sinónimo de la alegría.

Es sabido que la alondra en su apogeo, los niños jugando al aire libre, las brujas buenas y los ancianos padres joviales, todos han sido comparados —¡y cuán apropiadamente!— con la mismísima Bestia Alegre. Sólo tiene una “pega” (si se me permite utilizar momentánea-

mente el argot para explicarme con mayor claridad), sólo un inconveniente, y es que a causa de la alegría de su corazón echa a perder las coles del Anciano que Cuida el País de las Hadas... y, por supuesto, es devoradora de hombres.

Debe sobreentenderse además que quienquiera que logre obtener las lágrimas de la Bestia Alegre en un cuenco y se embriague con ellas, es capaz de hacer derramar lágrimas de alegría a cualquiera, con tal que la posesión le mantenga inspirado para cantar o componer música.

Inmediatamente Ackronnion reflexionó de esta guisa: si él pudiera obtener las lágrimas de la Bestia Alegre por medio de su arte, absteniéndose de la violencia gracias al hechizo de la música, y si algún amigo suyo matara a la Bestia antes de que dejara de llorar —pues el llanto debe tocar a su fin, incluso entre los hombres—, él podría marcharse sano y salvo con las lágrimas, y bebérselas delante de la Reina de los Bosques, arrancando a ésta lágrimas de alegría. Por consiguiente buscó a un humilde caballero a quien no le importaba la belleza de Sylvia, Reina de los Bosques, y que en una ocasión, un verano de hace mucho tiempo, había encontrado por sí mismo a una doncella selvática. El hombre se llamaba Arrath y era un caballero armado de la guardia de lanceros, súbdito de Ackronnion. Y juntos se pusieron en camino a través de parajes de fábula hasta llegar al País de las Hadas, un reino expuesto al sol (como todos saben) en muchas leguas a lo largo de los confines del mundo. Y por un extraño sendero contiguo llegaron a la tierra que buscaban, en medio de un viento procedente del espacio que soplaba con una especie de sabor metálico a estrellas errantes. Aun así llegaron a la casa de paja expuesta al viento, en donde mora el Anciano que Cuida el País de las Hadas, sentado junto a las ventanas del salón que mira más allá

del mundo. Les dio la bienvenida en su salón orientado hacia las estrellas, contándoles cuentos del espacio, y, cuando ellos mencionaron su peligrosa demanda, dijo que sería caritativo matar a la Bestia Alegre; pues con toda evidencia él era de esos a los que no les gustaban los modales alegres de aquélla. Y luego les condujo afuera por la puerta de atrás, pues la de delante no tenía acera ni siquiera escalones —por ella vaciaba el anciano su agua sucia sobre la Cruz del Sur—, y de esa manera llegaron al huerto donde crecían sus coles y esas flores que sólo brotan en el País de las Hadas, volviendo siempre sus rostros hacia el cometa; y él les señaló el camino hacia un lugar que llamó el Fondo, donde la Bestia Alegre tenía su guarida. Entonces se pusieron todos manos a la obra. Ackronnion tenía que ir por las escaleras con su arpa y un cuenco de ágata, mientras Arrath daría un rodeo por el otro lado. Luego, el Anciano que Cuida del País de las Hadas regresó a su casa expuesta al viento, murmurando airadamente según pasaba junto a sus coles, pues no le gustaban los modales de la Bestia Alegre y los dos amigos partieron por caminos separados.

Nadie les descubrió salvo aquel ominoso cuervo, ya saciado de carne humana por demasiado tiempo.

Soplaba un viento frío procedente de las estrellas.

Al principio la escalada fue peligrosa; luego, Ackronnion llegó a los amplios y lisos peldaños que partían del borde de la guarida, y en aquel momento oyó en lo alto de las escaleras las continuas risitas de la Bestia Alegre.

Temió entonces que la alegría de la Bestia fuera insuperable, que no pudiera entristecerla ni la más doliente canción. No obstante, no se volvió atrás, sino que ascendió las escaleras silenciosamente y, depositando el cuenco de ágata en un peldaño, empezó a cantar una canción titulada Dolorosa. Ésta mencionaba desolados y lamen-

tables sucesos que acontecieron hace mucho en los albores del mundo. Contaba cómo los dioses, las bestias y los hombres hace mucho tiempo habían sido muy aficionados a las bellas compañías, aunque infructuosamente. Mencionaba una dorada multitud de alegres esperanzas, mas no su realización. Contaba cómo el Amor menospreciaba a la Muerte, mas también hablaba de las risas de ésta. De pronto cesaron las risas contenidas de la Bestia Alegre dentro de su guarida. Ésta se levantó y tembló. Estaba bastante triste. Ackronnion siguió cantando la canción titulada Dolorosa. La Bestia Alegre se acercó a él lúgubrementemente. A causa de su pánico, Ackronnion no se detuvo, sino que siguió cantando. Cantó sobre la malignidad del tiempo. Dos lágrimas brotaron de los ojos de la Bestia Alegre. Ackronnion movió el cuenco con el pie hasta colocarlo convenientemente. Cantó sobre el otoño y sobre el paso del tiempo. Entonces la Bestia lloró, como lloran las heladas colinas durante el deshielo, y las lágrimas cayeron a raudales en el cuenco de ágata. Ackronnion siguió cantando desesperadamente; mencionaba las cosas agradables que pasan desapercibidas a los hombres, la luz del sol que apenas se advierte en los rostros ahora marchitos. El cuenco estaba lleno. Ackronnion se desesperó: la Bestia estaba tan cerca. Por un momento pensó que su boca estaba llorosa..., mas lo único que ocurría era que las lágrimas de la Bestia corrían por sus labios. ¡Se sentía como si fuera a ser devorado! ¡La Bestia estaba dejando de llorar! Cantó sobre mundos que han defraudado a los dioses. Y de pronto se oyó un estallido y la fiel lanza de Arrath dio en el blanco por detrás del hombro, y las lágrimas y los jubilosos modales de la Bestia Alegre se terminaron para siempre.

Y se llevaron con cuidado el cuenco de las lágrimas, dejando el cuerpo de la Bestia Alegre como una alterna-

tiva de alimentación para el ominoso cuervo; y, al pasar cerca de la casa de paja expuesta a los vientos, se despidieron del Anciano que Cuida el País de las Hadas, el cual, al escuchar la hazaña, se frotó sus grandes manos y masculló una y otra vez: “Y además algo estupendo: ¡mis coles!, ¡mis coles!”.

Y poco después, Ackronnion volvió a cantar en el palacio selvático de la Reina de los Bosques, no sin antes haberse bebido las lágrimas de su cuenco de ágata. Y fue una noche de fiesta, y toda la corte se congregó allí, y los embajadores del país del mito y la leyenda, e incluso algunos procedentes de Terra Cognita.

Y Ackronnion cantó como nunca lo había hecho antes y ya no volverá a hacerlo. ¡Oh, cuán espinosas son las sendas de los humanos, cuán crueles sus contados días y su aflicción final, cuán vano su empeño! Y de la mujer... ¿qué diremos?... su perdición ha sido escrita junto a la del hombre por dioses apáticos, negligentes, con sus rostros vueltos a otras esferas.

Comenzó más o menos así y luego la inspiración le embargó. No me es posible poner por escrito la conflictiva belleza de su canción: había en ella mucha alegría, mezclada con dolor; era como las vidas de los humanos; como nuestro destino.

La canción provocó sollozos, los suspiros volvían en forma de ecos: los senescales y los soldados sollozaban y las doncellas gritaban; las lágrimas caían como lluvia de balcón en balcón.

Alrededor de la Reina de los Bosques había un frenesí de sollozos y pesares.

Mas no, ella no lloró.

LA ESPADA DE WELLERAN

DONDE la gran llanura de Tarphet asciende, como el mar por los esteros, entre las Montañas Ciresias, se levantaba desde hace ya mucho la ciudad de Merimna casi bajo la sombra de los escarpados. Nunca vi en el mundo ciudad tan bella como me pareció Merimna cuando por primera vez soñé con ella. Era una maravilla de chapiteles y figuras de bronce, de fuentes de mármol, trofeos de guerras fabulosas y amplias calles consagradas a la belleza. En el centro mismo de la ciudad se abría una avenida de quince zancadas de ancho y a cada uno de sus lados se alzaba la imagen en bronce de los Reyes de todos los países de que hubiera tenido noticia el pueblo de Merimna. Al cabo de esa avenida se encontraba un carro colosal tirado por tres caballos de bronce que conducía la figura alada de la Fama y tras ella, en el carro, se erguía la talla formidable de Welleran. El antiguo héroe de Merimna estaba de pie con la espada en alto. Tan perentorios eran el porte y la actitud de la Fama y tan urgida la pose de los caballos que se hubiera jurado que en un instante el carro estaría sobre uno y que el polvo velaría ya el rostro

de los Reyes. Y había en la ciudad un poderoso recinto en el que se almacenaban los trofeos de los héroes de Merimna. Esculpida estaba allí bajo un domo la gloria del arte de los mamposteros, desde hace ya muertos, y en la cúspide del domo se alzaba la imagen de Rollory que miraba por sobre las Montañas Ciresias las anchas tierras que conocieron su espada. Y junto a Rollory, como una vieja nodriza, se alzaba la figura de la Victoria que a golpes de martillo fabricaba para su cabeza una dorada guirnalda con las coronas de los reyes caídos.

Así era Merimna, ciudad de Victorias esculpidas y de guerreros de bronce. Empero, en el tiempo del que escribo, el arte de la guerra se había olvidado en Merimna y su pueblo estaba casi adormecido. A todo lo largo recorrían las calles contemplando los monumentos levantados a las cosas logradas por las espadas de su país en manos de los que en tiempos remotos habían querido bien a Merimna. Casi dormían y soñaban con Welleran, Soorenard, Mommolek, Rollory, Akanax y el joven Iraine. De las tierras de más allá de las montañas que los rodeaban por todas partes, ellos nada sabían, salvo que habían sido teatro de las terribles hazañas de Welleran, hechas cada cual con su espada. Desde hacía ya mucho estas tierras había vuelto a ser posesión de las naciones flageladas por los ejércitos de Merimna. Nada quedaba ahora a los hombres de Merimna, salvo su ciudad inviolada y la gloria del recuerdo de su antigua fama. Por la noche apostaban centinelas adentrados bastante en el desierto, pero éstos se dormían siempre en sus puestos y soñaban con Rollory, y tres veces cada noche, una guardia marchaba en torno de la ciudad vestidos de púrpura, con luces en alto y cantos consagrados a Welleran en la voz. La guardia estaba siempre desarmada, pero cuando el eco del sonido de la canción llegaba por la llanura a las vagas montañas, los

ladrones del desierto oían el nombre de Welleran y se refugiaban silenciosos en sus guaridas. A menudo avanzaba la aurora por el llano, resplandeciendo maravillosa en los chapiteles de Merimna, abatiendo a todas las estrellas, y encontraban todavía a la guardia que entonaba el canto a Welleran, y cambiaba el color de sus vestidos púrpuras y empalidecía las luces que portaban. Pero la guardia volvía dejando a salvo las murallas y, uno por uno, los centinelas despertaban y Rollery se desvanecía de su sueño; y volvían aterridos caminando con fatiga a la ciudad. Entonces parte de la amenaza se desvanecía del rostro de las Montañas Ciresias, de la del Norte, la del Oeste y la del Sur, que miraban sobre Merimna, y claros en la mañana se levantaban los pilares y las estatuas en la vieja ciudad inviolada. Puede que quizás asombre que una guardia inerme y centinelas dormidos fueran capaces de defender una ciudad en la que se atesoraban todas las glorias del arte, que era rica en oro y bronce, una altiva ciudad que otrora oprimiera a sus vecinas y cuyo pueblo había olvidado el arte de la guerra. Pues bien, esto es la razón por la que, aunque todas las otras tierras le habían sido quitadas desde hacía ya mucho la ciudad de Merimna se encontraba a salvo Algo muy extraño creían o temían las tribus feroces de más allá de las montañas, y era ella que en ciertas estaciones de las murallas de Merimna todavía rondaban Welleran Soorenard, Mommolek, Rollory, Akanax y el joven Iraine. Sin embargo, iban a cumplirse ya cien años desde que Iranie, el más joven de los héroes de Merimna había librado la última de sus batallas contra las tribus.

A veces, a decir verdad, había jóvenes en las tribus que dudaban y decían:

—¿Cómo es posible que un hombre escape por siempre a la muerte?

Pero hombres más graves les respondían:

—Escuchadnos, vosotros de quienes la sabiduría ha logrado discernir tanto, y discernid por nosotros como es posible que un hombre escape a la muerte cuando dos veintenas de jinetes cargan sobre él blandiendo espadas, juramentados todos a matarlo, y juramentados todos a hacerlo por los dioses de su país; como a menudo Welleran lo ha hecho. O discernid por nosotros cómo pueden dos hombres solos entrar en una ciudad amurallada por la noche y salir de ella con su rey, como lo hicieron Soorenard y Mommolek. Sin duda hombres que han escapado a tantas espadas y a tantas dagas voladoras sabrán escapar a los años y al Tiempo.

Y los jóvenes quedaban humillados y guardaban silencio. Con todo, la sospecha ganó fuerza. Y a menudo cuando el sol se ponía en las Montañas Ciresias, los hombres de Merimna discernían las formas de los salvajes de las tribus que, recortadas negras sobre la luz, atisbaban la ciudad.

Todos sabían en Merimna que las figuras en torno a las murallas eran sólo estatuas de piedra, no obstante, unos pocos aún abrigaban la esperanza de que algún día sus viejos héroes volverían, pues, por cierto, nunca nadie los había visto morir. Ahora bien, había sido costumbre de estos seis guerreros de antaño, al recibir cada uno la última herida y saberla mortal, cabalgar hacia cierta profunda barraca y arrojar su cuerpo en ella, como lo hacen los elefantes, según leí en alguna parte, para ocultar sus huesos de las bestias menores. Era una barranca empinada y estrecha aun en sus extremos, una gran hendidura a la cual nadie tenía acceso por sendero alguno. Hacia allí cabalgó Welleran, solitario y jadeante; y hacia allí más tarde cabalgaron Soorenard y Mommolek, Mommolek mortalmente herido, para no volver, pero Soorenard es-

taba ileso y volvió solo después de dejar a su querido amigo descansando entre los huesos poderosos de Welleran. Y hacia allí cabalgó Soorenard cuando llegó su día, con Rollory y Akanax, y Rollory iba en el medio y Soorenard y Akanax a los lados. Y la larga cabalgata fue dura y fatigosa para Soorenard y Akanax porque ambos estaban heridos mortalmente; pero la larga cabalgata fue sencilla para Rollory, porque estaba muerto. De modo que los huesos de estos cinco héroes se blanquearon en tierra enemiga y muy aquietados estaban aunque fueron perturbadores de ciudades, y nadie sabía dónde yacían excepto Iraine, el joven capitán, que sólo contaba veinticinco años cuando cabalgando Mommolek, Rollery y Akanax. Y entre ellos estaban esparcidas sus monturas y sus riendas y los avíos de sus caballos para que nadie nunca los encontrara luego y fuera a decir en una ciudad extranjera:

—He aquí las riendas o las monturas de los capitanes de Merimna, cobradas en la guerra.

Pero a sus fieles caballos amados dejaron en libertad.

Cuarenta años más tarde, en ocasión de una gran victoria, la última herida se le abrió a Iraine, y esa herida era terrible y de ningún modo quería cerrar. E Iraine era el último de los capitanes y cabalgó solo. Era largo el camino hasta la oscura barranca e Iraine temía no llegar nunca al lugar de descanso de los viejos héroes, e instaba a su caballo a ir más de prisa y se aferraba con las manos a la montura. Y a menudo mientras cabalgaba se adormecía y soñaba con días de otrora y con los tiempos en que por primera vez cabalgó a las grandes guerras de Welleran y con la ocasión en que Welleran le dirigió la palabra por primera vez, y con el rostro de los camaradas de Welleran cuando cargaban en batalla. Y toda vez que despertaba un hondo anhelo le embargaba el alma al revolotearle ésta al borde del cuerpo, el anhelo de yacer entre los huesos

de los viejos héroes. Por fin, cuando vio la barranca oscura que trazaba una cicatriz a través del llano, el alma de Iraine se deslizó por la gran herida y tendió las alas y el dolor desapareció del pobre cuerpo tajado y, aún instando al apuro a su caballo, Iraine murió. Pero su viejo y fiel caballo galopó todavía hasta que de pronto vio delante de sí la oscura barranca y clavó las manos en su borde mismo y se detuvo. Entonces el cuerpo de Iraine cayó hacia adelante por sobre la derecha del caballo, y sus huesos se mezclan y descansan al transcurrir los años con los huesos de los héroes de Merimna.

Ahora bien, había un niño en Merimna llamado Rold. Lo vi por primera vez, yo el soñador, sentado dormido junto al fuego, lo vi por primera vez en ocasión en que su madre lo llevaba a recorrer el gran recinto en que se guardaban los trofeos de los héroes de Merimna. Tenía cinco años y estaba allí de pie delante del gran cofre de cristal que guardaba la espada de Welleran y su madre dijo:

—La espada de Welleran.

Y Rold preguntó:

—¿Qué debe hacerse con la espada de Welleran?

Y su madre le respondió:

—Los hombres miran la espada y recuerdan a Welleran.

Y siguieron camino y se detuvieron delante de la gran capa roja de Welleran y el niño preguntó:

—¿Por qué llevaba Welleran esta gran capa roja?

Y su madre le respondió:

—Así prefería él hacerlo.

Cuando Rold fue algo mayor, abandonó la casa de su madre silencioso en medio de la noche mientras todo el mundo estaba acallado y Merimna dormía soñando con Welleran, Soorenard, Mommolek, Rollory, Akanax y el joven Iraine. Y descendió a las murallas para escuchar a la

guardia vestida de púrpura que marchaba cantando cantos a Welleran. Y la guardia vestida de púrpura llegó con sus luces, todos cantando en el silencio, y las formas oscuras que se deslizaban por el desierto, se volvieron y huyeron. Y Rold volvió a casa de su madre sintiendo un vivo anhelo despertado por el nombre de Welleran, como el anhelo que sienten los hombres por las cosas muy sagradas.

Y con el tiempo Rold llegó a conocer el camino en torno a las murallas y a las seis estatuas ecuestres que guardaban allí a Merimna inmóviles. Estas estatuas no se asemejaban a ninguna otra: estaban talladas tan hábilmente en mármoles multicolores, que nadie podía estar seguro, hasta no encontrarse muy cerca, de que no fueran hombres con vida. Había un caballo de mármol moteado: el caballo de Akanax. El caballo de Rollory era de puro alabastro blanco, su armadura había sido tallada en una piedra que resplandecía y la capa del jinete estaba hecha de piedra azul, muy preciosa. Miraba hacia el Norte.

Pero el caballo de mármol de Welleran era perfectamente negro, y sobre él montaba Welleran, que miraba solemne hacia el Oeste. Era el de su caballo el cuello que prefería acariciar Rold, y era a Welleran a quien con más claridad veían quienes se acercaban al ponerse el sol en las montañas a atisbar la ciudad. Y Rold amaba las ventanas de la nariz del gran caballo negro y la capa de jaspe de su jinete.

Ahora bien, más allá de las Montañas Ciresias, crecía la sospecha de que los héroes de Merimna estaban muertos y se concibió el plan de que un hombre debía ir en la noche y acercarse a las figuras apostadas sobre las murallas y comprobar si eran en realidad Welleran, Soorenard, Mommolek, Rollory, Akanax y el joven Iraine. Y todos accedieron al plan y muchos nombres se mencionaron de

quienes deberían ejecutarlo, y el plan fue madurando por muchos años. Y en estos años los vigías se apiñaban a menudo al ponerse el sol en las montañas, pero no se acercaban. Finalmente se trazó un plan mejor y se decidió que a dos hombres a quienes se había condenado a muerte se les concedería el perdón si descendían al llano por la noche y averiguaban si los héroes de Merimna vivían o no. En un principio los dos prisioneros no osaban partir, pero al cabo de un rato uno de ellos, Seejar, dijo a su compañero, Sajar-Ho:

—Considéralo: cuando el hachero del Rey hiere el cuello de un hombre, ese hombre muere.

Y el otro afirmó que así era, en efecto. Luego dijo Seejar:

—Y aún cuando Welleran hiere a un hombre con su espada, no más le acaece a éste que la muerte.

Entonces Sajar-Ho meditó por un rato. En seguida dijo:

—Sin embargo, el ojo del hachero del Rey podría errar en el momento de asestar el golpe o flaquearle el brazo, y el ojo de Welleran no ha errado nunca ni su brazo ha flaqueado. Sería mejor quedarnos aquí

Entonces dijo Seejar:

—Quizás ese Welleran esté muerto y algún otro lo reemplaza en su lugar en las murallas o aun una estatua de piedra es el guardián.

A lo cual respondió Sajar-Ho:

—¿Cómo puede Welleran estar muerto cuando escapó aún de dos veintenas de jinetes con espadas, juramentados a matarlo y juramentados todos por los dioses de nuestro país?

Y dijo Seejar:

—Esta historia de Welleran la contó a mi abuelo su padre. El día que se perdió la batalla en los llanos de Kur-

listan vio a un caballo en agonía cerca del río y el caballo miraba dolorosamente el agua, pero no podía llegar a ella. Y el padre de mi abuelo vio a Welleran llegarse a la orilla del río y traer de él agua en sus propias manos que le dio al caballo. Nos encontramos ahora en una situación tan grave como era la de ese caballo y como él tan cerca de la muerte; puede que Welleran se apiade de nosotros, mientras que eso no le es posible al hachero del Rey por causa de la orden que de éste ha recibido.

Entonces dijo Sajar-Ho:

—Siempre supiste argüir con astucia. Tú fuiste el que nos trajo a este aprieto con tu astucia y tus artimañas; veremos si puedes sacarnos de él. Iremos.

De modo que la nueva se le transmitió al Rey que los dos prisioneros bajarían a Merimna.

Esa noche los vigilantes los condujeron al borde de la montaña y Seejar y Sajar-Ho bajaron hacia la llanura por el camino de un profundo desfiladero, y los vigilantes custodiaron su partida. En seguida sus figuras quedaron enteramente escondidas en el crepúsculo. Luego vino la noche, inmensa y sagrada, de los marjales baldíos hacia el Este y las tierras bajas y el mar; y los ángeles que guardan a todos los hombres de día cerraron sus grandes ojos y se durmieron; y los ángeles que guardan a todos los hombres de noche, despertaron y desplegaron sus alas azules, se pusieron en pie y velaron. Pero el llano se convirtió en un lugar misterioso habitado de temores. De modo que los dos espías descendieron por el profundo desfiladero y al salir al llano se lanzaron furtivos y veloces campo traviesa. No tardaron en llegar a la línea de centinelas dormidos en la arena y uno de ellos se agitó en sueños e invocó el nombre de Rollory y un gran temor se apoderó de los espías, que susurraron:

—Rollory vive.

Pero recordaron al hachero del Rey y siguieron camino. Y luego llegaron a la gran estatua de bronce del Miedo, tallada por algún escultor de los viejos años gloriosos, en la actitud de volar hacia las montañas y llamar al mismo tiempo a sus hijos en su vuelo. Y los hijos del miedo estaban tallados a la imagen de los ejércitos de las tribus transciresias de espaldas a Merimna, con un rebaño en pos del Miedo. Y de donde él estaba montado en su caballo tras las murallas, la espada de Welleran se tendía sobre sus cabezas como siempre había sucedido. Y los dos espías se arrodillaron en la arena y besaron el inmenso pie de bronce del Miedo diciendo:

—Oh, Miedo, Miedo.

Y mientras estaban allí arrodillados vieron luces a lo lejos a lo largo de las murallas que iban acercándose más y más y oyeron a los hombres cantar el canto a Welleran. Y la guardia de púrpura se acercó y pasó junto a ellos con sus luces y se perdieron a la distancia todavía cantando el canto a Welleran. Y todo ese tiempo los dos espías estuvieron aferrados al pie de la estatua susurrando:

—Oh, Miedo, Miedo.

Pero cuando ya no les fue posible oír el nombre de Welleran, se pusieron en pie, se acercaron a las murallas, treparon a ellas y llegaron sin demora a la figura de Welleran; y se inclinaron hasta el suelo y Seejar dijo:

—Oh, Welleran, vinimos a ver si todavía vivías.

Y por lo largo tiempo esperaron con la cara vuelta a tierra. Por fin Seejar miró la terrible espada de Welleran que todavía apuntaba inmóvil hacia los ejércitos esculpidos que iban en pos del miedo. Y Seejar se inclinó nuevamente hasta el suelo y tocó el casco del caballo y le pareció frío. Y deslizó su mano más arriba y tocó la pata del caballo y le pareció totalmente fría. Y por último tocó el pie de Welleran y la armadura que lo cabría pareció dura

y rígida. Luego, como Welleran no se movía ni decía nada, Seejar se puso en pie por fin y tocó su mano, la terrible mano de Welleran, y era de mármol. Entonces Seejar rió en voz alto y él y Sajar-Ho se apresuraron por el sendero vacío y se toparon con Rollory, y también él era de mármol. Luego descendieron de las murallas y volvieron por el llano pasando despectivos junto a la figura del Miedo, y oyeron que la guardia volvía en torno a las murallas por tercera vez cantando siempre el canto a Welleran; y Seejar dijo:

—Sí, podéis cantar el canto a Welleran, pero Welleran ha muerto y la condena pende sobre vuestra ciudad.

Y siguieron adelante y encontraron al centinela, todavía inquieto en la noche, que llamaba el nombre de Rollory. Y Sajar-Ho musitó:

—Sí, puedes invocar el nombre de Rollory, pero Rollory ha muerto y nada hay que pueda salvar tu ciudad.

Y los dos espías volvieron vivos a sus montañas y al llegar a ellas, el primer rayo de sol surgió rojo sobre el desierto que se extiende tras Merimna y dio luz a sus chapiteles. Era la hora en que la guardia de púrpura solía volver a la ciudad con sus velas empalidecidas y sus vestidos de color más vivo, en que los centinelas entumecidos volvían trabajosamente de soñar en el desierto; era la hora en que los ladrones del desierto se escondían y volvían a sus cuevas de la montaña, era la hora en que nacen los insectos con alas de gasa que no han de vivir sino un día; era la hora en que los condenados a muerte mueren y a esa hora un gran peligro, nuevo y terrible, se cernía sobre Merimna, y Merimna no lo sabía.

Entonces Seejar se volvió y dijo:

—Mira cuán rojo es el amanecer y cuán rojos están los chapiteles de Merimna. Están enfadados con Merimna en el Paraíso y han prometido su condenación.

De modo que los dos espías volvieron y llevaron la nueva al Rey, y por unos cuantos días los Reyes de esos países estuvieron reuniendo sus ejércitos; y una tarde los ejércitos de cuatro Reyes se sumaron todos en lo alto del profundo desfiladero, todos agazapados al pie de la cumbre a la espera de la puesta del sol. En la cara de todos había resolución y coraje; no obstante en su interior cada uno de los hombres rezaba a sus dioses, a uno por uno en sucesión.

Luego se puso el sol y era la hora en que los murciélagos y las criaturas oscuras salen y los leones descienden de sus cubiles y los ladrones del desierto van de nuevo a la llanura y las fiebres se levantan aladas y calientes del frío de los marjales, y era la hora en que la seguridad abandona el trono de los Reyes, la hora en que cambian las dinastías. Pero en el desierto la guardia de púrpura salía de Merimna con sus luces cantando el canto a Welleran y los centinelas se echaban a dormir.

Ahora bien, no puede llegar dolor alguno al Paraíso, sólo puede repiquetear como lluvia contra sus muros de cristal; sin embargo, las almas de los héroes de Merimna tenían a medias conocimiento de algún dolor a lo lejos, como el durmiente siente en su sueño que alguien siente frío, pero no sabe que es él mismo quien lo siente. Y se estremecieron un tanto en su hogar estrellado. Entonces, invisibles, volaron hacia tierra a través del sol poniente las almas de Welleran, Soorenard, Mommolek, Rollory, Akanax y el joven Iraine. Ya cuando llegaron a las murallas de Merimna oscurecía, ya los ejércitos de los cuatro Reyes empezaban a descender con metálicos sonidos por el profundo desfiladero. Pero cuando los seis guerreros volvieron a ver su ciudad, tan poco cambiada al cabo de tantos años, la miraron con una nostalgia que es-

taba más cerca de las lágrimas que nada que hubieran experimentado nunca antes, y clamaron:

—Oh, Merimna, ciudad nuestra; Merimna nuestra ciudad amurallada.

»Qué bella eres con todos tus chapiteles, Merimna. Por ti abandonamos la tierra sus reinos y florecillas, por ti abandonamos por un tiempo el Paraíso.

»Es muy difícil alejarse del rostro de Dios: es como un cálido fuego, es como el caro sueño, es como un himno inmenso, aunque hay un profundo silencio alrededor de él, un silencio lleno de luces.

»Abandonamos el Paraíso un tiempo por ti, Merimna.

»A muchas mujeres hemos amado, Merimna, pero sólo a una ciudad.

»Mirad ahora a todo el pueblo que sueña, a todo nuestro amado pueblo. ¡Qué bellos son los sueños! En sueños los muertos viven, aun los que han muerto desde hace ya mucho y están sumidos en un gran silencio. Tus luces todas se han atenuado, se han apagado, no hay sonido en tus calles. ¡Paz! Eres como una doncella que ha cerrado sus ojos y duerme, que respira dulcemente y está perfectamente inmóvil, acallada e imperturbada.

»Mirad ahora las almenas, las viejas almenas. ¿Las defienden los hombres todavía como las defendimos nosotros? Se han desgastado un tanto las almenas —y acercándose más atisbaron ansiosos—. No es por la mano del hombre que nuestras almenas se han desgastado. Sólo los años lo han hecho y el Tiempo indomable. Tus almenas son como la faja de una doncella, una faja redondeada en su cintura. Mirad ahora el rocío que las cubre, son como una faja enjoyada.

»Te encuentras en grave peligro Merimna, porque eres hermosa. ¿Debes perecer esta noche porque no te defendemos, porque clamamos y nadie nos oye, como claman

los lirios magullados sin que nadie haya nunca conocido sus voces?

Así hablaron esas firmes voces, hechas a dar órdenes en batalla, clamando a su querida ciudad, y sus voces no subieron más alto que el susurro de los pequeños murciélagos que se mueven en el crepúsculo de la tarde. Entonces la guardia de púrpura se acercó recorriendo el contorno de las murallas por primera vez esa noche, y los guerreros clamaron:

—¡Merimna está en peligro! Ya sus enemigos se agazapan en la oscuridad.

Pero sus voces no fueron oídas porque eran sólo fantasmas errantes. Y la guardia siguió adelante y pasaron junto a ellos sin advertir nada, todavía cantando el canto a Welleran.

Entonces dijo Welleran a sus camaradas:

—Nuestras manos no pueden ya sostener la espada, nuestras voces no pueden oírse, ya no somos hombres con fuerza. No somos sino sueños; entremos en los sueños pues. Id todos, y también tú joven Iraine, y perturbad el sueño de todos los hombres que sueñan e instadlos a que cojan las espadas de sus predecesores que cuelgan de los muros y vayan a la boca del desfiladero; y yo hallaré un guía y haré que coja mi espada.

Luego pasaron por sobre las murallas y entraron a su querida ciudad. Y el viento soplaba aquí y allí mientras se trasladaba el alma de Welleran, que en su día había resistido la carga de tempestuosos ejércitos. Y las almas de sus camaradas y con ellos el joven Iraine entraron en la ciudad y perturbaron el sueño de todo aquel que dormía y a cada cual las almas le decían en sueños:

—Hace calor en la ciudad y está todo muy silencioso. Ve ahora al desierto donde está fresco bajo las montañas,

pero lleva contigo la vieja espada que cuelga del muro por temor de los ladrones del desierto.

Y el dios de esa ciudad envió una fiebre sobre ella, y la fiebre cundió y las calles estaban caldeadas; y todos los que dormían despertaron de soñar que estaría fresco y placentero donde las brisas bajan por el desfiladero que corre entre las montañas; y cogieron las espadas de sus antecesores de acuerdo con lo soñado, por temor de los ladrones del desierto. Y las almas de los camaradas de Welleran y también la del joven Iraine entraron en los sueños y salieron de ellos con gran prisa así que avanzaban la noche; y uno por uno perturbaban los sueños de los hombres de Merimna y los instaban a levantarse y salir armados, a todos menos a la guardia de púrpura que, ignorante del peligro, cantaba todavía el canto a Welleran, porque los hombres en vela no pueden oír a las almas de los muertos.

Pero Welleran se deslizó por sobre los techos de la ciudad hasta llegar al cuerpo de Rold que yacía profundamente dormido. Por ese entonces Rold se había vuelto fuerte y tenía dieciocho años, y era de cabellos claros y alto como Welleran, y el alma de Welleran revoloteó sobre él y penetró en sus sueños como una mariposa atravesada un enrejado para llegarse a un jardín de flores; y el alma de Welleran le dijo a Rold en su sueño:

—Ve y vuelve a contemplar la espada de Welleran, la gran espada curva de Welleran. Ve y contéplala en la noche a la luz de la luna.

Y el anhelo que sintió Rod en su sueño al ver la espada fue causa de que abandonara aún dormido la casa de su madre y fuera al recinto donde se guardaban los trofeos de los héroes. Y el alma de Welleran que inspiraba el sueño de Rold fue causa de que se detuviera ante la gran capa roja, y allí el alma le dijo en sueños:

—Tienes frío en medio de la noche; envuélvete en una capa.

Y Rold se envolvió en la inmensa capa roja de Welleran. Luego el sueño de Rold lo condujo junto a la espada y el alma le dijo en sueños:

—Anhelas sostener la espada de Welleran: cógela en la mano.

Pero Rold respondió:

—¿Qué debe hacerse con la espada de Welleran?

Y el alma del viejo capitán le dijo en sueños:

—Es una espada hecha a la mano: coge la espada de Welleran.

Y Rold, todavía dormido, respondió:

—No está permitido; nadie debe tocar la espada.

Y Rold se volvió para irse. Entonces un inmenso grito espantable creció en el alma de Welleran, tanto más amargo cuanto no podía darle voz, y giró y giró en su alma sin encontrar puerta de emisión, como el grito evocado de algún antiguo hecho asesino en alguna vieja cámara encantada que susurra a través de las edades sin que nadie nunca lo oiga.

Y el alma de Welleran gritó a los sueños de Rold:

—¡Tus rodillas están atadas! ¡Has caído en un marjal! No te puedes mover.

Y los sueños de Rold le dijeron a éste

—Tus rodillas están atadas, has caído en un marjal —y Rold se encontraba todavía frente a la espada. Luego el alma del guerrero se lamentó en los sueños de Rold mientras éste estaba delante de la espada.

—Welleran llora por su espada, su maravillosa espada curva. El pobre Welleran que otrora luchó por Merimna llora por su espada en la noche. No debes permitir que Welleran se quede sin su hermosa espada cuando él mis-

mo está muerto y no puede venir por ella, pobre Welleran que luchó por Merimna.

Y Rold rompió el cofre de cristal con su mano y cogió la espada curva de Welleran; y el alma del guerrero dijo en los sueños de Rold:

—Welleran aguarda en el fondo desfiladero que penetra en las montañas llorando por su espada.

Y Rold atravesó la ciudad y subió a las murallas, y anduvo con los ojos del todo abiertos, pero todavía sumido en sueños, por el desierto hacia las montañas.

Ya una gran multitud de ciudadanos de Merimna se había reunido en el desierto ante el profundo desfiladero con las viejas espadas en la mano, y Rold pasó entre ellos mientras dormía sosteniendo la espada de Welleran, y la gente irrumpió en exclamaciones asombradas diciéndose los unos a los otros:

—¡Rold tiene la espada de Welleran!

Y Rold llegó a la boca del desfiladero y allí las voces de la gente lo despertaron. Y Rold nada sabía de lo que había hecho en sueños y miró asombrado la espada que llevaba en la mano y dijo:

—¿Qué eres tú, hermoso objeto? La luz resplandece en ti, estás inquieta. ¡Es la espada de Welleran, la espada curva de Welleran!

Y Rold besó su empuñadura, que fue salada en sus labios por el sudor de las batallas de Welleran.

Y Rold dijo:

—¿Qué debe hacerse con la espada de Welleran?

Y toda la gente se asombraba ante Rold mientras él se estaba allí musitando:

—¿Qué debe hacerse con la espada de Welleran?

En seguida llegó a oídos de Rold un sonido metálico que venía del desfiladero, y toda la gente, la gente que nada sabía de la guerra, oyó el sonido metálico acercarse

en la noche: porque los cuatro ejércitos venían sobre Merimna aunque no esperaban encontrar al enemigo. Y Rold asió la empuñadura de la gran espada curva y la espada pareció elevarse un tanto. Y un nuevo pensamiento se iluminó en el corazón del pueblo de Merimna mientras asían las espadas de sus antecesores. Más y más se acercaban los ejércitos desprevenidos de los cuatro Reyes y viejos recuerdos ancestrales empezaron a surgir en la memoria del pueblo de Merimna en el desierto con las espadas en la mano en pos de Rold. Y todos los centinelas estaban despiertos con su lanza en ristre, porque Rollory había echado sus sueños a volar, Rollory, que otrora había echado a volar ejércitos, ahora no era sino un sueño que luchaba con otros sueños.

Y entonces los ejércitos estuvieron muy cerca. De pronto Rold dio un salto clamando:

—¡Welleran! ¡Y la espada de Welleran!

Y la salvaje espada lujuriosa que había padecido sed por cien años, se elevó en la mano de Rold y se abrió camino por entre las costillas de los hombres de las tribus. Y con la cálida sangre que la bañaba hubo alegría en el alma curva de la poderosa espada, como la alegría de un nadador que sube de las aguas cálidas del mar después de haber vivido mucho en tierra seca. Cuando vieron la capa roja y la terrible espada, un grito cundió entre los ejércitos tribales:

—¡Welleran vive!

Y se elevó el sonido de la exultación de hombres victoriosos, y el jadeo de los que huían y, el quedo canto que la espada cantaba para sí mientras giraba goteante en el aire. Y lo último que vi de la batalla mientras se vertía presurosa por la profundidad y la oscuridad del desfiladero, fue la espada de Welleran que subía y bajaba, res-

plandeciendo azul a la luz de la luna al alzarse y después roja, para desaparecer luego en la oscuridad.

Pero al amanecer los hombres de Merimna volvieron y el sol, al levantarse para dar nueva vida al mundo, brilló en cambio sobre las cosas espantosas cometidas por la espada de Welleran. Y Rold dijo:

—¡Oh, espada, espada! ¡Qué horrible eres! Es terrible que te hayas abierto lugar entre los hombres. ¿Cuántos ojos ya no mirarán jardines por tu causa? ¿Cuántos campos permanecerán vacíos, que podrían haber lucido rubios de cabañas, blancas cabañas habitadas por niños? ¿Cuántos valles permanecerán desolados, que podrían haber dado alimento a cálidos villorrios porque hace ya mucho que degollaste a los que deberían haberlos construido? ¡Oigo llorar al viento junto a ti, espada! Viene de los valles vacíos. Hay voces de niños en él. Nunca nacieron. La muerte pone fin al llanto de los que una vez tuvieron vida, pero éstos deben llorar por siempre ¡Oh, espada, espada! ¿Por qué te dieron un lugar los dioses entre los hombres?

Y las lágrimas de Rold cayeron sobre la orgullosa espada, pero no pudieron lavarla.

Y ahora que el ardor de la batalla se había apagado, los espíritus del pueblo de Merimna empezaron a languidecer un tanto, como el de su guía, con la fatiga y con el frío de la mañana; y miraron la espada de Welleran en la mano de Rold y dijeron:

—Ya no más, ya no más, por siempre volverá ahora Welleran, porque su espada está en manos de otro. Sabemos ahora que de hecho está muerto. Oh, Welleran, tú fuiste nuestro sol, nuestra luna y nuestras estrellas. Ahora el sol ha caído y la luna se ha roto y todas las estrellas están dispersas como los diamantes de un collar arrancado del cuello de alguien muerto por la violencia.

Así lloraba la gente Merimna en la hora de su gran victoria, pues es extraño el ánimo del hombre, mientras junto a ellos la vieja ciudad inviolada dormía segura. Pero desde las murallas y más allá de las montañas y por sobre las tierras que antaño habían conquistado, más allá del mundo, volvían al Paraíso las almas de Welleran, Soorenard, Mommolek, Rollory, Akanax y el joven Iraine.

**LA FORTALEZA INVENCIBLE,
SALVO QUE SACNOTH LA ATAQUE**

EN UN bosque más antiguo de lo que se tiene registro, hermano de crianza de las colinas, se levanta el villorrio de Allathurion; y había paz entre la gente de ese villorrio y los habitantes que transitan los oscuros caminos del bosque, sean ellos humanos, de las tribus de las bestias o de la raza de las hadas y los elfos o los pequeños espíritus sagrados de los árboles y los arroyos. Además los habitantes del villorrio tenían paz entre sí y también con su señor, Lorendiac. Frente del villorrio se extendía una amplia extensión cubierta de hierbas; más allá de ella volvía a aparecer el bosque otra vez, pero hacia la parte posterior los árboles llegaban hasta las casas que, con sus muros de troncos y su techumbre de paja verdeada por el musgo, casi parecían formar parte del bosque.

Ahora bien, en el tiempo del que hablo, la perturbación cundía en Allathurion, pues desde una cierta tarde, sueños malignos empezaron a filtrarse entre los árboles y a penetrar en la pacífica aldea; y se apoderaron de la mente de los hombres y los condujeron en la noche por

las cenicientas planicies del Infierno. Entonces el mago de esa aldea empezó a preparar hechizos contra esos sueños malignos; no obstante los sueños siguieron viniendo a raudales entre los árboles no bien se había hecho la oscuridad y en la noche llegaban a la mente de los hombres a lugares terribles y eran causa de que alabaran a Satanás abiertamente con sus labios.

Y los hombres tuvieron miedo de dormir en Allathurion. Y se volvieron macilentos y pálidos, algunos por falta de sueño y otros por las cosas que veían en las planicies cenicientas del Infierno.

Entonces el mago de la aldea subió a la torre de su morada y toda la noche aquellos a los que el miedo mantenía despiertos pudieron ver su ventana iluminada. Al día siguiente cuando la hora del crepúsculo hacía ya tiempo que había pasado y la noche se concentraba de prisa, el mago se dirigió al borde del bosque y lanzó allí el hechizo que había preparado. Y el hechizo era algo apremiante y terrible, con poder sobre los malos sueños y sobre los espíritus del mal; porque era un poema de cuarenta versos en muchas lenguas, tanto vivas como muertas, y contenía la palabra con la que la gente de las llanuras suele maldecir a los camellos y el grito con que los balleneros del Norte atraen a la ballenas hacia la costa para darles allí muerte y una palabra que es causa de que los elefantes barriten; y cada uno de los cuarenta versos termina con una palabra que rima con «avispa»

Y aún los sueños siguieron llegando desde el bosque y llevándose las almas de los hombres por las planicies del Infierno. Entonces el mago supo que los sueños provenían de Gaznak. Por tanto reunió a los habitantes de la aldea y les dijo que había lanzado su más poderoso hechizo: un hechizo que tenía poder sobre toda criatura humana o de las tribus de las bestias; y como de nada había

servido, los sueños debían de provenir de Gaznak, el más grande mago de entre los espacios de las estrellas. Y le leyó a la gente parte del Libro de los Magos, que habla de las llegadas del cometa y predice una nueva visita. Y les contó cómo Gaznak monta el cometa y visita la Tierra una vez cada doscientos treinta años y se construye para sí una vasta fortaleza inexpugnable y envía sueños que se alimentan de las almas de los hombres, y no puede nunca ser vencida, salvo que la espada Sacnoth la ataque.

Y un frío temor ganó los corazones de los aldeanos cuando supieron que su mago nada podía por ellos.

Entonces habló Leothric, hijo del Señor Lorendiac, y veinte eran los años con que contaba:

—Buen Maestro ¿dónde se encuentra la espada de Sacnoth?

Y el mago de la aldea respondió:

—Es el dragón-cocodrilo que merodea por los marjales del Norte y hace estragos en las poblaciones de sus márgenes. Y la piel de su dorso es de acero y su parte inferior es de hierro; pero a lo largo de la línea media de su dorso, sobre su espina dorsal hay hundida una franja de acero ultraterreno. Esa franja de acero es Sacnoth, y no puede ser hendida ni fundida y nada hay en el mundo que pueda romperla y ni siquiera trazar un rasguño en su superficie. Tiene la longitud de una buena espada y también su anchura. Si prevalecieras sobre Tharagavverug, su piel podría fundirse en un horno y separarse así de Sacnoth; pero sólo existe una cosa que pueda afilar su borde: uno de los ojos de acero del propio Tharagavverug; y el otro ojo debes engarzarlo en la empuñadura de Sacnoth para que vigile por ti. Pero es ardua tarea vencer a Tharagavverug, porque no hay espada que pueda perforarle la piel; su lomo no puede quebrarse, y no se le puede que-

mar ni ahogar en el agua. Sólo hay una manera de dar muerte a Tharagavverug, y ella es la muerte por hambre.

Entonces la pena se apoderó de Leothric, pero el mago siguió hablando:

—Si alguien impide con una vara que Tharagavverug se acerque a su alimento por tres días, morirá de hambre al tercer día al ponerse el sol. Y aunque no es vulnerable, tiene un sitio en que puede ser herido, pues su hocico es sólo de plomo. Con una espada tan sólo se dejaría a descubierto el bronce invulnerable que tiene por debajo, pero si se zahiere su hocico constantemente con una vara, el dolor lo hará retroceder y, de ese modo, se puede apartar a Tharagavverug de su alimento.

Preguntó Leothric entonces:

—¿Cuál es el alimento de Tharagavverug?

Y el mago de Allathurion respondió:

—Su alimento son los hombres.

Pero Leothric se fue decididamente de allí y cortó la larga vara de un avellano y se fue a dormir temprano. Pero a la mañana siguiente, después de abandonar sueños agitados, se levantó antes del alba y, llevando consigo provisiones para cinco días, se puso en camino por el bosque hacia el Norte en dirección de los marjales. Por algunos horas avanzó por la lobreguez del bosque y, cuando emergió de él, el sol por sobre el horizonte se reflejaba en los estanques del descampado. En seguida vio las huellas de las garras de Tharagavverug profundamente hundidas en el cieno y el rastro de su cola entre ellas como un surco abierto en el campo. Entonces Leothric siguió las huellas hasta que oyó por delante de él el latido del corazón de bronce de Tharagavverug que atronaba como una campana.

Y Tharagavverug, como era la hora del día en que tomaba su primera comida, avanzaba sobre la aldea y el

corazón le doblaba en el pecho. Y toda la gente de la aldea había salido a su encuentro como era su costumbre hacerlo porque no soportaban la incertidumbre de esperarlo y de oírlo olfatear bronco mientras iba de puerta en puerta considerando lentamente con su mente metálica qué habitante escogería. Y ninguno se atrevía a huir, porque en los días en que los aldeanos huían de Tharagavverug, éste, una vez escogida su víctima, seguía su rastro incansable, como una condenación. Nada les valía en su contra. Otrora trepaban a los árboles cuando se acercaba, pero Tharagavverug arqueaba el lomo, se inclinaba ligeramente y lo frotaba contra el bronco hasta que el árbol caía. Y cuando Leothric estuvo cerca, Tharagavverug lo vio con el rabillo de uno de sus ojillos de acero y se le aproximó tomándose su tiempo, y los ecos de su corazón le salían por la boca abierta. Y Leothric evitó su arremetida, se colocó entre él y la aldea y le hirió el hocico con la vara, que le dejó una abolladura en el plomo sensible. Y Tharagavverug se apartó torpemente y lanzó un grito terrible, como el sonido de una campana de iglesia que hubiera sido poseída por un alma que escapara del cementerio en la noche: un alma malvada que le dieron voz de campana. Luego atacó a Leothric gruñendo y una vez más Leothric se hizo a un lado y le dio con la vara en el hocico. Tharagavverug emitió un aullido de campana. Y cada vez que el dragón-cocodrilo lo atacaba o intentaba dirigirse a la aldea, Leothric volvía a herirlo.

Así, pues, todo el día Leothric guió al monstruo con la vara llevándose lo más y más lejos de su presa con el corazón que le doblaba colérico y la voz transida de dolor.

Hacia el atardecer Tharagavverug dejó de intentar alcanzar a Leothric con los dientes y huía delante de él para evitar la vara, pues tenía el hocico lastimado y le brillaba; y al anochecer los aldeanos salieron y bailaron

acompañados de címbalo y salterio. Cuando Tharagavverug oyó el címbalo y el salterio, el hambre y la furia se apoderaron de él, y se sintió como se sentiría el señor que por fuerza se lo apartara del banquete celebrado en su propio castillo y oyera girar y girar el asador rechinante y crepitar en él la carne sabrosa. Y toda esa noche atacó a Leothric con fiereza y a menudo estuvo a punto de atraparlo en la oscuridad; porque sus ojos resplandecientes de acero eran capaces de ver tan bien de noche como de día. Y Leothric fue cediendo terreno lentamente hasta el amanecer, y cuando llegó la luz, estaba cerca de la aldea nuevamente; aunque no tan cerca de ella, como lo habían estado al encontrarse, porque Leothric condujo a Tharagavverug más lejos durante el día que había sido forzado a retroceder en la noche. Luego Leothric volvió a alejarlo con la vara hasta que llegó la hora en que era costumbre del dragón-cocodrilo atrapar a un hombre. Un tercio del hombre solía comerse al atraparlo, y el resto a mediodía y al atardecer. Pero cuando llegó la hora de atrapar a un hombre, una gran fiereza le sobrevino a Tharagavverug, y atacó veloz a Leothric, pero no pudo cogerlo, y por largo tiempo ninguno de los dos cedió terreno. Pero por fin el dolor que la vara le producía en el hocico de plomo fue mayor que el hambre del dragón-cocodrilo y se retiró aullando. A partir de ese momento Tharagavverug comenzó a debilitarse. Todo ese día Leothric lo ahuyentó con la vara, y por la noche, ninguno de los dos cedió terreno; y cuando el amanecer del tercer día llegó, el corazón de Tharagavverug latía con mayor lentitud y más débilmente. Era como si un hombre fatigado estuviera tocando una campana. En una oportunidad Tharagavverug estuvo a punto de atrapar a una rana, pero Leothric se la arrebató justo a tiempo. Hacia el mediodía el dragón-cocodrilo yació inmóvil largo tiempo, y Leothric se quedó allí cer-

ca, de pie, apoyado en su vara confiable. Estaba muy fatigado y falto de sueño, pero ahora tenía tiempo de comer sus provisiones. A Tharagavverug el fin le llegaba de prisa, y por la tarde su respiración era trabajosa y le carraspeaba la garganta. Era como el sonido de muchos cazadores que soplaran juntos el cuerno, y hacia el atardecer se le aceleró el aliento, pero también se le hizo más débil, como el furioso sonido de una cacería que fuera apagándose a la distancia; e hizo desesperados intentos de lanzarse hacia la aldea, pero Leothric seguía saltando alrededor de él y dándole con la vara en el hocico. Escasamente audible era ahora el sonido de su corazón: era como la campana de una iglesia que doblara más allá de las colinas por la muerte de alguien desconocido y lejano. Entonces el sol se puso y flameó en las ventanas de la aldea, y un frío estremeció al mundo, y en algún jardín pequeño una mujer cantaba; y Tharagavverug alzó la cabeza y pereció de hambre; la vida se le escapó de su cuerpo invulnerable, y Leothric se echó a su lado y durmió. Y más tarde, a la luz de las estrellas, los aldeanos salieron y cargaron a Leothric dormido; todos lo alababan en quedos susurros mientras lo llevaban a la aldea. Lo pusieron en una cama en una casa y bailaron afuera en silencio, sin salterio ni címbalo. Y al día siguiente, regocijados, arrastraron hasta Allathurion al dragón-cocodrilo. Y Leothric fue con ellos portando su castigado cayado; y un hombre alto y fornido, herrero de Allathurion, construyó un gran horno y fundió en él a Tharagavverug hasta que sólo Sacnoth quedó, resplandeciente entre las cenizas. Entonces tomó uno de los ojillos que había sido quitado con un formón y afiló una hoja en Sacnoth, y gradualmente el ojo de acero fue gastándose faceta por faceta, pero antes de que hubiera desaparecido totalmente, había afilado a Sacnoth de manera espantable. Pero el

otro ojo se engarzó en la empuñadura y resplandeció en ella con luz azulina.

Y esa noche Leothric se levantó en la oscuridad, cogió la espada y partió hacia el Oeste al encuentro de Gaznak; y fue a través del bosque oscuro hasta el amanecer, y toda la mañana y hasta la tarde. Pero a la tarde llegó a campo abierto y vio en medio de La Tierra que Nadie Visitaba la fortaleza de Gaznak que se levantaba ante él como una montaña a poco más de una milla de distancia.

Y Leothric vio que la tierra era pantanosa y desolada. Y la fortaleza se levantaba blanca de ella, con muchos contrafuertes, y era ancha por debajo, pero se estrechaba a medida que ascendía, y estaba llena de ventanas iluminadas. Y cerca de su cúspide flotaban algunas nubes blancas, pero por sobre ellas reaparecían algunos de sus pináculos. Entonces Leothric se internó en los marjales y el ojo de Tharagavverug vigilaba por él desde la empuñadura de Sacnoth; porque Tharagavverug conocía bien los marjales, y la espada le indicaba a Leothric que se desviase a la derecha o lo impelía hacia la izquierda para evitar los lugares peligrosos; de ese modo lo llevó con bien hasta los muros de la fortaleza.

Y en el muro se abrían puertas como precipicios de acero, en los que había incrustados bultos de hierro, y por sobre cada una de las ventanas había terribles gárgolas de piedra; y el nombre de la fortaleza brillaba sobre el muro, escrito con grandes letras de cobre: «La Fortaleza Invencible, Salvo que Sacnoth la Ataque».

Entonces Leothric desenvainó y reveló a Sacnoth y todas las gárgolas sonrieron; la sonrisa fue reproduciéndose estremecida de rostro en rostro hasta los picos entre las nubes.

Y cuando Sacnoth fue revelada y todas las gárgolas sonrieron, fue como si la luz de la luna surgiera de una nube para contemplar por primera vez un campo de sangre y pasara veloz por las caras húmedas de los degollados que yacen juntas en la noche terrible. Entonces Leothric avanzó hacia la puerta, y era ésta más poderosa que Sacremona, la cantera de mármol de la que los hombres de antaño cortaron grandes tablas para construir la Abadía de las Lágrimas Sagradas. Día tras día arrancaron las costillas mismas de la colina hasta que la Abadía quedó construida, y era más bella que nada que se hubiera hecho en piedra. Entonces los sacerdotes bendijeron a Sacremona y ésta tuvo paz, y ya nunca más se quitó piedra de ella para edificar las casas de los hombres. Y la colina se elevaba de cara al Sur, solitaria a la luz del sol, desfigurada por la terrible cicatriz. Así de vasta era la puerta de acero. Y el nombre de la puerta era *La Porte Resonante*, el Camino por el que se Llega a la Guerra.

Entonces Leothric dio en la *Porte Resonante* con Sacnoth y el eco de Sacnoth recorrió todos los salones y todos los dragones de la fortaleza gruñeron. Y cuando el aullido del dragón más remoto se había sumado débilmente al tumulto, una ventana se abrió en lo alto entre las nubes bajo los picos iluminados por el crepúsculo y una mujer gritó, y muy alejado en el Infierno la oyó su padre, quien supo que su hija se había condenado.

Y Leothric siguió dando de golpes terribles con Sacnoth, y el acero gris de la *Porte Resonante*, el Camino por el que se Llega a la Guerra, que estaba templado para resistir las espadas del mundo, cedió sonoramente en múltiples astillas.

Entonces Leothric, sosteniendo a Sacnoth en la mano, penetró por el boquete que había abierto en la puerta y

entró en el cavernoso vestíbulo al que no iluminaba luz alguna.

Un elefante huyó barritando. Y Leothric permaneció erguido e inmóvil sosteniendo a Sacnoth. Cuando el sonido de las patas del elefante hubo muerto en los más remotos corredores, nada más se movió y reinó el silencio en el vestíbulo cavernoso.

En seguida la oscuridad de las estancias distantes hízose musical con el sonido de campanillas que se aproximaban más y más.

Todavía Leothric esperaba en la oscuridad; el sonido de las campanillas era cada vez más alto y su eco resonaba en los salones; apareció entonces una procesión de hombres montados sobre camellos que venían de a dos desde el interior de la fortaleza; estaban armados de cimitarras de hechura asiria; estaban vestidos de malla y de los cascos caían sobre sus rostros cotas de malla que se batían al moverse los camellos. Todos se detuvieron ante Leothric en el vestíbulo cavernoso, y las campanillas de los camellos resonaron y quedaron luego inmóviles. Y el conductor dijo a Leothric.

—El Señor Gaznak desea verte morir ante él. Ten a bien venir con nosotros y podemos discutir en el camino la manera en que el Señor Gaznak desea verte morir.

—De buen grado voy contigo, porque he venido a degollar a Gaznak.

Entonces el conductor de camellos de Gaznak rió de manera espantosa, perturbando a los vampiros que dormían en la bóveda inconmensurable de la techumbre. Y el conductor dijo:

—El Señor Gaznak es inmortal, salvo que Sacnoth lo ataque, lleva una armadura que es a prueba aun de la misma Sacnoth y su espada sólo le es segunda en invulnerabilidad.

Entonces Leothric dijo:

—Yo soy el Señor de la espada Sacnoth.

Y avanzó sobre el conductor de Camello de Gaznak y Sacnoth subía y bajaba en su mano como si la agitara un pulso exaltado. Entonces el conductor de camellos de Gaznak huyó y los demás jinetes se echaron hacia adelante y azuzaron con látigos a sus camellos; desaparecieron con gran clamor de campanillas entre columnas y corredores y recintos abovedados y se dispersaron por la oscuridad interior de la fortaleza. Cuando el último sonido producido por ellos hubo muerto, Leothric dudó qué camino seguir, porque la guardia montada en camellos se había dispersado en múltiples direcciones; de modo que siguió derecho hasta que llegó a una gran escalinata en medio del vestíbulo. Entonces Leothric puso su pie en medio de un ancho escalón, y subió de firme la escalinata durante cinco minutos. Poca era la luz reinante en el vestíbulo por donde Leothric ascendía, pues sólo entraban rayos aislados y en el mundo, afuera, la tarde caía apresurada. La escalinata lo llevó a una puerta de dos hojas ligeramente entreabiertas, y por la rendija pasó Leothric que intentó seguir andando derecho, pero no pudo hacerlo pues todo el cuarto parecía estar lleno de cuerdas que se tendían de pared a pared, lanzadas desde el cielo raso. Todo el recinto estaba atestado y ennegrecido por ellas. Eran suaves y ligeras al tacto, como de seda fina, pero a Leothric le fue imposible romper ninguna y aunque se apartaban de su camino cuando avanzaba, cuando se hubo trasladado tres yardas, lo rodeaban todas como una pesada capa. Entonces Leothric dio un paso atrás y esgrimió a Sacnoth, y Sacnoth dividió la cuerdas sin el menor sonido, y sin el menor sonido varias de ellas cayeron al suelo. Leothric avanzó lentamente moviendo por delante de sí a Sacnoth de arriba a abajo. Cuando hubo

llegado al centro del recinto, repentinamente, al partir con Sacnoth un grueso montón de filamentos, vio delante de sí a una araña de mayor tamaño que un carnero, y la araña lo miraba con ojos pequeños, pero con mucho pecado en ellos, y dijo:

—¿Quién eres tú que arruinas la labor de años realizada toda en honor de Satán?

Y Leothric respondió:

—Soy Leothric, hijo de Lorendiac.

Y la araña dijo:

—Haré una cuerda en seguida con la cual colgarte. Entonces Leothric partió otro puñado de filamentos y se acercó aún más a la araña, que estaba sentada tejiendo la cuerda, y la araña, levantando la vista de su labor, inquirió:

—¿Qué espada es ésa, capaz de cortar mis cuerdas? Y Leothric respondió:

—Es Sacnoth.

Al oír eso el pelo negro que caía sobre la cara de la araña se partió a izquierda y derecha y la araña frunció el entrecejo; luego el pelo volvió a su lugar escondiéndolo todo, excepto el pecado de los ojillos que siguió brillando hambriento en la oscuridad. Pero antes que Leothric pudiera alcanzarla, trepó rápido por una de las cuerdas y se ocultó en una viga donde se quedó gruñendo. Pero abriéndose camino con Sacnoth, Leothric atravesó el recinto y llegó a la puerta que se encontraba a su otro extremo; como la puerta estaba cerrada y el picaporte estaba muy alto, fuera de su alcance, se abrió camino a través de ella con Sacnoth, como se lo había abierto a través de la *Porte Resonante*, el Camino por el que se Llega a la Guerra. Y así se encontró Leothric en la bien iluminada cámara en que Reinas y Príncipes estaban juntos dándose un banquete sentados todos en una gran mesa; y miles de

velas resplandecían por todas partes y se reflejaban en el vino que los príncipes bebían y en el oro de los enormes candelabros; las caras reales irradiaban con el fulgor, al igual que el blanco mantel y las joyas de los cabellos de las Reinas; cada una de las joyas tenía un historiador para sí solo que en todos los días de su vida no escribía otra crónica alguna. Entre la mesa y la puerta había doscientos lacayos en dos filas de cien lacayos cada una que se enfrentaban entre sí. Nadie miró a Leothric al entrar por el boquete de la puerta, pero uno de los Príncipes le hizo una pregunta a un lacayo y la pregunta pasó de boca en boca por todos los cien lacayos hasta que llegó al último de ellos que era el que estaba más cerca de Leothric; y le preguntó a Leothric sin mirarlo:

—¿Qué tratáis de hacer aquí?

Y Leothric respondió:

—Trato de degollar a Gaznak.

Y de lacayo en lacayo se repitió la respuesta hasta llegar a la mesa:

—Trata de degollar a Gaznak.

Y por la línea de lacayos llegó otra pregunta:

—¿Cuál es vuestro nombre?

Y la línea que se enfrentaba a la primera llevó la respuesta de vuelta.

Entonces uno de los príncipes dijo:

—Lleváoslo de aquí donde no oigamos sus gritos.

Y un lacayo fue repitiéndolo a otro hasta que la orden llegó a los dos últimos, que avanzaron para agarrar a Leothric.

Entonces Leothric les mostró su espada diciendo:

—Esta es Sacnoth.

Y ambos se lo dijeron al hombre que tenían más cerca:

—Esa es Sacnoth.

Y luego gritaron y se alejaron corriendo.

Y de a dos, ascendieron por la doble línea, los lacayos fueron repitiendo:

—Esa es Sacnoth.

Y gritaban y se echaban a correr, hasta que los últimos dos transmitieron el mensaje a la mesa, todo el resto había ya desaparecido. Apresuradamente entonces se levantaron las Reinas y los Príncipes y huyeron del recinto. Y la mesa real, cuando todos hubieron escapado, pareció pequeña, desordenada y sucia. Y a Leothric, que se preguntaba en el recinto desolado por qué puerta debía seguir adelante, le llegó el sonido de una música y supo que eran los ejecutantes mágicos que tocaban para Gaznak mientras éste dormía.

Entonces Leothric avanzó hacia la música distante y pasó por la puerta que se enfrentaba a la que había perforado al entrar y se encontró con un recinto tan vasto como el anterior en el que había muchas mujeres extrañamente hermosas. Y todas lo interrogaron sobre sus intenciones, y cuando supieron que eran degollar a Gaznak, todas le rogaron que se demorara entre ellas, diciendo que Gaznak era inmortal, salvo que Sacnoth lo atacara y también que tenían necesidad de un caballero que las protegiera de los lobos que corrían y corrían en derredor del revestimiento de madera durante toda la noche y que a veces irrumpían a través del roble convertido en polvo. Quizá Leothric hubiera tenido la tentación de demorarse entre ellas si hubieran sido mujeres humanas, porque era una rara belleza la suya, pero advirtió que en lugar de ojos tenían llamitas que vacilaban en sus cuencas y supo que eran los febriles sueños de Gaznak. Por tanto dijo:

—Tengo una empresa entre manos en relación a Gaznak y con Sacnoth.

Y al nombre de Sacnoth, esas mujeres gritaron y las llamas de sus ojos se redujeron a una chispilla.

Y Leothric las abandonó y, abriéndose paso con Sacnoth, atravesó la puerta más alejada.

Una vez afuera sintió el aire de la noche en la cara y descubrió que se encontraba en un estrecho sendero entre dos abismos. A izquierda y derecha, hasta donde alcanzaba a ver, los muros de la fortaleza terminaban en un profundo precipicio, aunque la techumbre todavía lo cubría y ante él estaban los dos abismos llenos de estrellas porque se abrían camino de parte a parte de la Tierra y exhibían las estrellas del cielo inferior; y siguió andando entre ellos por el sendero que ascendía gradualmente y cuyos lados eran abruptos. Y más allá de los abismos, por donde el sendero ascendía hacia las cámaras más alejadas de la fortaleza, Leothric oía a los músicos que ejecutaban su melodía mágica. De modo que siguió por el sendero, que sólo tenía escasamente una zancada de anchura, esgrimiendo a Sacnoth desnuda. Y aquí y allí, por debajo de él en cada uno de los abismos, batían las alas de los vampiros que subían y bajaban alabando a Satán en su vuelo. En seguida percibió al dragón Thok que yacía en el camino fingiéndose dormido y su cola colgaba por uno de los abismos.

Y Leothric avanzó hacia él y cuando estuvo muy cerca, Thok se precipitó sobre Leothric.

Y lo hirió profundamente con Sacnoth y Thok cayó en uno de los abismos chillando; sus miembros vibraban en la oscuridad al caer y siguió cayendo hasta que su chillido no fue más alto que un silbato para luego dejar de oírse. Una o dos veces Leothric vio una estrella parpadear un instante para reaparecer nuevamente, y este eclipse momentáneo de unas pocas estrellas fue todo lo que quedó en el mundo del cuerpo de Thok. Y Lank, el hermano

de Thok, que había estado echado algo más allá, vio que aquella espada debía ser Sacnoth y huyó con gran estruendo. Y todo el tiempo que avanzó Leothric entre los dos abismos la poderosa bóveda de la techumbre se extendía por sobre su cabeza llenándolo todo de lobreguez. Ahora bien, cuando llegó a divisarse el extremo más distante del precipicio, Leothric vio una cámara que se abría en innumerables arcos sobre los abismos gemelos, y los pilares de los arcos se perdían a la distancia y se desvanecían en la lobreguez de izquierda y derecha.

Allá abajo, en el oscuro precipicio en que se levantaban los pilares, vio pequeñas ventanas enrejadas, y entre las rejas aparecían por momentos para desaparecer luego, cosas de las que no hablaré.

No había otra luz allí, salvo la de las grandes estrellas australes que brillaban abajo en los abismos, y aquí y allí en la cámara entre los arcos, se movían luces furtivas sin el menor sonido de pasos.

Entonces Leothric abandonó el sendero y entró en la gran cámara.

Aun él mismo se sintió un diminuto enano al andar bajo uno de esos arcos colosales.

La última desmayada luz de la tarde entraba vacilante por una ventana que pintada con sombríos colores conmemoraba los triunfos de Satán sobre la Tierra. Emplazada alta en el muro estaba la ventana y, más abajo, las luces de las candelas se alejaron furtivas.

Otra iluminación no había, salvo el ligero fulgor azulino lanzado por el ojo de acero de Tharagavverug, que atisbaba incesante alrededor de él desde la empuñadura de Sacnoth. Pesaba en el aire de la cámara el viscoso olor de una bestia inmensa y mortal.

Leothric avanzó lentamente con la hoja de Sacnoth por delante en busca de un enemigo, y el ojo de su empuñadura vigilaba por detrás.

Nada se agitaba allí.

Si algo había que acechara por detrás de los pilares que sostenían el techo, no respiraba ni se movía.

La melodía de los músicos mágicos llegaba desde muy cerca.

De pronto las grandes puertas del extremo más alejado de la cámara se abrieron a izquierda y derecha. Por un instante Leothric no vio nada que se moviera y aguardó empuñando a Sacnoth. Luego sobre él avanzó Wong Bongerok con fuerte respiración.

Éste era el último y más fiel guardián de Gaznak, que justamente venía de babosear la mano de su amo.

Más como a un niño que como a un dragón tenía Gaznak costumbre de tratarlo, ofreciéndole a veces de su propia mano, tiernos trozos de hombre humeante de su mesa.

Largo y bajo era Wong Bongerok, en sus ojos relucía la sutileza, de su fiel pecho lanzaba maligno aliento contra Leothric y detrás de él rugía la armería de su cola, como cuando los marineros arrastran las cadenas del ancla por el muelle.

Y bien sabía Wong Bongerok que se enfrentaba ahora con Sacnoth, pues había sido su costumbre profetizar para sí calladamente durante largos años mientras yacía enrollado a los pies de Gaznak.

Y Leothric se internó en la ráfaga de su aliento y levantó a Sacnoth para asestar el golpe.

Pero cuando Sacnoth estuvo en lo alto, el ojo de Tharagavverug en su empuñadura vio al dragón y percibió su sutileza.

Porque abrió grande la boca revelándole a Leothric las filas de sus dientes de sable y sus encías de cuero se inflamaron. Pero mientras Leothric amagaba a herirlo en la cabeza, lanzó hacia adelante como un escorpión su cola blindada. Y todo esto percibió el ojo de la empuñadura de Sacnoth, que avanzó repentinamente de lado. No con el filo asestó Sacnoth su golpe porque, de haberlo hecho así, el extremo seccionado de la cola habría continuado su ataque, como un pino que la avalancha hubiera lanzado de punta desde el risco habría atravesado el ancho pecho de un montañés. Lo mismo le habría sucedido a Leothric; pero Sacnoth asestó su golpe de lado, con el plano de su hoja y lanzó la cola zumbando por sobre el hombro izquierdo de Leothric; y raspó su armadura al pasar y dejó en ella un surco. De lado atacó entonces la cola frustrada de Wong Bongerok a Leothric y Sacnoth la paró y la cola salió disparada chillando ante la hoja por sobre la cabeza de Leothric. Entonces Leothric y Wong Bongerok lucharon espada contra diente y la espada hirió como sólo Sacnoth puede hacerlo y la maligna vida fiel de Wong Bongerok escapó por la ancha herida abierta.

Entonces Leothric dejó atrás el cadáver del monstruo, cuyo cuerpo blindado todavía se estremecía un tanto. Por un momento fue como todas las rejas de arado que trabajan juntas en un campo tras caballos cansados y empeñosos; luego el estremecimiento cesó y Wong Bongerok quedó allí tieso, víctima de la futura herrumbre.

Y Leothric avanzó hacia los portales abiertos y Sacnoth fue goteando en silencio a lo largo del suelo.

Por los portales abiertos a través de los que Wong Bongerok había hecho su entrada, Leothric llegó a un corredor que llenaban los ecos de la música. Este fue el primer lugar en el que Leothric pudo ver algo por sobre su cabeza, porque hasta aquí los techos habían ascendido a altu-

ras de montaña y se había extendido indistintos en la lobreguez. Pero a lo largo del estrecho corredor colgaban enormes campanas muy bajo y cerca de su cabeza, y el ancho de cada una de las campanas de bronce era de pared a pared y se encontraban una detrás de la otra. Y al pasar bajo cada una de ellas, la campana sonaba y su voz era luctuosa y profunda, como la voz de una campana que se dirige a un hombre por última vez cuando éste acaba de morir. Cada una de las campanas sonaba una vez al pasarle Leothric por debajo y sus voces clamaban solemnes y distintas a intervalos ceremoniales. Porque si caminaba lentamente, estas campanas se aproximaban entre sí, y cuando aceleraba el paso, se alejaban la una de la otra, Y los ecos de cada una de las campanas que doblaban fúnebres por sobre su cabeza, se le adelantaban susurrándose entre sí. Una vez, al haberse él detenido, sonaron discordantes y enfadadas hasta que él volvió a ponerse en marcha.

Por entre estas notas lentas y ominosas, llegaba el sonido de los ejecutantes mágicos. Ahora estaban tocando una endecha sumamente luctuosa.

Por último Leothric llegó al final del Corredor de las Campanas y vio allí una pequeña puerta negra. Y todo el corredor por detrás de él estaba lleno de los ecos del toque de difuntos y todos musitaban entre sí acerca de la ceremonia; y la endecha de los músicos llegaba flotando entre ellos como una procesión de refinados huéspedes extranjeros, y todos ellos auguraban el mal de Leothric..

La puerta negra se abrió al instante ante la mano de Leothric y éste se encontró al aire libre en un amplio patio cubierto de mármol. Por sobre él, muy alto, brillaba la luna, convocada allí por obra de Gaznak.

Allí estaba Gaznak dormido y alrededor de él se encontraban sus ejecutantes mágicos que tocaban instru-

mentos de cuerdas. Y aun dormido Gaznak vestía una armadura y sólo sus muñecas, su cara y su cuello estaban al descubierto.

Pero la maravilla de ese lugar eran los sueños de Gaznak; porque más allá del amplio patio dormía un abismo oscuro, dentro del abismo se vertía la blanca cascada de una escalinata de mármol que se ensanchaba más abajo para formar terrazas y balcones poblados de bellas estatuas blancas, y volvía a descender luego como ancha escalinata que llegaba a terrazas inferiores en la oscuridad donde malignas formas inciertas iban y venían. Todo esto eran los sueños de Gaznak, que, salidos de su mente y convertidos en mármol resplandeciente, pasaban por sobre el borde del abismo mientras los músicos tocaban. Y durante todo el tiempo de la mente de Gaznak, arrullada por esa extraña música, surgían chapiteles y pináculos hermosos y esbeltos que ascendían al cielo. Y los sueños de mármol se movían lentamente junto con la música. Cuando las campanas doblaban a muerto y los músicos tocaban la endecha, horribles gárgolas aparecieron de pronto por sobre los chapiteles y los pináculos y grandes sombras descendieron de prisa por las terrazas y los escalones y hubo un ansioso susurro en el abismo.

Cuando Leothric entró por la puerta negra, Gaznak abrió los ojos. No miró a izquierda ni a derecha, pero estuvo en pie de inmediato frente a Leothric.

Entonces los músicos tocaron un hechizo de muerte en sus cuerdas y un susurro cantante surgió de la hoja de Sacnoth al hacer ésta el hechizo a un lado. Cuando Leothric no cayó por tierra y oyeron el susurro de Sacnoth, los músicos se pusieron apresuradamente en pie y huyeron, todos plañideros, por sobre sus cuerdas.

Entonces Gaznak desenvainó gritando su espada que era la más poderosa del mundo con excepción de Sacnoth,

y avanzó lentamente sobre Leothric; y se sonreía al andar a pesar de que sus propios sueños le habían predicho su condenación. Y cuando Leothric y Gaznak estuvieron cerca el uno del otro, se miraron entre sí y ninguno de los dos habló; pero se atacaron a la vez y sus espadas se encontraron; y cada una de las espadas conocía a la otra y también conocía cuál era su origen. Y cada vez que la espada de Gaznak golpeaba la hoja de Sacnoth, esta rebotaba resplandeciente, como la escarcha de un techo de tejas; pero cuando caía sobre la armadura de Leothric, la despojaba de sus escamas. Y sobre la armadura de Gaznak, Sacnoth caía frecuente y furiosa, pero siempre volvía rugiente sin dejar marca detrás; y mientras Gaznak se debatía, mantenía en alto la mano izquierda revoloteando cerca de la cabeza. En seguida Leothric dio con justeza y fiereza contra el cuello de su enemigo, pero Gaznak, cogiendo su propia cabeza por los cabellos, se la levantó en alto, y Sacnoth zumbó por el espacio vacío. Entonces Gaznak volvió a ponerse la cabeza en su lugar sobre el cuello y todo el tiempo luchó ágilmente con su espada; y una y otra vez Leothric atacó con Sacnoth el cuello barbado de Gaznak y siempre la mano izquierda de éste fue más veloz que el ataque, y la cabeza ascendía y la espada le pasaba por debajo en vano.

Y la sonora lucha continuó hasta que la armadura de Leothric estaba esparcida alrededor de él por el suelo y el mármol estaba salpicado de su sangre; y la espada de Gaznak estaba mellada como una sierra por sus encuentros con la hoja de Sacnoth. Sin embargo Gaznak resistía ileso y sonreía todavía.

Por fin Leothric miró el cuello de Gaznak y le apuntó con Sacnoth y una vez más Gaznak se levantó la cabeza por los cabellos; pero no a su cuello fue a parar Sacnoth, porque Leothric le hirió en cambio la mano levantada y a

través de la muñeca pasó Sacnoth zumbando como atraviesa una guadaña el tallo de una única flor.

Y sangrante la mano segada cayó al suelo, y en seguida la sangre fluyó de los hombros de Gaznak y goteó de la cabeza derribada, y los altos pináculos cayeron por tierra, las amplias y hermosas terrazas se fueron rodando y el patio se desvaneció como el rocío; y sopló el viento y las columnas cayeron y todos los colosales recintos de Gaznak se derrumbaron. Y los abismos se cerraron de pronto como se cierra la boca de un hombre que acaba de relatar un cuento y por siempre no ha de volver a hablar.

Entonces Leothric miró alrededor de sí los marjales donde la niebla nocturna se estaba disipando, y no había ya fortaleza ni sonido de dragón o mortal; sólo había junto a sí un hombre tumbado marchito, envilecido y muerto, con la cabeza y la mano segados de su cuerpo.

Y lentamente por sobre las anchas tierras ascendía el alba, siempre creciente en belleza como la nota de un órgano que toca una mano maestra, más y más alta y más y más hermosa a medida que el alma del maestro se anima, para dar por fin alabanza con toda su poderosa voz.

Entonces los pájaros cantaron y Leothric volvió a su casa, abandonó los marjales, llegó al bosque oscuro y la luz del alba ascendente le iluminó el camino. Y llegó a Allathurion antes del mediodía; llevaba consigo la agostada cabeza maligna y la gente se regocijó por haber cesado las noches perturbadas.

Esta es la historia de cómo fue vencida La Fortaleza Invencible, Salvo que Sacnoth la Ataque y de su desaparición, tal como la cuentan y la creen los enamorados de los místicos días de antaño.

Otros han dicho y vanamente pretenden haber probado que Allathurion padeció de una fiebre que luego se alivió; y que esa misma fiebre llevó a Leothric a los marjales

de noche e hizo que allí soñara y actuara violentamente con una espada.

Y otros, en fin, dicen que nunca existió la ciudad de Allathurion y nunca vivió nadie de nombre Leothric.

La paz sea con ellos. El jardinero ha recogido estas hojas de otoño. ¿Quién volverá a verlas o tendrá conocimiento de ellas? Y ¿quién ha de decir lo ocurrido en los días de antaño?

LA HIJA DE RAMSÉS

HAY DÍAS en que la atmósfera está sobrecargada. Nos abruma hasta el punto de que nuestro humor languidece. No es culpa de nuestra filosofía; ocurre sencillamente que no estamos hechos para soportar el atroz peso del aire, al menos cuando se agita mientras la Tierra duerme y nos pesa más de lo que estamos acostumbrados. Recuerdo que un día caminaba hacia el club completamente fatigado y oprimido a causa, según creí entonces, de las perplejidades de los asuntos de la raza humana. Debería haber buscado una causa más importante, pero un relámpago que atravesó el cielo como un llanto desgarrado pronto me indicó que mi sensación de los problemas en marcha procedía del inminente esfuerzo de la Tierra por desprenderse de parte de la electricidad que de alguna manera le estaba molestando o amenazando. Pero llegué al club antes que el relámpago, de manera que seguía sin saber qué era lo que me abrumaba. Así es que, en vez de mirar el barómetro para ver realmente de qué iba la cosa, busqué el paliativo más a mano preguntándole a Jorkens,

que estaba sentado pesadamente entre varios socios silenciosos.

—¿Cuál es la cosa más extraña que ha visto usted?

Pues, lo crea o no Jorkens, él siempre distrae mi atención de las demás cosas.

Hay otros miembros del club que jamás se han preocupado de escuchar a Jorkens durante un rato; pero hoy parecían demasiado inertes para protestar, aunque alguno de ellos deseara hacerlo. Jorkens empezó así:

—Bien, es difícil de determinar. Ya sabe usted lo que quiero decir: depende sencillamente de la forma en que suceden las cosas, a veces de una forma, a veces de otra. Simplemente depende de la dirección que uno tome, si me sigue usted. Depende bastante de cómo lo mires. Lo que realmente quiero decir es que todo depende del modo en que lo mires. Es lo que se podría llamar... bueno, realmente no sabría cómo explicarlo; pero usted comprende lo que quiero decir. Bien, todo eso me parece muy simple, mas no lo entiendo en absoluto: nadie puede, tal y como están las cosas hoy en día. Quiero decir que así es como están las cosas, de eso se trata en resumidas cuentas, y que lo mejor que uno puede hacer es hablar. ¿No está usted de acuerdo conmigo?

—Camarero —llamé—. Un whisky doble para el señor Jorkens.

Mi amigo se volvió inmediatamente para cogerlo.

—Tranquilícese, Jorkens —le dije.

—No veo ninguna razón para tranquilizarme —murmuró Jorkens.

Y entonces llegó el reluciente vaso, lleno en su cuarta parte de lo que parecía sol líquido, a la habitación ya oscurecida por la tormenta que se avecinaba. Jorkens lo contempló melancólicamente, añadió un poco de agua y

bebió sin decir palabra; varios segundos después todavía se aferraba a su melancolía.

Luego me dirigió una rápida ojeada y me preguntó:

—¿Qué estaba usted diciendo?

—Le preguntaba por la cosa más extraña que hubiera presenciado —dije.

—¿La más extraña? —dijo Jorkens—. Si me preguntara usted por la más interesante, o la más excitante... pero la más extraña... Creo que la cosa más extraña que he visto ha sido el féretro de una princesa en el Museo de El Cairo; en un estante al fondo de una sala, la misma sala en la que más tarde colocaron los restos de Tutankhamon. Tanto el contenido del féretro como la princesa misma y sus asombrosos puntos de vista —que más tarde descubrí— eran, tomados en conjunto, la cosa más extraordinaria con la que me he tropezado. Realmente la más extraordinaria.

“Para empezar, el féretro sólo contenía harapos, nunca había contenido otra cosa. Era bastante raro para empezar; tan raro que decidí averiguar por qué habían tenido la idea de enterrar unos harapos en un sepulcro que valía medio millón; pues se había encontrado suficiente oro en la tumba para llenar un coche. La habían excavado al pie de una árida montaña más arriba de Luxor, a eso de una milla del Nilo. Me dijeron la dinastía, pero la he olvidado. Eso fue lo único que pude averiguar. Y eso que pregunté a personas enteradas, que conocen a fondo la egiptología y en concreto esa dinastía; pero no pudieron decirme nada más acerca del fardo de harapos del féretro contenido en el sarcófago de oro.

”Bien, había un hombre llamado Sindey que fue el último en hablarme del asunto, al que yo solía darle la lata, porque tenía la impresión de que había algo que él debía saber; y cuanto menos me contaba, más crecía mi curiosi-

dad... Y cuando descubrí que no había ningún tipo de mención a los harapos del féretro, le dije un día a Sindey:

”—¿No sabes de alguna leyenda egipcia que esté relacionada con esos harapos?

”—No —respondió él.

”—¿Has intentado indagar alguna vez? —pregunté.

”—Es inútil —repitió él. Y luego añadió—: Hay un árabe; pero usted ya sabe cómo son los árabes; no es del todo fiable; no debería recomendárselo. Además, se dedica a algo que no es estrictamente legal. Es posible que semejantes prácticas hayan desaparecido en Inglaterra, pero las leyes en su contra todavía permanecen en el código.

”—¿Qué? ¿Es adivino?

”—Peor que todo eso, me temo —contestó él.

”—Mas yo no podía quitarme el asunto de la cabeza y le pregunté el nombre del árabe.

”—Bueno, se hace llamar Abdul Eblis —dijo Sindey.

”—Y ¿en dónde vive?

”—Eso nadie lo sabe —dijo Sindey,— pero se le puede encontrar rondando la Esfinge. No es realmente el tipo de hombre...

”—Mas yo le corté y conseguí que me prometiera presentarme a Abdul Eblis; y le hice cumplir su promesa. Y así es como conocí a ese árabe; era alto y erguido, de unos sesenta años, llevaba una barba puntiaguda, iba oculto bajo un albornoz típico que una vez había sido blanco, y sus ojos, no importa dónde miraran, fingían en cualquier caso estudiarte cuidadosamente, escrutar tu destino.

”—Este es Abdul Eblis —dijo Sindey señalando con la mano y mostrando en su tono y en sus ademanes que desearía no tener nada que ver con él.

”—Inmediatamente fui al grano.

”—Me gustaría que me contara una cosa —le dije a Abdul Eblis.

”El árabe fue igualmente al grano.

”—¿Pasada o futura? —preguntó.

”—Pasada hace mucho tiempo —respondí.

”—Ahí está —dijo Abdul Eblis.

”No sé exactamente lo que quería decir, mas en aquel momento creí entender que, no importa lo que hubiera sucedido, aunque fuera hace mucho tiempo, la hazaña permanecía en alguna parte y él podría descubrirla. Fuera lo que fuese lo que él me quiso decir, le conté lo que pretendía y él asintió con la cabeza a cada frase mía, hasta que tuve la sensación de que lo que le estaba preguntando no era nada desorbitado. Para entonces, Sindey se había marchado, dejándome solo con el árabe.

”Abdul Eblis me llevó al otro lado de la Esfinge y, señalando la base sobre la que descansan sus zarpas, dijo:

”—Encuéntrese aquí conmigo y le mostraré algo.

”E inmediatamente comprendí que quería decir a medianoche, pues de lo contrario habría comenzado a hablar sin más demora; por lo menos era lógico suponer eso; mas no fue ése mi verdadero razonamiento, sino simplemente que sólo la noche parecía apropiada al aspecto que él presentaba. Y le dije:

”—Vendré esta noche.

”Y él respondió:

”—No, hoy no; la luna está llena y habrá turistas. Venga dentro de cuatro noches; cuatro noches después de ésta.

”Una cosa que me hizo confiar en aquel hombre fue que no tratara de regatear, ni hiciera mención alguna de dinero; y cuando se lo mencioné, él simplemente me dijo que esperara, que ya le pagaría lo que creyese oportuno cuando él me hubiera mostrado lo que me iba a mostrar.

”Yo me hospedaba en un hotel cercano a las pirámides; realmente el distrito lleva ahora el nombre del hotel y ha dejado de llamarse Gizeh; se suele decir que las pirámides están cerca del hotel y no al revés; supongo que semejantes cambios alcanzan a todo. Bien, cuando llegó la noche señalada me encontraba allí, sentado en el jardín contemplando la Esfinge; la contemplaba a oscuras y naturalmente no podía verla; únicamente veía las estrellas mientras esperaba al árabe. Tenía entendido que iba a acudir a la cita a las diez en punto, pero sabía perfectamente que él era muy impreciso en lo tocante al tiempo. Dieron las diez, y las diez y media, y lo único que podía hacer era esperar, ya que no había forma de encontrarlo si no venía. En aquella época el jazz era novedad y alguien con un gramófono, en el hotel a mis espaldas, convertía el silencio en caos. En el desierto, una brisa que se había levantado con la noche susurraba a ráfagas al silencio, y éste las contestaba una por una. Puede uno imaginarse lo que decía el viento, ese anciano viajero que había visto tantas ciudades, que había atravesado o se había detenido en tantos países; de vez en cuando la fantasía puede llegar al final de una de sus historias; mas no hay forma de adivinar la sabiduría que revela el desierto con sus silencios. Para poder hablar con el desierto antes hay que ser profeta. Nunca lo conseguí. Sabía que allí había algo, alguna terrible sabiduría que pasaba por delante de mi vista y de mis oídos, y se alejaba de mí, perdiéndola por completo. Por completo. Camarero, otro whisky.

”Estaba allí sentado, ciego y sordo al desierto; el viento había amainado y sólo había aquel intenso silencio; eran las once pasadas. El ruido del magnetofón hacía tiempo que había cesado, y las luces de las ventanas del hotel se habían ido apagando una a una; nada se movía. Y entonces vi la silueta de Abdul Eblis en la oscuridad, muy cer-

ca de mí. No le había visto llegar, pero estaba allí de pie haciéndome señas, con un dedo levantado a la altura del rostro, demasiado furtivo incluso para hacer señas como los árabes suelen hacer, extendiendo todo el brazo hacia abajo.

”—Abdul Eblis —exclamé.

”Mas el árabe se llevó la mano a los labios, se volvió y me mostró el camino; yo le seguí en silencio hasta el pie de la Esfinge.

”Y allí se sentó y me volvió a hacer señas con el brazo, hasta que me detuve a unas diez o quince yardas de él, a cuyas espaldas se elevaba la Esfinge.

”Y entonces trazó un círculo en la arena con algo que yo supuse que eran polvos; y lo encendió y ardió lentamente; y pronto la llama se alejó de él, a ambos lados del círculo, adoptando una tonalidad azul claro. El rostro del árabe se puso de un color espantoso, que encendía cada una de sus arrugas e iluminaba su expresión con tan asombrosa claridad que podía leerse debajo de ella el devenir de sus pensamientos, cualesquiera que éstos fuesen. La llama aumentó de altura, iluminando los ejes de la Esfinge y mostrando los rasgos estropeados que se habían enfrentado al Tiempo. Y mientras la luz jugueteaba con los labios y los huecos, y las sombras bailaban desde sus grietas y flotaban en la noche, el veterano monstruo sonrió inconfundiblemente.

”Creeríase por la cantidad de gente que viene a ver esa sonrisa, cuando los árabes encienden en su honor un poco de luz de magnesio, creeríase que había en ella algo amistoso o al menos algún mensaje dirigido a ellos. Nada de eso. En aquella sonrisa únicamente había el desprecio de los siglos por todo aquello que pasa velozmente.

”Por alguna razón captaba mi atención aquel desprecio descomunal, acumulado durante siglos supongo, oculto

entre aquellas arrugas, potenciado por el paso del tiempo, y que, al ser escrutado por las despreocupadas parejas de asombrados turistas, endurecía sus almas. No, es mejor no hacer reír a los dioses o a los demonios: ellos no se ríen por los mismos chistes que nosotros.

”Después de eso me tomé una o dos copas, bastante cargadas, para recobrar mi dignidad; pero ni siquiera ellas lo lograron plenamente: nunca se sabe lo que pasa con esas cosas inmortales.

”Bien, estaba yo observando la vacilante sonrisa de aquel inmenso desprecio, incapaz de librar mis pensamientos de su control, cuando una figura surgió de entre sus garras por detrás del círculo de fuego y atravesó las llamas azules, que se extinguieron cuando aquella las tocó, convirtiéndose en humo gris. Era tan real la figura de aquella dama egipcia que anduvo cinco pasos hacia mí y se detuvo en el humo, que, de no haber sido por su extraordinario punto de vista, tan absolutamente ajeno a esta época, hubiera creído que la aparición no era más que un truco del árabe.

”Abdul Eblis se levantó y se acercó a ella, luego le hizo sus zalemas; y ella le habló en no sé qué lengua. El árabe volvió la cabeza hacia mí y tradujo:

”—Ella dice: ‘¿Qué quieres ahora, Abdul Eblis?’

”Iba siendo ya hora de pedir prodigios.

”—Pídele que hable en inglés —dije.

”—En inglés, por favor, Ilustrísima —le dijo Abdul Eblis.

”Ella suspiró levemente, como obligada por algo fastidioso y abrumador.

”—¿Qué más? —preguntó ella.

”—Vuestro féretro, Ilustrísima —dijo Abdul Eblis—, ¿por qué no hay en él más que harapos?

”Ella rió alegremente y su risa vibró por todo el desierto, vacío a excepción del más grande monumento erigido por los humanos, alejándose hacia las colinas Mokattan, hasta que los lejanos chacales la oyeron y transmitieron el grito salvaje.

”—Debí tener un funeral —explicó ella.

”—Sí —respondió el árabe—. Todavía es así para todos nosotros.

”—Pero yo deseaba vivir —dijo ella.

”—Pídele que nos cuente lo que pasó —dije.

”—Cuéntenos, Ilustrísima —dijo el árabe, inclinándose hacia ella.

”—Fue al atardecer —dijo ella—, una de esas doradas puestas de sol en Egipto: el arrebol por detrás de las colinas occidentales y el caramillo frenético de Porástenes. Lo escuché por vez primera una tarde bajo este cielo dorado. Una estrella brillaba débilmente en el verde del cielo, entre la puesta del sol y la noche. Ligeras brisas vagaban a través de un Egipto anochecido y refrescado, pasando sin ser vistas por las oscurecidas colinas, al igual que los dioses, quienes también pasean a esa hora. Conocí a un sacerdote que los había visto. A cualquier otra hora habría desdeñado aquel caramillo, por muy obsesivo que fuera su melodía; pues Porástenes no era más que un cabrero. Mas a aquella hora, bajo aquellas puestas de sol en que los hombres están desamparados ante los dioses y la música y el amor, no tenía elección, fuera quien fuese el que tocara el caramillo; al principio creí que era uno de los dioses; mas no importaba quién lo tocara a aquella hora. Y una tarde fui a las colinas y descubrí que se trataba de un simple cabrero, pero entonces era demasiado tarde; dios u hombre da lo mismo. En la cima de aquellas colinas escruté el arrebol de aquel atardecer encantado, trémulo por la melodía del caramillo y mági-

co por la puesta del sol. Toda temblorosa fui a descubrir el misterio de la música; y encontré en una hondonada en lo alto de la colina a mi joven amante, el cabrero Porástenes. Cuando vio quién era la que había acudido al sonido de su caramillo, me miró fijamente pero no habló; y cuando vi que no era un dios, no dije ni una palabra, pues ningún otro paseante de las colinas tenía derecho a hablar conmigo. Y permanecimos allí bastante rato mirándonos a los ojos mientras se desvanecía el crepúsculo. Mas la luz no llegó a desaparecer de los ojos de Porástenes, aunque salieron las estrellas y se pusieron celosas, si es posible que los espíritus inmortales sientan celos de ojos terrenales. Nos han enseñado que eso no es posible, y, sin embargo, aquella noche creí que lo estaban. Alentado por una especie de locura, el cabrero osó susurrar algo, mas yo no le respondí; aunque mi corazón se partiera por eso, no suspiraría. Entonces vi las antorchas de los servidores de mi padre, que no era otro que Ramsés, los cuales se aproximaban en mi búsqueda. Y me apenó que mataran a Porástenes, aunque éste hubiera osado suspirar. De manera que miré al cabrero a los ojos sin pestañear, y él se dio la vuelta y huyó; y los servidores de mi padre me encontraron lejos de Porástenes. Y cuando regresé estaba airado nada menos que Ramsés. Mas yo sabía que su ira sería pasajera: ¿acaso no oscurecen a menudo las nubes al Sol? Mas cuando pasan aquéllas, los rayos vuelven a brillar. Muchos han advertido el parecido de mi padre con el Sol y han quedado enormemente sorprendidos.

—Volví de nuevo a las verdes colinas al atardecer —prosiguió ella—, cuando su verdor se difuminaba, y el ocaso parecía un incendio en un país dorado, tan próximo a nosotros, mas no hollado por pies terrenales, pues solamente los dioses caminan al atardecer por los dora-

dos campos del ocaso, cuyos colores tiñen sus pies de esplendores impropios de los terrestres. Seguí el sonido del caramillo de caña, que tentaba a mi espíritu a huir en la quietud del crepúsculo. ¿Qué otra cosa podía hacer sino seguirlo? Pues cada hombre y cada mujer tienen un espíritu, que no muere cuando embalsaman su cadáver, sino que es inmortal. De manera que fui a las colinas en medio del silencio y llegué a la hondonada en la cumbre; allí estaba Porástenes rodeado de sus cabras en pleno ocaso, tocando su caramillo, aureolada su cabeza por el resplandor crepuscular. Y el cabrero dejó a un lado su caramillo y nos volvimos a mirar fijamente uno al otro, aunque todavía no nos hablamos. ¡Ah, los ojos de Porástenes! No pude dejar de pensar en ellos. Por la noche imaginaba que brillaban; por el día parecían relucir tan cerca que cualquiera podía verlos. Y a veces algunos cortesanos me miraban de tal forma que estaba segura de que sabían que los ojos de Porástenes brillaban cerca de mí, aunque me encontrara muy lejos, en lo alto de las colinas occidentales que daban al Nilo. Sólo que él, que no era otro que Ramsés, no sabía nada todavía. En una ocasión me dijo que estaba malhumorada y yo le di la razón; mas de Porástenes no se figuraba nada.

—Nos volvimos a encontrar a menudo —continuó—, mas jamás hablamos, y mi amor por Porástenes se interpuso entre mí y el sueño.

”Suspiró tan débilmente y con tanta desesperación, velada por el humo, que casi nadie hubiera podido decir si era ella la que había suspirado, o si algún viento perdido vagando a través del desierto había exhalado su último suspiro junto al curioso fuego del árabe. E inmediatamente deseé ayudarla, pues al producirse el suspiro a mi lado olvidé que sus penas eran de hace miles de años. Además ¿cómo podría ayudarla? Únicamente parecía

haber un remedio. Y para éste mi consejo llegaba con miles de años de retraso.

—¿Por qué no se casó con Porástenes? —dije yo.

”Fuera o no tardió mi consejo, ella dejó inmediatamente de suspirar y estalló en alegres carcajadas.

—¿Casarse una componente de la Casa de Egipto con un cabrero? —dijo ella—. ¡Qué extravagancia! ¿Dónde se ha oído semejante quimera? ¿Qué le ha impulsado a usted a semejante broma? ¿Quién ha concebido tan extraña ocurrencia en estos años en los cuales ahora vago? ¿Se puede bromear de manera tan extraña con la muerte, como si ésta sin duda hubiera ocurrido antaño? Mas búrlese de mí si ése es su deseo, pues yo siempre he amado los absurdos más pintorescos. Y en efecto nunca antes ninguno...

”Y sus palabras se convirtieron en risas, que vibraron a lo lejos en la arena a través del silencio.

”La miré fijamente hasta donde pude ver su figura en la oscuridad, velada como estaba por el humo; y cuando se calmó su risa todavía la estaba observando maravillado. Y no se conformó con exponer su opinión, que había expresado con tanta vehemencia; pues tan pronto como su risa le permitió hablar, insistió en lo mismo, todavía con aquella incredulidad risueña, como si no pudiera creer que mis palabras fueran reales.

—¿Acaso se acopla el Sol o la Luna con babosas o escarabajos? —preguntó ella.

”Por un momento su alegría se trocó casi en indignación; luego volvió a reír, mas ahora su risa fue más breve y más despectiva, y me di cuenta de que no era posible insistir más. Así es que permanecí en silencio hasta que su risa cesó por completo y se puso de nuevo a suspirar, recordando a Porástenes. Era difícil compadecerse de aquella jovencuela loca y testaruda; y sin embargo me

compadecí, pues, pese al desatino de su punto de vista, aquellos suspiros los profería un corazón perplejo y roto a causa de un pesar cuyo recuerdo había durado miles y miles de años. Y únicamente había sido un breve pesar. No pudo haber durado más que unas pocas semanas, luego todo habría acabado felizmente. Mas ella era una criatura sujeta a ataques de melancolía, eso puede usted entenderlo; y probablemente ellos fomentaron cada uno de aquellos pronto en aquel palacio que tenían sobre el Nilo cuando las colinas estaban cubiertas de verdor. Así que a ella le bastó recordar su único y verdadero pesar para exhalar aquellos suspiros en el mismo rostro de la Esfinge, cuya ancestral calma nada le decía a ella. Y en medio de aquella calma que la Esfinge había impuesto en aquel lugar de la Tierra durante todos aquellos siglos y más siglos, escuché su excitante historia.

—Pronto comprendí que moriría de amor —dijo ella—. Y pensé en abandonar la tierra sagrada y los templos, y el río que los dioses le habían otorgado a Egipto para regarlo. Era la primera vez que pensé en todas esas cosas; sin embargo, aunque acababan de ocurrírseme en toda su tristeza, me afectaron poco, por triste que fuera abandonar la tierra hollada a menudo por los dioses. Y luego, entre esos pensamientos, todos ellos relacionados con Porástenes, me vino uno bastante lúgubre que me reveló que, si moría, ya no oiría más su caramillo conmoviendo el dorado atardecer. Ya no contemplaría más sus ojos brillando cuando todo lo demás se oscurecía. Ya no iría más a verle a la cumbre de las colinas.

—Entonces me dije —añadió ella— cuánto mejor sería morir y seguir viendo a Porástenes. La corte de Ramsés marchitándose, los sacerdotes adorando a los dioses, los abanicos de mis sirvientas, incluso la gloriosa faz de mi padre, todo desaparecía para mí; y el caramillo de Porás-

tenes seguiría embrujando las sombrías colinas. Porás-tenes seguiría tocando su caramillo y yo lo oiría, a pesar de que mi cortejo fúnebre tendría que cruzar el río. Eso fue lo que pensé, y enseguida tracé un plan. Eso es todo. Ya lo he contado.

”—Y ¿qué pasó luego, Ilustrísima? —dije yo adoptando la forma de dirigirse a ella utilizada por Abdul Eblis.

”—Luego —dijo ella— fui hasta el Gran Sacerdote. Le encontré haciendo sacrificios en el templo de Toth y me lo llevé a un lugar aparte entre palmeras donde pudiéramos hablar en privado. Y él me preguntó qué deseaba de él, y yo le respondí: “Compañero de los dioses, ¿cuántas formas de morir existen?” Y el Gran Sacerdote me contestó: “un centenar”. Pues yo hablaba de asuntos rituales, para los cuales sólo había una respuesta. Entonces le dije:

”¿Y cuál es la ciento uno?”

”—Y él respondió: “La voluntad del Rey”. Eso también está escrito en los antiguos pergaminos: no hay más que una respuesta.

”—Y entonces pregunté yo: “¿Cuántas hay para un sacerdote?” Y él se quedó un rato callado y luego me contestó diciendo: “Tal vez tres”.

”—Y yo le dije: “¿Cuál es la cuarta?”, sabiendo que eso debería contestarlo. Y él contestó, aunque a regañadientes, diciendo: “La voluntad del Rey, si odia a los dioses”.

”—Y yo le dije: “Él ama a su hija”. Y el Gran Sacerdote se calló.

”—Y yo le dije: “Debes hacer un funeral ilusorio”. Él sabía lo que quería decirle. La imagen de algo que no existe, el simulacro del desierto más allá de las colinas. Ni de palabra ni con gestos demostró haber comprendido, ni tampoco lo contrario. Mas me respondió: “Podría hacerse”.

”—Y yo le dije: “Está bien”.

”—Caminamos entonces en silencio, sin que él añadiera nada más, de manera que, si fuera preciso, pudiera todavía decir que me había interpretado mal. Y después de pasear junto a veinte palmeras, volvió a hablar diciendo: “¿Para quién?”

”—Y yo dije: “Para mí”.

”—Y él dijo: “¡El funeral de una componente de la familia real! Eso escandalizaría gravemente a los dioses.”

”—Aquellos días han quedado tan grabados en mi espíritu que cada palabra resuena en mi memoria, cual pájaros inmortales, hasta este día.

”—Y le dije al Gran Sacerdote: “¿No harás eso por mí?”

”—Y él me contestó: “No”.

”—Entonces yo le dije en voz baja, casi en susurros, tan bajo que apenas me oyó...

”—Después de todos aquellos años hablaba un poco a la ligera, y el alboroto de las leves brisas que remueven la superficie de la arena se elevó por encima de aquella débil voz, y sus palabras se perdieron.

”— ¿Qué le dijo usted, Ilustrísima? —pregunté yo.

”—Le dije —respondió ella— que “es la muerte”.

”—¿Por qué tan suavemente? —le pregunté.

”—¡Oh! —dijo ella—, es horrible hablar de la muerte de un sacerdote. Él me miró y dijo:

”—¿Qué?” Y yo le respondí: “Muerte”. Y él me volvió a mirar para comprobar si yo retiraba mi palabra, o mi ánimo desfallecía, o pedía perdón a gritos. Nuestra familia y la suya eran únicamente dos de entre todas las que gobernaron Egipto. Hubo generaciones nuestras que no alcanzaron la sabiduría de las suyas, mas centenares de los suyos nunca tuvieron un poder como el nuestro. En aquellos momentos el sacerdote escrutaba mi propio espíritu;

y, cuando advirtió que yo no me echaría atrás, se dio por vencido. Entonces fijamos una fecha para mi funeral ilusorio.

—Fue un precioso funeral. Partió de palacio al amanecer y descendió hasta el tranquilo río, el sagrado Nilo que los dioses habían regalado a Egipto para regarlo. Le acompañó un cortejo de plumas y música y una gran concurrencia. Y estuvo presente nada menos que el propio Ramsés, a lomos de un caballo blanco. Y el Sol salió por encima de las colinas orientales, mientras el catafalco llegaba al agua, y sus rayos sacaron destellos al abundante oro de la barca que aguardaba en el río sagrado. Y los remeros desatracaron la barca, la cual surcó la especie de joya que era el Nilo. Y Porástenes permaneció a mi lado en la hondonada que ambos conocíamos, observando atentamente desde la cumbre el precioso funeral y escuchando la música de los intérpretes y los cuentos de los sacerdotes. Él trató de hablarme, mas yo no me enteré de nada hasta que la barca tocó la orilla opuesta y los sacerdotes levantaron sus grandes cuernos de antílope recubiertos de oro y los soplaron por tercera vez. E incluso entonces, esperé hasta que el lamento e un cuerno resonó desde el tortuoso fondo del valle rocoso, anunciando a Egipto mi comparecencia ante Anubis, Horus y Toth, que nos observan siglo tras siglo, sin que sus ojos se cierren por la noche en busca de reposo ni parpadeen ante la luna llena.

—A partir de entonces yo no era nadie; hablé con Porástenes y él conmigo. Aquel día nos fuimos a su cabaña de cañas, atravesando las colinas sin que él dejara de tocar su caramillo, el cual se había apoderado de mi espíritu e incluso dirigía mis pasos. Cuidé más de un año de aquella choza de cañas allende las colinas. Estaba situada lejos de cualquier camino, alejada de los caseríos, entre pequeños campos que le servían de morada. Incluso

la respetaron las estaciones, pasaron de largo, y cada una de ellas la adornó con algo de su esplendor. ¿Hubo alguna vez un lugar más encantador?

”Intenté comprender su asombroso punto de vista, y tuve que reconocer que todavía me desconcertaba. Fue eso lo que me indujo a interrumpirla, mientras ella permanecía allí dando vueltas una y otra vez a sus viejos recuerdos.

”—¿Se casó usted con el cabrero? —pregunté brusca-mente.

”—Pues sí —respondió ella, como si mi simplicidad le asombrara, a ella, que había dicho que el Sol no se acopla con escarabajos o babosas. Y entonces pareció corregirse a sí misma.

”El se casó conmigo”, añadió. “Fue muy amable Porástenes. Pues yo no era nadie. Carecía de hogar y de nombre. Ante los dioses no era nada. Podría haberme tratado como la brisa terral que azota la cebada, o el eco de las voces de los chacales, o como en las viejas leyendas o sueños; y yo no me habría quejado. Ante Anubis, Horus y Toth, yo no tenía nombre ni aliento.

”—Mas ¿no pertenecía usted todavía a la familia real? —traté de argüir.

”Y ella únicamente repitió que no era nada ante Anubis, Horus y Toth, y empezó a citar fragmentos de los papiros conservados por los sacerdotes en los panteones reales de su padre. Y, sin dejar de repetir “Nada, Nada”, retrocedió un poco lentamente y, cruzándose con una de aquellas brisas erráticas que de noche recorren extraviadas todos los desiertos, desapareció con ella.

LA MUERTE Y ODISEO

EN LA corte del Olimpo, el Amor reía ante la Muerte, porque era desagradable, porque no podía ayudarle ya que ella nunca había hecho nada que valga la pena y el Amor sí.

Y la Muerte odiaba ser motivo de risas, y solía apartarse para pensar en sus defectos y en como podía hacer para poner fin a este intolerable tratamiento.

Pero un día la Muerte apareció en la corte con cierto aire. Y todos los demás lo notaron. “¿Qué es lo que te traes ahora?” preguntó el Amor. Y la Muerte con cierta solemnidad, le dijo: “voy a asustar a Odiseo”; y enarbolándose con su capa gris de viajero, salió a través de la puerta con rumbo a la Tierra.

Y ni bien llegó a Itaca y al vestíbulo que Atena conocía, y abrió la puerta, vio al famoso Odiseo, con sus blancos mechones colgando cerca del fuego, tratando de calentar sus manos.

Y el viento que penetró por la puerta abierta resopló sobre Odiseo.

Y la Muerte se puso frente a él y de repente gritó.

Y Odiseo volvió a calentarse sus pálidas manos.

Entonces, la Muerte se acercó más y comenzó a vociferar. Y luego de un rato, Odiseo se volvió y dijo: “Bueno, viejo lacayo, ¿han sido buenos contigo tus amos desde que te hice trabajar en Ilión?”

Y la Muerte, por un momento se quedó enmudecida, y recordó la risa del Amor.

Entonces, “ven,” dijo Odiseo, “dame tu hombro,” luego de lo que se reclinó pesadamente en tal huesuda coyuntura, y ambos pasaron juntos a través de la puerta abierta.

LA NOVIA DEL HOMBRE CABALLO

LA MAÑANA en que cumplía doscientos cincuenta años, Shepperalk el centauro se dirigió al arca dorada, en donde los centauros guardaban sus tesoros, y cogiendo de ella el amuleto que su padre, Jyshak, había extraído en sus años mozos de la montaña dorada, y engastándolo con ópalos trocados a los gnomos, se lo puso en la muñeca y, sin decir palabra, fue a la cueva de su madre. Y también se llevó con él el clarín de los centauros, la famosa trompa de plata, que en su tiempo había conminado a la rendición a diecisiete ciudades de los Humanos, y que durante veinte años había sonado frente a las murallas rodeadas de estrellas en el Sitio de Tholdenblarna, baluarte de los dioses, cuando los centauros libraron su fabulosa guerra y no fueron batidos por las armas, sino que se retiraron lentamente envueltos en una nube de polvo antes de producirse el decisivo milagro de los dioses que aquellos trajeron ante su desesperante carencia de arsenal propio. Tomó su clarín y se alejó a grandes zancadas, y su madre únicamente suspiró y le dejó ir.

Bien sabía ella que Shepperalk no bebería hoy del riachuelo que descendía por las terrazas del Varpa Niger, el valle entre montañas; que hoy no admiraría la puesta de sol, y que más tarde regresaría de nuevo a la cueva al trote, para dormir sobre los juncos arrastrados por ríos que no conocen los Humanos. Ella sabía que ahora el clarín estaba al cuidado de él como antaño había estado al cuidado de su padre, y antes de Goom, el padre de Jyshak, y hace mucho tiempo al cuidado de los dioses. Por tanto, únicamente suspiró y le dejó ir. Mas él, saliendo de la cueva que constituía su hogar, cruzó por vez primera la escasa corriente y, rodeando los riscos, vio debajo de él la reluciente llanura terrestre. Y el frío viento otoñal, que sacaba brillo al mundo ascendiendo las faldas de la montaña, le golpeó en los desnudos flancos. El centauro levantó la cabeza y resopló.

—¡Ahora soy un hombre-caballo! —gritó en voz alta. Y saltando de risco en risco galopó por valles y abismos, cauces de torrente y crestas de alud, hasta llegar a las sinuosas leguas del llano, dejando tras él para siempre las montañas Athraminaurian.

Su meta era Zretazoola, la ciudad de Sombelenë. Ignoro si la leyenda de la belleza inhumana de Sombelenë, o de su asombroso enigma, ha circulado alguna vez por la llanura terrestre hasta llegar a la fabulosa cuna de la raza de los centauros, las montañas Athraminaurian. No obstante, en la sangre humana existe una marea, más bien una corriente marina, que de algún modo se asemeja al crepúsculo, y que nos trae rumores de belleza, aunque sean lejanos, lo mismo que en el mar encontramos madera flotante procedente de islas no descubiertas todavía. Esa corriente primaveral que azota la sangre humana procede de la fabulosa cuarta parte de su legendario y antiguo linaje, y nos arrastra a los bosques y a las colinas,

y nos hace prestar atención a la vieja canción. Así que es posible que en aquellas solitarias montañas más allá de los confines del mundo la fabulosa sangre de Shepperalk concitara rumores que únicamente conoce el etéreo crepúsculo y que sólo se confían secretamente a los murciélagos; pues Shepperalk era más legendario incluso que el hombre. Era cierto que desde el principio se dirigió a la ciudad de Zretazoola, donde mora Sombelenë en su templo; no obstante, toda la llanura terrestre, sus ríos y montañas, están situados entre el hogar de Shepperalk y la ciudad que buscaba.

Cuando las patas del centauro tocaron por vez primera la hierba de aquella blanda tierra aluvial, sopló alegremente el cuerno de plata, hizo cabriolas y caracoleó, y brincó durante bastantes leguas. Por un nuevo y hermoso prodigio, su paso parecía el de un caballo que nunca hubiera ganado una carrera, y el viento reía al cruzarse con él. Bajaba la cabeza para olfatear las flores, la levantaba para estar más cerca de las invisibles estrellas, se divertía por esos mundos, saltaba los ríos sin perder el ritmo; ¿cómo te explicaría, a ti, que vives en la ciudad, cómo te explicaría lo que el centauro experimentaba al galopar? Se sentía fuerte como las torres de Bel-Narana; ligero como esos palacios de finísima gasa que las arañas hadas construyen entre el cielo y el mar en las costas de Zith; veloz como un pájaro corriendo de buena mañana a cantar a las agujas de alguna ciudad antes de que amanezca. Era el compañero declarado del viento. Parecía alegre como una canción; los rayos de sus legendarios padres, los dioses primitivos, empezaban a mezclarse con su sangre; sus pezuñas retumbaban. Llegó a las ciudades de los hombres, y todos temblaron al recordar las míticas guerras de la antigüedad, temiendo nuevas batallas que pusieran en peligro a la raza humana. Ni siquiera Clío

recuerda aquellas guerras; la historia tampoco sabe nada de ellas; ¿y qué? Ninguno de nosotros se ha sentado a los pies de un historiador, mas todos hemos aprendido fábulas y mitos en las rodillas de nuestras madres. Y no hubo nadie que no temiera guerras inesperadas al ver a Sheperalk regatear y saltar por las vías públicas. Así pasó de ciudad en ciudad. De noche se tumbaba jadeante en los juncos de alguna marisma o en un bosque; antes de que amaneciera se levantaba triunfante y bebía largamente en algún río a oscuras, y chapoteando en él iba al trote hasta algún lugar alto para contemplar la salida del sol y saludar al astro con los exultantes ecos de su fabuloso cuerno. Y contemplaba el sol surgiendo de los ecos, y los llanos iluminados de nuevo por la luz diurna, y las leguas que se prolongaban como una cascada de agua, y ese alegre compañero, el viento que ríe estrepitosamente, y los hombres y sus miedos y sus ciudades. Y después de eso, grandes ríos y yermos y enormes colinas, y tras ellos nuevas tierras y más ciudades, siempre en presencia de ese viejo compañero, el glorioso viento. Pasaba de una región a otra y sin embargo su respiración era uniforme.

—Es maravilloso galopar sobre un buen césped cuando uno es joven —dijo el hombre—caballo, el centauro.

—¡Ja, ja! —dijo el viento procedente de las colinas, y los vientos de la llanura respondieron.

Las campanas repicaron frenéticamente en los campanarios, los sabios consultaron sus pergaminos, buscaron presagios en las estrellas, los ancianos hicieron sutiles profecías.

—¿Verdad que es veloz? —dijeron los jóvenes.

—¡Qué contento está! —dijeron los niños.

Noche tras noche se entregó al sueño, y día tras día galopó hasta llegar a las tierras de los Athalanes, que viven en los confines del llano terrestre; y desde allí lle-

gó de nuevo a tierras legendarias como aquellas en las que fue acunado, al otro lado del mundo, y que, bordeándolo, se mezclan con el crepúsculo. Y entonces un poderoso pensamiento se apoderó de su infatigable corazón, pues sabía que se aproximaba a Zretazoola, la ciudad de Sombelenë.

Cuando llegó era tarde y las nubes, teñidas por el oca-so, cubrían la llanura que se extendía ante él. Siguió galopando en medio de aquella bruma dorada, y cuando ésta le ocultó la visión, recuperó sus ilusiones y examinó románticamente todos aquellos rumores que solían llegarle de Sombelenë. Ella moraba (decía el anochecer al murciélago en secreto) en un pequeño templo a orillas de un lago solitario. Un bosquecillo de cipreses la protegía de la ciudad, de Zretazoola, la de las sendas ascendentes. Enfrente de su templo se encontraba su tumba, su triste sepulcro lacustre de libre acceso, por temor a que su asombrosa belleza y su eterna juventud pudieran ocasionar una herejía entre los hombres acerca de su inmortalidad: pues sólo su belleza y su linaje eran divinos.

Su padre había sido medio centauro y medio dios. Su madre era hija de un león del desierto y de esa esfinge que vigila las pirámides; era mas mística que Mujer.

Su belleza era como un sueño, como una canción; el sueño de una vida soñada bajo el rocío encantado, la canción cantada a alguna ciudad por un pájaro inmortal arrojado lejos de sus costas originarias por una tormenta del Paraíso. Amanecer tras amanecer sobre montañas de romance, o crepúsculo tras crepúsculo, jamás pudieron igualar su belleza. Ni siquiera todas las luciérnagas del mundo o todas las estrellas de la noche conocían su secreto; los poetas nunca la habían cantado ni el anochecer adivinaba su significado; la mañana la envidiaba; permanecía oculta a los amantes.

No estaba casada, ni la habían cortejado nunca.

Los leones no la cortejaban porque temían su fuerza, y los dioses no se atrevían a amarla porque sabían que debía morir.

Eso fue lo que el anochecer había susurrado al murciélago, el sueño que anidó en el corazón de Shepperalk mientras galopaba a ciegas en medio de la bruma. Y de repente, a sus pies, en la oscuridad de la llanura, apareció la hendidura en las legendarias tierras, y Zretazoola resguardaba en ella, tomando el sol al atardecer.

Astuta y velozmente bajó dando saltos por el extremo superior de la hendidura y, entrando en Zretazoola por la puerta exterior que mira a las estrellas, súbitamente galopó por sus estrechas calles. En la antigua canción se hablaba de los muchos que salieron precipitadamente a los balcones cuando él pasó con gran estrépito, de los muchos que asomaron la cabeza por sus relucientes ventanas. Shepperalk no tardó en saludarles o en responder a los desafíos de sus fortalezas militares; bajó hacia la entrada de la tierra como el rayo de sus padres y, como un leviatán que hubiese saltado sobre un águila, entró en el agua que había entre el templo y la tumba.

Subió los escalones del templo al galope y con los ojos semicerrados, viendo únicamente a través de las pestañas, y todavía no deslumbrado por su belleza, cogió a Sombelenë por el pelo y se la llevó a la fuerza. Y, saltando con ella por encima de la sima sin fondo donde las aguas del lago desaparecen olvidadas en aquel boquete del mundo, se la llevó no sabemos dónde, para convertirla en su esclava durante los siglos que todavía les sean concedidos a los de su raza.

Tres veces tocó aquel cuerno de plata que constituye el más antiguo tesoro de los centauros. Esas fueron sus campanadas nupciales.

LA SEÑORITA CUBBIDGE Y EL DRAGÓN DEL ROMANCE

ESTA historia se cuenta en los balcones de Belgrave Square y entre las torres de Pont Street; los hombres la cantan al anochecer en Brompton Road.

Poco antes de su decimoctavo cumpleaños, la señorita Cubbidge, que vivía en el número 12A de Prince of Wales' Square, pensó que antes de que otro año pasara de largo ella perdería de vista aquel deforme rectángulo que por tanto tiempo había sido su casa. Y si además le hubieran dicho que en ese mismo año se habría desvanecido de su memoria cualquier vestigio de aquella supuesta plaza y del día en que su padre fue elegido por abrumadora mayoría para tomar parte en la dirección de los destinos del imperio, simplemente habría dicho con esa voz afectada que tenía: “¡Sí, ya!”.

La prensa diaria no dijo nada al respecto, la política del partido de su padre no lo había previsto, no apareció ni por asomo en las conversaciones de las reuniones vespertinas a las que acudía la señorita Cubbidge: nada hubo que le avisara de que un repugnante dragón de escamas doradas, que agitaba al andar, surgiría limpiamente de

la flor y nata del romance y atravesaría Hammersmith de noche (por lo que sabemos), y vendría a Ardle Mansions, para luego torcer a la izquierda, lo que le conduciría por supuesto a la casa del padre de la señorita Cubbidge.

La señorita Cubbidge se sentó al atardecer en su balcón completamente sola a esperar que a su padre le nombraran baronet. Llevaba botas, sombrero y un traje de noche escotado; pues un pintor estaba haciendo su retrato en aquel momento, y ni ella ni el pintor vieron nada raro en la extraña combinación. Ella no reparó en el estruendo de las escamas doradas del dragón, ni distinguió por encima de las múltiples luces de Londres el insignificante brillo rojo de sus ojos. De pronto levantó la cabeza, un resplandor dorado, hacia el balcón; no parecía un dragón amarillo, pues sus relucientes escamas reflejaban la belleza que Londres únicamente luce al atardecer y por la noche. Ella gritó, mas no a un caballero; no sabía a qué caballero llamar, ni adivinaba dónde estaban los vencedores de dragones de los lejanos tiempos románticos, ni cuáles eran las piezas más poderosas que ahora perseguían, o las batallas que libraban; tal vez estuviesen ocupados todavía al servicio de Armageddon.

En el balcón de la casa de su padre en Prince of Wales' Square, pintado de gris oscuro y cada año más ennegrecido, el dragón, desplegando sus rápidas alas, alzó a la señorita Cubbidge y Londres desapareció como una moda anticuada. Y desapareció Inglaterra, y el humo de sus fábricas, y el sonoro mundo material que despliega gran actividad alrededor del sol, agitado y perseguido por el tiempo; hasta que aparecieron las eternas y antiguas tierras del romance, que permanecían ocultas bajo los mares místicos.

No os imaginaríais a la señorita Cubbidge acariciando distraídamente con una mano la cabeza dorada de uno

de los dragones de la canción, mientras con la otra jugaba de cuando en cuando con perlas procedentes de solitarios parajes marinos. Llenaron de perlas enormes conchas de haliotis y las pusieron a su lado; le llevaron esmeraldas que ella se apresuró a ostentar entre las trenzas de su larga cabellera negra; le llevaron zafiros ensartados para su manto; todo eso hicieron los príncipes de fábula y los elfos y gnomos de la mitología. Y, aunque todavía estaba viva, también formaba parte del pasado y de aquellos sagrados cuentos que las nodrizas contaban cuando los niños se portaban bien, y había llegado la noche y el fuego estaba encendido, y el suave golpeteo de los copos de nieve en el cristal era como la huella furtiva de las espantosas criaturas de los antiguos bosques encantados. Si al principio ella echó de menos aquellas primorosas novedades entre las cuales se había criado, el viejo y competente cántico del mar místico celebrando la tradición de las hadas la apaciguó momentáneamente y acabó por consolarla. Incluso se olvidó de aquellos anuncios de píldoras que son tan queridos en Inglaterra; incluso olvidó los tópicos políticos y las cosas de las que se suele discutir, y aquellas de las que no; y por fuerza debió contentarse viendo navegar enormes galeones cargados de oro para Madrid, y la divertida calavera y las tibias cruzadas de los piratas, y el diminuto nautilo saliendo al mar, y los navíos de los héroes que circulan por los romances o de los príncipes que buscan islas encantadas.

No fue con cadenas como el dragón la retuvo allí, sino con un sortilegio de los de antaño. Para aquellos a los que durante tanto tiempo las facilidades de la prensa diaria les han sido concedidas, los sortilegios han perdido todo su encanto —habría que decir— así como, al cabo de un tiempo, los galeones y todas las cosas anticuadas. Al cabo de un tiempo. Pero ella no sabía si habían pasado siglos o

años o nada de tiempo en absoluto. Si algo indicaba el paso del tiempo, era el ritmo de los cuernos de los elfos ascendiendo a las alturas. Si los siglos pasaron para ella, el sortilegio que le ataba le dio también juventud eterna y mantuvo siempre encendido el farol a su lado, y libró del deterioro al palacio de mármol situado frente al mar místico. Y si el tiempo no pasó por ella, su único momento en aquellas maravillosas costas se convirtió, por así decirlo, en un cristal que reflejaba miles de escenarios. Si todo fue un sueño, fue un sueño que no conoció comienzo ni se desvaneció. La corriente siguió su curso cuchicheando misterios y mitos, mientras cerca de aquella dama cautiva, dormido en su tanque de mármol, el dragón dorado soñaba. Y no muy lejos de la costa, todo lo que soñaba el dragón se veía borrosamente en la neblina que cubría el mar. Nunca soñó con ningún caballero salvador. Mientras soñaba, llegó el crepúsculo; mas cuando salió ágilmente de su tanque, cayó la noche y brillaron las estrellas en sus chorreantes escamas doradas.

Tanto él como su cautiva vencieron allí al Tiempo, o nunca se enfrentaron del todo a él. Mientras tanto, en el mundo que conocemos hacia estragos Roncesvalles u otras batallas todavía por venir... desconozco qué parte de los romances le contó a ella. Tal vez se convirtiese ella en una de esas princesas de las que nos hablan las fábulas amorosas, mas baste decir que vivía allí junto al mar; y gobernaron reyes y demonios, y volvieron de nuevo los reyes, y muchas ciudades retornaron a su polvo originario, y ella permaneció todavía allí, y su palacio de mármol no pasó aún a mejor vida, ni la fuerza del sortilegio del dragón.

Y tan sólo en una ocasión llegó hasta ella un mensaje del mundo que conocía de antiguo. Llegó en un barco nacado a través del mar místico; procedía de una antigua

amiga del colegio que había tenido en Putney, simplemente una nota, no más, con letra pequeña, clara y redonda. Decía: “No es propio de ti estar allí sola”.

LOS FANTASMAS

LA DISCUSIÓN que sostuve con mi hermano en su casa solitaria seguramente no será del interés de mis lecturas. Cuando menos, no del de los que, espero, se sentirán atraídos por el experimento que emprendí y por las extrañas cosas que me acaecieron en la peligrosa región en la que con tanta ligereza e ignorancia entré. Fue en Oneleigh donde fui a visitarlo.

Pues bien, Oneleigh se encuentra en una amplia zona solitaria en medio de un bosquecillo de viejos cedros susurrantes. Asienten juntas con la cabeza cuando llega el Viento del Norte y vuelven a asentir y consienten; luego, de manera furtiva, se yerguen y permanecen inmóviles y por un momento no dicen nada más. El Viento del Norte les resulta como un agradable problema a viejos hombres juiciosos; asienten con la cabeza al respecto y musitan todos juntos en relación con él. Saben mucho esos cedros; han estado allí durante tanto tiempo. Sus antepasados conocieron el Líbano y los antepasados de estos fueron sirvientes del Rey de Tiro y visitaron la corte de Salomón. Y entre estos hijos de negros cabellos del Tiem-

po de cabeza cana, se erguía la vieja casa de Oneleigh. No sé cuántos siglos la bañaron con la evanescente espuma de los años; pero estaba todavía incólume y en toda ella se acumulaban cosas de antaño como extrañas vegetaciones se adhieren a la roca que desafía al mar. Allí, como la concha de lapas muertas desde hace ya mucho, había armaduras con las que se cubrían los hombres de antaño; también había allí tapices multicolores, hermosos como las algas marinas; no tenían allí lugar fruslerías modernas, ni muebles victorianos ni la luz eléctrica. Las grandes rutas comerciales que llenaron los años de latas vacías de conservas y novelas baratas estaban a gran distancia de allí. Bien, bien, los siglos la echarán por tierra y llevarán sus fragmentos a costas lejanas. Entretanto, mientras aún se mantenía erguida, fui a visitar allí a mi hermano y sostuvimos una discusión acerca de los fantasmas. Las ideas que al respecto tenía mi hermano me parecían necesitadas de enmienda. Confundía las cosas imaginarias con las que tenían existencia concreta; sostenía que el hecho de que alguien dijera haber conocido a alguien que afirmara haber visto fantasmas, probaba la existencia de estos últimos. Le dije que aún cuando los hubieran visto, el hecho no probaría nada en absoluto; nadie cree que haya ratas rojas, aunque hay abundantes testimonios de primera mano de gente que las ha visto en su delirio. Finalmente le dije que aún cuando yo mismo viera fantasmas seguiría objetando su existencia de hecho. De modo, pues, que recogí un puñado de cigarros, bebí varias tazas de té muy fuerte, me pasé sin la cena y me retiré a una estancia de roble oscuro en la que todas las sillas estaban tapizadas; y mi hermano se fue a la cama fatigado de nuestra discusión, no sin intentar disuadirme insistentemente de que me incomodara. Durante todo el recorrido de ascenso de las viejas escaleras, mientras

yo permanecía al pie de ellas y su vela subía y subía en espiral, no cejó en su intento de persuadirme de que cenara y me fuera a dormir.

Era un invierno ventoso y afuera los cedros musitaban no sé bien sobre qué; pero creo que eran Tories de una escuela desde hace ya mucho desaparecida, perturbados por algo nuevo. Adentro un gran leño húmedo en la chimenea empezó a chillar y a cantar; una melodía quejumbrosa, una alta llama se elevó llevando el compás y todas las sombras reunidas danzaron. En los rincones distantes, viejas mesas de oscuridad permanecían calladas como chaperonas inmóviles. Allí, en la parte más oscura del recinto, había una puerta que permanecía siempre cerrada. Llevaba al vestíbulo, pero nunca nadie la usaba; cerca de la puerta una vez había ocurrido algo de lo que la familia no se enorgullecía. Nunca nos referimos a ella. Allí, a la luz del fuego, se erguían las formas venerables de las viejas sillas; las manos que habían tejido sus tapices estaban desde hacía ya mucho sepultadas bajo tierra, las agujas utilizadas no eran sino múltiples escamas destruidas de herrumbre. Nadie tejía ahora en ese viejo recinto: nadie sino las asiduas viejas arañas que, vigilantes junto al lecho mortuorio de las cosas de antaño, tejen mortajas para sostener su polvo. En mortajas en torno a las sobrepuestas yace ya el corazón del revestimiento de roble devorado por la polilla.

Por supuesto a esa hora, en cuarto semejante, una fantasía ya excitada por el hambre y por el té fuerte vería los fantasmas de sus antiguos moradores. No esperaba menos. El fuego titubeaba y las sombras bailaban, el recuerdo de viejos acaecimientos raros se despertó vívido en mi mente, pero un reloj de siete pies de altura dio solemne la medianoche y nada sucedió. No era posible apurar a mi imaginación, el frío que acompaña las horas

tempranas se había apoderado de mí y casi me había abandonado al sueño, cuando en el vestíbulo vecino se oyó el crujido de ropas de seda que había esperado y anticipado. Entonces, de a dos, fueron entrando damas de alta cuna con sus galanes de tiempos jacobinos. Eran poco más que sombras, sombras muy distinguidas, y casi indistintas; pero todos habéis leído antes historias de fantasmas, todos habéis visto en los museos vestidos de esos tiempos; no es necesario describirlos, entraron, varios de ellos, y se sentaron en las viejas sillas, quizá de un modo algo desconsiderado teniendo en cuenta el valor de los tapizados. Entonces el crujido de sus vestidos cesó.

Pues bien... había visto fantasmas y no estaba asustado ni convencido de que existieran. Estaba por ponerme en pie y retirarme a mi cuarto cuando del vestíbulo vino un sonido de pisadas ligeras, el sonido de pies desnudos sobre el suelo pulido y, de vez en cuando, el resbalón de alguna criatura de cuatro patas que perdiera el equilibrio y lo recuperara luego con uñas que arañaban el suelo. No me atemoriqué, pero me sentí inquieto. Las pisadas ligeras se acercaban directamente al recinto en el que yo me encontraba; luego oí el olfateo de la expectantes ventanas de un hocico; quizás «inquietud» no fuera la palabra más adecuada para describir mis sentimientos por entonces. De pronto una manada de criaturas negras de mayor tamaño que el de los sabuesos se precipitó al galope; tenían largas orejas pendulares, olfateaban el suelo con su hocicos, se aproximaron a los señores y las señoras de antaño y les hicieron fiestas con disgusto. Sus ojos tenían un brillo horrible y podía seguirseles a grandes profundidades. Cuando se los miré, supe súbitamente lo que eran estas criaturas y tuve miedo. Eran los pecados, los inmundos pecados inmortales de todos estos señores y señoras de la corte.

Cuán púdica era la dama sentada cerca de mí en una silla de viejos tiempos... cuán púdica y bella como para tener junto a sí, con la cabeza apoyada en su regazo, a un pecado de ojos rojos tan cavernosos, un claro caso de asesinato. Y vos, señora, con vuestros cabellos dorados, por cierto, no vos.. y, sin embargo, esa espantosa bestia de ojos amarillos que se escabulle de vos para dirigirse a aquel cortesano, y toda vez que uno de los dos lo ahuyenta, se allega al otro. Más allá una señora trata de sonreír mientras acaricia la detestable cabeza peluda del pecado de otro, pero uno de los suyos propios experimenta celos y se interpone bajo su mano. Aquí se sienta un anciano noble con su nieto en las rodillas y uno de los grandes pecados negros del abuelo lame la cara del niño y lo ha hecho suyo. A veces un fantasma se trasladaba en busca de otra silla, pero siempre su propia jauría de pecados le iba detrás. ¡Pobres, pobres fantasmas! Cuántos intentos de huir de sus odiados pecados deben de haber tenido en doscientos años, cuántas excusas deben de haber dado para justificar su presencia, y los pecados estaban con ellos todavía... y todavía inexplicados. De pronto uno pareció olfatear mi sangre viva y aulló de manera horrible; y todos los otros abandonaron a sus fantasmas a una y se precipitaron sobre el pecado que había dado la alarma. El bruto había captado mi olor cerca de la puerta por donde yo había entrado y se me iban acercando cada vez más olfateando el suelo y emitiendo de cuando en cuando su espantoso aullido. Vi que la cosa había ido demasiado lejos. Pero ya me habían visto, ya me estaba alrededor saltando y tratando de alcanzarme la garganta; y cada vez que sus patas me tocaban, me asaltaban espantosos pensamientos y deseos inexpresables dominaban mi corazón. Mientras estas criaturas saltaban alrededor de mí, tracé el plan de cosas bestiales y las proyecté con magis-

tral astucia. Primero entre todas esas peludas criaturas de las que defendía débilmente mi garganta, me asediaba un gran asesinato de ojos rojos. De pronto no me pareció mala idea matar a mi hermano. Me pareció importante no correr el riesgo de ser descubierto. Sabía dónde se guardaba un revólver; después de dispararle, lo vestiría y le cubriría de harina la cara como la de un hombre que se hubiera disfrazado de fantasma. Sería muy sencillo. Diría que me había asustado... y los sirvientes nos habían oído hablar de fantasmas. Había una o dos trivialidades de las que habría que cuidarse, pero nada me pasaba por alto. Sí, me parecía muy bien matar a mi hermano al mirar las rojas profundidades de los ojos de esta criatura. Pero mientras me arrastraban consigo, hice un último esfuerzo:

—Si dos rectas se cortan entre sí —dije—, los ángulos que se oponen son iguales. Sean las rectas AB y CD que se cortan en E ; además los ángulos CEA y CEB equivalen a dos ángulos rectos (prop. XIII). También CEA y AED equivalen a dos ángulos rectos iguales.

Me acerqué a la puerta para coger el revólver; una horrible exultación animó a las bestias.

—Pero el ángulo CEA es común, por tanto AED es igual a CEB . De la misma manera, CEA es igual a DEB . *Quod erat demonstrandum.*

Estaba probado. La lógica y la razón se restablecieron en mi mente, no había perros oscuros del pecado, las sillas tapizadas estaban vacías. Me era inconcebible que un hombre pudiera matar a su hermano.

LOS SALTEADORES DE CAMINOS

TOM DE LOS CAMINOS había cabalgado su última cabalgata y estaba solo ahora en la noche. Desde donde se encontraba podían verse las blancas ovejas en reposo y la silueta negra de las colinas solitarias y la línea gris de las colinas más alejadas y solitarias todavía; o en las hondonadas por debajo, llevado por el viento despiadado, podía verse el humo gris de los villorrios en los valles negros. Pero todo por igual era negro a los ojos de Tom y todos los sonidos eran silencio en sus oídos; sólo su alma luchaba por deslizarse fuera de la prisión de las cadenas para volar hacia el Sur al Paraíso. Y el viento soplaba y soplaba.

Porque esa noche Tom sólo podía cabalgar en el viento; le habían quitado su fiel caballo negro el día que le quitaron los campos verdes y el cielo, las voces de los hombres y la risa de las mujeres, y lo dejaron solo con cadenas al cuello para mecerse en el viento por siempre. Y el viento soplaba y soplaba.

Pero crueles cadenas mordían el alma de Tom de los Caminos y dondequiera que tratara de huir, era rechazada nuevamente hacia el collar de acero por el viento que

sopla del Paraíso, desde el Sur. Y allí, colgado del cuello, iban cayendo escarnios salidos otrora de su boca, y bur-las con que se había burlado de Dios iban cayendo de su lengua, y allí se pudrían viejos apetitos malvados de su corazón, y de sus dedos caían las manchas de las acciones que no habían sido buenas; todos caían al suelo y crecían allí en pálidos aros y ramilletes. Y cuando todas estas cosas malignas hubieron caído, el alma de Tom volvió a quedar limpia como la encontró su primer amor hace ya mucho en primavera; y se meció allí al viento junto con los huesos de Tom y junto con su viejo abrigo desgarrado y herrumbradas cadenas.

Y el viento soplabla y soplabla.

Y de vez en cuando las almas de los sepultados que venían de tierras consagradas pasaban batiendo el viento en dirección del Paraíso y dejaban atrás el Árbol de la Horca y el alma de Tom, que no podía liberarse.

Noche tras noche Tom miraba las ovejas en el prado con cuencas vacías hasta que su pelo muerto creció y le cubrió su pobre cara de muerto ocultando su vergüenza de las ovejas. Y el viento soplabla y soplabla.

A veces en ráfagas del viento llegaban las lágrimas de alguno que repiqueteaban y repiqueteaban sobre las cadenas de acero sin lograr horadarlas de herrumbre. Y el viento soplabla y soplabla.

Y a cada atardecer todos los pensamientos que Tom alguna vez concibiera venían en vuelo después de haber desempeñado su trabajo en el mundo, el trabajo que no tiene término, y se posaban en las ramas de la horca y trinaban para el alma de Tom, el alma que no podía liberarse. ¡Todos los pensamientos que había alguna vez concebido! Y los malos pensamientos denigraban al alma que los había engendrado porque no les era posible morir. Y los que había concebido de manera más furtiva, eran los

que trinaban más fuerte y más agudamente en las ramas toda la noche.

Y todos los pensamientos que Tom había concebido acerca de sí mismo señalaban ahora los huesos húmedos y se mofaban del viejo abrigo desgarrado. Pero los pensamientos que había tenido para los demás eran los únicos compañeros de que disponía su alma. Para consolarse en la noche mientras se mecía de aquí para allá. Y gorjeaban para el alma y animaban a la pobre cosa muda que no podía ya soñar, hasta que llegaba un pensamiento asesino y los ponía a todos en fuga.

Y el viento soplaba y soplaba.

Paul, Arzobispo de Alois y Vayence, yacía en su blanco sepulcro de mármol de plena cara al Sur, hacia el Paraíso. Y sobre su tumba estaba esculpida la Cruz de Cristo para que su alma pudiera hallar reposo. Ningún viento ululaba allí como ululan en las copas de los árboles solitarios de los prados, sino que llegaban en suaves brisas con aromas de huertos desde las tierras bajas del Paraíso, al Sur; y jugaban con los nomeolvides y las hierbas que crecían en la tierra consagrada donde yacía el Sosegado, en torno al sepulcro de Paul, Arzobispo de Alois y Vayence. Le era fácil al alma de un hombre abandonar un sepulcro semejante y volar bajo sobre campos recordados al encuentro de los jardines del Paraíso para hallar allí serenidad eterna.

Y el viento soplaba y soplaba.

En una taberna de mala reputación, tres hombres estaban bebiendo ginebra. Sus nombres eran Joe y Will y el gitano Puglioni; carecían de apellido porque ninguno de ellos tenía conocimiento de quién fuera su padre, sino sólo oscuras sospechas.

El Pecado había palpado y acariciado sus rostros a menudo con sus patas, pero al rostro de Puglioni el Peca-

do lo había besado en la boca y la barbilla. Su alimento era el robo y su pasatiempo el asesinato. Todos ellos había incurrido en el dolor de Dios y en la enemistad de los hombres. Estaban sentados a una mesa con un juego de naipes delante, grasosos con las huellas de sus pulgares tramposos. Y se susurraban algo entre sí sobre la ginebra, pero en voz tan baja que el tabernero, al otro extremo de la estancia, sólo podía oír juramentos apagados y no le era posible saber por Quién juraban o qué decían.

Los tres eran los más fieles amigos que Dios le haya nunca concedido a un hombre. Y aquel a quien su amistad había sido concedida no tenía nada más, salvo unos huesos que se mecían al viento y en la lluvia, un viejo abrigo desgarrado, cadenas de acero y un alma que no podía liberarse.

Pero cuando avanzó la noche, los tres amigos dejaron la ginebra, abandonaron furtivos la taberna y fueron al cementerio donde descansaba en su sepulcro Paul, Arzobispo de Alois y Vayence. Junto al cementerio, pero fuera de la tierra consagrada, cavaron de prisa una tumba; dos de ellos cavaron mientras uno vigilaba en el viento y la lluvia. Y los gusanos que se arrastraban por el terreno sin consagrar estaban desconcertados y aguardaban.

Y la terrible hora de la medianoche llegó sobre ellos con sus temores y los halló todavía junto al lugar de las tumbas. Y los tres hombres temblaron ante el horror de hora semejante en semejante lugar y se estremecieron en el viento y la lluvia que los calaba pero siguieron trabajando. Y el viento soplaba y soplaba.

Pronto llegaron al fin de su tarea. E inmediatamente dejaron la tumba hambrienta con todos sus gusanos sin alimento y se alejaron por los campos húmedos, furtivos pero de prisa; atrás quedaba el lugar de las tumbas a medianoche. Y mientras andaban se estremecían, y cada

vez que se estremecían maldecían la lluvia en alta voz. Y así llegaron al lugar en que habían escondido una escalera y una linterna. Allí sostuvieron un largo debate sobre si debían encender la linterna o pasarse sin hacerlo por temor de los hombres del Rey. Pero por último les pareció mejor contar con la luz de la linterna y correr el riesgo de ser capturados por los hombres del Rey y ahorcados, que toparse de pronto cara a cara en la oscuridad con lo que sea que uno se tope, poco después de medianoche, cerca del *Árbol de la Horca*.

En los tres caminos de Inglaterra por donde no era lo usual que la gente transitara sin riesgo, los viajeros esa noche no fueron perturbados. Pero los tres amigos, andando algo apartados del camino real, se aproximaban al *Árbol de la Horca*; y Will llevaba la linterna y Joe la escalera, pero Puglioni llevaba una gran espada con la cual hacer el trabajo que debía hacerse. Cuando estuvieron cerca, vieron cuán penosa era la situación de Tom, pues poco quedaba de su buena estampa y nada de su gran resolución de espíritu; sólo al acercarse creyeron oír un quejido semejante al sonido de alguna criatura enjaulada que no puede liberarse.

De aquí para allá, de aquí para allá se mecían en el viento los huesos y el alma de Tom por los pecados que había cometido en el camino real contra las leyes del Rey; y con las sombras y una linterna a través de la oscuridad, con peligro de sus vidas, llegaron los tres amigos que su alma había ganado antes de mecerse encadenada. Así, las semillas de la propia alma de Tom que él toda la vida había sembrado, se convirtieron en el *Árbol de la Horca* que, llegada la estación, dio racimos de cadenas; mientras que las descuidadas semillas que había esparcido aquí y allí, una broma bondadosa y unas pocas palabras ale-

gres, florecieron en la triple amistad que de ningún modo abandonaba sus huesos.

Entonces los tres colocaron la escalera contra el árbol y Puglioni ascendió por ella con la espada en la mano derecha, y al llegar a lo alto, comenzó a rebanar el cuello por debajo del collar de acero. En seguida los huesos, el viejo abrigo y el alma de Tom cayeron con ruido, y un momento después, la cabeza que había vigilado durante tanto tiempo sola, se separó limpiamente de la cadena. Todas estas cosas Will y Joe las recogieron, y Puglioni bajó de prisa la escalera y amontonaron sobre sus peldaños los restos terribles de su amigo, y se alejaron apresurados bajo la lluvia con el temor de los fantasmas en el corazón y el horror por delante de ellos en la escalera. Hacia las dos estaban nuevamente abajo, en el valle, al abrigo del viento amargo, pero pasaron junto a la tumba abierta y se dirigieron al cementerio con la linterna y la escalera cargada de la cosa terrible que su amistad mantenía todavía. Entonces estos tres, que habían despojado a la Ley de su víctima justa, siguieron pecando por quien era aún su amigo, y levantaron el mármol del sepulcro consagrado de Paul, Arzobispo de Alois y Vayence. Y de él sacaron los huesos del mismo Arzobispo y los llevaron a la tumba ansiosa que habían abierto, los pusieron en ella y los cubrieron de tierra. Pero todo lo que yacía sobre la escalera lo colocaron, con unas pocas lágrimas, dentro del gran sepulcro blanco bajo la Cruz de Cristo, vuelto a su lugar el mármol.

De allí el alma de Tom, santificada por la tierra consagrada, bajó al amanecer al valle y, demorándose un tanto por los alrededores de la cabaña de su madre y el lugar de correrías de su infancia, siguió adelante y llegó al campo abierto más allá de donde se apiñaban las casas. Allí se encontró con todos los buenos pensamientos concebi-

dos alguna vez por Tom, que volaron y cantaron junto a ella mientras se dirigían hacia el Sur, hasta que por fin, en medio de cantos, llegaron al Paraíso.

Pero Will y Joe y Puglioni volvieron a su ginebra y robaron y timaron otra vez en la taberna de mala reputación sin saber que en sus pecaminosas vidas habían cometido un pecado ante el que los Ángeles sonrieron.

MISTERIO ORIENTAL

NOVIEMBRE llegó de nuevo y los bosques de las afueras de Londres daba gusto verlos, y la ciudad se había sacudido de encima el manto gris que suele llevar en esa estación. El salón del club en donde nos sentamos después de almorzar estaba casi a oscuras; las cortinas que cubrían la única ventana parecían increíbles masas de sombras. Estábamos hablando del misterio de Oriente. En realidad hablábamos de algo más que de misterio; pues uno que lo había encontrado en Port Said, otro en Aden, un tercero que creía haberlo visto en Kilindini, y un coleccionista de mariposas que lo había encontrado por toda la India, estaban contando historias de pura magia. Es mi intención, al relatar las historias que escucho en el club, consignar únicamente aquellas que sabemos que son verídicas y que a la vez me parecen interesantes; pero ninguna de aquellas historias de magia cumplía dichas condiciones, y por tanto no las volveré a contar; no obstante las menciono porque poco a poco lograron despertar a Jorkens, que daba la casualidad de que se había dor-

mido, y le extrajeron lo que yo considero una interesante afirmación.

—Ellos comprenden perfectamente la magia —afirmó.

—¿Qué? ¿Quiénes? —dijimos los demás, sobresaltados por la vehemente afirmación del hombre que creíamos todavía dormido.

—Los orientales —dijo Jorkens—. Quiero decir los que se ocupan de ese asunto en Oriente. Es como si dijera que los occidentales comprenden la maquinaria. Por supuesto podrían encontrarse en Europa millones de personas incapaces de hacer funcionar una máquina, pero los ingenieros sí pueden.

—¿Y en Oriente? —dije yo, para que se ciñera al tema.

—En Oriente —dijo Jorkens—, los magos comprenden la magia.

—¿Puede darnos algún ejemplo que venga al caso? —preguntó Terbut. Y me alegro de que lo hiciera, pues a menudo se oye hablar del misterioso Oriente, pero raras veces, como ahora, de una historia concreta de magia, con todos los detalles que cualquiera podría solicitar.

—Claro que puedo —replicó Jorkens, ya completamente despierto.

Sin duda, Terbut esperaba sorprender a Jorkens en su historia de magia con algo que no pudiera probar; parecía más fácil que en cualquier otra historia más sólida acerca de viajes o deportes. Dejo al lector que juzgue cuán completamente falló.

Y entonces Jorkens comenzó su relato.

—Me encontraba a orillas del Ganges, no hace mucho tiempo, contemplando esa perla de río; el agua corría a una o dos yardas de mis pies, y la belleza del lugar se esparcía sobre mí. Anochecía, y el río y el cielo no solamente eran fantásticos, como ustedes pueden suponer, sino que de algún modo parecían más reales que la tie-

rra, con una realidad que todo el tiempo crecía y crecía. De manera que si alguna vez había abandonado el mundo conocido por el de la fantasía y la poesía, que a veces parece discurrir tan próximo a aquél, ahora ya había regresado a él. Pero, mientras miraba a lo lejos el crepúsculo, súbitamente había vuelto a la realidad pisando a un hombre que estaba sentado junto al río. De hecho caí encima de él y me olvidé de toda la luz del Ganges; él, sin embargo, siguió sentado, inmóvil, con los ojos repletos de la belleza del río y del cielo, como probablemente había estado durante horas. Ésa es, supongo, una de las principales diferencias entre nosotros y la gente como él; probablemente podemos apreciar el esplendor de semejante río bajo esa clase de cielo, cuando se encienden las hogueras de las escalinatas, y una nueva luna flota sobre los templos; probablemente podemos apreciarlo casi tanto como ellos; mas no parecemos capaces de sentir apego por él. Bueno, como iba diciendo, había regresado a la tierra, en todos los sentidos de la palabra, y allí estaba ese hombre, desnudo de cintura para arriba y sentado como si yo no estuviera presente. Uno de esos fulanos, me dije. Y de pronto se me ocurrió probarlo.

—¿Cómo lo hizo? —preguntó Terbut.

—Nada más sencillo —respondió Jorkens—. Bueno, en cierta manera no fue tan sencillo, porque tuve que explicarle lo que era una “sweepstake”, y lo que eran los números, de hecho prácticamente todo; y supongo que en realidad no me entendió. Pero una cosa sí le hice comprender: que el número de un boleto que le mostré era el mismo en cualquier otra parte del mundo, y que era cosa suya el conseguir que otro boleto igual a ése saliera el primero del bombo, el primero entre millones. Conseguí que entendiera eso, porque me preguntó el número, y yo le dije que había dinero de por medio. Cuando un hombre

comienza a hacerte preguntas casi siempre puedes lograr que te entienda, pues puedes ver exactamente en dónde se ha quedado atascado, y puedes ayudarle en cualquier momento. Así que él dijo que no tenía la potestad de hacer valer mi dinero, y yo le contesté: “No te preocupes por eso”. Y prometió hacer el resto. El boleto con ese mismo número saldría el primero del bombo, o el Ganges no tenía ningún poder. Luego me quitó de la mano el boleto y lo sostuvo en alto en medio de aquel resplandor combinado del crepúsculo, la luna y las hogueras; y me lo devolvió y siguió con su meditación. Quise darle las gracias, mas no sirvió de nada; su espíritu estaba lejos en alguna otra parte: lo mismo podía haber intentado hablar con alguno de sus dioses hindúes.

“Bien, más vale que les diga que aquella “sweepstake” iba a valer treinta mil libras; y me fui bastante complacido, pues me daba cuenta de que, si existía algo de verdad en la magia, o lo que sea que practique esa gente, el premio estaba asegurado; el hombre había dado su palabra. Por supuesto también pensé que era posible que no existiera nada de cierto en todo aquello; mas, si existía, no era posible dudar de que él era uno de ellos, ni de que había ejercido su poder como dijo.

”Abandoné el Ganges al día siguiente; abandoné la India esa misma semana; y pueden ustedes imaginar que me encontraba completamente absorto en mis posibilidades de conseguir treinta mil libras. ¿Existiría o no algo de cierto en el misterio de Oriente? Ésa era la cuestión. En el barco había un hombre que lo sabía, de haberlo alguien; un hombre llamado Lupton. Conocía Oriente tan bien como pueda conocerlo cualquier nacido a ese lado del mundo; y, en particular, sabía mucho acerca de esto mismo; me estoy refiriendo a la magia. Desgraciadamente nunca me lo habían presentado, y no me gustaba nada

tener que abordarle, era demasiado distinguido para eso; y allí estaba yo, contemplando cómo paseaba a mi lado todos los días, sabiendo que guardaba el secreto de mis treinta mil libras, la sencilla información de si el Oriente era o no capaz de hacer lo que se le reclamaba. Bueno, tarde o temprano a bordo de un barco se llega a conocer a todo el mundo, aunque ya nos encontrábamos en el Mediterráneo cuando me lo presentaron. Casi lo primero que le dije fue:

”¿Existe algo de cierto en la magia que, según dicen, se practica en Oriente?”

”La pregunta casi le hizo callar del todo, creyendo que le hablaba de la magia a la ligera. Pero afortunadamente se dio cuenta de que yo iba en serio. Supongo que vería alguna de las treinta mil lucecitas que debían brillar en mis ojos. Pues, tras un silencio momentáneo, como si no pensara contestar, se volvió y, hablándome amistosamente, dijo: “Con igual razón podría usted dudar de la radiotelegrafía”.

”Entonces le pregunté lo que quería saber: si era posible que un hombre ejerciera su influencia desde Oriente para que un boleto saliera el primero del bombo en Dublín. Y todavía recuerdo las palabras exactas de su respuesta.

”—Es un hecho muy poco frecuente —dijo—. Sin embargo, no solamente puede hacerse, sino que conozco a un hombre todavía vivo que es capaz de hacerlo.

”Entonces le pregunté por mi amigo el del Ganges, mas no sabía nada de él. Su hombre vivía en el norte de África. Mi hombre, dijo, podía también ser capaz de hacerlo, mas quedaban ya muy pocos. La situación presentaba un obvio peligro, difícil de solventar: ¿y si él mismo iba a ver a su amigo africano y se ganaba así las treinta mil libras? Él era un hombre distinguido y yo acababa de

conocerlo; era ésa una pregunta nada fácil de hacer. Pero me las arreglé. Por supuesto, disimulé mi pregunta, mas la formulé. Y él me contestó sinceramente.

—Ahora me he establecido cerca de Londres —dijo— con mi jubilación y lo que he ahorrado, y no niego que, si alguien me ofreciera treinta mil libras, le estaría muy agradecido; sólo que, cuando se ha vivido mucho tiempo en Oriente como es mi caso, uno ha tomado demasiada quinina en sus horas libres y al final está mal de los nervios; y, si consiguiera treinta mil libras de esa manera, mediante magia oriental, siempre me preocuparía de que el Oriente me reclamara su parte. Sé que es ridículo por mi parte, pero así es. Probablemente usted no sentirá lo mismo.

—No, no lo creo —dije. No pude añadir nada más por miedo a herir sus sentimientos. Pero treinta mil libras es una cantidad... ¡y temo que el Oriente trate de vengarse! Bueno, dejemos que lo intente: eso es lo que yo sentía. Pero antes que nada, dejemos que lo consiga. Así que le dije:

—¿En qué parte de África dijo usted que vivía ese hombre?

—Él sonrió por mi empeño y me lo contó.

—No muy lejos de aquí —dijo—. A día y medio de la costa por tren. Debe usted bajarse en El Kántara; y cabalgar en mula durante unos días hasta llegar a las montañas de Ouled Naïl, en donde vive.

—¿En qué parte de las montañas? —pregunté yo. Pues había dejado de hablar, y una cadena de montañas parecía una dirección bastante incompleta.

—¡Oh!, no es difícil encontrarle —dijo—. Es un hombre santo y es bastante conocido. Simplemente deberá usted preguntar a alguno de los nómadas por Hamid Ben Ibrahim, cuando llegue al pie de las montañas. Además,

su casa puede verse desde veinte millas. Tiene sólo diez pies de altura y unas ocho yardas de ancho y de largo; pero está encalada, bajo montañas marrones, y el desierto es llano hasta llegar al Níger. Encontrará a Hamid fácilmente.

—Supongo que no hará todo eso a cambio de nada —dije yo—; como mi amigo del Ganges.

—Como ustedes comprenderán, después de mi viaje a la India no disponía de mucho dinero en efectivo, sin contar mi posibilidad de las treinta mil millas.

—No —dijo él—. Pero lo hará a cambio de esto.

—Y me entregó un pequeño paquete que sacó del bolsillo; eran polvos, como pude darme cuenta a través del papel.

—¿Qué es esto? —dije.

—Bismuto —contestó él—. Él digiere mal. Pero es demasiado santo para tomar un laxante; nunca lo ha hecho en toda su vida; ni ha fumado; y, por supuesto, ni hablar de coñac. Así que es bastante difícil de curar. Como probablemente sabe, todos los europeos se empeñan en ser médicos allá; de manera que lo primero que hará será contarle a usted sus síntomas y pedirle que le cure; y creo que el bismuto puede lograrlo. Si así ocurre, él conseguirá que su boleto salga ganador. De hecho sabe bastante más de magia que cualquiera de nosotros de medicina. Y puede usted pedirle al médico de a bordo alguna otra cosa que le pueda ir bien. Es bastante grueso y no hace ejercicio. Haga todo lo que pueda por él.

—Desde luego que lo haré —dije. Parecía razonable.

—Yo que usted compraría una tienda de campaña en Argel —dijo— en lugar de alquilar alguna a un árabe. Comprobará que le costará como mucho una cuarta parte. O una octava. Depende de lo bien que usted regatee.

”Mientras hablábamos había oscurecido sin que nos diéramos cuenta; y yo miré a lo alto y avisté grupos de estrellas donde antes había púrpura y oro. Y con las estrellas vino el frío, y el rostro de Lupton se entristeció; pues el frío después del crepúsculo parecía ser lo único que no podía soportar, aunque ustedes creyeran lo contrario, dado como vivía, más en tiendas que en casas. De manera que se fue abajo y sus últimas palabras fueron:

”—Puede hacerlo perfectamente bien. No lo dude.

”No molesté más a Lupton. Por extraño que parezca más bien le evité, pues cualquier conversación que pudiéramos sostener, mientras todos aquellos millones de estrellas salían lentamente para brillar sobre el Mediterráneo, nos habría parecido sumamente trivial después de aquel misterio oriental que me acababa de revelar. Y antes de que terminase la semana llegamos a Marsella. Allí abandoné el barco. Si hubiese continuado hasta Inglaterra, no habría tenido más que volver de nuevo para llegar a África, y los fondos no me habrían alcanzado. Mi única dificultad era cómo conseguir otro boleto en aquella “sweepstake”, ya que no quería que los dos sortilegios actuaran sobre el mismo boleto. Pero, ¿saben ustedes?, pude comprar uno en Marsella a un hombre que parecía haber perdido la fe en su buena suerte. Así que me fui a toda prisa a Argel en un barco que cubría el trayecto de Marsella a la costa africana y viceversa, y cuya compañía naviera parecía vacunada contra cualquier monotonía al hacerse llamar *Compagnie Générale Transatlantique*. No había perdido del todo la fe en mi amigo del Ganges; había guardado su boleto y necesitaba comprobar de lo que él era capaz; pero, naturalmente, después de sostener aquella conversación con uno de los más eminentes orientalistas, me fiaba mucho más del hombre que él me había recomendado. La primera vez que había visto al hombre

del Ganges apenas me había parecido posible que pudiera fallar, tan irresistibles me resultaron sus ojos, y tan evidente que su espíritu moraba sólo temporalmente en aquel cuerpo sentado junto al río, y era capaz de ejercer su poder en cualquier lugar. Pero ahora estaba completamente bajo la influencia de Lupton, y únicamente quería encontrar al hombre de las montañas de Ouled Naïl.

”Bien: compré una tienda barata en Argel y tomé el tren una tarde; a la mañana siguiente avisté las montañas, ascendiendo en espiral desde El Kántara. Allí les dije a los árabes que era médico y recorría el desierto en busca de salud. Fue muy fácil para ellos creerme, pues había dado pruebas de mis conocimientos médicos con aquella misma observación; ya que, ¿saben ustedes?, hay más salud en el Sahara que a todo lo largo de Harley Street. Mas en cualquier caso era completamente cierto lo que Lupton me había contado de que, en aquellos lugares, a todos los europeos se les supone médicos. Pero yo era un tipo de médico muy especial, y me había llevado unos cuantos laxantes y algo de quinina extra par mejor demostrarlo. Un día en que el viento batía las palmeras bajo aquellos áridos precipicios, me puse en camino a lomo de mula con tres árabes, cabalgando hacia el sudeste. Por alguna razón El Kántara siempre me recuerda el oro de las bóvedas acorazadas: una verde masa de millares de palmeras, única riqueza de aquella gente, rodeada de rocas que nunca han conocido más verde que el que a veces puede verse en un salero.

—Nos hablaba usted —dije— del hombre que andaba buscando en las montañas de Ouled Naïl.

—Dispénsenme —dijo Jorkens—. Sí, cabalgamos hacia el sudeste. Tan pronto como atravesamos el desfiladero nos encontramos en pleno desierto, y cabalgamos dejando las montañas a nuestra derecha. Nunca nos ale-

jamos del agua: antiguos torrentes procedentes de tormentas en las montañas habían socavado centenares de depresiones en los resecos barrancos; y encima de cada una de ellas alguien había colocado una piedra plana, para proteger el agua que allí se había acumulado y que no se la bebiera el sol. El viaje fue cómodo, acampamos cada vez que las mulas estaban cansadas; y, según dejábamos atrás los rebaños de los nómadas, el rumor de mi habilidad como médico me precedía velozmente. ¡Ah!, aquellas tardes en el desierto, con el resplandor crepuscular iluminando las montañas, mientras aquí todo está seguro, ruidoso y lleno de cosas.

—¿Encontró usted las montañas de Ouled Nail? —dije yo.

—¡Oh, sí! —dijo Jorkens—. Sí, sí, por supuesto. Continuamos por el desierto, y un día apareció toda la cadena montañosa a nuestra derecha. Continuamos por el desierto hasta divisar la casa blanca. La vi de pronto una tarde. No había ninguna señal de vida en las montañas, y de pronto, un atardecer, vi a lo lejos, a muchas millas hacia el noreste, la casa tal y como me la describiera Lupton, con su puerta y sus dos pequeñas ventanas.

“Al día siguiente me trasladé a las montañas para obtener agua; y entonces me dije que había encontrado la salud que buscaba y que regresaría a El Kántara; y continuamos adentrándonos en las montañas por un camino que nos aproximaba a la pequeña casa. Por supuesto, tanto nosotros como nuestras mulas fuimos visibles desde la casa durante toda la mañana; y mi reputación como médico había llegado allí bastante antes, de manera que, tan pronto nos acercamos, el hombre santo salió de su casa y vino corriendo hacia nosotros, en la medida que puede decirse de un hombre de semejante aspecto que es capaz de correr.

”Bien; hablé con él en una especie de árabe, y él habló bastante conmigo en un mal francés, y nos entendimos a la perfección. El diagnóstico es algo fundamental en medicina, como cualquier médico les dirá, pero es particularmente efectivo cuando se puede formular antes de que el paciente abra la boca. ¿Me comprenden ustedes? Gracias a Lupton sabía todo lo referente a ese hombre. De manera que le describí todos sus síntomas. Y luego le di las medicinas apropiadas, y él hizo café para mí y nos sentamos y conversamos durante cinco horas. Bien sea por las medicinas o por el diagnóstico, lo cierto es que ya se encontraba mejor, y cuando vino a ofrecermé una gratificación yo le dije que mi habilidad para curar era más bien consecuencia de la magia que del estudio de la medicina, y que por consiguiente no aceptaba su gratificación. Pero añadí que si él era también mago, como parecían indicar ciertos rumores entre los nómadas, estaría muy contento de que me mostrara un poco de su propia magia. Y saqué el boleto que había comprado en Marsella al hombre que había dejado de tener fe en su buena suerte.

”Miró el número del boleto y lo comprendió todo inmediatamente, todo lo contrario que el hombre del Ganges. Sí; podía hacerlo. En aquel momento yo no habría aceptado una oferta de veinte mil libras por ese boleto.

”Y llevaba razón; podía hacerlo. Lupton tenía razón. Existe en Oriente una magia de la que nada sabemos.

”Luego volví a El Kántara, y de ahí a Londres, por supuesto en tercera clase todo el trayecto, y metí en un banco los dos boletos, y esperé el sorteo de la lotería.

—Aguarde un momento —dijo Terbut—. Ha dicho usted que el árabe podía hacerlo.

—Naturalmente —dijo Jorkens—. Y el hombre del Ganges también.

—En ese caso conseguiría usted sesenta mil libras —dijo Terbut— en lugar de treinta mil.

—Bueno, léalo usted mismo —dijo Jorkens—. Guardo un recorte de aquel día.

Y sacó un recorte de un periódico irlandés de una vieja cartera de cuero que llevaba consigo. Se lo dio a Terbut, y éste lo leyó en voz baja.

“En el momento decisivo”, leyó, “un centenar de azafatas desfilaron ante el bombo, vestidas de ciclistas de comienzos de la era victoriana, precediendo al señor O’Riotty, quien prendió fuego a la salva, asistido por dos ametralladoras. Entonces se abrió la portezuela del bombo y la primera azafata metió la mano para extraer el número afortunado. Accidentalmente sacó dos boletos, y el señor O’Riotty ordenó que los volvieran a meter en el bombo”.

—No es necesario que siga leyendo —dijo Jorkens.

—¿Qué? —dijo Terbut.

—No siga —replicó Jorkens—. Cometí un error. Cometí un error —repitió—. Pero, por supuesto, ahora es fácil de ver.

—Ya veo —empezó a decir Terbut con aire pensativo—. Usted cree que ambos boletos...

Pero Jorkens únicamente profirió un jadeo de impaciencia.

—No importa —dije yo—. Tómese un whisky.

—¡Un whisky! —dijo Jorkens—. ¿Para qué?

La observación me asombró. Me pareció que indicaba uno de esos cambios que acontecen súbitamente en la vida de un hombre, como un hito que brotase ante un viajero, recordándole algún periodo de su vida. ¿Con qué acontecimiento más trascendente podía concluir este libro?

PROBABLE AVENTURA DE TRES HOMBRES DE LETRAS

CUANDO los nómadas llegaron a El Lola lo hicieron sin sus canciones y la cuestión de robar la caja dorada se planteó en toda su magnitud. Por una parte, muchos de ellos habían buscado la caja dorada, que (como los etíopes saben) es un receptáculo de poemas de fabuloso valor; y su funesto destino es todavía plática usual en Arabia. Por otra parte, era triste sentarse de noche alrededor del fuego de campamento sin nuevas canciones.

Fue la tribu de Hetch la que discutió estas cuestiones un atardecer en los llanos bajo la cumbre de Mluna. Su tierra natal había sido la vía a través del mundo de inmemoriales nómadas; y a los más viejos de ellos les inquietaba que no hubiera nuevas canciones. Mientras tanto, insensible a las inquietudes humanas y, hasta ahora, a la noche que estaba ocultando los llanos, la cumbre de Mluna, en calma al resplandor del crepúsculo, miraba hacia la Tierra Incierta. Y fue en el llano que hay en la ladera conocida de Mluna donde, en el preciso momento en que la estrella vespertina aparecía como un ratón y las llamas del fuego de campamento elevaban sus aisla-

dos penachos humeantes desanimadas por alguna canción, los nómadas planearon precipitadamente aquel imprudente proyecto que el mundo conoció como La Búsqueda De La Caja Dorada.

Ninguna otra precaución más acertada podían haber tomado los más ancianos de los nómadas que la de decidir que su ladrón fuera el propio Slith, aquel mismo ladrón que (como he escrito) ganó por la mano al rey de Westfalia en tantas aulas regentadas por institutrices. No obstante, era tal el peso de la caja que deberían acompañarle otros, y Sippy y Slorg eran ladrones no menos ágiles que los que hoy en día pueden encontrarse entre los vendedores de antigüedades.

Así es que al día siguiente los tres ascendieron las estribaciones del Mluna y durmieron en sus nieves tan bien como pudieron, antes que arriesgarse a pasar la noche en los bosques de la Tierra Incierta. Y amaneció un día radiante y los pájaros se hartaron de cantar, mas la selva de abajo y el yermo de más allá y los pelados y ominosos riscos presentaban un indecible aspecto amenazador.

Aunque tenía veinte años de experiencia como ladrón, Slith hablaba poco; únicamente cuando alguno de los otros dos hacía rodar una piedra con su pie, o, más tarde en la selva, cuando alguno de ellos pisaba una rama, les decía bruscamente en voz baja siempre las mismas palabras: “eso no está bien”. Sabía que en dos días de viaje no podía convertirlos en mejores ladrones, y, cualesquiera que fueran las dudas que tuviera, no interfería más.

Desde las estribaciones del Mluna descendieron a los bancos de nubes, y de éstos a la selva, cuyas bestias autóctonas, como tan bien sabían los tres ladrones, comían todo tipo de carne ya fuera de pez o de humano. Allí cada uno de los ladrones sacó un dios de su bolsillo y suplicó pro-

tección en el infortunado bosque, esperando tener así una triple posibilidad de escapar de semejante lugar, ya que si uno de ellos era devorado seguramente lo serían los otros dos, mas confiaban en que también fuera cierto el corolario, y todos podrían escapar si uno de ellos lo conseguía. Ninguno de los tres supo si alguno de esos dioses fue propicio y actuó, o si lo fueron los tres, o si fue la casualidad la que les salvó de ser devorados en la selva por bestias odiosas; mas desde luego, ni los emisarios del dios que más temían, ni la ira del dios local de aquel ominoso lugar, ocasionaron la inmediata perdición de los tres aventureros. Así que llegaron al Brezal Retumbante, en el corazón de la Tierra Incierta, cuyos borrascosos altozanos se debían a la ondulación del terreno y a la erosión del terremoto, en calma durante algún tiempo.

Algo tan enorme que parecía increíble que se pudiera mover tan despacio avanzaba majestuosamente a su lado, y lograron pasar tan desapercibidos que una palabra resonó en la imaginación de los tres: “Si... si... si...”. Y cuando este peligro al fin pasó, siguieron de nuevo su camino cautelosamente y pronto vieron al pequeño e inofensivo mipt, medio elfo mitad gnomo, profiriendo estridentes y alegres chillidos en los confines del mundo. Y se alejaron poco a poco para no ser vistos, pues decían que la curiosidad del mipt había llegado a ser fabulosa y que, aunque inofensivo, le disgustaban los secretos. No obstante, probablemente les repugnaba la forma en que el mipt hozaba los huesos de los muertos, aunque no reconocieran su aversión, ya que no es propio de aventureros preocuparse por quién roerá sus huesos. Sea como fuere, se alejaron del mipt y casi al mismo tiempo llegaron al árbol marchito, meta de su aventura, sabiendo que junto a ellos se encontraba la grieta en el Mundo y el puente entre lo

Malo y lo Peor, y que debajo de ellos se levantaba la casa del Dueño de la Caja.

Éste era su sencillo plan: introducirse en el pasadizo del precipicio superior; bajar corriendo por él en silencio (por supuesto descalzos), teniendo en cuenta la advertencia a los viajeros grabada en la piedra, que los intérpretes toman por “Es Mejor No...”; no tocar las bayas que por algún motivo están allí, en el flanco derecho según se descende; llegar de esa manera hasta el guardián que ha estado dormido en su pedestal durante mil años y todavía duerme; y, por fin, entrar por la ventana abierta. Uno debía esperar fuera junto a la grieta en el Mundo hasta que los otros dos salieran con la caja dorada y, si estos pedían ayuda, aquél debía amenazar inmediatamente con soltar la grapa de acero que sujeta la grieta. Cuando obtuvieran la caja deberían correr toda la noche y el día siguiente hasta que los bancos de nubes que cubren las laderas del Mluna se interpusieran completamente entre ellos y el Dueño de la Caja.

La puerta del precipicio estaba abierta. Dirigidos hasta el final por Slith, descendieron los fríos peldaños. Cada uno de ellos lanzó una impaciente mirada a las hermosas bayas. El guardián seguía durmiendo en su pedestal. Slorg subió por una escala, que Slith sabía dónde encontrar, hasta la grapa de acero del otro lado de la grieta en el Mundo, y aguardó junto a ella con un escoplo en la mano, permaneciendo atento a cualquier adversidad. Mientras tanto, sus amigos se introdujeron en la casa, sin que se oyera ningún ruido. Slith y Sippy pronto encontraron la caja dorada: todo parecía suceder como ellos lo habían planeado; solamente quedaba por comprobar si era la que buscaban y ver la forma de escapar con ella de aquel espantoso lugar. Al abrigo del pedestal, tan próximos al guardián que podían sentir su calor, que paradójicamen-

te helaba la sangre de los más intrépidos, rompieron el cierre de esmeraldas y abrieron la caja dorada; y allí, a la luz de ingeniosos destellos que Slith sabía cómo conseguir, inspeccionaron el contenido, procurando tapar con sus cuerpos tan escasa luz.

Cuál no sería su alegría, incluso en aquellos peligrosos momentos, cuando descubrieron, mientras acechaban entre el guardián y el abismo, que la caja contenía quince odas sin par en verso alcaico, cinco sonetos, con mucho los más hermosos del mundo, nueve baladas al estilo provenzal que no tenían parangón en todo el florilegio de la humanidad, un poema dedicado a una polilla en veintiocho estrofas perfectas, una muestra en verso libre de unas cien líneas de un nivel que no consta que el hombre haya alcanzado todavía, así como quince poemas líricos a los que ningún mercader se atrevería a poner precio. De buena gana habrían vuelto a leer estos tesoros, ya que hacían saltar las lágrimas y traían recuerdos de cosas agradables de nuestra infancia y melodiosas voces de lejanos sepulcros; mas Slith señaló imperiosamente el camino por el que habían venido. La luz se extinguió y Slorg y Sippy suspiraron y luego cogieron la caja.

El guardián dormía todavía su sueño milenario.

Cuando salieron vieron aquella indulgente silla junto a los confines del Mundo en la que el Dueño de la Caja se había sentado últimamente para leer interesadamente y en solitario los más hermosos versos y canciones que jamás soñara poeta alguno.

Llegaron en silencio al pie de las escaleras; entonces aconteció que, al acercarse a un sitio seguro, en la hora más secreta de la noche, una mano encendió una escandalosa luz en una cámara alta sin hacer ningún ruido.

Al principio parecía tratarse de una luz corriente, aunque fatal en un momento como éste; mas cuando em-

pezó a seguirles como un detective y a enrojecer cada vez más mientras les vigilaba, entonces desapareció su optimismo.

Muy imprudentemente, Sippy intentó huir, y Slorg, con similar imprudencia, trató de esconderse. Mas Slith, sabiendo muy bien por qué habían encendido una luz en aquella cámara secreta y quién la había encendido, saltó por encima de los confines del Mundo y todavía está cayendo a través de la negrura sin reverberación del abismo.

SOLO ENTRE INMORTALES

Traducción: Darío Lavia

ESCUCHE decir que, muy lejos de aquí, en el peor lugar del desierto de Cathay, y en un país dedicado a invernar, están todos los años que han muerto. Y hay cierto valle que los encierra y los oculta, según el rumor, del mundo, pero no de la vista de la luna ni de aquellos que los sueñan.

Y dije: me iré desde aquí por los caminos del sueño y llegaré a ese valle y entraré con luto por los buenos años que han pasado. Y dije: tomaré una corona, una corona funeraria, y la pondré a sus pies como signo de mi pena por sus destinos.

Y cuando busqué entre las flores, entre las flores para mi corona funeraria, el lirio pareció demasiado grande y el laurel me pareció muy solemne, y no encontré nada lo bastante delicado ni valioso como para ofrecer como ofrenda a los años que habían muerto. Y al final hice una delgada corona de margaritas de una manera que había visto hacer para uno de los años que había muerto.

«Esto,» dije, «es menos delicado o valioso que cualquiera de aquellos olvidados años.» Entonces tomé con mi mano la corona y fui allá. Y cuando llegué por las rutas

del misterio a esa romántica tierra, donde estaba el valle nombrado en el rumor, busqué entre la hierba aquellos pobres años para los que yo había traído mi dolor y mi corona. Y cuando vi que no había nada en la hierba, dije: «el Tiempo los ha quebrado y barrido y no ha dejado ningún resto perceptible.»

Pero mirando hacia arriba, al resplandor de la luna, repentinamente vi al Coloso sentado, elevándose y borrando las estrellas y cubriendo la noche con negrura; y a los pies de ese ídolo vi reyes que rezaban y hacían reverencias y los días que son y todas las veces y todas las ciudades y todas las naciones y todos sus dioses. Ni el humo del incienso ni la combustión de sacrificios alcanzaban sus colosales cabezas, estaban ahí para no ser alcanzados, para no ser derribados, para no ser despojados.

Dije: «¿quiénes son estos?»

Alguien respondió: «solo los Inmortales.»

Y yo dije con tristeza: «no vine a ver dioses pavorosos, sino que vine a verter mis lágrimas a los pies de ciertos pequeños años que están muertos y que jamás volverán.»

Y él me respondió: «estos SON los años que están muertos, solo los inmortales; todos los años son Sus hijos. Ellos modelaron sus sonrisas y sus risas; todos los reyes de la tierra fueron coronados por Ellos, todos los dioses fueron creados por Ellos; todos los hechos y eventos fluyen desde sus pies como un río, los mundos son piedrecitas que Ellos han arrojado al aire, y el Tiempo y todas sus centurias postradas detrás con crestas doblegadas en símbolo de vasallaje a Sus potentes pies.»

Cuando escuché esto, me di vuelta con mi corona, y volví a mi propio y confortable hogar.

UN DÍA EN EL CONFÍN DEL MUNDO

HAY COSAS que sólo conoce el guardián de Tong Tong Tarrup, que está sentado a la entrada del bastión mascullando sus propios recuerdos.

Recuerda la guerra que hubo en los corredores de los gnomos; y cómo una vez las hadas vinieron a buscar los ópalos que había en Tong Tong Tarrup; y la forma en que los gigantes atravesaban los predios de abajo, mientras él los observaba desde su puerta: recuerda demandas que todavía asombran a los dioses. Ni siquiera me ha dicho quiénes moran en esas casas heladas allá en lo alto, en el mismo borde del mundo, y eso que tiene fama de parlanchín. Entre los elfos, únicos seres vivos vistos alguna vez a tan espantosa altitud, donde extraen turquesa en los más elevados riscos de la Tierra, su nombre es el prototipo de la locuacidad con el que ridiculizan a los habladores.

Su relato favorito cuando alguien le ofrece bash —droga a la que es adicto y por la que se ofrecería en servicio de armas a los elfos en su guerra contra los goblins, o viceversa, si los goblins le dieran más—, su relato favori-

to cuando está sosegado físicamente por la droga y furiosamente excitado en lo mental, habla de una demanda emprendida hace mucho tiempo, algo menos vendible que una conseja de vieja.

Imagínenselo contándola. En primer término puede verse un anciano, enjuto y barbado, y casi monstruosamente alto, que se repantiga en la entrada de una ciudad, elevada sobre un risco de unas diez millas de altura poco más o menos; detrás unas casas, la mayor parte de las cuales dan al este, iluminadas por el sol y la luna y las constelaciones que conocemos; en la cumbre del risco, una casa que mira por encima del Confín del Mundo, iluminada por el tenue resplandor de esos espacios extraterrestres en los que un largo ocaso atenúa la luz de las estrellas. Le entrego mi pequeña ofrenda de bash e inmediatamente un largo dedo índice y un sucio y ávido pulgar cogen la droga. Al fondo, el misterio de esas casas silenciosas cuyos habitantes no se sabe quiénes son, o qué servicio les presta el guardián, o qué pago recibe éste a cambio, o si es mortal.

Imagínenselo en la puerta de esa increíble ciudad, después de haber ingerido en silencio mi bash, tendiéndose a todo lo largo, reclinándose y poniéndose a hablar.

Según parece, una luminosa mañana de hace centenares de años, un visitante procedente del Mundo trepó hasta Tong Tong Tarrup. Había dejado atrás la nieve y comenzaba ya a subir la escalera que desciende entre rocas desde Tong Tong Tarrup, cuando lo vio el guardián. Trepaba con tanta dificultad aquellos cómodos peldaños que el hombre canoso que lo observaba tuvo tiempo de preguntarse si el desconocido le traería o no bash, la droga que daba sentido a las estrellas y parecía explicar el crepúsculo. Y al final resultó que el desconocido no tenía

ni una pizca de bash, y no dispuso de nada mejor que ofrecer a aquel hombre canoso que su simple historia.

Al parecer el desconocido se llamaba Gerald Jones y había vivido siempre en Londres, aunque de niño había estado una vez en un páramo norteño. Hacía tanto tiempo de esto que únicamente se acordaba de que, de un modo u otro, había caminado solo por el páramo, y que el brezo estaba en flor. No se veía más que brezo y helecho, si exceptuamos, a lo lejos, próximo ya el ocaso, unos remotos bancales, sobre imprecisas colinas, parecidos a los campos que cultivan los humanos. Al atardecer se levantó una niebla que ocultó las colinas, mas él siguió caminando por el páramo. Luego llegó al valle, minúsculo en medio del páramo y con laderas increíblemente empinadas. Se tumbó en el suelo y contempló el valle a través de las raíces del brezo. Y mucho más abajo de donde él se encontraba, en un huerto junto a una casa de campo rodeada de malvarrosas más altas que ella misma, había una anciana sentada en una silla de madera, cantando al atardecer.

El hombre se había encaprichado de la canción y la recordaba luego en Londres, y cada vez que le venía a la mente rememoraba los atardeceres —ésos que no se ven en Londres— y escuchaba de nuevo el suave viento que batía ociosamente el páramo y a los abejorros que se apresuraban; así se olvidaba del ruido del tráfico. Y cada vez que oía a los hombres hablar del Tiempo, le envidiaba sobre todo esa canción. Más tarde regresó en cierta ocasión a aquel páramo norteño y encontró el diminuto valle, mas en el huerto no había ninguna anciana, ni nadie que cantara canción alguna. No sentía ningún pesar por la canción que la anciana había cantado un atardecer veraniego hacía veinte años y que a diario se desvanecía de su mente, sino por el fastidioso trabajo que hacía en Lon-

dres para una gran empresa completamente ineficaz; y envejeció prematuramente, como los hombres suelen hacer en las ciudades. Y finalmente, cuando la melancolía únicamente le producía pesar y la inutilidad de su trabajo ganaba terreno con la edad, decidió consultar a un mago. Así es que fue a ver a un mago y le contó sus problemas, en especial que había oído cierta canción.

—Y ahora —dijo— no se oye en ninguna parte del Mundo.

—En el Mundo, por supuesto que no —le respondió el mago—, mas puedes encontrarla fácilmente más allá de su Confín.

Y añadió que estaba padeciendo el paso del tiempo, y le recomendó que pasara un día en el Confín del Mundo. Jones le preguntó a qué parte del Confín del Mundo debería dirigirse, y el mago le respondió que había oído hablar muy bien de Tong Tong Tarrup; de manera que le pagó, como era usual, con ópalos y se puso inmediatamente en marcha. Los caminos que conducían a esa ciudad eran sinuosos; en la estación Victoria compró el billete que sólo despachan a los que conocen; dejó atrás Bleth; pasó por las colinas de Neol-Hungar y llegó a la Quebrada de Poy, lugares todos ellos situados en esa parte del Mundo que pertenece a la esfera de lo conocido. Sin embargo, más allá de la Quebrada de Poy, en esas llanuras corrientes que tanto recuerdan a Sussex, lo primero con lo que uno se encuentra es inverosímil. En el límite de la llanura que se extendía a partir de la Quebrada de Poy podía verse una hilera de vulgares colinas grises, las colinas de Sneg; allí es donde comienza lo increíble, al principio muy raramente, mas cada vez con mayor asiduidad conforme se ascienden las colinas. Por ejemplo, en una ocasión descendí a las llanuras de Poy y lo primero que divisé fue un simple pastor que cuidaba de un re-

baño de simples ovejas. Los observé durante algún tiempo y nada sucedió, cuando, sin mediar palabra alguna, una de las ovejas se acercó al pastor y, apropiándose de su pipa, se puso a fumar, incidente que me impresionó por su inverosimilitud. Mas en las colinas de Sneg encontré a un político honesto. Jones cruzó esas llanuras y las colinas de Sneg, tropezándose con cosas al principio inverosímiles y luego increíbles, hasta llegar a la larga pendiente que, más allá de las colinas, conduce al Confín del Mundo, donde, como cuentan todas las guías turísticas, nada puede suceder. Al pie de esa pendiente era posible ver cosas que concebiblemente podían ocurrir en el mundo que conocemos. Mas pronto desaparecieron y el viajero no vio nada más que fabulosas fieras, ramoneando flores tan asombrosas como ellas mismas, y rocas tan alteradas que sus formas tenían evidentemente un sentido, el cual era demasiado sorprendente para ser accidental. Incluso los árboles eran espantosamente poco corrientes: habría tanto que decir de ellos, y se apoyaban unos sobre otros cada vez que hablaban y adoptaban actitudes grotescas y miraban de soslayo. Jones vio dos abetos peleando. La impresión que ejercían esas escenas sobre sus nervios era muy intensa; no obstante, siguió ascendiendo y se alegró mucho finalmente al ver una primula, única cosa conocida que había visto en horas, mas ésta silbó y alejóse dando saltos. Vio a los unicornios en su valle secreto. Luego, la noche cubrió el cielo siniestramente y no sólo brillaron las estrellas, sino que también lunas menores y mayores, y oyó a los dragones cascabeleando en la oscuridad.

Al alba apareció por encima de él, entre sus asombrosos riscos, la torre de Tong Tong Tarrup, con sus heladas escaleras iluminadas, formando un minúsculo grupo de casas allá arriba en el cielo. Ahora se encontraba en la

abrupta montaña: la niebla la estaba abandonando lentamente, revelando, conforme se iba alejando, cosas cada vez más asombrosas. Antes de que la niebla desapareciera del todo, escuchó bastante cerca de él, en lo que había creído que era una simple montaña, el ruido de un pesado galope sobre el césped. Había llegado a la meseta de los centauros. Y de pronto los avistó en medio de la niebla: allí estaban, producto de la fábula, cinco enormes centauros. Si hubiera vacilado a causa del asombro, no habría ido tan lejos: cruzó la meseta y se acercó bastante a los centauros. Nunca ha sido costumbre de los centauros el reparar en los hombres, piafaron y se gritaron unos a otros en griego, mas no le dirigieron la palabra. No obstante, cuando se fue, se volvieron y lo miraron fijamente; y, cuando hubo cruzado la meseta y siguió todavía avanzando, los cinco se fueron a medio galope hasta los límites de su verde país; pues más arriba de la elevada meseta verde de los centauros no hay más que montaña pelada: el último verdor que el montañero ve cuando recorre Tong Tong Tarrup es la hierba que pisan los centauros. Llegó a las extensiones de nieve que cubren la montaña como una capa, por encima de la cual su cumbre aparece pelada, y siguió ascendiendo. Los centauros lo observaron con creciente asombro.

Ahora ya no le rodeaban bestias fabulosas ni extraños árboles diabólicos, sólo nieve y el risco completamente pelado encima del cual estaba Tong Tong Tarrup. Estuvo ascendiendo todo el día y el atardecer le sorprendió más arriba del límite de las nieves perpetuas; y pronto llegó a la escalera tallada en la roca y avistó a aquel hombre del pelo blanco, el guardián de Tong Tong Tarrup, sentado mascullando para sí asombrosos recuerdos personales y esperando en vano que algún forastero le regalara bash.

Al parecer, tan pronto como el forastero llegó a la entrada del bastión exigió inmediatamente, pese a estar cansado, una habitación que dispusiera de una buena vista del Confín del Mundo. Mas el guardián, aquel hombre de pelo cano, decepcionado por la falta de bash, antes de indicarle el camino le exigió al forastero que le contara su historia para agregarla a sus recuerdos. Y ésta es la historia, si es que el guardián me ha contado la verdad y su memoria todavía es lo que era. Y cuando la acabó de contar, el hombre canoso se levantó y, balanceando en el aire sus cantarinas llaves, atravesó varias puertas, subió muchas escaleras y condujo al forastero a la casa más elevada, el techo más alto del Mundo, y en el salón le mostró una ventana. El fatigado forastero se sentó allí en una silla y miró por la ventana más allá del Confín del Mundo. La ventana estaba cerrada y en sus relucientes cristales resplandecía y danzaba el crepúsculo del Confín del Mundo, en parte como una lámpara de luciérnagas y en parte como el cabrilleo del mar; llegaba en oleadas, repleto de lunas maravillosas. Mas el forastero no miraba aquellas maravillosas lunas. Pues desde el abismo crecía, enraizada en remotas constelaciones, una hilera de malvarrosas, en medio de las cuales un pequeño jardín verde se estremecía y temblaba como el reflejo en el agua; más arriba, flotaba en el crepúsculo brezo florecido, inundándolo hasta convertirlo en púrpura; abajo, el pequeño jardín verde colgaba en medio de él. Y tanto el jardín de abajo como el brezo que lo circundaba parecían también temblar y dejarse llevar por una canción. Pues el crepúsculo estaba absorto en una canción que sonaba y resonaba por todos los confines del Mundo, y el jardín verde y el brezo parecían danzar y murmurar al compás que aquélla les marcaba, mientras una anciana la estaba cantando abajo en el jardín. Un abejorro salió del otro

lado del Confín del Mundo. Y la canción que envolvía las costas del Mundo, y que las estrellas bailaban, era la misma que él había oído cantar a la anciana hacía mucho tiempo allá abajo en el valle en medio del páramo norteño. Mas aquel hombre canoso, el guardián, no dejó que el forastero se quedara, ya que no le había traído bash, y le empujó con impaciencia, sin preocuparse de echar una ojeada a través de la ventana más alejada del Mundo; pues las tierras que el Tiempo aflige y los espacios que el Tiempo conoce no son lo mismo para ese hombre canoso; y el bash que ingiere pasma su mente más profundamente de lo que cualquier hombre pueda experimentar, tanto en el Mundo que conocemos, como más allá de su Confín. Y, protestando amargamente, el viajero regresó y bajó de nuevo al Mundo.

Acostumbrado como estoy a lo increíble desde que conocí el Confín del Mundo, la historia me plantea problemas. No obstante, es posible que la devastación causada por el Tiempo sea meramente local y que, fuera del ámbito de su destrucción, las viejas canciones todavía las sigan cantando aquellos que nosotros consideramos muertos. Me esfuerzo por creer eso. Y, sin embargo, cuanto más investigo la historia que me contó el guardián en la ciudad de Tong Tong Tarrup, tanto más plausible parece la otra teoría alternativa: que aquel hombre canoso es un mentiroso.

UNA TIENDA EN GO-BY STREET

DIJE en cierta ocasión que debería regresar una vez más al Yann a comprobar si el Pájaro del Río todavía lo recorre en ambas direcciones, si aún lo manda el barbudo capitán, o si éste se sienta al anochecer en la puerta de la hermosa Belzoond a beber el maravilloso vino amarillo que los montañeses bajan del Hian Min. Y que quería ver de nuevo a los marineros procedentes de Durl y Duz, y oír de sus labios lo que le aconteció a Perdóndaris cuando de súbito surgió de las colinas su perdición, abatiéndose sobre aquella famosa ciudad. Y quería escuchar los rezos de los marineros al anochecer, cada uno a su propio dios, y sentir la fresca presencia de la brisa vespertina cuando el ardiente sol se pone en aquel exótico río. Pensé que nunca más volvería a ver la corriente del Yann, mas cuando abandoné la política no hace mucho tiempo, se fortalecieron las alas de mi fantasía, que antaño se habían debilitado, y tuve esperanzas de volver a ver, una vez más, al este donde el Yann atraviesa el País del Sueño como un orgulloso caballo de batalla blanco.

Sin embargo, había olvidado cómo llegar a aquellas pequeñas cabañas en los confines del mundo que conocemos, cuyas ventanas más altas, aunque veladas por antiguas telarañas, miran a ese mundo que no conocemos y son el punto de partida de cualquier aventura en el País del Sueño.

Por tanto, hice averiguaciones. Y así fue como llegué a la tienda de un soñador que vive en la City, cerca del Embankment. Entre tantas calles como hay en la ciudad es un poco extraño que exista una que nunca ha sido vista con anterioridad: se llama Go-by Street y acaba en el Strand si uno se fija. Al entrar a la tienda de este hombre no hay que ir directo al grano, sino que conviene pedirle cualquier cosa y, si es algo que puede proporcionarte, te lo da y te desea buenos días. Es su manera de actuar. Y muchos se han visto defraudados al pedirle alguna cosa inverosímil, como la ostra de la que se obtuvo una de esas perlas únicas que sirven de puertas del cielo en el Apocalipsis, y comprobar que el anciano la tenía entre sus existencias.

Cuando entré a su tienda se encontraba ya comatoso, sus pesados párpados casi cubrían sus pequeños ojos, y estaba sentado con la boca abierta. Le dije:

—Querría un poco del Abama y del Pharpah, ríos de Damasco.

—¿Qué cantidad? —respondió él.

—Dos yardas y medias de cada uno, a entregar en mi casa.

—Es muy enojoso —murmuró—, muy enojoso. No disponemos de tanta cantidad.

—Entonces me llevaré lo que tenga —dije.

Se levantó laboriosamente y miró entre unas botellas. Vi que una de ellas tenía una etiqueta que rezaba: “Nilo, río de Egipto” y otras del sagrado Ganges, el Phlegethon

y el Jordán. Casi tenía miedo de que los tuviera, cuando le oí murmurar de nuevo:

—Esto es muy enojoso —y a continuación añadió—. Se nos han agotado.

—En ese caso —le dije yo— me gustaría que me contara cómo se llega a esas pequeñas cabañas desde cuyas ventanas más altas contemplan los poetas el mundo que no conocemos, pues desearía ir al País del Sueño y surcar una vez más el poderoso Yann, tan parecido a un mar.

Al oír esto, se movió lenta y pesadamente, dirigiéndose jadeante, con sus gastadas zapatillas, a la trastienda, donde yo le seguí. Era un sórdido cuarto trasero lleno de ídolos; en primer término todo era sórdido y tenebroso, mas al fondo había un resplandor azul celeste en el que parecían brillar estrellas y las cabezas de los ídolos resplandecían.

—Éste es —dijo el obeso anciano de las zapatillas— el cielo de los dioses que duermen.

Le pregunté cuáles eran los dioses que duermen y él mencionó nombres que jamás había oído junto a otros que sí conocía.

—Los que no son ya venerados —dijo— ahora duermen.

—Entonces, ¿no ha acabado el Tiempo con los dioses? —le pregunté.

Y él respondió:

—No. Los dioses son adorados durante unos tres o cuatro mil años y luego duermen durante tres o cuatro. Únicamente el Tiempo permanece siempre despierto.

—Mas ¿acaso no son nuevos —le dije— los que nos hablan de los nuevos dioses?

—Escuchan los agitados sueños de los viejos dioses, a punto de despertar porque el alba ya despunta y los sacerdotes vociferan. Son los profetas felices. Desdichados

los que oyen hablar a algún dios antiguo mientras duerme, sumido todavía en un sueño profundo, y no paran de profetizar hasta la llegada del alba; ellos son los que los hombres apedrean diciendo: “Profetiza dónde te va a golpear esta piedra, y esta otra...”

—Entonces —añadí— ¿nunca acabará el Tiempo con los dioses?

Y él me respondió:

—Perecerán a la cabecera del último hombre. Entonces el Tiempo enloquecerá a causa de su soledad y ya no distinguirá sus horas entre sus centenares de años, y los dioses clamarán a su alrededor solicitando reconocimiento, y él les colocará encima sus manos destrozadas y, mirándoles ciegamente, les dirá: “Hijos míos, no distingo entre uno y otro”; y ante estas palabras del Tiempo, los mundos vacíos se tambalearán.

Durante un buen rato permanecí en silencio, pues mi imaginación retrocedió a aquellos lejanos años y volvió mofándose de mí porque era criatura de un día.

De pronto me di cuenta, por la penosa respiración del anciano, que se había dormido. No era una tienda corriente: temía yo que alguno de sus dioses se despertara y le llamara; temía muchas cosas, estaba tan oscura, y uno o dos de aquellos ídolos eran bastante grotescos. Zarrandeeé con fuerza al anciano de uno de sus brazos.

—Dígame cómo se llega a las cabañas —dije— que hay en el confín del mundo que conocemos.

—No creo que debamos ir allí —respondió él.

—Entonces presénteme a los dioses —dije.

Aquello le hizo entrar en razón.

—Salga —dijo— por la puerta trasera y tuerza a la derecha —y abrió una pequeña puerta, vieja y sombría, en la pared por la que entré, y, resollando, la cerró. La trastienda era increíblemente antigua. Sobre una plan-

cha a punto de desmoronarse podía leerse esta inscripción en caracteres antiguos: “Autorizado a vender armijo y pendientes de jade”. El sol se estaba poniendo, sacando destellos a las doradas agujas del tejado, cubierto desde hacía tiempo con la mejor paja. Comprobé que toda la calle Go-by presentaba el mismo aspecto extraño cuando se contemplaba por detrás. La acera era la misma que estaba cansado de ver y se extendía hasta unas miles de millas al otro lado de aquellas casas; mas la calle estaba cubierta de la más pura hierba sin pisotear, con flores tan maravillosas que atraían bandadas de mariposas que pasaban cerca, yendo no se sabe dónde. Al otro lado de la calle se prolongaba la acera, mas no había casas de ningún tipo, y no me paré a ver lo que había en lugar de ellas, pues torcí a la derecha y caminé a espaldas de Go—by Street hasta llegar a campo abierto y a los jardines de las cabañas que buscaba. Enormes y resplandecientes flores de color púrpura se elevaban de esos jardines cual cohetes de ascensión lenta, sobre tallos de seis pies de altura, cantando suaves y raras canciones. Otras brotaban a su lado y, al florecer, comenzaban también a cantar. Una bruja muy anciana salió de su cabaña por la puerta trasera y penetró en el jardín donde yo me encontraba.

—¿Qué son esas flores tan maravillosas? —le pregunté.

—¡Cállese! ¡Cállese! —respondió ella—. Estoy acostando a los poetas. Esas flores son sus sueños.

Y yo añadí en voz baja:

—¿Qué maravillosa canción están cantando?

Y ella respondió:

—Estése quieto y escuche.

Y escuché aquella maravillosa canción que hablaba de mi propia niñez y de cosas que me sucedieron hace tanto tiempo que ya las había olvidado por completo.

—¿Por qué suena tan débil la canción? —le pregunté a la bruja.

—Voces sordas —respondió ella—, voces sordas —y regresó a su cabaña repitiendo la expresión “voces sordas”, aunque suavemente por miedo a despertar a los poetas—. ¡Duermen tal mal cuando están vivos! —añadió.

Subí sigilosamente las escaleras hasta el tejado, desde cuyas ventanas podía contemplarse a un lado el mundo que conocemos y al otro, las tierras montañosas que buscaba y que casi temía no encontrar. Inmediatamente miré en dirección a las montañas de las hadas, resplandecientes bajo el fulgor del ocaso, y en cuyas empinadas laderas violáceas brillaban las avalanchas de nieve procedentes de sus heladas cumbres color esmeralda; allí estaba el antiguo desfiladero, entre las colinas azuladas sobre el precipicio de amatista desde donde se divisa el País del Sueño.

Cuando entré sin hacer ruido en el aposento donde dormían los poetas, todo estaba en calma. La vieja bruja, sentada ante una mesa, tejía a la luz de un farol una espléndida capa verde y oro para un rey que había muerto hacía mil años.

—¿De qué le sirve al rey ya muerto —dije— que le teja una capa verde y oro?

—¿Quién sabe? —me respondió ella.

—¡Qué pregunta tan tonta! —dijo el viejo gato negro de la bruja, que yacía acurrucado junto al tembloroso fuego.

Cuando cerré la puerta de la cabaña de la bruja. Las estrellas brillaban ya en aquel romántico paraje; las luciérnagas montaban ya la guardia nocturna en torno a aquellas cabañas mágicas. Me volví y me encaminé con dificultad hacia el desfiladero de las montañas azules.

Cuando llegué, empezaba a distinguirse algún color en el precipicio amatista bajo el desfiladero, aunque todavía no había amanecido. Oí ruidos y de vez en cuando vislumbre a lo lejos a esos dragones dorados que son el orgullo de los orfebres de Sirdoo, a quienes les ha infundido vida el hechicero Amargrarn mediante conjuros rituales. En el borde opuesto del precipicio, demasiado cerca de él para estar seguro, pensé yo, avisté el palacio de marfil de Singanee, el extraordinario cazador de elefantes; en sus ventanas se veían lucecitas: los esclavos estaban despiertos y, con los párpados todavía pesados, comenzaban su trabajo cotidiano.

Y entonces llegó a la cima del mundo un rayo de sol. Otros y no yo pueden describir cómo borró del precipicio amatista la sombra del risco negro que está enfrente, cómo aquel rayo de luz taladró la amatista, cómo el alegre color pegó un salto para recibir la luz y volvió a arrojar un resplandor púrpura sobre las murallas del palacio de marfil, mientras abajo, en aquel increíble barranco, los dragones dorados jugaban todavía en tinieblas.

En aquel momento, una esclava salió por una de las puertas del palacio y arrojó al precipicio una cesta de zafiros. Y cuando se hizo de día en aquellas maravillosas alturas, y el fulgor del precipicio amatista llenaba el abismo, el cazador de elefantes apareció en el palacio de marfil y, cogiendo su terrorífica lanza, salió al exterior por una puerta y se fue a vengar a Perdóndaris.

Entonces me volví y contemplé el País del Sueño; y la fina niebla blanca que nunca desaparecía del todo se desplazaba en la mañana. Elevándose por encima de ella cual islas, vislumbé las Colinas de Hap y la ciudad de cobre, la vieja y desierta Bethmoora, y Utnar Vehi, y Kyph, y Mandaroon, y el sinuoso curso del Yann. Adiviné más que vi las montañas de Hian Min, cuyas imperturbables y

vetustas cimas consiguen que, a su lado, parezcan simples montículos las colinas de Acroctia, que se agrupan a sus pies y que protegen, como recordé, a Durl y a Duz. Mas percibí con toda claridad aquel antiguo bosque a través del cual, descendiendo a las riberas del Yann cada vez que hay luna llena, puede uno encontrarse al Pájaro del Río fondeado, esperando durante tres días a los viajeros, tal y como había sido profetizado. Y como ahora la luna estaba en esa fase, bajé rápidamente la quebrada por una senda de elfos coetánea de la fábula y llegué a la linde del bosque. Aunque en aquel viejo bosque la oscuridad era siniestra, más lo eran todavía las bestias que en él pululaban. Es muy raro que estas bestias atrapen a los ocasionales soñadores que recorren el País del Sueño; y sin embargo, corrí; pues si el espíritu de un hombre es atrapado en el País del Sueño, su cuerpo puede sobrevivirle muchos años, y llegar a conocer bien a las bestias que le hacían señas a lo lejos, así como la mirada de sus ojos pequeños y el olor de sus alientos: por eso el campo de esparcimiento de Hanwell está tan terriblemente surcado de senderos interminables.

Y de esa manera llegué finalmente a la soberbia y enorme corriente del Yann, en la que se precipitaban riachuelos procedentes de países increíbles, que arrastran con fuerza madera flotante y troncos de árboles, caídos en remotas selvas jamás holladas por el hombre. Más ni en el río, ni en el antiguo fondeadero próximo a él, encontré rastros del barco que venía a ver.

Y construí con mis propias manos una choza y la teché con la abundante maleza que allí crecía, y comí de los frutos del árbol del targar, y esperé allí tres días. Y durante todo el día, el río se precipitaba impetuosamente, y durante toda la noche cantaba el pájaro tolulu, y las enormes luciérnagas se ocupaban únicamente de esparcir to-

rrentes de chispas danzarinas, y nada rizaba la superficie del Yann por el día, ni nada estorbaba al pájaro tolulu de noche. No sé a ciencia cierta qué era exactamente lo que temía que pudiera pasarle al barco que buscaba y a su amable capitán, originario de la hermosa Belzoond, y a sus alegres marineros de Durl y de Duz. Durante todo el día esperé en el río y de noche estuve atento hasta que las danzarinas luciérnagas me hicieron dormir. Sólo tres veces en aquellas tres noches se asustó el pájaro tolulu y dejó de cantar, y las tres veces me desperté sobresaltado, comprobando que no había ningún barco, que únicamente le había asustado el alba. Aquellos indescriptibles amaneceres en el Yann parecían fuegos encendidos en lo alto de la colinas por un mago que quemara en secreto enormes amatistas en una olla de cobre. Solía contemplarlos asombrado aunque ningún pájaro cantara, hasta que de repente el sol salía por detrás de una colina y todos los pájaros excepto uno empezaban a trinar; y el pájaro tolulu se dormía rápidamente hasta que, abriendo un ojo, veía las estrellas.

Habría esperado allí varios días, mas al tercero, sintiéndome solo fui a ver el lugar en donde encontré por primera vez al Pájaro del Río fondeado con su barbado capitán sentado en cubierta. Y cuando miré el negruzco cieno del puerto y recordé a aquel grupo de marineros a los que no había visto en dos años, vi un viejo casco de barco que me observaba desde el cieno. El transcurso de los siglos parecía haber decompuesto o enterrado en el cieno todo el barco a excepción de la proa y en ella vi un nombre borroso. Leí despacio: era el Pájaro del Río. Y entonces comprendí que, mientras para mí habían pasado escasamente dos años en Irlanda y Londres, en la región del Yann había transcurrido mucho tiempo, el cual había arruinado y descompuesto a aquel barco que una

vez conocí, y había sepultado años atrás los restos mortales del más joven de mis amigos, quien a menudo me hablaba de Durl y de Duz, o me contaba las leyendas de dragones de Belzoond. Pues mientras que en otras partes reina la calma, más allá del mundo que conocemos brama un huracán de siglos cuyo simple eco trastorna profundamente nuestros predios.

Permanecí un rato junto al arruinado casco del barco y oré por aquellos que pudieran ser inmortales de entre todos los que solían descender el Yann: recé por ellos a los dioses que a ellos les gustaba rezar, a los dioses menores que bendicen Belzoond. Más tarde abandoné la choza que había construido en aquellos voraces años y volví la espalda al Yann, penetrando en la selva al anochecer, precisamente cuando las orquídeas estaban abriendo sus pétalos y desplegaban todo su aroma, y pasé aquel día en el abismo de amatista del desfiladero de las montañas azul-grisáceas. Me preguntaba si Singanee, aquel extraordinario cazador de elefantes, habría vuelto con su lanza a su noble palacio de marfil o si su destino habría corrido parejo con el de Perdóndaris. Cuando pasé junto al palacio, en una de sus puertas traseras vi a un mercader vendiendo zafiros: seguí adelante y llegué a la caída del crepúsculo a aquellas pequeñas cabañas desde las que se divisan las montañas de los elfos y los campos que conocemos. Y me dirigí a la vieja bruja que había visto anteriormente, la cual estaba sentada en su salón con un chal rojo echado sobre los hombros tejiendo todavía la capa dorada; y a través de las ventanas brillaban débilmente las montañas de los elfos y pude volver a ver una y otra vez los campos que conocemos.

—Cuénteme algo sobre esta extraña tierra —dije.

—¿Qué es lo que sabe de ella? —respondió—. ¿Sabe que los sueños son Ilusión?

—Claro que sí —conteste—. Todo el mundo lo sabe.
—¡Oh!, no todos —añadió ella—, los locos no lo saben.
— Eso es verdad —dije.
— ¿Sabe usted que la Vida es Ilusión?
— Claro que no —respondí—. La Vida es real, la Vida es seria...

— Al oír esto, la bruja y su gato (que no se había movido de su sitio junto al fuego) estallaron en risotadas. Permanecí allí algún tiempo, pues tenía muchas preguntas que formular, más cuando comprendí que la risa nunca cesaría, di la vuelta y me fui.